CONDENADA

CHUCK

PALAHNIUK

Lectulandia

Hija de una estrella de cine narcisista y de un billonario, Madison es abandonada en un internado suizo durante las Navidades mientras sus padres se dedican a sus nuevos proyectos y a adoptar huerfanitos. Madison muere entonces por una sobredosis y lo siguiente que sabe es que está en el infierno rodeada de un variopinto grupo de jóvenes pecadores más que atractivos: una animadora, un deportista, un nerd y un punkrocker. Todos unidos por el destino para crear una versión Palahniuk de *A dos metros bajo tierra*. Madison y sus colegas tendrán que atravesar el Desierto de Dandruff y cruzar el Valle de los Pañales de Usar y Tirar para enfrentarse a Satán en su ciudadela. Solo Palahniuk podría haberse imaginado un infierno como éste, un lugar donde *El paciente inglés* se proyecta sin parar y donde una caterva de demonios ambulantes devoran pecadores miembro a miembro y donde los condenados te interrumpen durante la siesta desde su caluroso *call center* para tratar de venderte el infierno…

Lectulandia

Chuck Palahniuk

Condenada

La vida es corta, la muerte es eterna

ePub r1.0
GONZALEZ 18.06.13

Título original: *Damned*
Chuck Palahniuk, 2011
Traducción: Javier Calvo

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

I

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Acabo de llegar aquí, al Infierno, pero no es culpa mía, salvo tal vez por el hecho de haberme muerto de una sobredosis de marihuana. Tal vez esté en el Infierno por ser gorda… Una auténtica foca. Si una puede ir al Infierno por tener la autoestima baja, entonces es por eso por lo que estoy aquí. Ojalá pudiera mentirte y decirte que estoy en los huesos y que soy rubia y tetuda. Pero, créeme, tengo mis razones para estar gorda.

Para empezar, déjame que me presente.

¿Cómo puedo transmitir con fidelidad la sensación de estar muerta…?

Sí, conozco la palabra *transmitir*. Estoy muerta, no soy retrasada mental.

Creedme, estar ya muerta es mucho más fácil que el hecho en sí de morirse. Si eres capaz de ver mucha televisión, entonces estar muerta es pan comido. En realidad, ver televisión y navegar por internet son un entrenamiento perfecto para estar muerta.

Lo más cerca que puedo llegar a describir la muerte es compararla con cuando mi madre enciende su portátil y lo conecta con el sistema de vigilancia de nuestra casa de Mazatlán o de Banff.

—Mira —me dice, girando la pantalla de lado para que yo la vea—: está nevando.

Y en el ordenador vemos resplandecer suavemente el interior de nuestra casa de Milán, la sala de estar, con la nevada cayendo al otro lado de los ventanales; y a larga distancia, pulsando las teclas Ctrl, Alt y W, mi madre abre del todo las cortinas de la sala de estar. Pulsa Ctrl y D para atenuar las luces con el control remoto y las dos nos quedamos sentadas, en un tren o en un sedán de alquiler o a bordo de un jet privado, contemplando la bonita vista invernal a través de los ventanales de esa casa vacía que se ve en la pantalla del ordenador. Pulsa las teclas Ctrl y F para encender el fuego de la chimenea de gas y las dos nos quedamos escuchando el susurro que hace la nieve italiana al caer y el crepitar de las llamas por los monitores de audio del sistema de seguridad. Después mi madre teclea en el sistema las instrucciones para ver nuestra casa de Ciudad del Cabo. A continuación conecta con nuestra casa de Brentwood. Podría estar simultáneamente en todos los lugares y en ninguno, soñando con las puestas de sol y el follaje de todos los lugares salvo aquel donde está. En el mejor de los casos, una centinela. Y en el peor, una voyeur.

Mi madre es capaz de matar la mitad de un día delante del portátil sin hacer nada más que mirar habitaciones en las que solo hay nuestros muebles. Manipulando el

termostato con el control remoto. Atenuando las luces y eligiendo el nivel adecuado de música suave para cada habitación.

—Es para desconcertar a los ladrones de casas —me cuenta. Va pasando de una cámara a otra, mirando cómo la doncella somalí nos limpia la casa de París. Encorvada sobre su pantalla de ordenador, suspira y dice—: En Londres están floreciendo mis azafranes…

Desde detrás de la sección de Negocios del *Times* que está leyendo, mi padre le dice:

—Se llaman «azafranes de primavera».

Lo más seguro es que entonces mi madre suelte una risilla y pulse las teclas Ctrl y L para encerrar a una doncella dentro de un cuarto de baño situado a tres continentes de distancia solo porque los azulejos no se ven tan pulidos como ella quiere. Eso es lo que mi madre entiende por una travesura divertida. Afectar el entorno sin estar físicamente presente. El consumo en ausencia. Igual que conseguir que una canción de éxito que grabaste hace décadas siga ocupando la mente de un trabajador chino esclavizado al que no conocerás nunca en la vida. Es poder, sí, pero una modalidad absurda e impotente de poder.

En la pantalla del ordenador, una doncella coloca un jarrón lleno de peonías recién cortadas en la repisa de la ventana de nuestra casa de Dubái y mi madre se dedica a espiarla vía satélite y a bajar el aire acondicionado, más y más frío, dándole a una tecla a través de su conexión inalámbrica, congelando esa casa y esa habitación en concreto, hasta obtener un nivel de frío de cámara frigorífica, de pista de esquí, gastando una burrada en freón y en electricidad solo para conseguir que unas bonitas flores cortadas de color rosa que han costado diez pavos le duren un día más.

Pues estar muerta es así. Sí, conozco la palabra *ausencia*. Tengo trece años, no soy idiota. Y estando muerta, por los dioses, anda que no entiendo la idea de la ausencia.

Estar muerta es la esencia misma de no llevar equipaje.

Estar muerta-*muerta* es algo que se hace sin parar, veinticuatro horas al día, siete días a la semana y trescientos sesenta y cinco días al año… para siempre.

No me pidáis que os explique cómo es que te saquen toda la sangre del cuerpo. Lo más seguro es que ni siquiera debiera contaros que estoy muerta, porque seguro que ahora os sentís espantosamente superiores a mí. Hasta el resto de la gente gorda se siente superior a la Gente Muerta. Y a pesar de todo, aquí va: mi Escalofriante Admisión. Lo confieso todo y no me guardo nada. Salgo del armario. Estoy muerta. Ahora ya no me lo podéis recriminar.

Sí, todos resultamos un poco misteriosos y absurdos para los demás, pero nadie resulta tan ajeno como alguien que está muerto. A un desconocido le podemos perdonar que decida practicar el catolicismo o la homosexualidad, pero no que se

someta a la muerte. Odiamos la falta de entereza. Morirse nos parece la peor de las debilidades, peor que el alcoholismo o la adicción a la heroína, y en un mundo donde la gente ya te llama perezosa si no te afeitas las piernas, estar muerta parece el defecto de carácter supremo.

Es como si te hubieras escaqueado de la vida, simplemente no te has esforzado lo bastante como para realizar todo tu potencial. *¡Gallina!* Y estar gorda y muerta, os lo aseguro, ya es cagarla por partida doble.

No, no es justo, pero aunque sintáis lástima por mí, lo más seguro es que también os sintáis puñeteramente orgullosos de estar vivos y seguramente masticando un bocado de algún pobre animal que tuviera la mala suerte de vivir por debajo de vosotros en la cadena alimentaria. No os estoy contando todo esto para daros pena, en absoluto. Tengo trece años, soy una chica y estoy muerta. Me llamo Madison, y lo último que necesito es vuestra estúpida compasión condescendiente. No, no es justo, pero es lo que hay. La primera vez que conocemos a alguien, nos sale una vocecilla insidiosa en la cabeza que dice: «Puede que lleve gafas o que tenga las caderas anchas o que sea una chica, pero por lo menos no soy gay ni negra ni judía». En otras palabras: puede que sea yo, pero por lo menos tengo la sensatez de no ser TÚ. De manera que ni siquiera voy a mencionar el hecho de que estoy muerta porque todo el mundo se siente puñeteramente superior a los muertos, hasta los mexicanos y la gente con sida. Es como cuando estudiábamos a Alejandro Magno en la clase de Influencias de la Historia Occidental de séptimo y no podíamos dejar de pensar: «Si Alejandro era tan valiente y listo y… Magno… ¿por qué se murió?».

Sí, conozco la palabra *insidiosa*.

La Muerte es el Único Gran Error que ninguno de nosotros planea cometer NUNCA. De ahí las magdalenas con salvado y las colonoscopias. Es por eso por lo que la gente toma vitaminas y se hace citologías. No, tú no, claro, *tú no te vas a morir nunca*, y es por eso por lo que ahora te sientes superior a mí. Pues vale, sigue pensando eso. Sigue untándote la piel de protector solar y palpándote en busca de bultos. No dejes que yo te estropee la Gran Sorpresa.

Aunque, para ser sincera, cuando estás muerta lo más seguro es que ni siquiera la gente sin hogar ni los retrasados mentales se quieran cambiar por ti. O sea, se te comen los gusanos. Es una violación total de tus derechos civiles. La muerte tendría que ser ilegal, pero no parece que Amnistía Internacional esté emprendiendo ninguna campaña de envío de cartas. No parece que se estén juntando estrellas del rock para grabar singles de éxito cuyos beneficios vayan destinados a impedir que los gusanos se coman MI cara.

Mi madre os diría que soy demasiado superficial y que todo me lo tomo a broma. Mi madre me diría: «Madison, no te pases de lista». Me diría: «Estás *muerta*; haz el favor de *relajarte*».

Lo más seguro es que el hecho de que yo esté muerta sea un alivio enorme para mi padre; por lo menos de esta manera no se tendrá que preocupar de que yo lo avergüence quedándome embarazada. Mi padre siempre me decía: «Madison, el hombre que acabe contigo lo va a tener complicado…».

Si mi padre supiera…

Cuando se murió mi pececillo, el señor Contoneos, lo echamos al váter y tiramos de la cadena. Cuando se murió mi gatito, Rayas de Tigre, yo intenté hacer lo mismo y tuvimos que llamar a un fontanero para que nos desatascara las tuberías. Menudo desastre. Pobre Rayas de Tigre. Cuando yo me morí, no quiero entrar en detalles, pero digamos que un empleado de pompas fúnebres llamado Perverto Pervertínez me pudo ver desnuda y me sacó toda la sangre del cuerpo y cometió Dios sabe qué jugarretas desquiciadas con mi cuerpo virginal de treceañera. Podéis acusarme de que no me tomo nada en serio, pero la muerte es el mayor chiste que hay en el mundo entero. Después de todas las permanentes en el pelo y las clases de ballet que me pagó mi madre, acabé en aquella mesa recibiendo un señor baño de lengua de un empleado barrigudo y depravado de la funeraria.

Os aseguro que cuando estás muerta básicamente te toca renunciar a tus exigencias de respeto y espacio personal. Limitaos a entender que no me morí porque fuera demasiado perezosa para vivir. No me morí porque quisiera castigar a mi familia. Y da igual cuánto me meta con mis padres, no penséis que los odio, para nada. Cierto, me quedé unos días para mirar a mi madre encorvada sobre su portátil, pulsando las teclas Ctrl, Alt y L para cerrar con llave la puerta de mi dormitorio de Roma, de mi habitación de Atenas, de todas las habitaciones que tengo por el mundo. A continuación la vi teclear para cerrar todas mis cortinas, bajar el aire acondicionado y activar el filtro electrostático del aire para que ni siquiera el polvo tocara mis muñecas y mi ropa y mis animales de peluche. Simplemente es lógico que yo eche más de menos a mis padres de lo que ellos me echan de menos a mí, sobre todo si tenemos en cuenta que ellos solo me quisieron durante trece años, mientras que yo los quise durante toda mi vida. Perdonadme por no quedarme más tiempo, pero no quiero estar muerta y limitarme a mirar a la gente mientras enfrío las habitaciones, hago parpadear las luces y abro y cierro las cortinas. No quiero ser una simple voyeur.

No, no es justo. Pero lo que hace que nuestra tierra parezca el Infierno es nuestra expectativa de que sea como el Cielo. La tierra es la tierra. Y estar muerto es estar muerto. Ya averiguaréis muy pronto cómo es. Y no va a servir de nada que os angustiéis.

II

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, no te lleves la impresión de que no me gusta el Infierno. No, en serio, si está muy bien. Mucho mejor de lo que yo me esperaba. En serio, está claro que te has pasado mucho tiempo trabajando muy duro en los océanos agitados y embravecidos de vómito hirviente, y en el hedor a azufre, y en las nubes de moscas negras zumbantes.

Si mi versión del Infierno no os impresiona, por favor, consideradlo fallo mío. O sea, ¿qué sé yo? Lo más seguro es que cualquier adulto se meara en los pantalones al ver los murciélagos vampiro y las majestuosas cascadas de caca pestilente que hay aquí. Está claro que es todo culpa mía, porque si yo alguna vez me imaginé el Infierno, fue como una versión en llamas de aquella obra maestra del cine clásico de Hollywood, *El club de los cinco*, poblado, recordémoslo, por una animadora guapa e hipersocial, un fumeta rebelde, un jugador tonto de fútbol americano, un cerebrito y una misántropa psicópata, todos encerrados juntos en la biblioteca de su instituto, todos castigados durante un sábado común y corriente, salvo por el hecho de que todos los libros y sillas están en llamas.

Sí, puede que estéis vivos y seáis gays o viejos o mexicanos, y que por eso me tratéis con prepotencia, pero pensad que yo he vivido la experiencia de despertarme en mi primer día en el Infierno, y vosotros vais a tener que fiaros de lo que yo os cuente sobre cómo es todo esto. No, no es justo, pero ya os podéis ir olvidando del legendario túnel de luz, de la luz blanca y espectral y de que os reciban con los brazos abiertos esos abuelitos vuestros que se murieron hace tanto tiempo; tal vez otros hayan informado de ese gozoso proceso, pero tened en cuenta que fue gente que sigue viva, o que por lo menos siguió viva durante el tiempo suficiente como para informar de su encuentro. A lo que voy es a lo siguiente: esa gente disfrutó de lo que se conoce claramente como una «experiencia cercana a la muerte». Yo, por otro lado, estoy muerta, ya hace tiempo que me sacaron la sangre y los gusanos se me están comiendo. En mi opinión eso me convierte en la autoridad máxima. Otra gente, como el famoso poeta italiano Dante Alighieri, lo siento mucho, pero se limitaron a ganarse una ración generosa de credulidad afectada por parte del público lector.

Por consiguiente, si despreciáis mi crónica del Infierno, es problema vuestro.

Al principio de todo os despertáis tirados en el suelo de piedra de una celda de lo más lúgubre, con las paredes de barrotes de hierro; y os lo digo muy en serio, o sea que hacedme caso: no toquéis nada. Los barrotes de la celda están hechos una porquería. Y si por accidente se da el caso de que SÍ tocáis los barrotes, que están cubiertos de una capa viscosa de moho y de sangre ajena, NO os toquéis la cara —ni

la ropa— por lo menos si tenéis alguna aspiración a llegar presentables al Día del Juicio Final.

Y NO os comáis las golosinas que hay desparramadas por todo el suelo.

No tengo muy claro cómo he llegado exactamente al submundo. Me acuerdo de un chófer de pie en la acera, al lado de un Lincoln Town Car negro aparcado, que sostenía un letrero blanco con mi nombre, MADISON SPENCER, escrito con una caligrafía espantosa y todo en mayúsculas. El chófer —esa gente nunca habla inglés— llevaba gafas de sol de espejo y gorra de chófer con visera, de manera que la mayor parte de su cara permanecía oculta. Me acuerdo de que abrió la portezuela de atrás para dejarme entrar; después de eso vino un trayecto larguísimo con las ventanillas tintadas de un tono tan oscuro que yo no veía muy bien lo que había fuera, aunque lo que acabo de describir podría ser cualquiera de los tropecientos mil trayectos que he hecho en mi vida entre aeropuertos y ciudades. No puedo jurar que aquel Town Car me dejara en el Infierno, pero lo siguiente que recuerdo es despertarme en esta celda inmunda.

Lo más seguro es que me haya despertado alguien gritando; en el Infierno siempre hay alguien gritando. Cualquiera que haya volado de Londres a Sidney, sentado al lado o en las inmediaciones de un bebé chillón, no tendrá problema alguno para cogerles el tranquillo a las cosas del Infierno. Con todos los desconocidos que hay y las aglomeraciones y las horas aparentemente interminables de espera para que al final no pase nada, a vosotros el Infierno no os parecerá nada más que un largo y nostálgico *déjà vu*. Sobre todo si la película que os pasaron en el avión era *El paciente inglés*. En el Infierno, siempre que los demonios anuncian que van a premiar a todos con una superproducción de Hollywood, no os emocionéis demasiado porque siempre es *El paciente inglés*, o, por desgracia, *El piano*. Nunca es *El club de los cinco*.

En cuanto al olor, el Infierno nunca llega a los extremos de Nápoles en verano durante una huelga de recogida de basuras.

Si queréis saber lo que yo pienso, la gente en el Infierno solo grita para oír su propia voz y para pasar el rato. Pese a todo, a mí me parece que quejarse del Infierno es un poco obvio y autocompasivo. Igual que muchas otras experiencias en las que te aventuras sabiendo perfectamente que van a ser terribles, el placer central reside precisamente en su misma maldad innata, como comer tarta de estofado de pollo congelada Swanson en el internado o bistec de carne picada congelado Banquet en la noche libre de la cocinera. O como comer *cualquier cosa* en Escocia. Permitidme que os sugiera que la única razón de que disfrutemos de ciertos pasatiempos, como por ejemplo ver la versión cinematográfica de *El valle de las muñecas*, es precisamente la comodidad y la familiaridad que produce su mala calidad intrínseca.

En cambio, *El paciente inglés* intenta desesperadamente ser profunda y lo único

que consigue es ser dolorosamente aburrida.

Si me perdonáis la redundancia: lo que hace que la tierra parezca el Infierno es nuestra expectativa de que sea como el Cielo. La tierra es la tierra. Y el Infierno es el Infierno. O sea que parad de lloriquear y de quejaros de todo.

Partiendo de esa base, sí que parece tópico y obvio llegar al Infierno y ponerse a llorar y a rechinar los dientes y a rasgarse la ropa porque uno se encuentra inmerso en aguas residuales o porque lo han dejado caer encima de un lecho de navajas al rojo blanco. Gritar y sacudirse parece… hipócrita, como si uno compra una entrada para ver *El manantial de las colinas* y se sienta en su butaca y luego se pone a quejarse en voz alta y lleno de resentimiento porque todos los actores están hablando en francés. O como esa gente que viaja a Las Vegas solo para despotricar de lo chabacano que es todo. O sea, hasta los casinos que intentan ser elegantes a base de lámparas de araña y vidrieras están llenos del estruendo y la cacofonía de esas máquinas tragaperras de plástico que te atacan con sus luces estroboscópicas para atraer tu atención. En medio de semejante situación, es posible que la gente que se queja y lloriquea se imagine que está haciendo algo útil, pero en realidad solo están siendo un incordio más.

La otra norma importante que vale la pena repetir es: no os comáis las golosinas. Tampoco es que vayáis a sentiros ni remotamente tentados, porque están desparramadas por el suelo mugriento, y ADEMÁS son esas golosinas que no se quieren comer ni los gordos ni los yonquis de heroína: rocas de azúcar caramelizado, chicle Bazooka duro como una piedra, pastillas de regaliz Sen-Sen, caramelos masticables de agua salada y bolas de palomitas de maíz.

Dado que vosotros, todos vosotros, seguís vivos y sois negros o judíos o lo que sea —bien por vosotros, seguid comiendo magdalenas de salvado— vais a tener que fiaros de lo que os cuento sobre todos estos detalles, de manera que escuchadme y prestad mucha atención.

Vuestra celda está flanqueada de otras celdas que se extienden en ambas direcciones, la mayoría de ellas con una sola persona dentro y la mayoría de esas personas gritando. Ya mientras estoy intentando abrir los ojos oigo la voz de una chica que me dice:

—No toques los barrotes…

De pie en la celda de al lado, una chica adolescente extiende las manos hacia mí, estirando los dedos para enseñarme las palmas todas pringadas de porquería. La verdad es que en el Infierno tienen un problema espantoso con el moho. Es como si todo el submundo tuviera el síndrome del edificio enfermo.

Mi vecina tiene toda la pinta de ir por lo menos a tercero de instituto, porque le han crecido lo bastante las caderas como para sostener una falda recta y tiene pechos que le llenan la parte de delante de la blusa en lugar de simples volantes o adornos de nido de abeja. Incluso a pesar del humo que enturbia el aire y de los murciélagos

vampiro que de vez en cuando cruzan revoloteando mi campo de visión, veo que sus zapatos Manolo Blahnik son falsos, de esos que le puedes comprar por internet y sin verlos a una compañía pirata de Singapur por cinco dólares. Si podéis aguantar todavía un consejo más: NO os muráis llevando zapatos baratos. Al Infierno se… en fin, se va con zapatos; todo lo que sea de plástico se derrite, y no os conviene pasaros el resto de la eternidad caminando descalzos sobre cristales rotos. Cuando os llegue la hora, cuando las campanas doblen por vosotros, como se suele decir, plantearos muy en serio llevar unos mocasines sencillos Bass Weejun de tacón bajo y de un color oscuro que no se ensucie mucho.

La adolescente de la celda de al lado me llama y me pregunta:

—¿A ti por qué te han condenado?

Me pongo de pie, estiro los brazos, me sacudo el polvo de las perneras de mi falda pantalón y contesto:

—Supongo que por fumar marihuana.

Por pura cortesía más que por interés verdadero, yo le pregunto a la chica cuál ha sido su pecado cardinal.

La chica se encoge de hombros; se señala los pies con un dedo manchado y mugriento y dice:

—Llevar zapatos blancos después del Día del Trabajo.

El cuero falso de sus tristes zapatos es blanco y ya está todo raspado, y es que es imposible sacarle brillo a unos Manolo Blahnik falsos.

—Son preciosos —miento yo, señalándole los zapatos con la cabeza—. ¿Son Manolo Blahnik?

—Pues sí —miente ella a su vez—. Me costaron una fortuna.

Otro detalle a recordar sobre el Infierno… Siempre que le preguntas a alguien por qué está sufriendo condena eterna, ese alguien te dirá «Por cruzar la calzada sin mirar» o «Por llevar bolso negro con zapatos marrones» o alguna bobada por el estilo. En el Infierno eres tonto si crees que la gente va a desplegar unos niveles altos de sinceridad. Lo mismo pasa en la tierra.

La chica de la celda de al lado se me acerca un paso y, sin dejar de mirarme, me dice:

—Eres preciosa, ¿sabes?

Su afirmación la revela como una embustera de primera división y como la copa de un pino, pero yo no digo nada.

—No, en serio —me dice—. Lo único que te hace falta es más delineador de ojos y un poco de rímel.

Ya está hurgando en su bolso, que es un Coach falso, también blanco y de plástico, y sacando tubos de rímel y polveras de sombra de ojos Avon de color turquesa. Con una mano sucia, la chica me hace una señal para que meta la cara entre

los barrotes.

La experiencia me ha enseñado que las chicas suelen ser listísimas hasta que les crecen los pechos. Si queréis, podéis achacar esta observación a mis simples prejuicios personales, resultado de mi corta edad, pero a mí me parece que los trece años son la edad a la que los seres humanos alcanzan su florecimiento máximo de inteligencia, personalidad y coraje. Y hablo tanto de los chicos como de las chicas. No es por jactarme, pero estoy convencida de que las personas nunca vuelven a ser tan excepcionales como a los trece años —mirad a Pippi Calzaslargas, a Pollyanna, a Tom Sawyer y a Daniel el Travieso—, antes de que se vean trastornadas y gobernadas por las hormonas y las atroces expectativas de género. En cuanto a las chicas les viene la regla y los chicos tienen su primer sueño húmedo, se olvidan al instante de su propia brillantez y talento. Y vuelvo a hacer una referencia a mi libro de texto de la clase de Influencias de la Historia Occidental: lo que viene después de la pubertad, y se prolonga durante muchísimo tiempo, es como esa era de oscurantismo que se extendió entre la ilustración ateniense y el Renacimiento italiano. A las chicas les salen tetas y se olvidan de lo listas que fueron y de las agallas que tuvieron. Es posible que los chicos también dieran muestras de su propia modalidad de conducta lista y divertida, pero en cuanto tienen la primera erección, se vuelven completamente *imbéciles* durante los sesenta años siguientes. Para ambos sexos, la adolescencia juega el papel de una especie de Era Glacial de Idiotez.

Y sí, conozco la palabra *género*. ¡Por los dioses! Puede que sea rechoncha y que no tenga tetas y que sea miope y esté muerta, pero NO SOY imbécil.

Y también sé que cuando una chica mayor y supersexy con caderas y pechos te quiere quitar las gafas y sombrearte los ojos lo único que está intentando hacer es enrolarte en un concurso de belleza que ella ya tiene ganado de antemano. Se trata de una especie de gesto condescendiente y sórdido, como cuando los ricos les preguntan a los pobres dónde veranean. A mí me apesta a ese chauvinismo descarado e insensible del tipo «Que coman pastel».

O eso, o bien esa atractiva chica mayor es lesbiana. En cualquier caso, yo no le presto mi cara por mucho que ella se quede ahí plantada esperando, blandiendo un pincel de rímel lleno de grumos como si fuera la varita mágica de un hada madrina, para convertirme en una especie de Cenicienta guarrilla. Para ser sincera, cada vez que estoy viendo el clásico de John Hughes *El club de los cinco*, y Molly Ringwald se lleva a la pobre Ally Sheedy a los lavabos de chicas y vuelve a sacarla pintada con esas espantosas ronchas de carmín estilo años ochenta debajo de los pómulos y con el pelo recogido con esa cintita de niña pija y con los labios pintados de ese rojo bien rojo de tiempos de Maricastaña, como si fuera una versión barata de porcelana de esa Putilla Vanderputa sometida a los estereotipos de portada de *Vogue* que es la misma Ringwald, reducida a una especie de ilustración de Nagel viviente y andante, yo

siempre le grito al televisor: «¡Corre, Ally!». En serio, le grito: «¡Lávate la cara, Ally, y *escapa*!».

Así pues, en lugar de prestarle mi cara, le digo:

—No me conviene, por lo menos hasta que se me vaya un poco el eccema.

Al oír esto, el rímel mágico retrocede de golpe. Las sombras de ojos de Avon y los pintalabios regresan tintineando al bolso Coach falso mientras la chica guiña los ojos y examina mi cara en busca de señales de piel inflamada, enrojecida o escamada y de llagas abiertas.

Es como lo que siempre dice mi madre: «Cada doncella nueva que llega te quiere doblar la ropa interior a su manera». En otras palabras: una tiene que ser lista y no dejar que la manipulen.

Alrededor de las nuestras se apiñan otras celdas, algunas vacías y otras ocupadas por una sola persona. No hay duda de que el jugador de fútbol americano, el fumeta rebelde, el cerebrito y la psicópata también están castigados aquí para siempre.

No, no es justo, pero lo más seguro es que me vaya a pasar los próximos siglos en esta celda, fingiendo que tengo psoriasis mientras todos esos hipócritas gritan y se quejan de la humedad y del mal olor, y mientras mi vecina Putilla Vanderputa se pasa el día en cuclillas intentando sacarles brillo con saliva a sus zapatos baratos de plástico blanco con un Kleenex arrugado. Hasta con toda la peste a mierda y humo y azufre, se huele su colonia de todo a cien, que recuerda a ese aroma a frutas variadas del chicle o del refresco soluble de uvas. Para ser sincera, yo prefiero oler mierda, pero ¿quién es capaz de contener la respiración durante más de un millón de años? De manera que, por pura cortesía, le digo:

—Pero, bueno, gracias de todas maneras por ofrecerme el cambio de estilo. —Por pura cortesía, me obligo a sonreír y añado—: Me llamo Madison.

Al oír esto, la adolescente prácticamente se abalanza contra los barrotes que nos separan. Toda pechos y caderas y zapatos de tacón alto, y ahora patéticamente agradecida por mi compañerismo, me sonríe para enseñarme las fundas de porcelana producidas en serie de sus incisivos. En los lóbulos de las orejas lleva pendientes de diamante —todo muy Claire Standish—, lo que pasa es que en realidad son vulgares cubos de zirconio centelleantes del tamaño de monedas de diez centavos.

—Yo me llamo Babette —me dice ella, y dejando caer el Kleenex arrugado me ofrece una mano mugrienta de guarrilla por entre los barrotes para que se la estreche.

III

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, no te ofendas, Satanás, pero mis padres me enseñaron que tú no existes. Mis padres me decían siempre que tanto tú como Dios erais un simple producto de los cerebros de chorlito supersticiosos y atrasados de los predicadores palurdos y los hipócritas republicanos.

Según mis padres, el Infierno no existe. Si se lo preguntas, probablemente te dirán que ya me he reencarnado en una mariposa o una célula madre o lo que sea. Es decir, tanto mi padre como mi madre siempre me han dicho que es muy importante que yo los vea desnudos todo el tiempo para no acabar convertida en una Pervertina Pervertínez. Siempre me han enseñado que no hay nada que sea pecado, que solo existen las decisiones poco acertadas. La falta de autocontrol. Que no existe la maldad. Según ellos, cualquier noción del bien y el mal no es más que un constructo cultural asociado a una época y un lugar concretos. Siempre me han dicho que si algo nos tiene que obligar a modificar nuestra conducta personal, ha de ser nuestra fidelidad a un contrato social, no una amenaza de castigos llameantes vaga e impuesta desde el exterior. No existe nada malvado, insistían, y hasta los asesinos en serie se merecen televisión por cable y un psicólogo, porque los asesinos múltiples también son gente que ha sufrido.

Inspirada por el clásico de John Hughes *El club de los cinco*, he empezado a escribir un ensayo al estilo de la redacción de mil palabras sobre el tema «¿Quién crees que eres?» que les mandaron escribir a los alumnos castigados del Instituto Shermer.

Sí, conozco la palabra *constructo*. Poneos en mi pellejo eccematoso: estoy encerrada en una celda de barrotes en el Infierno, con trece años y condenada a tener trece años para siempre, pero no carezco por completo de conciencia de mí misma.

Lo peor es que mi madre llegó a soltar sus chorradas de Gaia la Madre Tierra en la revista *Vanity Fair* mientras estaba promocionando su última película. La revista publicó la foto de su llegada a la alfombra roja de los Oscar con mi padre llevándola en una birria de coche eléctrico, pero en realidad, cuando no los mira nadie, van a todas partes en un jet Gulfstream alquilado, aunque solo sea para recoger la colada, porque mandan a limpiar la ropa a Francia. Esa película en la que la nominaron por su papel de monja que está tan aburrida e insatisfecha que abandona sus votos para dedicarse a la prostitución y la heroína y tiene varios abortos antes de que le den su propio programa matinal con grandes audiencias y se case con Richard Gere, no la fue a ver ni una sola persona a los cines cuando se estrenó, pero los críticos se

corrieron con ella. Está *más claro que el agua* que los críticos de cine cuentan con que el Infierno no exista.

Yo sospecho que mi relación con *El club de los cinco* es igual que la que mi madre tiene con Virginia Woolf. O sea, ella se vio obligada a tomar Xanax solo para poder leer *Las horas* y aun así se pasó casi un año entero llorando.

En *Vanity Fair* mi madre dijo que la única maldad verdadera que existe es el hecho de que las grandes compañías petroleras estén usando el calentamiento global para llevar a la extinción a los pobres cachorrillos inocentes de oso polar. Y lo que es todavía peor, dijo: «Mi hija Madison y yo llevamos años luchando contra la tragedia de su obesidad infantil». De manera que sí, comprendo el término *pasiva-agresiva*.

Otros niños iban a catequesis y yo iba a Colonias de Medio Ambiente. En Fiyi. Otras niñas aprendían a recitar los Diez Mandamientos. Yo aprendía a reducir mi huella de carbono. En nuestro taller de Técnicas Aborígenes, en Fiyi, usábamos frondas de palmeras provistas de certificado de cultivo orgánico y cosechadas de forma sostenible para tejer unas billeteras cochambrosas que todo el mundo tiraba a la basura. Las Colonias de Medio Ambiente costaban algo así como un millón de dólares, pero aun así nos hacían compartir a todos la misma escobilla asquerosa de bambú para limpiarnos el culo. En lugar de Navidad teníamos el Día de la Tierra. Si existiera el Infierno, decía mi madre, uno iría a él por llevar abrigos de pieles o bien por comprar esas cremas limpiadoras que los científicos nazis prófugos ponían a prueba en Francia sobre bebés de conejo. Mi padre decía que si existía el Diablo, era Ann Coulter. Si existía un pecado mortal, mi madre decía que era la espuma de poliestireno. Y la mayoría de las veces me soltaban estos dogmas ecologistas mientras se paseaban desnudos y con las cortinas abiertas para que yo no me convirtiera al crecer en una pequeña señorita Putilla Vanderputa.

A veces el diablo era la industria tabacalera y otras veces las traínas japonesas.

Y lo que era peor, a las Colonias de Medio Ambiente no habíamos llegado precisamente a bordo de sampanes plácidamente empujados por las corrientes del Pacífico. No, hasta el último chaval de los que estábamos allí había ido en su jet privado individual, quemando tropecientos mil galones de un combustible fósil a base de jugo de dinosaurio que este planeta ya no volvería a ver nunca más. Cada niño o niña era aerotransportado, aprovisionado con el equivalente a su peso corporal en barritas de higo orgánico y yogures de comercio justo en envases de Mylar precintados para un solo uso y diseñados para no biodegradarse hasta la fecha de JAMÁS, y todo aquel cargamento de niños con morriña y calorías entre horas y sistemas de videojuegos volaba disparado hacia Fiyi más deprisa que la velocidad del sonido.

Y para qué ha servido… Miradme ahora: muerta de una sobredosis de marihuana y condenada al Infierno, arañándome como una loca las mejillas en un intento de

convencer a mi vecina de la celda de al lado que sufro una psoriasis contagiosa. Rodeada de un millón de millones de bolas rancias de palomitas. Mirando el lado positivo, en el Infierno ya no eres esclava de un yo corpóreo, lo cual puede ser toda una bendición para la gente muy maniática. Tampoco quiero entrar demasiado en detalles, pero se acabó todo ese tedioso abastecimiento y lavado y evacuación de los distintos orificios que hace falta para mantener un cuerpo físico en funcionamiento. Si te encuentras en el Infierno, en tu celda no hay ni retrete ni agua ni cama, y tampoco los echas de menos. En el Infierno no duerme nadie, salvo quizá a modo de posible postura defensiva ante otra proyección punitiva de *El paciente inglés*.

Está claro que mis padres tenían buenas intenciones, pero cuesta mucho cuestionar el hecho de que estoy atrapada en una jaula de hierro corroído con espléndidas vistas a una furiosa catarata de excrementos —y con esto me refiero a mierda de verdad, no a *El paciente inglés*—, y que conste que NO me estoy quejando. Creedme, lo último que parece necesitar el Infierno, de la misma manera que lo último que necesita el Congo es importar palmeras, es una quejica más.

Sí, conozco la palabra *excrementos*. Estoy encerrada y aburrida, pero no tengo lesiones cerebrales.

No, no es justo, pero supongo que lo peor que me enseñaron fue a tener esperanza. Si te limitabas a plantar árboles y a recoger basura, me dijeron, entonces la vida te iría bien. Lo único que tenías que hacer era compostar tu basura húmeda y cubrir tu tejado de paneles solares y ya no tendrías nada de que preocuparte. Energía eólica renovable. Biodiésel. Ballenas. Eso era lo que mis padres consideraban la salvación espiritual. Veíamos aproximadamente a un cuatrillón de católicos tirándole incienso a una estatua de yeso, o a un billón de trillones de musulmanes arrodillados en fila y mirando a Nueva York, y mi padre decía: «Pobres ignorantes de los cojones…».

Una cosa era que mis padres se comportaran como humanistas seglares y pusieran en jaque su alma inmortal; lo que no está bien *para nada* es que pusieran en jaque también la mía: ellos hicieron sus apuestas con bravuconería petulante, pero la que ha perdido he sido yo.

Por la televisión veíamos a baptistas desfilando delante de alguna clínica, blandiendo bebés de juguete empalados en estacas de madera y embadurnados de sangre falsa hecha con ketchup, y yo de verdad me tragaba que todas las religiones eran pura chifladura. Por contraste, mi padre nunca dejaba de sermonearme con que si yo comía la bastante fibra dietética y reciclaba todas las botellas de plástico que tuvieran cuello, nunca me pasaría nada. Si yo preguntaba por el Cielo o el Infierno, mi madre me daba un Xanax.

Ahora —imaginaos— estoy esperando a que me arranquen la lengua y me la frían con ajo y grasa de beicon. Lo más seguro es que los demonios estén planeando

apagarme cigarros puros en los sobacos.

No me malinterpretéis. El Infierno no es tan terrible, por lo menos si lo comparas con las Colonias de Medio Ambiente, y sobre todo si lo comparas con el primer ciclo de la secundaria. Podéis acusarme de estar de vuelta de todo si queréis, pero no hay gran cosa que se pueda comparar con que te depilen las piernas a la cera o te hagan un piercing en el ombligo en un tenderete de un centro comercial. O con la bulimia. Y no es que yo sea una señorita Zorrina von Zorrinski llena de desórdenes alimentarios.

De lo que más me sigo quejando es de la esperanza. En el Infierno, la esperanza es un hábito execrable, igual que fumar cigarrillos o morderse las uñas. Cuesta verdaderos horrores quitarse de la esperanza. Es una adicción a romper.

Sí, conozco la palabra *execrable*. Tengo trece años y me siento desilusionada y un poco sola, pero no soy corta de luces.

Da igual lo mucho que me esfuerce por resistirme a ella, sigo sin perder la esperanza de que tendré mi primera regla. Sigo sin perder la esperanza de que me crezcan unas tetas enormes, como las que tiene Babette en la celda de al lado. O de meterme una mano en el bolsillo de la falda pantalón y encontrar un Xanax. Cruzo los dedos para que si un demonio me sumerge en un tanque de lava hirviente, me sumerja junto con River Phoenix, los dos desnudos, y que él me diga que soy guapa y me intente besar.

El problema es que en el Infierno no hay esperanza.

¿Quién creo que soy? En mil palabras… No tengo ni idea, pero voy a empezar por abandonar toda esperanza. Por favor, ayúdame, Satanás. Me haría muy feliz. Ayúdame a romper mi adicción a la esperanza. Gracias.

IV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Hoy me ha parecido verte y te he saludado con la mano en plan frenético, como una grupi chiflada, para llamar tu atención. El Infierno sigue revelándose como un sitio muy interesante y emocionante, y ya he empezado a aprender rudimentos de demonología para no sentirme una tonta por toda la eternidad. En serio, casi no hay tiempo para tener morriña.

Hoy hasta me he hecho amiga de un chico que tiene unos ojos castaños y soñadores.

Para decirlo de forma bastante técnica, en el Infierno el tiempo no se compone de días y noches, sino de un estado constante de penumbra acentuado por la luz anaranjada y parpadeante de las llamas, las enormes nubes blancas de vapor y las nubes negras de humo. Estos elementos se combinan para crear una perpetua atmósfera rústica de après-ski.

Teniendo esto en cuenta, gracias a Dios que me he traído un reloj de pulsera de cuerda con calendario. Uy, lo siento, Satanás, he dicho el nombre de D.

Os lo digo a todos los que estáis paseándoos por ahí vivos, tomando vuestros complejos multivitamínicos y enfrascados en ser luteranos o en haceros colonoscopias: tenéis que invertir en un reloj de pulsera de buena calidad de los que duran, con funciones de fecha y calendario. No contéis con que vuestro móvil tenga cobertura en el Infierno, y ni por un segundo penséis que vais a acordaros de moriros con el cable del cargador a mano, ni tampoco que os vais a despertar encerrados en una celda herrumbrosa y provista de enchufe eléctrico compatible. Con esto no os estoy diciendo que os compréis un Swatch. Los Swatch son de plástico, y en el Infierno el plástico se derrite. Haceos un favor enorme e invertid en un reloj de pulsera de cuero del bueno o de esas de metal con muelles que las hacen elásticas.

En caso de que no os acordéis de equiparos con un reloj de pulsera como es debido, NO elijáis a una chica regordeta, brillante y previsora de trece años con mocasines Bass Weejun de tacón bajo y gafas de pasta y os dediquéis a preguntarle constantemente: «¿Qué día es hoy?» y «¿Qué hora es?». Porque la chica inteligente aunque robusta en cuestión se limitará a hacer como que se mira el reloj y a deciros: «Pues hace cinco mil años desde la ÚLTIMA vez que me lo has preguntado».

Sí, conozco la palabra *herrumbrosa*. Puede que esté un poco molesta y a la defensiva, pero —por mucho que me lo preguntéis muy amablemente con ese tonillo lastimero en la voz—, yo NO soy vuestra esclava sumisa a cargo de daros la hora.

Y antes de que os molestéis en dejar de fumar, tened en cuenta que fumar tanto

cigarrillos como puros es un entrenamiento excelente para estar en el Infierno.

Y antes de que os pongáis a decir en plan sarcástico, basándoos en mi temperamento general, que debo de tener «el inquilino comunista», o estar pasando «uno de esos días del mes», permitidme que os recuerde que estoy muerta, difunta, y que me he quedado prepúber para toda la eternidad y por consiguiente soy inmune a esos absurdos imperativos biológicos reproductivos que sin duda dan forma a todos y cada uno de los momentos de vuestra cochambrosa vida atiborrada de constantes vitales.

Me imagino perfectamente a mi madre diciéndome: «Madison, estás muerta, haz el favor de *relajarte*».

Cada vez estoy menos segura de a qué era yo más adicta: si a la esperanza o al Xanax.

En la celda contigua a la mía, Babette mata el rato examinándose las cutículas y sacándose brillo a las uñas frotándoselas contra la correa de su bolso blanco. Cada vez que echa un vistazo en mi dirección, yo me pongo a rascarme con grandes aspavientos el cuello y la zona de alrededor de los ojos. A Babette no parece pasarle por la cabeza en absoluto que estamos muertas, y que sería muy poco probable que enfermedades como la psoriasis pudieran continuar en el más allá; sin embargo, teniendo en cuenta que lleva pintura de uñas de color blanco glaseado, salta a la vista que Babette no es precisamente una catedrática. Una chica de portada, tal vez.

Babette ve que la estoy mirando y me dice levantando la voz:

—¿Qué día es hoy?

Yo me rasco y le contesto levantando también la voz:

—Jueves.

En realidad no me llego a tocar la piel con las uñas; lo que llevo a cabo es el equivalente en materia de rascarse a tocar la guitarra de aire; de otra manera, ya tendría la cara más en carne viva que una hamburguesa. Lo último que necesito es que me salga una infección en este entorno de mugre y porquería.

Babette guiña los ojos para mirarse la base de las uñas y dice:

—Me encantan los jueves… —Se saca un frasco de pintaúñas blanco del bolso Coach falso y añade—: Los jueves son como los viernes pero sin la presión de tener que salir y divertirse. Son como la víspera de la víspera de Navidad, ya sabes, el veintitrés de diciembre… —Babette agita el frasquito de pintaúñas y dice—: Los jueves son como una segunda cita que va de maravilla, cuando todavía piensas que el sexo puede estar bien…

En otra celda bastante cercana alguien se pone a gritar. A solas en su celda, otras personas permanecen encogidas en esa postura clásica del estupor catatónico, ataviados con sus ropajes de dogos venecianos, vivandieres napoleónicas y cazadores de cabezas maoríes. Está claro que ellos sí que han podido abandonar toda esperanza

y aferrarse a los barrotes repugnantes de sus jaulas. Se han revolcado y se han sacudido, ya completamente resignados, y ahora están todos llenos de porquería, inmóviles y mirando. Menudos cabrones con suerte.

Mientras se pinta las uñas, Babette me pregunta:

—Y ahora… ¿qué día es?

Mi reloj de pulsera dice que es jueves.

—Viernes —le miento.

—Hoy se te ve la piel mejor —miente a su vez Babette.

Yo le devuelvo la mentira:

—Tu perfume huele de maravilla.

Babette ataja mi mentira devuelta diciendo:

—Creo que te han crecido los pechos.

Y es justo entonces cuando me parece verte, Satanás. De la oscuridad emerge una figura altísima, dando zancadas junto a una hilera lejana de jaulas. Por lo menos tres veces más alta que ninguno de los humanos que hay encogidos de miedo al otro lado de los barrotes, la figura arrastra tras de sí una cola bífida que le crece de la base del espinazo. De entre los omóplatos le salen unas alas gigantescas de cuero negro —de cuero de verdad, no como la cutrez de zapatos Manolo Blahnik falsos que lleva Babette—, y de la superficie cubierta de escamas de su calva le crecen unos gruesos cuernos de hueso.

Perdonad mi posible violación del protocolo infernal, pero es que no puedo resistir la oportunidad. Levanto una mano, la agito por encima de la cabeza como si estuviera parando un taxi y le grito:

—¿Hola? ¿Señor Satanás? —Le grito—: ¡Soy yo, Madison!

La figura cornuda se detiene junto a una jaula en cuyo interior hay un pobre mortal encogido de miedo y gritando, vestido con un uniforme de fútbol americano raído y manchado. Con unas garras pinchudas de águila en lugar de manos, la figura cornuda abre la cerradura de la jaula y se cuela en el espacio diminuto, donde el jugador de fútbol americano se pone a esquivarlo entre gritos y a tratar de no ser cazado.

Sin dejar de agitar la mano, yo lo llamo:

—¡Aquí! —le grito—. ¡Mire hacia aquí!

Solo quiero saludarlo y presentarme. Me parece lo correcto.

Por fin, una garra atrapa al deportista jadeante y desfondado y lo saca de la jaula de hierro. Los cautivos de todas las celdas circundantes gritan y se apartan tanto como pueden de lo que está sucediendo; todos acurrucados y temblando en algún rincón alejado, hiperventilándose y con los ojos abiertos como platos. La suma de sus lamentaciones suena ronca y entrecortada por el esfuerzo. Igual que uno desmiembra un cangrejo al vapor, la figura cornuda agarra una de las piernas del deportista y se la

retuerce más y más, hasta que la articulación de la cadera se desencaja y los tendones se parten y la pierna se desprende del tronco. La figura repite el proceso con todos los miembros del hombre y se los lleva a la boca llena de dientes pinchudos de tiburón para arrancarle al tipo la carne abundante e hipertrofiada de los huesos.

Y yo no dejo en ningún momento de llamarlo:

—¿Hola? Cuando tenga usted un momento, señor Satanás… —Sin saber muy bien cuál es la forma educada de interrumpir una comida como esa.

Después de comerse los brazos y las piernas del jugador de fútbol americano, la figura cornuda arroja sus huesos de vuelta a la jaula. Hasta los gritos quedan ahogados por los sonidos húmedos que hace el demonio al sorber y relamerse y masticar. Luego atruena un eructo. Cuando por fin el jugador de fútbol americano ha quedado reducido a los huesos del tórax, un poco como queda la osamenta apurada de un pavo de Acción de Gracias, todo costillares blancos y jirones colgantes de piel, solo entonces la figura cornuda arroja los últimos restos a la jaula y cierra la puerta con llave.

Yo aprovecho el momento de pausa para ponerme a dar saltos espasmódicos, agitando los dos brazos por encima de la cabeza y gritando. Siempre con cuidado de no tocar mis barrotes mugrientos y llenos de porquería, le grito:

—¿Hola? ¡Soy Madison! —Recojo una bola sucia de palomitas del suelo, se la tiro y le grito—: ¡Me muero de ganas de conocerlo!

Los huesos sueltos y ensangrentados del jugador de fútbol americano ya se están ensamblando, reuniéndose para formar un ser humano, recubriéndose nuevamente de músculo y piel, todo ya regresa para recrear al mismo hombre, restaurado para ser torturado una vez más, de forma indefinida, para siempre.

Con su apetito aparentemente saciado, la figura cornuda da media vuelta y se aleja caminando.

Yo le grito, desesperada. No, no es justo; ya os he dicho que gritar en el Infierno es no saber estar. Gritar me parece una incorrección total, y aun así grito:

—¡Señor Satanás!

Pero la figura alta y con rabo ya se ha ido.

La voz de Babette me dice desde la jaula de al lado:

—¿Qué día es hoy?

Si se parece a algo, el Infierno se parece a esos dibujos animados antiguos de la Warner donde los personajes siempre están siendo decapitados con guillotinas y desmembrados por explosiones de dinamita para a continuación resucitar como si nada y presentarse al siguiente asalto. Es un sistema que resulta al mismo tiempo reconfortante y monótono.

—Ese no es Satanás —dice una voz.

Un chaval adolescente que está en una celda cercana levanta la voz para

hablarme:

—Ese era Arimán, un simple demonio del desierto de Irán.

El adolescente en cuestión lleva una camisa de botones de manga corta metida por dentro de unos pantalones de lino. Lleva un voluminoso reloj de pulsera de submarinista con funciones de cronómetro para ser usadas en aguas profundas y calculadora incorporada. En los pies lleva unos zapatos Hush Puppies con suelas de goma y los pantalones de lino tienen el dobladillo de los bajos tan alto que se le ven los calcetines de deporte blanco. El chico pone los ojos en blanco, niega con la cabeza y dice:

—Caray, ¿es que no tienes *ni idea* de antropología teológica comparada básica de la Antigüedad?

Babette se agacha para sacar brillo a su cutrez de zapatos usando saliva y otro Kleenex arrugado.

—Cállate, cebollino.

—Lo siento —le digo al chico. Me señalo con el dedo, un gesto patético donde los haya (incluso con el calor asfixiante que hace en el Infierno noto que me ruborizo), y añado—: Soy Madison.

—Ya lo sé —dice el chico—. No soy sordo.

Solo de ver los ojos castaños del chico… la amenaza terrible y espantosa de la esperanza se empieza a gestar en mi seno rechoncho.

Arimán, me explica, no es más que una deidad derrocada de la cultura persa antigua. Era el gemelo de Ormuz, hijos ambos del dios Zurván el Creador. Arimán es el responsable de los venenos, las sequías, las hambrunas, los escorpiones, casi todos esos estereotipos del desierto. Su hijo se llama Zohak y tiene serpientes venenosas saliéndole de la piel de los hombros. De acuerdo con el adolescente, lo único que comen esas serpientes son cerebros humanos. En fin… las típicas banalidades macabras que solo se molestan en aprenderse los adolescentes. El típico rollo de jugador de rol.

Babette se frota las uñas contra la correa del bolso para sacarles brillo, sin hacernos caso.

El adolescente señala con la cabeza en la dirección en que ha desaparecido la figura cornuda y dice:

—Normalmente ronda por la otra punta del Estanque de Vómito, al oeste del Río de Saliva Caliente, en la otra orilla del Lago de Mierda… —El chico se encoge de hombros y dice—: Para ser un demonio necrófago mola bastante.

Babette levanta la voz chillona para interrumpirlo.

—Arimán se me comió una vez… —Cuando ve la expresión de la cara del chico y se fija en la entrepierna inflada de sus pantalones de lino, Babette dice—: NO de esa manera, asqueroso, niñato imbécil.

Sí, puede que esté muerta y padezca un complejo de inferioridad como la copa de un pino, pero no tengo problemas para reconocer una erección. Y a pesar de que el aire apestoso y con olor a mierda que nos rodea está infestado de moscas negras y gordas, le pregunto al chico:

—¿Cómo te llamas?

—Leonard —dice él.

—¿Por qué estás condenado en el Infierno? —le pregunto.

—Por hacerse pajas —dice Babette.

—Por cruzar la calle sin mirar —dice Leonard.

—¿Te gusta *El club de los cinco*? —le pregunto.

—¿Eso qué es? —dice él.

—¿Te parezco guapa? —le pregunto.

La mirada de ojos castaños soñadores del chico, Leonard, me recorre entera, posándose como un enjambre de avispas sobre mis piernas mal afeitadas, mis gafas de culo de botella, mi nariz torcida y mi pecho plano. Me vuelve a mirar, las cejas le dan un brinco hacia el nacimiento del pelo, llenándole la frente de unas arrugas que parecen largos pliegues de acordeón. A continuación sonríe pero niega con la cabeza.

—Era una simple prueba —le digo, y oculto mi sonrisa fingiendo que me rasco el eccema que no tengo en la mejilla.

V

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Aunque al principio no lo veía muy claro, ahora me lo estoy pasando en grande. No paro de conocer a gente nueva, y perdón por la confusión… Imagínate: mira que confundir a un demonio normal y corriente que no tiene nada de especial contigo… Leonard no para de enseñarme cosas nuevas e interesantes. Además, he tenido una idea superbrillante para vencer mi insidiosa adicción a la esperanza.

¿Quién podía imaginarse que la teología antropológica comparada podía ser tan absolutamente fascinante? Según Leonard, que en verdad tiene unos ojos castaños encantadores, todos los demonios del Infierno reinaron alguna vez en calidad de dioses de culturas anteriores.

No, no es justo, pero lo que para unos es un dios, para otros es un demonio. Y a medida que cada civilización se iba convirtiendo en el poder dominante, entre sus primeras medidas siempre se contaba el derrocar y demonizar a quienquiera que la cultura anterior hubiera adorado. Los judíos atacaron a Belial, el dios de los babilonios. Los cristianos prohibieron el culto a Pan, a Loki y a Marte, que eran las deidades respectivas de los antiguos griegos, celtas y romanos. Los británicos anglicanos prohibieron la fe en los espíritus aborígenes australianos conocidos como los Mimi. Satanás es representado con pezuñas hendidas porque Pan las tenía, y el tridente que lleva está basado en el que llevaba Neptuno. A medida que cada deidad iba siendo destronada, se la relegaba al Infierno. Y por supuesto, a unos dioses que llevaban tanto tiempo acostumbrados a recibir tributos y amorosas atenciones este cambio de estatus los ponía de un humor de perros.

Y por los dioses, yo ya conocía la palabra *relegar* antes de que saliera de labios de Leonard. Puede que tenga trece años y que sea una novata en el submundo, pero no me toméis por idiota.

—Nuestro amigo Arimán fue originalmente expulsado del panteón por los iraníes prezoroastrianos —dice Leonard, blandiendo el índice en mi dirección, y añade—: No sientas la tentación de percibir el esenismo como una versión judaica del mazdeísmo.

Leonard niega con la cabeza y dice:

—Nada que tenga que ver con Nabucodonosor Segundo y Ciáxares es tan simple.

Babette echa un vistazo a la polvera que tiene abierta en una mano y se retoca la sombra de ojos con un pincelito. Levanta la vista de su reflejo en el espejo diminuto y se dirige a Leonard levantando la voz:

—¿Se puede ser MÁS coñazo que tú?

Entre los primeros católicos, dice él, la Iglesia descubrió que el monoteísmo no podía reemplazar a aquellos politeísmos tan queridos que ahora se consideraban anticuados y paganos. Los oficiantes estaban demasiado acostumbrados a elevar sus peticiones a las deidades individuales, de manera que la Iglesia creó a los diversos santos, cada uno de los cuales era el equivalente a una deidad anterior, que representaba o bien el amor, o el éxito, o la recuperación de la enfermedad, etcétera. A medida que se sucedían las batallas y se fundaban y caían reinos, el dios Arimán fue reemplazado por Sraosha. Mitra suplantó a Visnú. Zoroastro hizo obsoleto a Mitra, y con cada nuevo dios que llegaba, la anterior deidad regente era relegada a la oscuridad y el desprecio.

—La misma palabra *demonio* —dice Leonard— viene de los teólogos cristianos que malinterpretaron el término *daimón* de los escritos de Sócrates. Originalmente la palabra quería decir «musa» o «inspiración», pero su definición más común era «dios».

Y si nuestra civilización se prolonga lo bastante en el futuro, añade, hasta Jesucristo acabará paseándose enfurruñado por el Hades, desterrado y cabreado.

—¡Y una mierda! —grita una voz de hombre.

El alarido surge de la celda del jugador de fútbol americano, que ahora tiene los huesos mondos cubiertos de una espuma de corpúsculos rojos, de burbujas rojas que se funden entre ellas para formar músculos, que a su vez se inflan y se estiran para pegarse a sus tendones, mientras los ligamentos blancos se trenzan, un proceso que resulta al mismo tiempo fascinante y repulsivo a la vista. Incluso antes de que una capa de piel le haya envuelto por completo el cráneo, su mandíbula se abre para gritar:

—¡Eso es *basura*, empollón! —La corriente de piel nueva rompe como una ola de color rosa para formarle labios alrededor de los dientes, y esos labios dicen—: ¡Tú sigue hablando así, gilipollas! Es exactamente por eso por lo que has acabado aquí.

Sin levantar la vista de su imagen reflejada en el espejo de la polvera, Babette pregunta:

—¿Tú por qué estás aquí?

—Por hacer fueras de juego —contesta el jugador de fútbol americano, levantando la voz.

—¿Por qué estoy aquí yo? —le grita Leonard.

—¿Qué es «fueras de juego»? —pregunto yo.

Al jugador de fútbol americano le brota pelo de color castaño rojizo del cuero cabelludo. Pelo rizado de color cobrizo. Dentro de las cuencas oculares se le inflan sendos ojos grises. Hasta el uniforme se le vuelve a tejer solo a partir de los jirones y los hilos que tiene desparramados por el suelo de la celda. En la espalda de la camiseta lleva impreso un número 54 enorme y el nombre Patterson. A continuación

el jugador de fútbol americano me dice:

—Yo tenía parte del pie sobre la línea de golpeo cuando el árbitro hizo sonar el silbato para señalar el inicio del juego. Eso es «fuera de juego».

—¿Y eso está en la *Biblia*? —le pregunto.

Ahora que tiene todo el pelo y la piel otra vez en su sitio, al jugador de fútbol americano se le nota que está en edad de hacer la secundaria. Debe de tener dieciséis o como mucho diecisiete años. Mientras habla, unos cablecitos plateados se le entretejen sobre los dientes, convirtiéndose en una ortodoncia.

—En el minuto dos del segundo cuarto —explica—, intercepto un pase y me echan por un placaje defensivo. ¡Y paf! Aparezco aquí.

Y Leonard le vuelve a gritar:

—Pero *¿por qué estoy yo aquí?*

—Porque no crees en el único Dios verdadero —dice Patterson, el jugador de fútbol americano. Que ya vuelve a estar cubierto de piel y contemplando a Babette con sus nuevos ojos.

Babette no levanta la vista del espejito, sino que se dedica a hacer muecas, a poner morritos, atusarse el pelo y pestañear muy deprisa. Tal como diría mi madre: «Nadie pone la espalda tan recta a menos que la estén filmando». En otras palabras: a Babette le encanta ser el centro de atención.

No, no es justo. Desde sus jaulas respectivas, tanto Patterson como Leonard están mirando a Babette, encerrada en la suya. A mí no me mira nadie. Si quisiera que nadie me hiciera caso, me habría quedado en la tierra haciendo de fantasma, mirando cómo mis padres se pasean desnudos, abriéndoles las cortinas y enfriándoles las habitaciones para obligarlos a que se pongan algo de ropa. Hasta me parece preferible que el tal Arimán venga a hacerme pedazos y devorarme a que nadie me haga ni puñetero caso.

Ya vuelve a estar ahí: esa irritante tendencia a la esperanza. Mi adicción.

Mientras Patterson y Leonard se comen con los ojos a Babette, y Babette se come con los ojos a ella misma, yo finjo que miro revolotear a un murciélago vampiro. Miro cómo las olas marrones espumean y rompen en el Lago de Mierda. Finjo que me rasco la psoriasis falsa de la cara. En las jaulas vecinas, los pecadores se acurrucan y lloran por pura costumbre. Un alma condenada con uniforme de soldado nazi se dedica a dar cabezazos sin parar contra el suelo de piedra de su celda, aplastándose y machacándose la nariz y la frente como si estuviera dándole golpecitos a un huevo duro contra el plato para cascarlo. En las pausas entre impactos contra la piedra, su nariz y sus rasgos machacados se inflan hasta recuperar su apariencia normal. En otra celda hay un chaval adolescente con chaqueta de cuero negro de motorista, un imperdible exageradamente grande atravesándole la mejilla y la cabeza afeitada salvo por una tira de pelo, teñida de azul y engominada para

elevarse en forma de cresta punk que le va desde la frente hasta la nuca. Mientras lo miro, el punk de la chaqueta de cuero se lleva la mano a la mejilla y abre el imperdible. Se lo extrae de la piel agujereada, a continuación mete la mano entre los barrotes de su jaula, encaja la punta del imperdible abierto en la cerradura de su celda y se pone a darle vueltas en su interior.

Sin dejar de mirarse en el espejo de la polvera, Babette pregunta sin dirigirse a nadie en particular:

—¿Qué día es hoy?

Leonard dobla el brazo al instante para mirarse el reloj de submarinista con cronómetro y dice:

—Es jueves. Son las tres de la tarde y nueve minutos. —Al cabo de un segundo, añade—: No, espera… Ya son las tres y diez.

En la media distancia, un gigante imponente con cabeza de león, cubierto de pelo negro desaliñado y con zarpas de gato en vez de manos, mete un brazo en una jaula y saca a un pecador entre chillidos y pataleos, agarrándolo del pelo. De la misma manera en que uno come uvas directamente del racimo, los labios del demonio se cierran en torno a la pierna del hombre. Las mejillas peludas de león del demonio se hunden, ahuecándose, y los alaridos del hombre arrecian mientras la carne le es desprendida del hueso y sorbida. Con una pierna ya reducida a un colgajo de huesos, el demonio se pone a sorberle la carne de la segunda pierna.

Pese a todo este jaleo, Leonard y Patterson siguen contemplando a Babette, que a su vez se contempla a ella misma. La Era Glacial de la Idiotez.

Con un ruidito metálico apagado, el punk de la chaqueta de cuero retuerce la punta de su imperdible hacia un lado dentro de la cerradura de su celda para forzar el mecanismo de apertura. Saca el imperdible y se lo seca contra los vaqueros para limpiar la punta de óxido y limo antes de volver a encajárselo en su sitio, atravesándose la mejilla. A continuación el punk abre la puerta de la celda y sale de su jaula. Su cresta es tan alta que el pelo azul le roza la parte superior del marco de la puerta.

Recorriendo con andares chulescos la hilera de celdas, el punk de la cresta azul se dedica a echar vistazos al interior de cada de una de ellas. Dentro de una de las celdas yace un faraón egipcio o algo parecido que fue al Infierno por rezarle al dios incorrecto, farfullando y babeando, con un brazo extendido de tal manera que la mano le queda junto a los barrotes de la jaula. En uno de los dedos le reluce un anillo de diamante enorme, de cuatro quilates y absolutamente incoloro, nada que ver con el zirconio cúbico de los pendientes baratos de Babette. El chaval punk se detiene junto a esa celda y se agacha. Mete la mano por entre los barrotes y le quita el anillo del dedo consumido. A continuación se guarda el diamante en el bolsillo de la chaqueta de motorista. Se pone de pie, me sorprende mirándolo y echa a andar tranquilamente

hacia mi celda.

Lleva botas negras de motorista —nota: una elección de calzado excelente para el Hades—, con una cadena de bicicleta alrededor del tobillo de una bota y un pañuelo rojo y sucio atado alrededor del otro tobillo. Tiene el mentón y la frente pálidos salpicados de puntitos rojos de granos que contrastan con sus ojos verdes y luminosos. Mientras se me acerca paseando, el punk de la cresta se mete una mano en el bolsillo de la chaqueta y saca algo. Sin dejar de caminar, y desde bastante lejos, me dice:

—Cógelo.

Y estira el brazo para lanzarme el objeto, que traza un arco largo y centelleante, pasa entre los barrotes de mi celda y cae en el sitio preciso para que yo junte las manos y lo atrape.

Representando a la perfección el papel de señorita Zorrina Zorrovitch, Babette sigue sin mirar a Patterson ni a Leonard, y en cambio tiene la polvera ladeada para espiar por el espejo al chaval punk, escrutándolo con tanta atención que cuando el objeto que me lanza centellea, el destello le rebota contra el espejo y le ilumina los ojos.

—¿Qué hace una chica guapa como tú —me pregunta el chaval de la cresta— en un sitio como este?

Cuando habla, el imperdible que lleva en la mejilla se le menea, arrancando destellos anaranjados de la luz del fuego. Se acerca con andares chulescos a los barrotes de mi celda y me guiña un ojo verde, pero lo que está haciendo en realidad es mirar a Babette sin mirarla directamente. Está claro que ha tocado los barrotes sucios y luego se ha tocado la cara, los vaqueros y las botas, embadurnándose todo de porquería.

No, no es justo, pero la suciedad consigue que cierta gente esté todavía más sexy.

—Me llamo Madison —le digo—. Y soy adicta a la esperanza.

Sí, conozco la palabra *instrumento*. Puede que esté muerta y que sea menor de edad y esté loca por los chicos, pero aun así se me puede usar para poner celosa a otra chica. En la palma de mi mano, todavía caliente del bolsillo del punk, tengo el anillo de diamante robado. El primer regalo que me hace un chico.

El chico de la cresta se saca el imperdible enorme de la mejilla, mete la punta afilada en el ojo de mi cerradura y se pone a usarla de ganzúa.

VI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Doy por sentado que tener carnet de socio del Infierno te permite codearte con tropecientos mil famosos de primera fila… La única persona que no me muero de ganas por encontrarme es mi abuelo. El abuelito Ben, que tanto tiempo lleva muerto. Es una larga historia. Achacad el impulso a mi curiosidad juvenil, pero no puedo resistir la oportunidad de escaquearme de aquí y darme un garbeo para ver qué pinta tiene mi nuevo vecindario.

Por favor, no me vengáis con psicologías baratas, pero confío de verdad en caerle bien al diablo. Fijaos otra vez en el apego que le tengo a hacerme esperanzas. El hecho de que yo esté aquí, encerrada en una jaula pringosa, parece indicar por omisión que Dios no es precisamente mi fan número uno, y ahora parece también que mis padres no se van a dejar ver por aquí, ni tampoco mis profesores favoritos, mis orientadores nutricionales ni ninguna otra de las figuras de autoridad a las que he intentado complacer durante los últimos trece años. Por tanto no es de extrañar que yo haya trasladado todas mis necesidades inmaduras de atención y afecto a la única figura paterna adulta que hay disponible: Satanás.

Ahí están: tanto la esperanza como la mención a Dios, pruebas de mi tenaz adicción a todo lo que sea alegre y optimista. Si he de ser sincera, todos los esfuerzos que he hecho hasta ahora para no mancharme, mantener la espalda recta, mostrarme desenfadada y poner una sonrisa risueña han estado calculados para granjearme el cariño de Satanás. En la mejor de las situaciones que me imagino, me veo a mí misma en el papel de adlátere o esbirra cómica, convertida en una niñata desenfadada, gordita y descarada que siempre acompaña al Príncipe de las Mentiras, haciendo chistes de listilla y tratando de subirse el ego mustio. Tengo tan arraigado el descaro en mi naturaleza que ni siquiera puedo permitirle al Príncipe de las Tinieblas que disfrute de la calma chicha. Realmente soy una especie de versión en carne y hueso del Zoloft. Tal vez eso explique que Satanás no haya aparecido para nada: debe de estar esperando a que se me acabe la energía antes de darse a conocer.

Sí, entiendo bastante de psicología pop. Puede que sea una muerta dicharachera, pero no me engaño respecto a la primera impresión que doy de ser una maníaca total.

Hasta mi padre os lo diría: «Es una derviche». En otras palabras: suelo fatigar a la gente.

Es por eso por lo que cuando el punk de la cresta azul me abre la cerradura de la celda y la empuja para que se abra sobre sus goznes chirriantes y oxidados, yo me echo atrás en mi celda en lugar de avanzar hacia mi libertad. A pesar del anillo de

diamantes que me acaba de tirar el punk, y que ahora reside en el dedo corazón de mi mano derecha, resisto mis ansias de conocer mundo. Le pregunto al chaval cómo se llama.

—¿Yo? —dice, atravesándose la mejilla con el enorme imperdible—. Llámame Archer.

Sin salir de mi celda, le pregunto:

—¿Tú por qué estás aquí?

—¿Yo? —dice el chaval, Archer—. Pues porque le cogí el rifle semiautomático AK-47 a mi viejo… —Se apoya en una rodilla, se echa al hombro un rifle invisible y dice—: Y me lo cargué a él y a mi vieja. Masacré a mi hermanito y a mi hermanita. Después, a mi abuela. Después a mi pastor escocés, Lassie…

A modo de puntuación de cada frase, Archer se asoma por la mirilla de su rifle fantasma y aprieta un gatillo invisible. Y cada vez que aprieta el gatillo, echa el hombro de golpe hacia atrás, como si estuviera experimentando el retroceso del arma, y se le agita la alta cresta azul.

Sin dejar de asomarse por una mira invisible, Archer dice:

—Tiré el Ritalin al retrete, conduje el coche de mis padres hasta la escuela y me cargué al equipo entero de fútbol americano de la escuela y a tres profesores… todos muertos, muertos, muertos.

Allí plantado, se lleva la boca del cañón del rifle imaginario a la boca, frunce los labios y sopla para disipar el humo invisible del arma.

—Y una mierda —grita la voz de Patterson, el jugador de fútbol americano, ya convertido nuevamente en un adolescente pelirrojo de ojos grises y con un número 54 enorme en la camiseta. Lleva su casco en una mano. Arrastra los pies por el suelo y los afilados tacos de acero de las suelas de sus zapatillas se deslizan golpeteando la piedra—. No puedes ser más embustero. —Patterson niega con la cabeza—. Cuando llegaste aquí vi tus documentos. Decían que no hiciste más que robar en una tienda.

Leonard, el cerebrito, se ríe.

Archer agarra del suelo una bola de palomitas dura como la piedra y la lanza con la rapidez de una pelota de béisbol bateada horizontalmente contra la oreja del cerebrito.

Hay un estallido de palomitas y bolígrafos de los bolsillos de Leonard volando en todas direcciones. El cerebrito se calla.

—Escuchad —dice Patterson—. Según su expediente, el señor Asesino en Serie, aquí presente, estaba intentando robar una barra de pan y un paquete de pañales desechables.

Al oír eso Babette levanta la vista de su espejo y dice:

—¿Pañales?

Archer se acerca dando zancadas a la celda de Patterson y mete la barbilla entre

sus barrotes; con una voz que es un gruñido entre dientes, le dice:

—¡Tú te callas, deportista de los cojones!

—¿Tienes un bebé? —dice Babette.

Archer se gira hacia ella y le grita:

—¡Cállate!

—Vuélvete a tu celda —grita Leonard—, antes de que nos metas a todos en líos.

—¿Qué? —grita Archer. Echa a andar chulescamente hacia Leonard, se extrae el imperdible de la mejilla y se pone a forzar la cerradura de la puerta de su jaula—. ¿Tienes miedo de que esto quede en tu *expediente permanente*, cebollino? —Archer termina de forzar la cerradura y dice—: ¿Tienes miedo de no poder entrar en una universidad de la Ivy League? —Y diciendo esto, abre la puerta de barrotes.

Leonard agarra la puerta, la cierra de golpe y dice:

—No.

Al estar la cerradura abierta, la puerta no aguanta cerrada y se vuelve a abrir. Leonard la sostiene en su sitio y dice:

—Cierra, deprisa, antes de que venga algún demonio.

La cabeza azul de Archer se aleja con aire arrogante hacia la celda de Babette, imperdible en mano y diciendo:

—Eh, cielo, conozco un sitio precioso desde el que se ve la orilla oeste del Mar de los Insectos y que te va a quitar el hipo. —Y se pone a forzar también su cerradura.

Leonard sigue tirando de los barrotes de la puerta de su celda para impedir que se abra.

Mi puerta está abierta. Cierro la mano donde tengo mi anillo de diamante nuevo.

—Pero, pringao —grita Patterson—, si tú no sabes llegar ni a la otra orilla del Lago de Mierda.

Mientras abre la puerta de Babette, Archer le grita:

—Pues vente con nosotros, deportista de los cojones, y me enseñas el camino.

Babette se vuelve a guardar los cosméticos en el bolso Coach falso y dice:

—Eso… si es que te atreves.

Se coge absurdamente con los dedos su falda ya de por sí corta y se levanta los bajos como si quisiera evitar que le arrastraran por el suelo. Como está hecha toda una señorita Guarrina O'Guarrelton, Babette enseña los muslos casi hasta la entrepierna de las medias y sale por la puerta abierta, caminando primorosamente con sus zapatos Manolo Blahnik falsos.

Leonard se agacha para recoger sus bolígrafos caídos. Se sacude con la mano las palomitas pegajosas que le han quedado en el pelo.

Archer se acerca chulescamente a la celda de Patterson. Sostiene el imperdible a su lado de los barrotes, allí donde Patterson no alcance a cogerlo, provocándolo, y le

dice:

—¿Te apetece una excursioncita?

Para llamar la atención de Leonard, le cuento mi teoría sobre las terapias de alteración de la conducta frente a los simples exorcismos de toda la vida. Le cuento que hoy día, si cualquiera de mis amigas, de mis amigas vivas, se pasa el día vomitando en su dormitorio, le diagnostican bulimia. Y en lugar de llamar a un exorcista para que le muestre a la chica lo que está haciendo, le manifieste su amor y su preocupación y expulse al demonio que la ocupa, las familias de hoy día llaman a un terapeuta conductista. Resulta raro pensar que en la década de 1970 los líderes religiosos todavía estaban arrojándoles agua bendita a las chicas adolescentes que sufrían desórdenes alimentarios.

Y antes de que yo termine de explicarle mi teoría según la cual la adicción al Xanax la causa la posesión demoníaca, Leonard el de los encantadores ojos castaños abre de golpe la puerta de su celda y sale corriendo en pos de los excursionistas que ya casi han desaparecido de la vista. El único amigo que he conseguido hacer en el Infierno, Leonard, se aleja correteando por el suelo cubierto de ositos de goma y carbón humeante. Girando la cabeza a un lado y a otro, en busca de posibles demonios, y gritando:

—¡Esperad! ¡Esperadme! —Sin dejar de correr hacia la mancha azul y ya apenas visible que es la cresta de Archer.

Cuando ya casi no se ve a ninguno de los cuatro, reducidos por la distancia a simples puntitos infractores en el paisaje de mierda burbujeante y dátiles chinos tirados por el suelo, solo entonces salgo yo también por la puerta de mi celda y doy mis primeros pasos prohibidos con mis zapatos Bass Weejun en pos de ellos.

VII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Como es propio de turistas, nos hemos embarcado en una excursioncita para explorar el Infierno. Vamos familiarizándonos con la topografía general. Vemos unos cuantos sitios famosos e interesantes. Y a mí me da por hacer una confesión.

Los cinco damos un rodeo por el margen del grasiento y escamoso Desierto de Caspa, donde unos abrasadores vientos tan calientes como mil millones de secadores de pelo arrastran las escamas de piel muerta hasta formar montañas tan altas como el monte Cervino. Dejamos atrás los Grandes Llanos de Cristales Rotos. Después de una buena caminata, nos plantamos en un acantilado de cenizas volcánicas que domina un océano enorme y pálido que se extiende hasta el horizonte. Ni una sola ola trastorna la quietud de su superficie opalescente, que es del mismo tono del marfil sucio que el cuero falso y lleno de arañazos de los zapatos Manolo Blahnik falsos de Babette.

Mientras nosotros miramos, la marea viscosa de ese limo blanquecino parece subir y robar un dedo de playa cenicienta. El fluido pútrido es tan espeso que, a medida que la marea sube, no parece tanto que lama la orilla como que la orilla retrocede. Al parecer, en este océano en concreto, la marea no baja nunca y tampoco se detiene; simplemente nunca deja de subir.

—No os lo perdáis —dice Archer y traza un arco amplio con el brazo enfundado en cuero para enmarcar la vista—. Damas y caballeros, permítanme que les presente el Gran Océano de Esperma Desperdiciado…

Según nos cuenta Archer, aquí vienen a acumularse todas las eyaculaciones que se han expulsado en forma de emisiones masturbatorias durante toda la historia de la humanidad, o por lo menos desde Onán. De la misma manera, toda la sangre derramada en la tierra se acumula también en el Infierno. Todos los escupitajos echados al suelo también terminan aquí.

—Desde la invención de las cintas de VHS y de internet —dice Archer—, el océano ha estado subiendo a un ritmo récord.

Me acuerdo de mi abuelito Ben y me estremezco. Repito: una larga historia.

En el Infierno, el porno está creando un efecto equivalente al que tiene el calentamiento global sobre la tierra.

Los cinco damos un paso atrás, apartándonos de ese fluido viscoso y reverberante que no para de subir.

—Ahora que este cebollino ha muerto —dice Patterson, arreándole una colleja a Leonard—, tal vez el mar de esperma deje de llenarse tan deprisa.

Leonard se frota la cabeza con una mueca de dolor y dice:

—No mires, Patterson, pero creo que veo flotar ahí la leche de tus bolas.

Archer mira a Babette, se relame los labios y dice:

—Un día de estos nos va a llegar a las cejas.

Babette me mira el anillo de diamante que llevo en el dedo.

Archer, sin dejar de comérsela con los ojos, le dice:

—Eh, Babs, ¿nunca has estado sumergida en esperma caliente hasta esas cejas preciosas que tienes?

Y meciéndose sobre un tacón lleno de arañazos, Babette le dice:

—Tranquilo, Sid Vicious, que yo no soy tu Nancy Spungen. —Y nos hace una señal con la mano para que la sigamos, agitando las uñas pintadas de blanco. A continuación mira a Patterson, enfundado en su camiseta de fútbol americano, y le dice—: Te toca a ti. Ahora tú nos has de enseñar un sitio interesante.

Patterson traga saliva, se encoge de hombros y dice:

—¿Os apetece ver el Pantano de los Abortos de Fetos Ya Desarrollados?

Los demás decimos que no con la cabeza. Lentamente. Al unísono y durante un momento muy largo: no, no y no. Definitivamente, no.

Babette se aleja dando zancadas del Océano de Esperma Desperdiciado y Patterson echa a trotar para alcanzarla. Los dos se cogen del brazo para caminar juntos. El capitán del equipo y la líder de las animadoras. Los demás, Leonard, Archer y yo, los seguimos a unos pasos de distancia.

Si he de ser sincera, estoy todo el tiempo con unas ganas tremendas de hablar. De charlar un poco. Y sí, ya sé que desear no es más que otro síntoma de la esperanza, pero es que no lo puedo evitar. Mientras paseamos, pisando lechos humeantes de azufre y carbón, me entran ganas de preguntar si alguien más está sintiendo una intensa vergüenza. ¿Acaso los demás no tienen la sensación de que al morir han decepcionado a todo el mundo que alguna vez se molestó en quererlos? Después de todo el esfuerzo que hizo tanta gente para criarlos, alimentarlos y educarlos, ¿acaso ni Archer ni Leonard ni Babette experimentan una sensación espantosa de haberles fallado a sus seres queridos? ¿No les preocupa el hecho de que morirse sea el pecado más grande que han podido cometer? ¿No se han planteado la posibilidad de que, al morir, cada uno de nosotros haya generado un dolor y una tristeza que ahora quienes nos sobreviven tienen que pasarse el resto de su vida sufriendo?

Al morirnos —que es algo peor que sacar un suspenso en la escuela o que ser detenido por la policía o que dejar embarazada a la chica que te llevaste al baile de graduación—, tal vez la hayamos cagado por todo lo alto y de forma irreversible.

Pero como nadie saca el tema, yo tampoco.

Si le preguntas a mi madre, ella te dirá que yo siempre he sido un poco cobarde. Tal como diría ahora: «Madison, estás muerta… Sé un poco más *autosuficiente*».

Aunque lo más seguro es que absolutamente cualquiera parezca cobarde al lado

de mis padres. Mis padres siempre estaban alquilando un jet privado para irse al Zaire y traerse de vuelta algún hermano o hermana adoptados por Navidad. No es que nosotros celebráramos la Navidad, claro, pero igual que mis amigas se podían encontrar un perrito o un gatito debajo del árbol de Navidad, yo siempre me encontraba algún hermanito o hermanita procedente de algún país poscolonial ignoto y pesadillesco. Mis padres lo hacían con buena intención, pero los montajes publicitarios lo acaban corrompiendo a uno sin remisión. Cualquier adopción de las que llevaron a cabo durante las promociones de las películas de mi madre o durante las OPAs de mi padre, todas anunciadas con enorme bombo y platillo de comunicados de prensa y sesiones fotográficas… Nada más terminarse el circo mediático, a mi nuevo hermano o hermana adoptivo lo aparcaban en un internado adecuado, donde ya no se moriría de hambre y recibiría una educación y un buen futuro, pero jamás volvería a sentarse a nuestra mesa.

Mientras andamos, deshaciendo ahora nuestros pasos por el margen de los Grandes Llanos de Cristales Rotos, Leonard nos explica que los griegos antiguos imaginaban el más allá como el Hades, un sitio al que tanto los corruptos como los inocentes iban a olvidarse de los pecados y del ego que les quedaban de su vida en la tierra. Nos cuenta que los judíos creían en el Sheol, que quiere decir «el lugar de espera», donde también se reúnen todas las almas, sin importar sus crímenes y sus virtudes, para descansar y encontrar la paz por medio de deshacerse de sus transgresiones pasadas y de sus apegos terrenales. Que no concebían el Infierno como el castigo de las llamas, sino como una especie de centro de desintoxicación o rehabilitación. Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, nos cuenta Leonard, la gente ha percibido el Infierno como una especie de clínica adonde uno va a ingresarse y quitarse la adicción a la vida.

Sin dejar de andar, Leonard dice:

—En el siglo noveno, Juan Escoto Erígena escribió que el Infierno es el sitio al que te llevan tus deseos, arrebatándote de las manos de Dios y de los planes originales que Dios tenía para completar la perfección de tu alma.

Yo le digo que tal vez deberíamos pasarnos por ese pantano de embarazos interrumpidos. Hay bastantes posibilidades de que allí me encuentre con un par de hermanos o hermanas que perdí hace años.

Sí, puede que sea superficial y me lo tome todo a broma, pero sé qué constituye un mecanismo sano de defensa psicológica.

Sin dejar de cotorrear mientras caminamos, Leonard nos instruye sobre la estructura de poder del Hades. Nos cuenta que a mediados del siglo XV, un judío austríaco llamado Alfonso de la Espina se convirtió al cristianismo, a continuación se hizo monje franciscano, después obispo y por fin recopiló una lista de las entidades demoníacas que pueblan el Infierno. Llegó a contar millones de ellas.

—Si ves a alguien que tiene cabeza de cabra cornuda, pechos de mujer y alas negras de cuervo gigante —dice Leonard—, es el demonio Bafomet. —Contando para sí mismo, moviendo el índice igual que hacen los directores de orquesta para dar entrada a las distintas secciones de instrumentos, Leonard dice—: Están el Shedim hebreo, los reyes demoníacos griegos Abadón y Apolión. Abigor tiene a sus órdenes sesenta legiones de demonios. Alocer tiene a sus órdenes treinta y seis legiones. Furfur, que es un conde del Infierno, tiene a sus órdenes veintiséis legiones…

La tierra está gobernada por una jerarquía de líderes, dice Leonard, y el Infierno también. La mayoría de los teólogos, entre ellos Alfonso de la Espina, explican que el Infierno tiene diez órdenes de demonios. Entre todas hay 66 príncipes, cada uno de los cuales gobierna 6.666 legiones, y a su vez cada legión comprende a 6.666 demonios. Entre ellos se cuenta Valafar, el gran duque del Infierno; Rimmón, el médico jefe del Infierno; Ukobac, el principal ingeniero del Infierno, de quien se dice que inventó los fuegos artificiales y se los regaló a la humanidad. Leonard desgrana los nombres de Zaebos, que ostenta una cabeza de cocodrilo sobre los hombros… Kobal, el demonio patrón de los humoristas humanos… Sucorbenot, el demonio del odio…

—Es como el juego de rol de Dragones y Mazmorras pero elevado a la décima potencia —dice Leonard—. En serio, las mentes más brillantes de la Edad Media dedicaron su vida entera a esta clase de contabilidades e inventarios teológicos.

Yo niego con la cabeza y le digo que ojalá mis padres hubieran hecho lo mismo.

De forma regular, a lo largo de nuestro trayecto, Leonard se detiene para señalar una figura a lo lejos. La figura, que vuela por el cielo de color naranja batiendo unas alas pálidas de cera derretida y goteante, pertenece a Troian, el demonio de la noche de la cultura rusa. Volando en una trayectoria distinta y mirando hacia abajo con su cabeza ancha y sus ojos luminosos de búho, está Tlacatecolototl, el dios mexicano del mal. Envueltos en vientos ciclónicos, lluvia y polvo, están los demonios Oni japoneses, que tradicionalmente viven en el centro de los huracanes.

Lo mismo que representará el Proyecto Genoma Humano para los investigadores del futuro, explica Leonard, es lo que representaba este gigantesco inventario para los líderes mundiales de los siglos pasados.

De acuerdo con el obispo De la Espina, un tercio de los ángeles del Cielo fueron expulsados al Infierno, y este recorte de plantilla divino, esta limpieza celestial, tardó nada menos que nueve días, dos más de los que tardó Dios en crear la Tierra. En conjunto, se trasladó a 133.306.668 ángeles —incluyendo a antiguos querubines, potentados, serafines y dominaciones que habían sido objeto de gran reverencia—, entre ellos Asbeel y Gaap, Oza y Marut y Urakabarameel.

Delante de nosotros, mientras camina cogida del brazo de Patterson, Babette suelta una risotada estridente, chillona e igual de falsa que sus zapatos de imitación.

Archer los fulmina con la mirada desde detrás, con el enorme imperdible encajado en los músculos de su mandíbula fuertemente cerrada.

Leonard recita con orgullo los nombres de los distintos demonios con los que nos vamos encontrando: Baal, Belcebú, Belial, Liberace, Diábolos, Mara, Pazuzu —un demonio asirio con cabeza de murciélago y cola de escorpión—, Lamastú —una diablesa sumeria que con un pecho amamanta a un cerdo y con el otro a un perro— o Namtaru, la versión mesopotámica de nuestra muerte con guadaña. Buscamos a Satanás con la misma intensidad con que mis padres buscaron a Dios.

Que yo recuerde, mis padres siempre me estaban presionando para que yo expandiera mi conciencia esnifando pegamento o gasolina o masticando hongos de peyote. Solo porque ellos tuvieron sus años de hacerlo, solo porque desperdiciaron su adolescencia retozando en los campos fangosos de Vermont y en los salitrales de Nevada, desnudos salvo por los arcoíris que llevaban pintados en la cara y por una gruesa capa de roña sudada, con veinticinco kilos de rastas fétidas engalanándoles la cabeza, infestados de ladillas y fingiendo que encontraban la iluminación… NO por eso yo tengo que cometer las mismas equivocaciones.

Lo siento, Satanás, he vuelto a mencionar el nombre de Dios.

Sin dejar de caminar, Leonard va señalando con la cabeza y con la mano a las diversas antiguas deidades de culturas difuntas que nos encontramos almacenadas en el submundo. Entre ellas: Benot, un dios de los babilonios; Dagón, un ídolo de los filisteos; Astarté, la diosa de los sidonios; Tartak, el dios de los hivitas.

Yo sospecho que mis padres atesoran sus sórdidos recuerdos de lo vivido en los festivales de Woodstock y del Burning Man no porque aquellos pasatiempos los llevaran a la sabiduría, sino porque aquellas locuras son inseparables de una época de su vida en la que eran jóvenes y no les pesaba obligación alguna; tenían tiempo libre, tono muscular y todavía veían su futuro como una aventura grande y magnífica. Y lo que es más, tanto mi madre como mi padre carecían de estatus social y por consiguiente no tenían nada que perder si se ponían a retozar desnudos, con los genitales inflados y llenos de porquería.

Por tanto, como ellos habían ingerido drogas y coqueteado con las lesiones cerebrales, ahora insistían en que yo también lo hiciera. En la escuela yo siempre estaba abriendo la fiambrera para descubrir un bocadillo de queso, un cartón de zumo de manzana, barritas de zanahoria y quinientos miligramos de Percocet. Dentro de mi calcetín de Navidad —aunque no la celebrábamos— había tres naranjas, un ratoncito de azúcar, una armónica y anfetas. En mi cesta de Semana Santa —aunque no la llamábamos Semana Santa— en lugar de gominolas me encontraba piedritas de hachís. Ojalá pudiera olvidarme de la escena de la fiesta de mi duodécimo cumpleaños, cuando fui a darle a la piñata, blandiendo una escoba delante de mis compañeros y de sus respectivos padres y madres ex hippies, ex rastafaris y ex

anarquistas. En cuanto reventó el papel maché de colores, en lugar de caramelos masticables o bombones, todos los presentes recibieron una ducha de pastillas de Vicodin, Darvon, Percudan, ampollas de nitrato de amilo, sellos de LSD y barbitúricos variados. Los padres ahora ricos y de mediana edad se pusieron eufóricos, pero mis amiguitos y yo no pudimos evitar sentirnos un poco estafados.

Y tampoco hace falta ser neurocirujano para entender que hay muy pocos chicos y chicas de doce años a quienes les pueda divertir ir a una fiesta donde es optativo llevar ropa.

Algunas de las imágenes más atroces del Infierno resultan directamente risibles cuando se las compara con la imagen de una generación entera de adultos desnudos y peleándose en el suelo, jadeando y forcejeando en plena refriega frenética por quedarse con un puñado de cápsulas desparramadas de codeína de efecto retardado.

Y era la misma gente que se preocupaba porque al crecer yo pudiera convertirme en una señorita Ninfina Ninfoméiner.

Ahora Archer, Leonard y yo seguimos a Babette y a Patterson, tomando una ruta tortuosa por entre montículos de restos de uñas cortadas de manos y pies, colinas grises y muertas en las que se amontona hasta la última fina esquirla de uña cortada en algún momento de la historia. Algunos fragmentos de uñas están pintados de rosa o de rojo o de azul. Mientras avanzamos por las angostas gargantas, van cayendo lentos hilillos de trozos sueltos de uñas. La lenta hemorragia de uñas amenaza con convertirse en una verdadera avalancha que nos podría enterrar vivos (¿vivos?) bajo su pedregal de queratina pinchuda. Por encima de nuestras cabezas se extiende el cielo de color naranja llameante, y al otro lado de los intrincados cañones, diminutas por la lejanía, podemos vislumbrar comunidades enteras de jaulas donde otras almas condenadas como las nuestras permanecen sentadas víctimas de una desolación permanente y mugrienta.

Mientras avanzamos trazando meandros, Leonard sigue recitando los nombres de los demonios con los que nos podemos encontrar: Mevet, el demonio judaico de la muerte; Lilith, que roba a los niños; Reshev, el demonio de las plagas; Azazel, el demonio de los desiertos; Astarot… Robert Mapplethorpe… Lucifer, Behemot…

Por delante de nosotros, Patterson y Babette suben por una suave pendiente en dirección a una elevación que nos impide ver lo que hay más adelante. Cuando coronan la cima, los dos se detienen. Incluso desde detrás vemos que Babette se pone tensa. Lo que sea que ahora está viendo a lo lejos le hace llevarse ambas manos a la cara para cubrírsela, con los dedos sobre los ojos. Se inclina un poco hacia delante, apoyando las manos en los muslos, y gira la cara para no mirar lo que tiene delante, estirando el cuello como si fuera a vomitar. Patterson se gira hacia nosotros y nos hace señales con la cabeza para que nos demos prisa en alcanzarlos. Para que presenciemos la nueva atrocidad que nos aguarda en el próximo horizonte.

Archer, Leonard y yo caminamos pesadamente, ascendiendo por la pendiente de uñas cortadas, que ceden bajo cada paso laborioso, igual que la nieve o la arena suelta, y así subimos hasta ponernos al lado de Patterson y Babette, en el borde de un abrupto acantilado. A medio paso por delante de nosotros hay un abismo enorme, y abajo del todo bulle un mar de insectos que se extiende hasta el horizonte… escarabajos, ciempiés, hormigas rojas, tijeretas, avispas, arañas, larvas, langostas y a saber qué más, arremolinándose sin cesar, como unas blandas y cambiantes arenas movedizas hechas de pinzas, antenas, patas segmentadas, aguijones, conchas y dientes, de un tono iridiscente oscuro, en su mayoría negras pero también salpicadas del amarillo de los avispones y del verde brillante de los saltamontes. Su susurro y su clic-clic constantes generan un estruendo que recuerda al romper de las olas de los océanos salados de la tierra.

—Mola, ¿eh? —dice Patterson, agitando su casco de fútbol americano con una mano como si quisiera dirigir nuestra atención hacia esa ciénaga de horrores hirvientes y ondulantes. Y añade—: Miradlo bien… El Mar de Insectos.

Leonard contempla el oleaje imponente de bichos chirriantes, suelta una risita de desprecio petulante y dice:

—Las arañas no son insectos.

No es por fustigar a nadie, pero los artículos de lujo falsos representan una economía falsa. A saber: parece que a Babette se le están rompiendo los zapatos de plástico, se le están partiendo las correas y se le han soltado las suelas, exponiendo sus livianos piececitos a toda clase de abrasiones causadas por las uñas y los cristales rotos, mientras que mis recios mocasines Bass Weejun apenas parecen afectados por nuestra larga excursión por el submundo.

Mientras estamos contemplando el gigantesco pudin zumbante y escurridizo de vida insectil, nos llega un grito por detrás. Por allí, esprintando entre las colinas de uñas cortadas, corriendo y jadeando, se nos acerca una figura barbuda vestida con una toga de senador romano. Sin dejar de estirar el cuello para mirar por encima del hombro, el hombre corre hacia nosotros gritando la palabra *Psezpolnica*.

—¡Psezpolnica! —grita.

En el borde del acantilado, tambaleándose cerca de donde estamos nosotros, el lunático de la toga señala con un dedo tembloroso en la dirección de la que acaba de venir. Implorándonos con los ojos muy abiertos, nos grita: «¡Psezpolnica!», y se zambulle agitando los brazos hasta desaparecer por debajo de la superficie hirviente de bichos vivos. El hombre de la toga emerge una, dos y tres veces para respirar. Tiene la boca atiborrada de escarabajos. Los grillos y las arañas lo muerden y le arrancan la carne de los brazos temblorosos. Las tijeretas se arremolinan y se le adentran a mordiscos en las cuencas de los ojos, y los milpiés le abren agujeros sanguinolentos por entre las costillas al descubierto.

Mientras contemplamos horrorizados el espectáculo, preguntándonos qué puede llevar a alguien a un acto tan extremo… Babette, Patterson, Leonard, Archer y yo… nos giramos a la vez para ver acercarse a una figura gigantesca y pesada.

VIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Puede que te haga gracia saber que nos ha perseguido un demonio de envergadura emocionante. Eso ha provocado un acto asombroso de heroísmo y sacrificio por parte de la persona de nuestro grupo que menos parecía capaz de hacerlo, la verdad. Además, he incluido en la crónica más antecedentes personales míos, por si estás interesado en descubrir más cosas de esta persona fascinante, llena de facetas y de sobrepeso.

Mientras nuestro grupito permanece plantado sobre el risco que domina el Mar de Insectos, una figura imponente se nos acerca con pasos descomunales. Cada estampido de sus pisadas hace temblar las colinas circundantes, provocando cascadas polvorientas de vetustas uñas cortadas de manos y pies, y la figura es tan alta que solo podemos distinguir de ella un contorno que se recorta contra el cielo de color naranja llameante. El peso del coloso hace temblar el suelo con tanta violencia que el acantilado sobre el que estamos se tambalea y se estremece bajo nuestros pies y los trozos sueltos de uñas amenazan con hundirse y precipitarnos al mar bullente y devorador de los insectos.

Es Leonard quien rompe el silencio para susurrar una sola palabra:

—Psezpolnica.

En plena agitación colectiva, Babette parece demasiado absorta en ella misma, y la mala calidad de sus accesorios indumentarios constituye una metáfora demasiado obvia —imposible de pasar por alto— de su elección del atractivo superficial por encima de la calidad interior. Patterson, el atleta, parece petrificado en sus actitudes convencionales y tradicionales, como si para él las normas del universo se hubieran fijado muy pronto y ya fueran a permanecer intactas para siempre. En contraste, el rebelde Archer se propone como rechazo visceral de… todo. De mis nuevos compañeros, Leonard es el que más promete evolucionar hacia algo más que un simple conocido. Y sí, nuevamente reconozco que la palabra *promete* es síntoma de mi molesta y arraigada tendencia a la esperanza.

Jaleadas por esta esperanza, que mi instinto de conservación hace explícita, en cuanto Patterson se pone muy despacio el casco de fútbol americano en la cabeza y dice «Corred», mis piernas robustas no vacilan. Mientras Archer, Babette y Patterson huyen cada uno por su propia tangente, yo echo a correr junto a Leonard.

—Psezpolnica —me dice él con voz jadeante, corriendo con dificultad sobre las capas blandas y maleables de uñas y agitando los brazos doblados en el aire para darse impulso—. Los serbios la llaman «la mujer tornado del mediodía». —

Respirando entrecortadamente y corriendo a mi lado, con los bolsillos de la camisa llenos de bolígrafos que le rebotan en el flaco pecho, Leonard añade—: Su especialidad es hacer perder el juicio a la gente, arrancarles primero la cabeza y luego los brazos y las piernas…

Yo echo un vistazo atrás para ver a una mujer igual de alta que un tornado, con una cara tan lejana que se recorta diminuta contra el cielo, tan por encima de mí y suspendida en lo alto como el sol de mediodía. E igual que un torbellino furioso, la larga melena negra le fluye y le restalla alrededor de la cabeza, y ahora tiene un momento de duda, como si no supiera a cuál de nosotros perseguir.

Al otro lado de la giganta, Babette va dando tumbos, con sus zapatos cutres y de pésima calidad medio desprendidos de los pies haciéndola tropezar y renquear. Patterson va encorvado, esquivando y haciendo eses, levantando una nube de esquirlas de uñas con los tacos de las botas, como si estuviera atravesando una línea defensiva pelota en ristre para anotar un tanto. Archer se arranca la chaqueta de cuero y la tira a un lado, en pleno esprint, haciendo tintinear la cadena que le rodea una de las botas.

La demonio-tornado se agacha, estira el brazo hacia abajo, abre los dedos como un paracaídas y los hace descender inexorablemente sobre la figura de Babette, que no para de chillar y tropezarse.

Cierto, en todo este pánico existe un elemento de juego; después de ver cómo el demonio Arimán deshacía y consumía a Patterson, y la regeneración posterior que ha convertido a Patterson en un atleta pelirrojo de ojos grises, a cierto nivel soy consciente de que ya no puedo morir de forma absoluta. Dejando eso de lado, me sigue pareciendo que el proceso de que me despedacen y me devoren debe de doler como una mala cosa.

Mientras la imponente demonio-tornado estira el brazo para agarrar a Babette, que no para de chillar, Leonard le grita a esta que se tire al suelo. Haciendo bocina con ambas manos a los lados de la boca, Leonard grita:

—¡Al suelo y cava!

Para ilustraros con mi ignorancia, en el Infierno es una estrategia más que probada, cuando te estás escapando de un peligro, cavar en el terreno que tengas más al alcance. El Infierno no ofrece muchos sitios donde parapetarse y tampoco tiene vegetación —salvo por las inexplicables acumulaciones de chicles Beeman, caramelos de nueces Walnettos, caramelos con leche Sugar Daddys y bolas de palomitas—, de manera que la única manera disponible en cualquier momento de esconderse es cavar hasta quedar completamente enterrado, en este caso bajo la enorme acumulación de esquirlas abandonadas de uñas.

Por desagradable que os pueda parecer, estáis en deuda conmigo por este consejo.

Aunque, claro, vosotros no os vais a morir nunca. Ni pensarlo. Con la de horas y

horas que habéis invertido en hacer ejercicios aeróbicos.

Por otro lado, si se da el caso de que estáis muertos y en el Infierno y os persigue Psezpolnica, haced lo que recomienda Leonard: tiraos al suelo y cavad.

De manera que me pongo a cavar con las manos en la ladera de un montículo de trozos de uñas sueltos y movedizos, y con cada pulgada que cavo me cae encima una avalancha de uñas, pinchudas, rasposas y abrasivas, aunque no del todo desagradables, hasta que estoy completamente sepultada y Leonard está sepultado a mi lado.

De mi propia muerte, de mi muerte *propiamente dicha*, recuerdo muy poco. Mi madre estaba presentando un largometraje suyo y mi padre acababa de obtener una participación mayoritaria en algo —en Brasil, creo—, de manera que, claro está, habían traído a casa a una nueva criatura adoptada procedente de… algún sitio espantoso. Mi hermano de turno se llamaba Goran. Con su mirada brutal de párpados caídos y cejas muy pobladas, huérfano y originario de algún villorrio ex socialista arrasado por la guerra, a Goran lo habían despojado de ese contacto físico e impronta tempranos que tan necesarios son para que un ser humano desarrolle sentimientos de empatía. Con su mirada de reptil y su mandíbula ancha de pitbull, ya nos había llegado en un estado irreparablemente dañado, pero esto únicamente lo hacía más atractivo. A diferencia de lo que me había pasado con todos mis hermanos y hermanas anteriores, en la actualidad repartidos por diversos internados y ya olvidados, con Goran me encapriché bastante.

Por su parte, a Goran solo le hizo falta echar un vistazo grosero y hambriento a las riquezas y el estilo de vida de mis padres para decidirse a consentir mi encaprichamiento. A esos factores hay que añadirles una bolsa enorme de marihuana que me había dado mi padre, más mi impulso de fumarme por fin aquella desagradable hierba, aunque solo fuera para que Goran se hiciera amigo mío, y eso es todo lo que recuerdo de las circunstancias de mi sobredosis fatal.

Ahora mismo, enterrada como estoy por fin en una tumba de uñas, me dedico a escuchar los latidos de mi corazón. Oigo mi propia respiración salir de mis narices. Sí, no hay duda, es la esperanza lo que hace que el corazón me siga latiendo y que mis pulmones respiren. Las viejas costumbres cuestan de erradicar. Por encima de mí, el suelo se mueve y sufre un corrimiento con cada paso que da la demonio-tornado. Las esquirlas de uñas se me meten en los oídos, ahogando el ruido de los chillidos de Babette. Amortiguando el estruendo chirriante del Mar de Insectos. Aquí yazgo enterrada, contando los latidos de mi corazón y resistiendo el impulso de cavar con la mano hacia un lado para encontrar la mano de Leonard.

Un momento después siento los brazos atenazados contra los costados. Las uñas me envuelven con fuerza, inmovilizándome, y algo me extrae al aire hediondo y sulfúrico, elevándome hacia el cielo de llamas de color naranja.

En torno a mí se cierran los dedos de una mano gigantesca, como si fueran una camisa de fuerza. La mano gigante se acaba de introducir en el suelo blando y me ha sacado igual que uno arrancaría una zanahoria o un nabo de su letargo subterráneo.

Por los dioses, puede que yo sea el vástago privilegiado, rico y aislado de unos padres famosos, pero aun así no ignoro de dónde vienen los niños y las zanahorias… aunque en el caso de Goran, nunca supe a ciencia cierta de dónde venía.

Suspendida en el aire, tengo ocasión de inspeccionarlo todo: el Mar de Insectos, los Grandes Llanos de Cristales Rotos, el Gran Océano de Esperma Desperdiciado y el despliegue infinito de jaulas donde languidecen los condenados. Por debajo de mí se extiende toda la geografía del Infierno, incluyendo a los demonios que deambulan de un lado a otro para engullir a sus desventuradas víctimas. En el punto álgido de mi ascenso me espera un desfiladero de dientes mojados. Una ventolera de aliento cálido y pestilente me golpea con un hedor peor que el de las letrinas de las Colonias de Medio Ambiente. Allí palpita una lengua monstruosa recubierta de papilas gustativas del tamaño de champiñones rojos. Todo ello circundado de unos labios tan gruesos como neumáticos engrasados de tractor.

La mano me lleva hasta la boca, donde yo estiro los brazos para apoyarlos en el labio superior. Empujo con los pies contra el labio de abajo y me encajo como una espina de pescado, demasiado ancha y rígida para que la boca me trague. Con las manos noto sus labios sorprendentemente mullidos y suaves como el cuero, como si fueran banquetas de un restaurante caro, aunque bastante calientes. Es como tocar la tapicería de un Jaguar que alguien acaba de conducir desde París hasta Rennes.

Tan enorme es la cara de la demonio que lo único que le puedo ver es la boca. Con la visión periférica, soy vagamente consciente de que hay unos ojos por encima de mí, tan anchos y vidriosos como escaparates de grandes almacenes, pero curvados hacia fuera y abultados. Unos ojos cercados por estacadas negras de pestañas enormes. Soy consciente de una nariz del tamaño de una choza de adobe y provista de dos puertas abiertas, de cada una de las cuales emerge una cortina de finos pelitos nasales.

La mano me empuja contra los dientes. La lengua asoma para establecer un contacto húmedo con la pechera abotonada de mi chaquetilla de lana.

Y cuando por fin me he resignado a mi destino inmediato, a ser masticada y tragada, a que mis huesos sean tirados a un lado como el esqueleto de todos los pollos enteros que me he comido en mi vida, en ese momento la boca grita. Lo que sale de ella no parece tanto un grito como una sirena antiincendios que me retruena a bocajarro en las narices. El pelo, las mejillas y la ropa se ponen a ondearme hacia atrás y a restallar como una bandera en medio de un huracán.

Uno de los mocasines Bass Weejun se me sale del pie y cae desde las alturas para aterrizar al lado de una figura diminuta que lleva una cresta azul chillona. Incluso a

esta distancia, veo que es Archer, que está plantado junto al descomunal pie descalzo de la giganta. Archer se ha sacado el imperdible enorme de la mejilla y ahora está hundiendo la punta, sacándola y volviendo a hundirla una y otra vez, en el extremo del dedo gordo del pie de la demonio.

En el revuelo que sigue, me siento medio dejada caer, medio levantada en volandas y medio bajada suavemente hasta aterrizar sobre las uñas blandas y rasposas. Justo cuando voy a chocar con el suelo, unas manos me agarran, unas manos humanas, las manos de Leonard, y me ponen a salvo bajo las arenas movedizas de uñas cortadas… pero no antes de que yo vea la misma mano parecida a un paracaídas que me ha agarrado a mí agarrar a Archer y levantarlo —mientras este suelta palabrotas, patea con las botas y lanza estocadas con su imperdible— hasta donde los dientes se cierran y de un solo bocado le siegan como una guillotina la cabeza de color azul chillón.

IX

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Antes de decirte lo que te voy a decir, me tienes que prometer, por lo más sagrado, que NUNCA *le contarás este secreto a nadie. Lo digo en serio. O sea, sé perfectamente que eres el Príncipe de las Mentiras, pero necesito que me lo jures. Si vamos a tener una relación dotada de alguna profundidad y sinceridad significativas, me tienes que garantizar tu confidencialidad.*

El invierno pasado, te cuento, me quedé sola en el internado durante las vacaciones. No hace falta decir que estoy contando un acontecimiento de mi vida pasada. Mis padres consideraban que la Navidad era como cualquier otro día del año, y mis compañeras se marchaban o bien a esquiar o bien a las islas griegas, de manera que a mí no me quedó más remedio que poner buena cara y asegurarles a todas mis amigas, una a una, que mi familia vendría a recogerme en cualquier momento. El último día del trimestre de otoño, la residencia de estudiantes se vació. El comedor cerró sus puertas. Lo mismo las salas de lectura. Hasta los profesores abandonaron el campus con sus maletas en ristre, dejándome en una soledad casi total.

Digo «casi» porque algún vigilante nocturno, o tal vez un equipo entero de vigilantes, seguía patrullando las instalaciones de la escuela, comprobando que las puertas estuvieran cerradas con llave y bajando los termostatos, barriendo ocasionalmente el paisaje nocturno con los haces de sus linternas como si fueran los reflectores de una vieja película de prisiones.

Un mes antes, mis padres habían adoptado a Goran, con su mirada atormentada y su acento de conde Drácula. Aunque solo era un año mayor que yo, Goran ya tenía la frente surcada de arrugas. Las mejillas hundidas. Las cejas tan pobladas y enredadas como las colinas boscosas de los Cárpatos, tan apelmazadas y encrespadas que si mirabas con atención entre sus pelos casi te parecía ver manadas de lobos merodeando, castillos en ruinas y gitanas encorvadas recogiendo leña. Aunque solo tenía catorce años, con aquella mirada que tenía y aquella voz profunda como una sirena de niebla, Goran ya daba la impresión de haber visto a todo su clan torturado hasta morir en la esclavitud de las minas de sal de algún remoto gulag, con los sabuesos persiguiéndolos entre ladridos por los témpanos de hielo y los látigos restallándoles en las espaldas.

Ah… Goran. Ni Heathcliff ni Rhett Butler fueron nunca tan morenos ni tan toscos. Parecía existir en un estado permanente de aislamiento, separado del mundo por alguna terrible historia personal de penurias y privaciones, y yo lo envidiaba por eso. Me moría de ganas de que alguien me torturara a mí también.

Tumbada en la cama, a solas en una residencia de estudiantes de Suiza construida para albergar a trescientas chicas, con unas temperaturas a las que les faltaba poco para congelar las tuberías, me imaginé a Goran con aquellas venas azules que se le ramificaban bajo la piel transparente de las sienes. Con aquel pelo tan tupido que no había manera de peinárselo, la clase de pelo encrespado que uno cultivaba mientras estudiaba filosofía marxista y bebía tacitas diminutas de café expreso amargo en cafés llenos de humo, esperando el momento oportuno para lanzar un cartucho de dinamita encendido al coche de paseo descubierto de algún archiduque austríaco y empezar una guerra mundial.

No cabía duda de que mis padres estarían exhibiendo al pobre Goran ante las representaciones de los medios de comunicación reunidas en Park City, Utah; o en Cannes; o en el Festival de Cine de Venecia, mientras yo permanecía escondida bajo seis mantas y sobrevivía a base de galletas Fig Newton y agua de Vichy… *avec gaz*.

No, no era justo, pero estaba claro que la parte beneficiada era yo.

Mi familia daba por sentado que yo estaba a bordo de un yate, rodeada de las risitas de mis amigas. Mis padres daban por sentado que yo *tenía* amigas. La escuela daba por sentado que yo estaba con mis padres y con Goran. De manera que me pasé dos semanas gloriosas sin nada más que hacer que leer a las hermanas Brontë, eludir de vez en cuando a los guardias de seguridad y deambular… desnuda.

En mis trece años de edad yo nunca había dormido desnuda. Por supuesto, mis padres se paseaban constantemente sin ropa, exhibiéndose por la casa y en las playas más exclusivas de la Riviera Francesa y de las Maldivas, pero yo nunca dejaba de sentirme demasiado plana en algunos sitios, demasiado gorda en otros y demasiado flaca en otros más, simultáneamente desgarbada y rechoncha, demasiado vieja y demasiado joven. Aunque era una violación flagrante de las normas de conducta de la escuela, una noche en que no había nadie más me quité la camisa de dormir y me metí en la cama desnuda.

Mi madre nunca dejaba de sugerirme que asistiera a tal o cual fin de semana de encuentro sobre conciencia genital y control de los propios centros de placer, con la colección habitual de madres famosas y sus hijas holgazaneando en una gruta remota, poniéndose en cuclillas encima de espejitos de mano y maravillándose de los infinitos estados rosados del cuello del útero, pero a mí aquella modalidad de aprendizaje… de taller me parecía completamente clínico. Lo que yo quería no era un taller de trabajo franco y sincero sobre mi sexualidad. Lo que yo quería era a Goran, a alguien rubicundo y huraño. Piratas y corpiños prietos de encaje. Bandoleros enmascarados y mozas raptadas.

La segunda noche que dormía desnuda, me desperté con ganas de hacer pis. Los lavabos estaban al final del pasillo y eran compartidos por todas las chicas de la planta, pero yo estaba casi convencida de estar sola en el edificio de la residencia. Así

pues, a pesar de las normas sacrosantas, me asomé al exterior de mi habitación, desnuda y descalza, e inspeccioné el pasillo a oscuras en busca de algún guardia patrullando. Subí corriendo los escalones fríos que llevaban al baño e hice mis necesidades, todo bajo la tenue luz de la luna que se filtraba por las ventanas, con mi aliento formando una nubecilla en el aire frío. La tercera noche volví a visitar desnuda el cuarto de baño, pero esta vez me di un paseo por el camino y en el trayecto de vuelta me desvié para visitar la sala de recreo del primer piso y sentarme sin ropa en los helados sofás de cuero que daban al espejo oscuro y vacío de la pantalla del televisor. Mi reflejo desnudo en el espejo, pálido como un fantasma regordete.

Ah, aquellos días de gloria en que yo todavía tenía un reflejo terrenal…

En serio, Satanás, por favor. Me tienes que jurar que no vas a contar nada de esto a nadie.

Para mi quinta noche sola ya me había aventurado desnuda en el laboratorio de química, me había sentado desnuda en mi pupitre habitual del aula de lenguas romances y me había subido desnuda a la tarima que dominaba el comedor, donde solían sentarse los profesores más veteranos para comer.

Y sí, aunque admito que estoy muerta y que tengo una imagen corporal de lo más pobre y una noción reprimida de mi propio valor personal, soy perfectamente consciente de que mi arriesgado exhibicionismo nocturno y mi anhelo de Goran eran síntomas de mi sexualidad incipiente. El aire nocturno sobre mi piel… sobre toda mi piel y mis pezones, y la textura de todos aquellos objetos ordinarios: los pupitres de madera, las escaleras enmoquetadas, los baldosines de los pasillos… Sin las capas de seda y de nailon que solían interponerse entre aquellos objetos y yo, todos me producían una sensación gloriosa. A la vuelta de cada esquina parecía acechar un guardia en potencia, un desconocido con uniforme y botas pulidas. Yo me imaginaba a todos aquellos guardias con insignias bien bruñidas y pistolas al cinto. Lo más seguro es que fueran simples suizos bigotudos con hijos o incluso con nietos, pero a quien yo me imaginaba era a Goran. A Goran, armado con unas esposas. A Goran, con sus ojos pensativos ocultos tras unas gafas oscuras totalitaristas. En cualquier momento, el haz de una linterna me podía revelar, mostrar las partes de mí que yo siempre había mantenido ocultas. Alguien informaría de mi conducta y me expulsarían. Se enteraría todo el mundo.

En mis devaneos desnudos, yo me entretenía entre los montones de volúmenes con olor a cuero de la biblioteca, ojeándolos mientras caminaba desnuda por los suelos helados de mármol. Nadaba desnuda en el complejo de piscinas. Sin más iluminación que la luz de la luna, me colé en las cocinas de acero inoxidable y me senté con las piernas cruzadas en el suelo de cemento, comiendo helado de chocolate hasta que me tembló el cuerpo entero de tanto frío acumulado. Igual de liviana que un

animal… igual de ágil… igual de salvaje… me adentré en la capilla y le ofrecí mi cuerpo carnoso al altar. Allí, las pinturas y las estatuas de la Virgen María siempre llevaban montones de ropa y velos, coronas y joyas a mansalva. Las representaciones de Cristo, en cambio, casi nunca llevaban más que un halo de espinas y un taparrabos diminuto. Sentada en el primer banco, noté la suave succión de mis muslos desnudos contra la madera barnizada.

Para la segunda semana que pasé sola, ya me pasaba los días durmiendo y las noches deambulando sin ropa. Había estado desnuda en casi todas las habitaciones, había deambulado por todos los pasillos y túneles de limpieza en seco y había entrado en todos los lugares que no estaban cerrados con llave; sin embargo, todavía no me había aventurado al exterior. Al otro lado de las ventanas caía la nieve, cubriéndolo todo y reflejando la luz de la luna al interior. De repente los edificios mismos parecían ropa que había que quitarse. En aquel punto yo ya dormía desnuda. Caminaba, comía y leía desnuda tan a menudo que la excitación ya se había evaporado. Incluso cuando leía *Por siempre Ámbar* con las tetas al aire… ya no tenía aquella sensación especial de estar haciendo algo prohibido. La única forma de resucitarla era salir y plantarse sin ropa bajo las estrellas o enmascarada por los copos que caían, dejando mis pisadas desnudas en los montículos de nieve.

Otras chicas a las que yo conocía hurtaban en las tiendas para conseguir aquel mismo subidón prepubescente. Otras chicas decían mentiras o bien se cortaban con cuchillas.

Aquellas vacaciones de Navidad que pasé sola, al salir por primera vez de la residencia de estudiantes y adentrarme en la noche nevada, mi piel sintió el contacto de todos y cada uno de los copos de nieve. El aire frío me puso los pelos de punta desde las mismas raíces, me puso los pezones erectos, cada folículo de mis brazos y piernas se convirtió en un minúsculo clítoris y cada una de mis células se mostró despierta, alerta y en posición de firmes. Caminé con los brazos extendidos hacia delante imitando esa forma en que caminan las momias del antiguo Egipto cuando se levantan de sus tumbas de piedra en las películas antiguas de terror. Puse las palmas de las manos hacia abajo y dejé colgar los dedos igual que el monstruo de Frankenstein cuando arrastra los pies tras cobrar vida en las películas en blanco y negro de la Universal. Aquella era la excusa que yo me había preparado: que estaba caminando sonámbula. Mi defensa parasomne. De manera que seguí andando, paso a paso, adentrándome en la nevada, en aquella oscuridad tan fría como el helado de chocolate, con los brazos extendidos a la manera de los sonámbulos de los dibujos animados pero desnuda. Cubierta de una segunda piel de cristales de hielo y fingiendo que estaba dormida, pero más despierta de lo que me había sentido nunca. Con todos y cada uno de mis pelos y mis células alertas, doloridos y temerosos. Viva.

Toda yo sentía la emoción de ser tocada en aquel instante. Porque quería que

alguien me descubriera. Quería que alguien me viera en el clímax mismo de mi poder prepubescente, con las tetas fuera, el chocho al aire, investida de aquel poder de Lolita de porno infantil prohibido por la ley.

Si me encontraba con un guardia, me limitaría a fingir vergüenza. Para entonces yo ya tenía un largo historial de sentirme mortificada y avergonzada. Regresar a aquellas emociones me resultaba perfectamente natural. Si un guarda se me acercaba y me agarraba de la muñeca, o bien me echaba una manta sobre los hombros para proteger mi pudor infantil, yo me limitaría a fingirme histérica y a insistir en que no tenía ni idea de dónde estaba ni de cómo había llegado hasta allí. Rechazaría toda responsabilidad por mis actos… me haría la víctima inocente. Durante las dos últimas semanas de soledad, algo había cambiado dentro de mí, pero yo todavía podía hacerme la escandalizada, la frágil y la recatada.

No, no es así como me llegó la muerte. Tal como he mencionado antes, me morí por fumarme una sobredosis de marihuana. No me morí congelada.

Tampoco me cogió ningún guardia de seguridad lascivo y sobón. Puñeta.

Con los brazos extendidos como una sonámbula, desfilé por todos los terrenos de la escuela, con los copos de nieve acumulándoseme en el pelo hasta que dejé de sentir los pies. Luego, temiendo la congelación y la desfiguración permanente, eché a correr de vuelta a la puerta de mi residencia de estudiantes. Cuando cogí la manecilla de acero con las manos húmedas, estaba tan congelada que los dedos y las palmas se me pegaron al metal. Tiré, pero la puerta se había bloqueado automáticamente en el mismo momento en que yo la había dejado cerrarse, y ahora estaba desnuda y con las manos adheridas por la congelación a la manecilla de una puerta que se negaba a abrirse, incapaz de echar a correr para pedir ayuda, incapaz de regresar a la seguridad de mi cama, con la noche letal cerniéndose sobre mí, cristal de hielo sobre cristal de hielo.

Y sí, es posible que yo sea una ilusa romántica preadolescente, pero reconozco una metáfora cuando la tengo dándome en todas las narices: una joven y floreciente chavala congelada en el umbral entre la seguridad de su infancia y el yermo frígido de su madurez sexual inminente, con una simple capa sacrificial de tierna y virginal piel separándola de la libertad, bla, bla, bla…

Y sí, si algo son las hijas de familias ricas relegadas a internados suizos, es astutas. Mis compañeras y yo, por ejemplo, sabíamos todas que cierta alumna avispada había robado una llave del edificio de la residencia, una llave maestra, y la había escondido debajo de una piedra concreta situada cerca de la puerta principal de la residencia. Por si acaso alguna disipada señorita Zorrina Zorrínez se escabullía para tener una cita clandestina o bien para fumar un cigarrillo y luego se encontraba con que no podía entrar, en vez de afrontar una bronca, solo tenía que usar aquella llave comunitaria destinada a aquellas emergencias pecaminosas y luego devolverla a

su escondrijo habitual. Pero por muy conveniente que fuera aquella llave comunitaria, metida bajo una roca que solo estaba a un par de metros de mí, con las manos pegadas a la manecilla yo no tenía forma de alcanzarla.

Mi madre diría: «Este es uno de esos momentos *Hamlet*». En otras palabras: momentos donde tienes que hacer un esfuerzo importante para decidir si vas a ser o no ser.

Si yo me ponía a gritar y vociferar hasta que llegara un vigilante nocturno, me vería mortificada y humillada pero viviría. Y si me moría de congelación salvaría mi dignidad pero estaría… bueno, muerta. Lo más seguro es que me convirtiera en una figura llena de dramatismo y misterio para las futuras generaciones de alumnas de aquella escuela. Mi legado sería un nuevo y estricto reglamento para asegurarse de que cada chica estaba donde debía. Mi legado sería un cuento de fantasmas que las chicas de mi edad se contarían las unas a las otras después de que se apagaran las luces. Tal vez me quedaría allí en forma de fantasma desnudo que las chicas vislumbran a veces en los espejos, en el exterior de las ventanas o en la otra punta de los pasillos iluminados por la luna. Aquellas futuras granujillas privilegiadas invocarían a mi fantasma repitiendo tres veces «Maddy Spencer… Maddy Spencer…» mientras miraban un espejo.

Lo cual, nuevamente, es una forma de poder, pero un poder bastante impotente.

Y sí, conozco la palabra *disociación*.

Y por mucho que me atrajera aquella lúgubre inmortalidad gótica, me puse a llamar a gritos a un guardia.

—¡Socorro! —Grité—: *Au secours!* —Grité—: *Bitte, helfen sie mir!*

El susurro de la nieve al caer acallaba todos los sonidos y amortiguaba la acústica del mundo entero a medianoche, bloqueando cualquier eco que pudiera transportar mi voz por la noche oscura.

Para entonces mis manos ya pertenecían a una desconocida. Yo me veía los pies descalzos y azules, pero ya no eran los míos. Tan azules como las venas de Goran. En un cristal de la puerta vi mi cara reflejada, mi imagen enmarcada por la escarcha de mi respiración al condensarse y helarse en la ventanita. Sí, todos resultamos un poco absurdos y misteriosos para los demás, pero aquella chica a la que yo estaba viendo no me sonaba de nada. Su dolor no era el mío. Lo que yo estaba viendo era la cara muerta de Catherine Earnshaw, rondando las ventanas invernales de Cumbres Borrascosas, bla, bla, bla…

Vi el reflejo de aquella yo desvalida bajo la luz de la luna o de las farolas y la vi desprender los dedos de la manecilla de acero, arrancándose la piel y dejándola pegada al metal, dejando allí las volutas de sus huellas dactilares como si fueran dibujos de escarcha. Abandonando aquel arrugado mapa de carreteras que componían su línea de la vida, su línea del amor y su línea del corazón. Contemplé cómo aquella

chica extraña, de cara adusta y resuelta, caminaba sobre unas piernas que parecían postes congelados para recoger la llave y salvarme la vida. Aquella chica a la que yo no conocía abrió la pesada puerta, adhiriéndose las manos otra vez, arrancándose otra fina capa de su frágil piel de desconocida. Tenía las manos tan congeladas que no le sangraron. La llave metálica se le pegó tan resueltamente a los dedos que se vio obligada a llevársela a la cama.

Solo cuando llegó a la cama, se envolvió en mantas y empezó a quedarse dormida, a la chica se le descongeló lo bastante la piel como para que le empezaran a sangrar las manos silenciosamente sobre las sábanas blancas y almidonadas.

X

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, NO *te formes la idea de que soy una señorita Ramera Ramerinski. Es verdad que he leído el Kamasutra, pero sigo sin tener ni idea de por qué se iba a molestar nadie en ponerse a hacer toda esa gimnasia asquerosa. En materia de sexo, mi entendimiento tiene una naturaleza completamente intelectual y carece de apreciación estética. Perdona lo ignorante de mi desagrado. Aunque sé qué es lo que estimula cada órgano, la cuestión sórdida y grotesca de la interacción entre falo y orificio, el intercambio de cromosomas que se requiere para la procreación de la especie, es algo que todavía no me llama. En otra palabras: puaj*.

No es ningún accidente que yo haya pasado de una escena en la que mi grupo hacía frente a una enorme giganta desnuda a un recuerdo en el que yo también estaba desnuda y me dedicaba a explorar mi entorno, tanto interior como exterior, sin esas habituales capas protectoras que son la ropa o la vergüenza. No hay duda de que siento afinidad, y tal vez hasta admiración, por la figura gigantesca y desvestida de Psezpolnica, así como por cualquier mujer capaz de pasearse con semejante falta de pudor, sin que parezca importarle un comino cómo su público la vaya a juzgar o se vaya a aprovechar de ella. Desde que un año por Halloween me disfracé de Simone de Beauvoir, supongo que siempre voy a ser un poco De Beauvoir.

La sátira de Jonathan Swift sigue siendo uno de los pilares de la educación primaria en lengua inglesa —incluyendo la mía— pero suele limitarse al primer volumen de *Los viajes de Gulliver*; o bien, en las aulas muy osadas y progresistas, y estrictamente a modo de ejemplo ilustrativo de la ironía, es posible que los alumnos también lean «Una humilde propuesta». Pocos profesores se arriesgarían a introducir el segundo volumen de las memorias de Lemuel Gulliver, sus desventuras en la nación insular de Brobdingnag, donde unos imponentes gigantes lo capturan y lo convierten en su mascota. No, es mucho más seguro presentarles a los niños, a esos niños diminutos e impotentes, una historia en la que un gigante es hecho prisionero y manipulado por unos seres minúsculos cuya única razón para no asesinarlo es el miedo que tienen a que su cadáver colosal se pueda descomponer y suponga una amenaza para la salud pública en general.

La mayoría de los niños no saben que en el reino de Brobdingnag, en el segundo volumen, su diario picaresco de viajes se pone un poco escabroso y picante.

Se trata de los chismes indecentes que uno descubre cuando se molesta en hacer las lecturas adicionales para ganar más créditos. Sobre todo mientras está pasando las

vacaciones de Navidad desnuda y sola en una residencia universitaria completamente desierta. En el segundo volumen de la obra maestra de Swift, uno de los residentes gigantes de Brobdingnag captura a Gulliver y lo lleva a su corte real, donde lo convierten en una especie de mascota y lo obligan a vivir en los aposentos de la reina, gozando de una intimidad considerable con las gigantescas damas de honor. Son esas damas las que se dan placer quitándose la ropa y acostándose juntas, compartiendo la cama mientras nuestro héroe se ve obligado a recorrer las cimas y los valles de sus cuerpos completamente desnudos. Escribiendo con la voz de su narrador, Swift cuenta que estas mujeres —las más hermosas aristócratas de su sociedad, que tan encantadoras y atractivas parecen de lejos— en realidad constituyen una Gehenna pantanosa y hedionda cuando uno entra en contacto íntimo con ellas. Nuestro minúsculo héroe se dedica a dar tumbos por su carne húmeda y esponjosa, encontrándose monstruosos matorrales de pelos púbicos, manchas inflamadas, cicatrices enormes y cavernosas, hoyos, arrugas donde uno se puede meter hasta las rodillas, franjas de piel muerta y descascarillada y charcos poco profundos de transpiración fétida.

Y sí, me doy perfecta cuenta de que el paisaje que describe Swift tiene un marcado parecido con el territorio real del Infierno. Ese vasto paisaje de mujeres nobles acostadas en su languidez de tarde, esperando, exigiendo en realidad, que ese minúsculo hombrecillo de juguete les provoque placer. Y él se pasa todo el tiempo tropezando y tambaleándose, presa de la incredulidad y del asco que le producen. Abrumado por la repulsa y el horror, agotado, nuestro esclavizado Gulliver es obligado a trabajar hasta dejar satisfechas a las gigantas. En toda la literatura inglesa apenas hay pasajes que igualen a este de Swift en la poca amabilidad de sus descripciones y en su crudeza masculina y desagradable.

Mi madre os diría que los hombres —los muchachos, los hombres, los varones en general— son demasiado tontos, demasiado previsibles y demasiado perezosos para brillar en el arte de la mentira.

Sí, puede que esté muerta y sea una dogmática categórica y considerablemente imperiosa, pero reconozco el tosco hedor de la misoginia cuando lo huelo. Y me parece muy probable que Jonathan Swift fuera víctima de abusos sexuales en su infancia y de mayor se dedicara a descargar su furia en el escenario pasivo-agresivo de la ficción fantástica.

Tan poco constructivo como siempre, mi padre os diría: «Las mujeres comen para alimentar a su coño». En otras palabras: todo lo que hacemos en exceso lo hacemos para compensar el hecho de no recibir una cantidad mínima de gratificación sexual.

Mi madre diría que los hombres consumen demasiado alcohol porque sus penes tienen sed.

En realidad, el hecho de ser hija de unos padres ex hippies, ex rastafaris, ex punks

y ex anarquistas significa que estoy sometida a una lluvia incansable de lugares comunes manidos.

Y no, yo nunca he tenido un orgasmo, pero sí que he leído *Los puentes de Madison County* y *El color púrpura*, y si hay una cosa que he aprendido de Alice Walker es que si consigues ayudar a una mujer a descubrir el poder curativo de manipularse el clítoris, esa mujer ya será devota tuya y tu mejor amiga para siempre.

Dicho eso, me planto delante de la diablesa serbia, de esa colosal mujer-tornado desnuda conocida como Psezpolnica.

Primero me quito el mocasín que me queda y lo dejo a una distancia segura de la giganta. A continuación me quito la chaqueta de punto de la escuela, la doblo y la deposito cuidadosamente encima del zapato. Me desabotono los puños de la blusa y me remango hasta los codos, sin dejar de mirar las piernas peludas de la giganta cuan largas son, levantando la vista hacia el cielo para contemplarle las espinillas, las rodillas, los muslos desnudos y musculosos, estirando el cuello hasta divisar el montículo púbico de Brobdingnag que hay más allá.

Un silbido estridente hiende el aire, tan fuerte como una sirena de incendios. En el suelo, tirada junto a mi pie enfundado en su calcetín, la cabeza cortada de Archer levanta la vista hacia mí con los labios todavía fruncidos.

—Eh, chica —me dice la cabeza cortada—. No sé qué es lo que tienes en mente, pero no lo hagas…

Estiro el brazo y agarro a Archer por los largos pelos de su cresta azul. Llevando la cabeza como si fuera un bolso, echo a andar por el empeine del pie de la giganta.

Colgando de mi mano, Archer dice:

—Duele a saco que se te coman. —Dice—: No tienes por qué hacer esto…

Me llevo el pelo azul a los dientes y le doy un mordisco, agarrando la cresta con los dientes igual que los piratas agarran los cuchillos mientras trepan por las jarcias de una nave. De esa guisa, subo por los pelos copiosos de las piernas de la diablesa gigante Psezpolnica, escalando el risco carnoso de su espinilla. Como si fuera Gulliver, asciendo cogiéndome a la piel arrugada de las rodillas de la diablesa y sigo mi ascenso por el grueso vello corporal, acercándome cada vez más a la entrepierna de la giganta. Cuando echo un vistazo al suelo lejano, veo a Babette y a Patterson y a Leonard, todos con la cabeza echada hacia atrás para contemplar mi ascenso con la boca abierta. Mirando a mi alrededor desde esta altura, veo la lejana reverberación color madreperla del océano de esperma, el vapor que se eleva del Lago de Saliva Caliente y la perpetua nube negra de murciélagos que sobrevuela el Río de Sangre.

Colgada del pelo azul, agarrada entre mis dientes, la cabeza de Archer dice:

—Estás loca, chica, ¿lo sabes?

Sin dejar de subir, me abro paso por entre los pliegues arrugados de los labios mayores, ascendiendo, igual que en la peor pesadilla de Jonathan Swift, por el

oloroso matorral de pelos púbicos gruesos y rizados.

Por encima de mí cuelgan como presagios las cornisas de un par de pechos enormes. Entre ellos puedo distinguir una barbilla por encima, y sobre esta unos labios en plena masticación, además de una pierna de Archer enfundada en vaqueros y todavía calzada con una bota de motociclista, colgando de una comisura de la boca de la giganta.

Aunque mi conocimiento es bastante teórico y se basa en los años que he pasado contemplando a amistades de la familia en playas francesas, sí que me oriento por los genitales de la mujer adulta. Agarrada a la exuberante mata de pelo, localizo la capucha del clítoris y manipulo con habilidad la cobertura de piel, encajando el brazo en el interior hasta encontrar el órgano retraído del legendario placer femenino. A esta escala, meramente palpado a ciegas dentro del recinto cálido de la capucha del clítoris, parece tener más o menos el tamaño y la forma de un jamón de Virginia.

La cabeza cortada de Archer contempla mis actos. Archer se relame y dice:

—Chica, estás *enferma*… —Sonriendo, dice—: Esa zorra monstruosa se me ha comido, o sea que, caray, lo menos que puedo hacer es devolverle el favor.

Extraigo el brazo de las profundidades cálidas de la capucha de carne y me saco el puñado de pelo azul de la boca. Sostengo la cabeza de manera que pueda mirar fijamente los ojos azules de Archer y le digo:

—Respira hondo y haz algo útil, anda.

Y meto la cabeza sonriente y su boca hecha agua en las profundidades de la capucha.

Durante un instante no sucede gran cosa. Por encima de mí, la boca inmensa continúa masticando lentamente el cuerpo de Archer, sus vaqueros y sus botas. Desde debajo, el trío compuesto por Babette, Patterson y Leonard contemplan la escena, boquiabiertos. Algo se menea, gruñendo y sorbiendo como una bestia famélica, por debajo de la piel de la capucha del clítoris. Luego, gradualmente, los labios de la giganta dejan de masticar. Su respiración se vuelve lenta y profunda. Un rubor rosado y cálido invade las hectáreas y más hectáreas de piel, un enorme paisaje de rubor cubre la cara de la giganta, su pecho y sus muslos. Un escalofrío, tan intenso como un terremoto, agita el cuerpo altísimo, obligándome a agarrarme con más fuerza a los pelos del pubis para no despeñarme a los campos de uñas que tengo debajo.

Piratas, bandoleros enmascarados y mozas raptadas.

A la giganta le empiezan a temblar las rodillas, pierden fuerza y le fallan un poco. Los labios vaginales se le vuelven más pronunciados y le suben de tono, inundados de la sangre que empieza a afluir.

Llegado este punto, meto la mano en la capucha carnosa, donde el clítoris endurecido amenaza con expulsar el tarro babeante y pringoso de Archer. Le agarro la cabeza escondida y se la libero.

Una vez fuera, embadurnado de los jugos de la pasión femenina y babeando como un poseso, Archer respira hondo. Con los ojos dilatados y bizcos por efecto del placer, suelta un grito. Con los labios entelados por esos fluidos perniciosos que son inherentes a la unión sexual adulta, Archer grita:

—¡SOY EL REY DE LOS LAGARTOS…!

Cuando lo oigo le vuelvo a enfundar la cabeza para que continúe librando su batalla oral invisible con los tejidos clitorianos inflados y endurecidos.

La giganta baja la vista para mirarme, con los ojos también vidriosos por el éxtasis orgásmico. Meciendo la cabeza en todas direcciones. Sus pezones protuberantes tienen el mismo tamaño y dureza que las bocas de riego de las aceras y también son del mismo color rojo intenso.

En la pierna enfundada en vaqueros que sigue colgando entre los labios de Psezpolnica, la pierna arrancada de Archer, se distingue con claridad por debajo de la tela vaquera de la pernera el contorno de una erección masculina de tamaño considerable.

Miro hacia arriba y respondo a la sonrisa relajada y babosa de la giganta con mi sonrisa jovial y competente. Agarrada con una mano al vello púbico para mantener mi posición, sostengo con la otra mano la cabeza de Archer dentro de los confines de la resbaladiza capucha del clítoris. Esa es la mano con que me arriesgo a saludar con gesto amigable a la giganta mientras le grito:

—Hola, me llamo Madison. —Le grito—: Ahora que ya nos conocemos… ¿le importaría mucho hacerme un favorcillo de nada?

Y es entonces cuando la capucha se retrae y el clítoris completamente erecto de la giganta se termina de liberar y sale a la luz, expulsando las ansiosas atenciones de Archer tan deprisa que la cabeza pringada y delirante de este se desploma al vacío, seguida como si fuera la cola de un cometa de color azul intenso por un chorro entrecortado de babas o mucosidades vaginales, disparada como un cohete hasta aterrizar con un chapoteo amortiguado entre las uñas cortadas de abajo.

XI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. No te tomes lo que sigue como una bronca. Por favor, considera lo que estoy a punto de decirte como un comentario estrictamente constructivo. Por el lado bueno, has estado dirigiendo una de las empresas más grandes y exitosas de la historia entera de la… bueno, de la historia. Has conseguido ampliar tu cuota de mercado a pesar de la competencia tremenda de un rival directo y omnipotente. Eres sinónimo de tormento y sufrimiento. Sin embargo, si se me permite hablar un poco sin ambages, tu nivel de servicio al cliente es una mierda.

Mi madre siempre decía: «Con Madison puedes estar segura de que te lo va a contar todo de ella misma, salvo la verdad». En otras palabras: no esperéis que yo me venga abajo al instante y os bañe en revelaciones relativas a mi yo personal y profundo. Podéis achacar esta reticencia a alguna vergüenza profunda y secreta por mi parte, si queréis, pero no es el caso. Puede que mi educación se termine en séptimo curso, puede que sea insufriblemente ingenua y carezca de experiencia laboral sólida, pero no tengo una necesidad tan desesperada de atención como para sentir la obligación de compartir mis más íntimos y personales bla, bla, bla.

Lo único que os hace falta saber es que he visto lo que hay al otro lado de la cortina. Estoy muerta, y a juzgar por mi experiencia vital, que admito que es limitada, estoy convencida de que los mejores también lo están. Muertos, quiero decir. Aunque no estoy segura de que nada de lo que ha pasado desde mi sobredosis cuente como «experiencia vital».

Estoy muerta y me está transportando en la palma ahuecada de la mano una diablesa gigante que se dedica a dar zancadas por el paisaje infernal, tragando kilómetros como si nada. Me acompañan los compatriotas a los que acabo de conocer: Leonard, Patterson, Archer y Babette. El cerebrito, el deportista popular, el rebelde y la reina del baile de graduación. En términos ergonómicos, viajar en el nido de una mano gigantesca resulta infinitamente cómodo, y combina el contorno de un asiento de primera clase de Air Singapur con el suave bamboleo de un vagón litera del Oriente Express. Desde estas alturas, comparables al nivel de los borregos de la Torre Eiffel o de la cúspide del London Eye, vemos pasar bastantes lugares destacados. Y a no pocos personajes famosos de primera fila cumpliendo condena.

La estrella del fútbol americano, Patterson, va señalando las ubicaciones más importantes: las Montañas de la Caca de Perro Humeante… el Pantano del Sudor Rancio… una pradera de algo que parece brezo pero que en realidad es una extensión exuberante de hongos desatados de uñas de pies.

Mientras avanzamos, Leonard nos explica que Psezpolnica mide exactamente cuarenta y tres metros de altura. Nuestra azafata / vehículo familiar es vástago de algún ángel que se asomó desde el cielo y cayó presa de una lujuria demente hacia las mujeres mortales. Esta historia, nos asegura Leonard, viene de la pluma de nada menos que santo Tomás de Aquino, que en el siglo XIII escribió que dichos ángeles bajaban a la tierra en forma de íncubos, esos seres sobrenaturales de naturaleza divina pasados de revoluciones y supersalidos. Los ángeles hacían cochinadas con las mujeres mortales y lo que concebían eran gigantes como Psezpolnica. Luego aquellos guarros de ángeles eran arrojados al Infierno, donde se convertían en demonios. Y antes de que os pongáis a señalar que esta historia suelta cierto tufillo a patrañas, a santo Tomás de Aquino no se lo ve por ningún lado del Hades, de manera que en algo debió de acertar.

Asimismo, cuando en Sodoma y Gomorra los hombres de la tierra codiciaron lascivamente a los ángeles, cuenta Leonard, Dios les dio una buena tunda. Les impartió la condena del pilar de sal.

No, no es justo, pero parece que al único inmortal al que se le permite tener escarceos con mortales es a Dios en persona.

Siento no parar de decir el nombre de Dios; supongo que cuesta erradicar los viejos hábitos.

—Que no decaiga —dice Patterson. Le arrea una colleja a Leonard y añade—: ¡Puto hereje!

—Menudo vocabulario —dice Babette—. ¿Por qué no os cagáis directamente en mis oídos?

Mientras avanzamos, Archer saluda con la mano a un par de demonios. A continuación le grita a un hombre rubio y fornido al que le salen de la cabeza unas astas de ciervo.

—¡Eh! ¡Cernunnos, colega!

En voz baja, Leonard me cuenta que el tipo en cuestión es el dios celta destronado de los ciervos. Me dice que nuestro demonio cristiano es representado con cuernos a modo de ataque malicioso a Cernunnos.

Archer levanta un pulgar en dirección a otro demonio al que vemos algo más lejos, un hombre con cabeza de león que se está comiendo con desgana a un abogado muerto. Archer hace bocina con la mano y grita:

—¿Qué te cuentas, Mastema?

—El príncipe de los espíritus —me dice Leonard en voz baja.

Y durante todo este tiempo, Babette no para de preguntar:

—¿Qué hora es? —pregunta—. ¿Sigue siendo jueves? —Sentada a un lado de la enorme palma de la mano, cruzada de brazos, dando golpecitos impacientes con la puntera de un zapato sucio de Manolo Blahnik, Babette dice—: No me puedo creer

que en el Infierno no haya wifi …

Nuestra embarcación, nuestra azafata, Psezpolnica, sigue dando zancadas, con una suave sonrisa poscoital iluminándole todavía los rasgos.

La única sonrisa comparable a la de la giganta es la de Archer, a quien se le ha regenerado todo el cuerpo, desde la cresta azul hasta las botas negras: una sonrisa tan amplia que le empuja el imperdible casi hasta la oreja.

Muy por debajo de nosotros, un viejo marchito camina arrastrando los pies, apoyado en un bastón y arrastrando una barba larguísima. Le pregunto a Archer si es un demonio.

—¿Ese? —dice Archer, señalando al viejo—. Pero ¡si es el puto Charles Darwin! —Archer carraspea y suelta un escupitajo que cae y cae y cae y por fin aterriza lo bastante cerca del viejo como para hacerle levantar la vista. Cuando sus miradas se encuentran, Archer le grita—: ¡Eh, Chuck! ¿Todavía trabajas para el Diablo?

Darwin levanta una mano marchita y venosa para hacerle a Archer un gesto obsceno con el dedo.

Resulta que esos fundamentalistas de los creacionistas cristianos tienen razón. Cómo me gustaría poder decírselo a mis padres: la población entera de Kansas está en lo cierto. Sí, esos pentecostalistas que se revuelcan por el suelo y esos cristianos rurales que manejan serpientes conocen mejor el percal que mis padres seculares, humanistas y multimillonarios. Es *cierto* que las fuerzas oscuras del mal enterraron esos huesos de dinosaurio y esos fósiles falsos para confundir a la humanidad. La evolución es una chorrada y nosotros hemos mordido el anzuelo y nos la hemos tragado encantados.

En el horizonte, recortándose contra el cielo anaranjado en llamas, cobra forma un edificio.

Estirando el cuello para mirar en dirección a la enorme cara suspendida en las alturas y parecida a la luna llena de nuestra giganta saciada, Leonard le grita:

—*Glavni stab*. *Ugoditi*. *Zatim*.

Y a mí Leonard me dice:

—Es serbio. —Dice—: Aprendí un poco mientras adelantaba créditos de la universidad.

El edificio que aparece a lo lejos sigue parcialmente escondido por debajo de la curva del horizonte, pero a medida que nos acercamos se va elevando hasta revelar un complejo enorme y lleno de extensiones y partes añadidas.

Tal como empecé a jactarme antes, es verdad que los mejores estamos muertos. Desde que estoy en el Infierno he avistado a montones de famosos de la historia entera. Ahora mismo, sin ir más lejos, me asomo por encima del borde de la palma de la mano gigante y señalo a una figura diminuta y digo:

—¡Mirad, todos!

Patterson se pone una mano a modo de visera y se la deja en la frente, como si fuera un saludo militar, para protegerse del resplandor anaranjado que lo baña todo. Mira hacia donde yo estoy señalando y dice:

—¿Te refieres a ese viejo?

Resulta, le digo, que ese «viejo» no es otro que Norman Mailer.

En el Infierno no te puedes ni dar la vuelta sin chocarte con alguien importante: Marilyn Monroe o Gengis Kan, Clarence Darrow o Caín. James Dean. Susan Sontag. River Phoenix. Kurt Cobain. Para ser sinceros, la población residente parece la lista de invitados de una fiesta que haría correrse de gusto a mis padres. Rudolf Nureyev. John F. Kennedy. Frank Sinatra y Ava Gardner. John Lennon y Jimi Hendrix y Jim Morrison y Janis Joplin. Un festival de Woodstock permanente. Probablemente, si supiera las oportunidades de hacer contactos que hay por aquí, mi padre tragaría raticida de inmediato y se arrojaría contra una espada samurái.

Solo para charlar con Isadora Duncan, mi madre abriría en pleno vuelo la portezuela de la salida de emergencia de nuestro Learjet y se tiraría al vacío.

En serio, solo con echar un vistazo ya te mueres de pena por esos pobres desgraciados que consiguieron ser aceptados en las Puertas del Cielo. Es imposible no imaginarse el aburrimiento de sala VIP que deben de tener en el Cielo, una especie de reunión social sin alcohol y con helados donde las estrellas son Harriet Beecher Stowe y Mahatma Gandhi. Nada que se acerque siquiera a un censo social sofisticado.

Y sí, tengo trece años, soy gorda y estoy muerta, pero no estoy intentando compensarlo de la misma manera que esos homosexuales inseguros que nunca paran de llenarse la boca con Miguel Ángel y Noël Coward y Abraham Lincoln a fin de subirse la frágil autoestima. Cierto: estar muerto y en el Infierno parece sugerir que uno la ha cagado por activa y por pasiva, pero por lo menos yo estoy alternando con muy buena compañía, de primera clase.

Mientras avanzamos, todavía acomodados en las alturas de la mano de nuestra giganta, nos acercamos a ese complejo de edificios que ahora parece extenderse más allá del horizonte, abarcando hectáreas enteras y hasta kilómetros cuadrados de propiedad inmobiliaria infernal. En sus márgenes exteriores, los perímetros de los edificios consisten en pastiches posmodernos, un collage de estilos que le debe mucho a Michael Graves y a I. M. Pei, y junto a ellos ya hay un contingente de trabajadores cavando y sentando los cimientos para añadirles una serie cada vez más grande de secciones acanaladas que imitan las formas onduladas de Frank Gehry. Dentro de esos márgenes exteriores se elevan círculos concéntricos de ampliaciones anteriores, como si fueran los anillos de un árbol seccionado, y cada uno de esos anillos se puede identificar con la moda de una época anterior. Contiguas a las secciones posmodernas se elevan las torres ortogonales de cristal del estilo

internacional. Más adentro se encuentran los amanerados pináculos futuristas del art déco, a continuación el período revivalista de la época victoriana, el estilo federal, el georgiano, el Tudor, el egipcio, el chino, la arquitectura palaciega tibetana, los minaretes babilonios, todo lo cual compone una historia de la edificación en constante ampliación. Y a medida que sus márgenes se expanden, comiéndose terreno casi tan deprisa como el Gran Océano de Esperma Desperdiciado, al mismo tiempo el antiguo centro del complejo se pudre y se hunde sobre sí mismo.

Cuando Psezpolnica se detiene en las afueras de los edificios, la altura nos permite ver las partes más antiguas del interior, anteriores incluso a los etruscos y a los indios y a Mesopotamia, esas torres y cámaras centrales que ya han quedado reducidas a madera putrefacta y polvo de arcilla.

Estamos ante el centro neurálgico, el cuartel general del Infierno.

—*Ovdje* —grita Leonard hacia arriba.

La giganta lo oye y deja de caminar.

De las murallas exteriores del complejo de edificios salen unas hileras larguísimas de gente que hace cola. Hay literalmente, sin exagerar, millares de almas condenadas. Cada cola lleva a una puerta distinta, y de vez en cuando una de las colas avanza y alguien entra.

—*Prekid* —grita Leonard—. *Ovdje*, por favor.

Cuando oigo ese extraño galimatías eslavo, me pregunto cuánto debe de parecerse al idioma en que piensa Goran. A la jerigonza misteriosa y críptica de los sueños y los recuerdos de mi amado Goran. A la lengua nativa de Goran. Para ser del todo sincera, ni siquiera estoy segura de cuál es la patria arrasada por la guerra de la que procede Goran.

Y sí, he jurado que dejaría de tener esperanzas, pero eso no quiere decir que no pueda seguir enamorada.

Mientras nos acercamos al final de una de las largas colas, Leonard dice:

—*Spustati. Sledeic*.

—¿Todavía es el mismo año? —dice Babette.

El Infierno es el único sitio donde uno querría que su reloj incluyera las funciones de fecha con día, año y *siglo*.

Al oírlo, Psezpolnica se apoya en una rodilla y se inclina hacia delante para dejarnos con mucho cuidado en el suelo.

XII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Si no te importa que te vuelva a incordiar, nunca se me ha dado muy bien hacer exámenes. Créeme, no estoy intentando desviar las culpas en ninguna dirección, pero me da asco esa clase de situación de concurso de la tele en la que se decide la mayor parte de nuestra vida: demostrar mi memoria y mis habilidades mentales en posición de sentados y acuciada por la falta de tiempo. Aunque la muerte tiene sus inconvenientes clarísimos, es una bendición que ahora yo tenga una excusa válida e irrebatible para no hacer los exámenes de ingreso a la universidad. Pese a todo, parece que se trata de un trámite funesto del que todavía no me he acabado de librar.

Ahora mismo estoy sentada en un cuartito, en una silla de respaldo recto situada frente a una mesa de oficina. Imaginaos la arquetípica habitación blanca y sin ventanas que los analistas jungianos aseguran que es la mejor representación de la muerte. Un demonio con zarpas de gato y alas correosas y plegadas se acerca para ajustarme el brazalete medidor de presión sanguínea que yo llevo puesto en la parte superior del brazo, y me lo infla hasta que me noto los latidos del pulso en el interior del codo. En el pecho tengo sujetos con parches adhesivos los cables de un monitor de frecuencia cardíaca, que me salen serpenteando por entre los botones de mi blusa. Otro cable sujeto con cinta adhesiva monitoriza el pulso de mi muñeca. También tengo cables de sensores en la parte delantera y trasera del cuello.

—Son para supervisar las vacilaciones de tus patrones de habla —me ha explicado Leonard.

Un sensor se adhiere al músculo cricotiroideo que hay en la parte de delante del cuello, me explica. Otro sensor al músculo cricoaritenoideo del pescuezo, cerca de la espina dorsal. Cuando hablas, entre los dos sensores circula una corriente de bajo voltaje que registra cualquier microtemblor de los músculos que controlan tu caja vocal, indicando que estás diciendo una mentira.

El demonio de las alas correosas y las zarpas de gato tiene un aliento pútrido.

Esto sucede después de que Babette nos haya acompañado al interior del edificio del cuartel general, eludiendo las colas interminables de gente que esperaba y guiando a nuestro grupito hasta una parte desplomada de la fachada del edificio, inacabada y al mismo tiempo en estado de ruina. A continuación Babette nos ha llevado a una sala de espera cavernosa y tan enorme como un estadio, donde aguardaban incontables almas, formando ese batiburrillo típico de las oficinas del departamento de tráfico: gente con harapos inmundos al lado de otra con atuendos de

Chanel y maletines en las manos. En todas las sillas ergonómicas de plástico había trampas en forma de chicles recién masticados, de manera que solo quienes ya habían abandonado toda esperanza se arriesgaban a sentarse. Un enorme tablero de información instalado en la parte delantera de la sala decía: ATENDIENDO EN VENTANILLA 5. Las lejanas paredes y el techo de piedra se veían marrones. Todo era de tonos terrosos, sepia, del color de la mugre, del color de lo que te sacas al hurgarte la nariz. Casi todo el mundo estaba de pie, con la cabeza un poco caída a un lado, alicaída, como si tuvieran el cuello roto.

El suelo de piedra estaba cubierto de algo que casi parecía una alfombra de orondas cucarachas atiborrándose de las omnipresentes bolas de palomitas y grageas de colores. El Infierno se parece mucho a Florida en el sentido de que la población de bichos nunca perece. Como resultado del calor vaporoso y de la inmortalidad, las cucarachas alcanzan niveles de corpulencia y de gordura que normalmente asociamos con los ratones o las ardillas. Babette se ha quedado mirando cómo yo iba dando brincos, a la pata coja, sin dejar de sujetarme la otra pierna en alto, en plan cigüeña, para evitar pisar las cucarachas, y me ha dicho:

—Necesitamos robarte unos zapatos de tacón alto.

Hasta Patterson, ataviado con su camiseta y sus hombreras de fútbol americano, prácticamente iba bailando, y llevaba una capa cada vez más gruesa de cucarachas aplastadas y ensartadas en los tacos de sus zapatillas. Hasta Archer, que estaba de vuelta de todo, iba dando brincos, haciendo tintinear las cadenas cromadas de alrededor de las botas, patinando con los pies sobre los escarabajos aplastados. Por contraste, aun cayéndose a pedazos, los zapatos falsos de tacón alto de Babette le permitían ir sobre zancos, intocable, por encima de los despojos de las cucarachas.

Caminando con zancadas más largas que el resto de nosotros, apartando a codazos a los eones enteros de gente que había esperando, Babette ha llegado al mostrador o larga mesa que recorría toda la pared del fondo a lo largo. Allí, una hilera de demonios parecían trabajar de oficinistas, plantados al otro lado del mostrador. Babette ha dejado bruscamente su bolso Coach sobre el mostrador y se ha dirigido al demonio que tenía más cerca, diciéndole:

—Eh, Astraloth. —Se ha sacado una chocolatina Big Hunk del bolso y la ha empujado hacia el otro lado del mostrador, a continuación se ha acercado a la cara del demonio y le ha dicho—: Dame un impreso A137-B17. El abreviado. Para hacer una petición de consulta de expediente. —Babette ha señalado con la cabeza en mi dirección—. Es para la chavala nueva.

Estaba claro que Babette no se andaba con bromas.

El aire del recinto de la sala de espera era tan húmedo que cada vez que yo soltaba el aire, se me quedaba flotando en forma de nube blanca delante de la cara y me empañaba las gafas. Cada vez que daba un paso aplastaba cucarachas con el pie.

No, no es justo, pero mis padres siempre se mostraron encantados de contarme con todo lujo de detalle sórdido hasta el último acto o fetiche sexual inventado por la especie humana. Puede que a otras chicas les regalaran su primer sujetador al cumplir los trece, pero a mí mi madre me ofreció una cita con el médico para ponerme mi primer diafragma. Mis padres me lo contaron todo sobre de dónde venían los niños —y sobre cómo se azotaba con las pelotas, se lamía el ano y se hacía la tijera—, pero de la muerte no me dijeron ni una palabra. Como mucho, mi padre me daba la paliza para que usara crema hidratante con filtro solar y me limpiara con seda dental. Si tenían alguna percepción de la muerte, era únicamente al nivel más superficial, como por ejemplo de las arrugas y las canas de la gente muy anciana a quien le queda poco tiempo de vida. Por consiguiente, parecían poner mucho peso en la creencia de que si uno conseguía mantener una buena apariencia y mitigar las señales del envejecimiento, entonces la muerte jamás sería un asunto acuciante. Para mis padres, la muerte existía únicamente en tanto que el resultado lógico, aunque extremo, de no haberte exfoliado la piel de forma adecuada. Algo ineludible: si dejabas de acicalarte de forma meticulosa todos los días, simplemente te acababas muriendo.

Y por favor, si os empeñáis en negar la realidad, comiendo pechugas de pollo bajas en sodio y sin piel para cuidaros el corazón y sintiéndoos plenamente justificados mientras hacéis jogging en la cinta de andar, no finjáis que sois más realistas que los zumbados de mis padres.

Y NO os llevéis la impresión de que echo de menos estar viva. NI DE COÑA lamento no llegar a adulta y que me salga sangre todos los meses del potorro y tener que aprender a conducir un vehículo de combustión interna de combustible fósil y ver películas espantosas de esas que no se pueden ver sin un padre o tutor legal, para después beber cerveza en jarras y sacarme una licenciatura con beca deportiva en historia del arte antes de que un chaval me rocíe de semen por dentro y a mí me toque cargar con un bebé gordinflón en la tripa durante casi un año. Qué putadón, permitidme el sarcasmo, cuánta diversión me estoy perdiendo. Y no, no es que sea una amargada. Es que cuando veo toda la mierda que me estoy ahorrando, a veces le doy gracias a Dios por mi sobredosis.

Hala, ya he dicho otra vez el nombre de Dios. ¡Por los dioses! Pues nada, que me muera.

Ha resultado que mi expediente de condenación estaba perdido. O bien todavía no había llegado. O bien había sido destruido de forma accidental. En cualquier caso, a mí me tocaba empezar de cero, y me han mandado a hacer el examen básico con el detector de mentiras y a someterme a un análisis de estupefacientes.

Parece ser que Babette no es tan inútil como yo me la había imaginado de entrada. Se ha saltado una cantidad considerable de trámites y redundancias burocráticas, guiando a nuestro pequeño equipo por el laberinto de pasillos y oficinas,

sobornando a burócratas de nivel bajo con chocolatinas Hershey y con SweeTarts. El Infierno está a eones enteros de distancia de construir una cultura sin papel, y la mayor parte del suelo está cubierto hasta la altura de las rodillas de expedientes extraviados, sobres de papel Manila destripados, lecturas del polígrafo tiradas por ahí, caramelos en forma de rosquilla de ron caramelizado y cucarachas.

De camino a mis pruebas, Archer me ha dicho que no me cruce de brazos y que no mire a la derecha ni arriba. Son dos de los gestos que traicionan a alguien que miente.

Después de entregar la solicitud rellenada y de pasarle subrepticiamente un Kit Kat al demonio encargado, Babette me ha deseado buena suerte. Me ha dado un pequeño abrazo que sin duda me habrá dejado huellas de suciedad de sus manos por toda la espalda de la chaqueta de punto. Babette, Leonard, Patterson y Archer se han quedado esperando en un pasillo exterior mientras yo atravesaba la puerta de una sala de exámenes completamente blanca. La máquina del polígrafo. Y el demonio que ahora me infla el brazalete medidor de presión en torno al brazo.

Puede que recordéis a ese mismo demonio de la obra maestra clásica de Hollywood, *El exorcista*, donde poseía a aquella hija malcriada y precoz de una estrella del cine de mediana edad. No sé de qué me suena la historia. Pues aquí está ahora, mirándome a los ojos en busca de cambios en la dilatación de las pupilas que puedan revelar insinceridad. El demonio me llena la piel de cables para ver si sudo. Para medir lo que Leonard llama la «conductividad de la piel».

Yo le digo que me encantó la escena en que la niña, Regan, bajaba las escaleras hacia atrás como un cangrejo, con la boca chorreando sangre. Más por nervios que por otra cosa, le pregunto al demonio si tiene experiencia personal poseyendo a gente. ¿Ha hecho alguna otra película? ¿Se lleva derechos de redifusión? ¿Quién es su agente?

Sin apartar la vista de la lectura que va apareciendo en la máquina, de esas agujitas temblorosas que van trazando sus líneas sobre la tira de papel blanca, el demonio me dice:

—¿Te llamas Madison Spencer?

—Sí.

El demonio gira un botón de su máquina y me pregunta:

—¿Tienes trece años?

Otra vez sí.

—¿Rechazas a Satanás y todas sus obras? —pregunta el demonio.

Fácil. Me encojo de hombros y digo:

—Claro. ¿Por qué no?

—Por favor —dice el demonio—. Es muy importante que contestes solo «sí» o «no».

—Lo siento —le digo.

—¿Aceptas a Dios como tu único Señor? —dice el demonio.

También bastante fácil, no hay problema.

—Sí —digo.

—¿Reconoces a Jesucristo como tu salvador personal?

Pues no lo sé, no estoy segura, pero digo:

—¿Sí?

Las agujas trazan un garabato en el papel de la lectura, no muy grande pero lo trazan. No estoy segura del todo, pero es posible que se me contraigan de golpe los iris de los ojos. Estoy bastante familiarizada con el dogma en general, pero este no es un catecismo que mis padres me enseñaran a recitar. Sin apartar para nada los ojos de las líneas temblorosas de tinta, el demonio dice:

—¿Eres o has sido alguna vez practicante de la religión budista?

—¿Cómo? —le digo.

—Sí o no —dice el demonio.

—¿Qué pasa? —le digo—. ¿Que los budistas no van al Cielo?

Aunque mis padres no eran perfectos ni mucho menos, ninguna de sus equivocaciones fue intencionadamente maliciosa, razón por la cual me resulta una traición total el renegar de todos los ideales que ellos intentaron inculcarme por todos los medios. Me enfrento con la eterna disyuntiva de traicionar a tus padres o traicionar a tu divinidad. Yo lo único que quiero es llevar un halo e ir montada en una nube. Lo único que quiero es tocar el arpa.

Sin inmutarse para nada, el demonio me dice:

—¿Crees que la Biblia es la única palabra verdadera de Dios?

Yo le digo:

—¿Eso incluye las partes más chifladas y pasadas de vueltas del Levítico?

El demonio se echa hacia delante y dice:

—En tu sincera opinión, ¿la vida se inicia en la concepción?

Sí, ya sé que se supone que estoy muerta, que no tengo cuerpo material ni necesidades físicas ni tampoco fisiología, y sin embargo me echo a sudar como una cerda. Se me ruboriza toda la cara. Los dientes se me ponen del revés y me empiezan a rechinar lentamente. Los puños se me cierran con fuerza y los huesos y músculos me asoman por debajo de la piel cada vez más blanca de los nudillos.

—¿Sí? —me aventuro a decir.

—¿Estás a favor de la oración obligatoria en las escuelas públicas? —me pregunta el demonio.

Vale, quiero ir al Cielo, ¿quién no?, pero no si comporta ser una capulla integral.

Da igual que yo conteste que sí o que no, esas agujitas se van a poner a danzar como unas locas, registrando mi insinceridad o bien mi culpa.

—¿Consideras que los actos sexuales entre individuos del mismo sexo son una abominación?

Le pregunto si podemos volver a esa pregunta más tarde.

—Lo interpreto como un «no» —dice el demonio.

A lo largo de la historia de la teología, ha intentado explicarnos Leonard, las religiones han debatido sobre la naturaleza de la salvación, sobre si la santidad de la gente se demuestra por medio de las buenas acciones o bien por la fuerza de su fe interior. ¿Uno va al Cielo por haber hecho el bien? ¿O acaso va al Cielo porque está escrito de antemano… porque *es* bueno? De acuerdo con Leonard, se trata de un debate de hace siglos; hoy todo el sistema se basa en la ciencia forense. Pruebas de polígrafo. Detección psicofisiológica de engaños. Análisis de estrés de la voz. La nueva política de tolerancia cero de consumo de drogas y alcohol que impera en el Cielo incluso obliga a entregar muestras de pelo y de orina.

En secreto, me meto las manos en los bolsillos de la falda pantalón y cruzo los dedos.

El demonio pregunta:

—¿Le corresponde a la humanidad el dominio último de todas las plantas y animales de la tierra?

Con los dedos cruzados, digo:

—¿Sí?

—¿Apruebas el matrimonio —dice el demonio— entre individuos de distinta procedencia racial? —El demonio continúa sin vacilar y pregunta—: ¿Hay que permitir la existencia del Estado sionista de Israel?

Cada vez tengo menos idea de qué contestar. Hasta con los dedos cruzados. La paradoja: ¿acaso Dios es un capullo racista, homófobo y antisemita? ¿O bien me está poniendo a prueba para ver si lo soy yo?

—¿Hay que dejar que las mujeres ocupen cargos públicos? —pregunta el demonio—. ¿Que tengan propiedades inmobiliarias? ¿Que conduzcan vehículos motorizados?

De vez en cuando se inclina sobre la máquina del polígrafo y usa un rotulador para tomar notas sobre la tira de papel, en los márgenes de la lectura.

Hemos hecho el viaje hasta la sede central del Infierno porque he pedido tramitar una solicitud. Mi razonamiento es el siguiente: si los asesinos convictos pueden pasarse décadas en el corredor de la muerte, exigiendo acceder a bibliotecas jurídicas y a abogados defensores públicos y gratuitos, mientras garabatean instrucciones y argumentos con lápices sin punta, me parece justo que yo también pueda apelar mi sentencia eterna.

Con el mismo tono con que una cajera de supermercado te pregunta «¿Bolsa de papel o de plástico?» o que una empleada de restaurante de comida rápida te pregunta

«¿Lo quiere con patatas fritas?», el demonio me pregunta:

—¿Eres virgen?

Fue la pasada Navidad cuando se me pegaron las manos a la manecilla congelada de la puerta de mi residencia de estudiantes y me vi obligada a arrancarme las capas exteriores de la piel, pero las manos todavía no se me han curado. Las líneas que me cruzan las palmas, la línea de la vida y la del amor, están casi borradas. Mis huellas dactilares son muy tenues, y la piel nueva la noto tensa y sensible. Me duele hasta tener los dedos cruzados dentro de los bolsillos, pero no puedo hacer nada más que quedarme ahí sentada, traicionando a mis padres, traicionando a mi género y mis ideas políticas, traicionándome a mí misma para soltarle a un demonio aburrido la combinación de cháchara que espero sea la perfecta. Si alguien se merece pasarse la eternidad entera en el Infierno soy yo.

El demonio me pregunta:

—¿Apoyas esa investigación profundamente maligna que hace servir células madre de embriones?

Yo le corrijo:

—*Utiliza*… que *utiliza* células madre…

El demonio pregunta:

—¿El suicidio médicamente asistido va en contra de la hermosa voluntad de Dios?

El demonio pregunta:

—¿Aceptas la verdad obvia de la creación inteligente?

Mientras las agujas registran hasta el último latido de mi corazón, mi ritmo respiratorio y mi presión sanguínea, el demonio se limita a esperar a que mi cuerpo me traicione al oír la pregunta:

—¿Estás familiarizada con la agencia de William Morris?

Sin quererlo, las manos se me relajan un poco, descruzo los dedos y dejo de mentir.

—Pues… sí —digo.

Y el demonio levanta la vista de su máquina, me sonríe y me dice:

—Son quienes me representan…

XIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. No te vayas a creer que tengo morriña. Pero últimamente me ha dado por pensar en mi familia. No estoy intentando decir nada sobre ti ni sobre este Infierno tan fabuloso. Simplemente he estado sintiendo un poco de nostalgia.

Para mi último cumpleaños, mis padres anunciaron que nos íbamos a Los Ángeles para que mi madre hiciera de presentadora en una gala de premios. Mi madre hizo que su asistente personal le comprara nada menos que mil millones de sobres dorados con tarjetones en blanco dentro. Mi madre se pasó una semana entera sin hacer nada más que ensayar el gesto de rasgar aquellos sobres, sacar los tarjetones y decir: «El Premio de la Academia a la Mejor Película es para…».

A fin de entrenarse para que no se le escapara la risa, mi madre me pidió que yo escribiera en los tarjetones títulos de películas del tipo *Vuelven los caraduras*, *Saw IV* y *El paciente inglés 3*.

Íbamos sentados en la parte de atrás de un sedán que nos estaba llevando desde no me acuerdo qué aeropuerto hasta un hotel de Beverly Hills. Yo iba sentada en el asiento plegable enfrente de mi madre para que ella no pudiera ver lo que estaba escribiendo. Cuando acabé, le di el tarjetón a su asistente, que lo metió en un sobre, le pegó un sello de papel dorado y le entregó el producto acabado a mi madre para que lo rompiera.

No íbamos al Beverly Wilshire porque era allí donde yo había intentado hacer desaparecer por el retrete el cadáver de mi gatito, el pobre Rayas de Tigre, obligando a que tuviera que venir un fontanero a desatascar la mitad de los retretes del hotel. Tampoco íbamos a la casa de Brentwood porque solo estábamos en la ciudad por setenta y dos horas y mi madre no se fiaba de que Goran y yo no fuéramos a dejar la casa entera hecha un asco.

En un tarjetón en blanco escribí *Porky's contraataca*. En otro escribí *Duro de pelar*. Mientras escribía *Pesadilla final: la muerte de Freddy*, le pregunté a mi madre dónde había puesto mi blusa rosa de los volantes de nido de abeja en la pechera.

Mi madre rompió un sobre y dijo:

—¿Has mirado en tu armario de Palm Springs?

Mi padre no había venido en el coche. Se había quedado a supervisar las obras de remodelación de nuestro jet. Yo ni siquiera me atrevía a aventurar si era una broma, pero mi padre estaba rediseñando nuestro Learjet para que el interior fuera de ladrillos ecológicos, vigas de encaje talladas a mano y suelos de madera nudosa de pino. Todo ello cultivado de forma sostenible por los amish. Y sí: instalado en un jet.

A fin de cubrir los suelos se había llevado todos los vestidos de la temporada pasada de Versace y Dolce a unos trenzadores de alfombras tibetanos y a eso lo había llamado «reciclar». Íbamos a tener un jet equipado con falsas chimeneas de leña y lámparas de astas de ciervo. Colgantes para macetas de macramé. Por supuesto, todos aquellos ladrillos y madera no eran más que puro revestimiento, pero aun así, cada vez que intentara despegar, el avión iba a consumir algo parecido a la producción de jugo de dinosaurio que podía generar Kuwait en un día entero.

Bienvenidos al comienzo de otro glorioso ciclo mediático. Todo aquel jaleo absurdo no buscaba más que justificar que mis padres pudieran aparecer en la portada del *Architectural Digest*.

Sentada enfrente de mí, mi madre abrió un sobre y dijo:

—Y el Premio de la Academia de este año a la Mejor Película es para… —Sacó el tarjetón del sobre, se echó a reír y dijo—: ¡Maddy! ¿No te da vergüenza?

Le enseñó el tarjetón a Emily o Amanda o Ellie o Daphne o COMO SE LLAMARA su asistente personal de aquella semana. El tarjetón decía: *El piano 2: el ataque del dedo*. Emily o Audrey o como se llamara no pilló el chiste.

La buena noticia era que el Prius era demasiado enano para que Goran y yo acompañáramos a mis padres a la ceremonia de entrega. De manera que mientras mi madre estaba en el escenario intentando no cortarse con el papel ni echarse a reír por tener que darle un Oscar a alguien a quien ella odiaba, en teoría Goran tenía que cuidar de mí en el hotel. Quédate quieto, corazón mío. Técnicamente, debido a que Goran no hablaba el suficiente inglés como para pedir películas porno por cable en la modalidad de pago por visionado, iba a ser yo quien cuidara de él, aunque estábamos obligados a ver los galardones por televisión para poder decirle a mi madre si se tenía que molestar en volver a presentarlos el año siguiente.

Era por eso por lo que yo necesitaba la blusa de color rosa: para gustarle a Goran. Encendí el portátil de mi madre y pulsé las teclas Ctrl, Alt y S para que las cámaras de seguridad me mostraran el armario de mi dormitorio de Palm Springs. Cambié a las cámaras de Berlín y comprobé mi dormitorio de allí.

—Mira en Ginebra —me dijo mi madre—. Dile a la doncella somalí que te la manden por FedEx.

Pulsé Ctrl+Alt+G. Pulsé Ctrl+Alt+B. Miré en Ginebra. Miré en Berlín. En Atenas. En Singapur.

Para ser sincera, Goran era la razón más probable de que él y yo no fuéramos a los Oscar de aquel año. Existía un peligro demasiado grande de que, cuando las cámaras hicieran un zoom sobre nuestras localidades, las de los hijos de los Spencer, Goran estuviera bostezando o hurgándose la nariz o roncando, repanchingado en su butaca de terciopelo rojo, dormido, con un hilillo de baba cayéndole de la comisura de sus labios sensualmente carnosos. Todo esto ya es agua pasada, pero está claro que

el esbirro o la esbirra a cargo de buscar candidatos potenciales a hijos adoptados tuvo que perder el trabajo por sugerir el nombre de Goran. Mis padres financian una fundación benéfica que básicamente da trabajo a unos mil millones de publicistas contratados para emitir comunicados de prensa que promocionen la generosidad de mi padre. Sí, puede que donen mil dólares para construir una escuela de bloques de hormigón en Pakistán, pero a continuación emplearán medio millón de dólares en filmar un documental sobre esa misma escuela, dar ruedas de prensa y pagar viajecitos a periodistas, y de esa manera asegurarse de que todo el mundo se entere de lo que han hecho. Goran fue una decepción ya desde su primera sesión fotográfica para los medios. Se negó a derramar lágrimas de gratitud ante las cámaras y a llamar a sus nuevos guardianes nada más cariñoso que «el señor y la señora Spencer».

Todos estamos familiarizados con esos anuncios de la televisión en los que un perro o un gato hunde el hocico en su cuenco de galletitas secas para demostrar lo deliciosas que son, lo que pasa es que previamente al pobre animal le han hecho pasar un hambre tremenda. Pues bueno, el mismo principio debería haber hecho que Goran mostrara una sonrisa henchida de orgullo cada vez que lo vestían con sus nuevos trapos de Ralph Lauren o de Calvin Klein, o de quien fuera que mis padres estuvieran contribuyendo a promocionar. A Goran se le pedía que se zampara cualquier exquisitez a base de tofu y libre de malos tratos a animales mientras daba tragos de una botella de la bebida energética patrocinadora, sosteniendo siempre la botella de manera que se viera bien la etiqueta. Era mucho trabajo para un pobre huérfano traumatizado por la guerra, aunque yo he visto a niños adoptados por mis padres, niños de solo cuatro años de edad, del Nepal y de Haití y de Bangladesh, representar simultáneamente la generosidad de mis padres y a babyGap y a alguna marca de higos precocinados rellenos de pastel de cordero no maltratado y de alioli con aroma de comino… sin dejar de mencionar en ningún momento la película de mi madre que se estuviera estrenando en cines.

A una de esas hermanas vistas y no vistas que yo tuve mis padres la habían rescatado de un burdel de Calcuta, pero en cuanto notaba que había una cámara en la sala, la chavala era capaz de ponerse a abrazar sus zapatillas Nike nuevas y sus muñecas Barbie y a derramar unas lágrimas de alegría tan realistas y fotogénicas que a su lado Julia Roberts parecía una perezosa que pasaba de todo.

En cambio, Goran se limitaba a dar el sorbo requerido de su bebida energética con suplemento de vitaminas y sabor a sirope de maíz y a hacer una mueca de asco. Se negaba en redondo a jugar a aquel juego. Lo único que hacía Goran era mirarme con el ceño fruncido, aunque eso era lo único que hacía con todo el mundo. Cuando su mirada huraña y cargada de odio me taladraba, lo juro, yo me sentía exactamente como si fuera Jane Eyre bajo la mirada del señor Rochester. Yo era Rebecca de Winter bajo el frío escrutinio de su nuevo marido, Maxim. Después de una vida

entera de ser mimada y cortejada por sirvientes, subalternos y sicofantas de los medios, el desdén lleno de odio de Goran me resultaba completamente irresistible.

La otra razón de que no fuéramos a los Premios de la Academia era que yo era una foca gordinflona y rechoncha. Mi madre jamás lo habría confesado, claro, salvo quizá en una entrevista en el *Vanity Fair*.

Mientras nuestro chófer nos llevaba a mí y a mi madre al hotel, Goran seguía sobre el asfalto de la pista, donde mi padre hacía lo posible para explicarle el ingenio surrealista inherente al hecho de decorar el interior de una aeronave de la era espacial que había costado millones de dólares para que se pareciera a la choza de cañas de una familia de cavernícolas de la Edad de Piedra. Mi padre se dedicaba a darle la vara con la forma polivalente en que nuestra choza de imitación les iba a resultar ingeniosa e irónica a los intelectuales muy cultos, mientras que la por entonces más joven base de fans de las películas de mi madre lo verían como un gesto sincero y ecológicamente progresista.

Y sí, es posible que yo sea una preadolescente fantasiosa, pero sé qué significa *polivalente*. Más o menos. Creo. Tengo una buena idea.

Pulsé en el teclado del portátil Ctrl+Alt+J para espiar el interior de nuestro jet. Allí estaba mi padre hablándole a Goran de Marshall McLuhan mientras Goran se limitaba a contemplar la cámara de seguridad, mirándome directamente a mí con el ceño fruncido desde la pantalla del ordenador.

De forma estrictamente accidental, que lo sepáis, una vez, y os juro que no soy la señorita Fresca McMarrana, pulsé Ctrl+ Alt+D para cambiar de cámara y acerté a ver a Goran duchándose desnudo. No estaba mirando a propósito, eso no, pero pude ver que ya tenía pelo… *ahí abajo*. Para entender mi jadeante persecución de Goran, con sus labios exuberantes y su mirada gélida, tenéis que saber que la primera foto que me hicieron de bebé apareció en portada de la revista *People*. Personalmente, nunca he sido un espejo satisfactorio del éxito de mis padres porque todos los lujos ya me fueron dados. Desde el día que nací, el mundo ya me rindió todas sus deferencias. Como mucho he servido de souvenir, al mismo nivel que las drogas y la música grunge, de las juventudes ya largo tiempo acabadas de mis padres. Luego los hijos adoptados tuvieron como propósito afirmar el duro esfuerzo de mis padres y sus recompensas resultantes. Sacas a un esqueleto famélico de algún agujero de mala muerte de Etiopía, lo metes en un Gulfstream y le sirves una selección de quesos Havarti de granja artesanal cocidos en tartaletas de hojaldre integral y sin gluten. Un chaval que hasta ese momento tenía una esperanza de vida de más o menos cero —los buitres ya estaban salivando y sobrevolándole en círculos—, y hay que joderse, cómo no se va a emocionar con una memez de fiesta de fin de semana en la casa de East Hampton de Babs Streisand.

Pero qué sé yo; estoy muerta. Soy una mocosa muerta. Si fuera muy brillante,

estaría viva, como vosotros. Sin embargo, si queréis saber mi opinión, la mayoría de la gente se pone a tener hijos cuando se le empieza a agotar el entusiasmo por la vida. Los hijos nos permiten revisitar la emoción que antes nos producía, bueno… todo. Y al cabo de una generación son los nietos quienes nos vuelven a subir el entusiasmo. Reproducirse es una especie de inyección de moral para que sigamos amando la vida. Para mis padres, que primero tuvieron a una displicente como yo y después adoptaron una serie de mocosos que culminaría con el aburrido y hostil Goran, representa sin duda la Ley de la Disminución de los Márgenes de Ganancia.

Tal vez sea por eso por lo que la gente da las gracias ANTES de comerse su asquerosa cena de guiso de atún.

Si a los vivos los atormentan los muertos, a los muertos los atormentan sus propias equivocaciones. Tal vez si yo no hubiera sido tan superficial y no me lo hubiera tomado todo a broma, mis padres no habrían tenido que intentar cubrir sus necesidades emocionales llenando un corral entero de niños abandonados.

Mientras el chófer llegaba al hotel, y el portero se nos acercaba para abrirnos la portezuela, pulsé Ctrl+Alt+B para registrar el armario de mi dormitorio de Barcelona y allí encontré mi blusa rosa desaparecida. En un mensaje instantáneo que le puse a la doncella somalí, le dije adónde tenía que mandar de forma urgente la blusa para que llegara a tiempo para mi velada con Goran. A punto estuve de decirle «Gracias», lo que pasa es que no conocía la palabra exacta en su idioma.

Y sí, conozco la palabra *velada*. Conozco un montonazo de cosas, sobre todo para ser una chica de trece años gorda y muerta. Pero tal vez no sé tanto como creo.

En aquel momento mi madre rasgó otro sobre y dijo:

—Y el ganador es…

XIV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Sé lo que estás pensando… para ti no soy más que una mocosa rica y mimada que no ha tenido que trabajar ni un solo día en la vida. En mi defensa, me enorgullece decir que por fin he obtenido empleo a tiempo completo. Un trabajo de verdad. A partir de hoy soy un fiambre con trabajo estable, si me perdonáis la paradoja. Puede que lo que viene a continuación os parezca cutre, pero, por favor, consideradlo un retablo impresionista de la vida mortuoria. Un vistazo a lo que es un día cualquiera de mi muerte.

Que yo sepa, en el Infierno se puede elegir entre dos clases de carreras. La primera opción es trabajar en una de esas páginas web que todo el mundo da por sentado que se llevan desde Rusia o Birmania y en las que hombres y mujeres desnudos miran sin pestañear a sus webcams, con expresiones aturdidas y ojos vidriosos, mientras se lamen los dedos y se introducen maquetas lubricadas de aviones o plátanos en sus chichis o en sus pompis afeitados. O eso, o bien ponen una sonrisa falsa mientras dan sorbos de su propia orina servida en una flauta de champán. Como veis, el Infierno es responsable de un 85 por ciento del contenido total de guarradas de internet. Los demonios se limitan a colgar con chinchetas una sábana vieja y sucia para que haga de telón de fondo, ponen en el suelo un colchón de gomaespuma y luego te toca a ti revolcarte por él, metiéndote cosas por tus orificios y contestando a tiempo real al chat de los pervertidos vivos del mundo entero.

Con franqueza, nunca he tenido una necesidad de atención tan desesperada. No me confundáis con una de esas preadolescentes con problemas que prácticamente van por ahí con una camiseta que dice: PREGÚNTAME POR MI VIOLACIÓN. O bien: PREGÚNTAME POR MI ALCOHOLISMO.

El secretillo indecente del Infierno es que los demonios siempre te están pasando facturas. Como respires su aire, o como te encuentren sin hacer nada, los poderes fácticos ya le están dando a su caja registradora. No, no es justo, pero es que los demonios te cobran por tu mantenimiento. El taxímetro no se detiene jamás y tú te dedicas a acumular años de tortura adicional, según Babette, que resulta que trabajaba aquí manejando expedientes hasta que tuvo que tomarse una baja por invalidez provocada por el estrés y regresar a su celda para hacer un poco de reposo no administrativo. Babette dice que la mayoría de la gente solo tiene condenas de unos pocos eones, pero que va acumulando tiempo adicional por el mero hecho de ocupar espacio en el Infierno. Es como pasarte del límite de las tarjetas de crédito, o volar accidentalmente con tu jet privado por el espacio aéreo francés; en el preciso

momento en que cruzas la raya, el reloj empieza a hacer tictac. Los contables van sumando y al final llega el día en que te cae una factura astronómica.

Aquí el dinero en metálico y las joyas no tienen ningún valor. La moneda en curso son las golosinas, y los malvaviscos en forma de cacahuete se aceptan como pago de toda clase de sobornos y deudas. El equivalente infernal de las moneditas de un centavo son las bolas de palomitas… el regaliz negro… los labios de goma… que la gente tira porque no valen nada.

Lo más seguro es que yo ni siquiera os debiera contar esto —el mercado laboral ya está bastante jodido de por sí—, pero si tenéis alguna aspiración de ganaros vuestros Lacasitos rellenos de menta, no os queda más remedio que encontrar una carrera y poneros a currar.

No digo que os vayáis a morir, no, claro, vosotros no, con todos los antioxidantes que habéis engullido y todos los largos que habéis nadado en el embalse. ¡Ja!

Pero si no os queréis pasar la eternidad entera haciéndoos lavativas a vosotros mismos en una página web guarra, mirados por millones de hombres con problemas sexuales graves, el otro tipo de trabajo que hace la mayoría de la gente del Infierno es… la televenta. Que, en efecto, comporta sentarse a una mesa, codo con codo con un verdadero ejército de empleados de televenta condenados que se extiende en ambas direcciones hasta el mismo horizonte, todos parloteando por los micrófonos de sus auriculares.

Mi trabajo consiste en lo siguiente: primero las fuerzas oscuras se dedican a calcular cuándo es la hora de cenar en cualquier punto de la tierra, y a continuación un ordenador marca automáticamente esos números de teléfono para que yo pueda interrumpirles la cena a sus residentes. Mi meta real no es venderle nada a nadie; me limito a preguntaros si tenéis unos segundos para participar en una investigación de mercado destinada a identificar tendencias en el consumo de chicles. O de loción bucal. O de láminas suavizantes para la secadora de ropa. Llevo teléfono de diadema y trabajo siguiendo un diagrama de respuestas posibles. Y lo que es mejor, tengo la oportunidad de hablar con gente viva de carne y hueso —como vosotros—, que todavía estáis vivos y respiráis y no tenéis ni idea de que yo estoy muerta y os estoy llamando desde el más allá. Creedme: la inmensa mayoría de los empleados de televenta que llaman a vuestra casa están muertos. Igual que casi todas las modelos porno de internet.

Vale, no se puede decir que me dedique a la cirugía cerebral ni al derecho fiscal, pero es mejor que meterme lápices por el pompis en una página web titulada: «Chavalita ninfómana loca se da placer con su material escolar» [*sic*].

El sistema de marcado automático me conecta con una persona viva y yo le digo:

—Estoy haciendo un estudio de mercado para poder darles un mejor servicio a los consumidores de chicle de su zona… ¿Tiene usted un momento para contestarme a

unas preguntas?

Si la persona viva me cuelga, el ordenador me conecta con otro número telefónico. Si la persona viva contesta a mis preguntas, el diagrama me va diciendo qué otras preguntas le tengo que hacer. Cada persona de las que estamos sentadas frente al banco de teléfonos tiene una hoja plastificada de preguntas, una infinidad de preguntas. La cuestión es imponerse al que contesta, siempre rogándole que te permita hacer «una pregunta más, por favor»… hasta que el aspirante a comensal pierde los nervios y tanto su humor como su cena se van al traste.

Una vez que estás muerto y en el Infierno, tus opciones son, o bien hacer algo trivial pero hacerlo de manera muy solemne, por ejemplo investigación de mercado sobre el uso de los clips para sujetar papeles. O bien se puede hacer algo muy serio de una manera muy trivial, como por ejemplo poner cara de aburrido y de que todo te da igual mientras cagas en un plato de cristal y te lo comes con una cucharilla de plata: la caca, quiero decir, no el plato.

Si le preguntas a mi padre cuál es la clase de carrera profesional que hay que elegir, él te dirá: «No conciertes una cita con un ataque al corazón». En otras palabras: tienes que tomártelo con calma y no olvidarte de pisar el freno. No hay trabajo que dure para siempre. De manera que relájate y diviértete.

Con esa meta en mente, dejo de prestar atención. Mientras todas esas personas vivas hambrientas me suplican que terminemos nuestra conversación, explicándome que se les está enfriando la carne estofada, yo me dedico a pensar en otra cosa, a preguntarme si mi madre habría actuado de otra forma de haber sabido que a mí me quedaban menos de cuarenta y ocho horas de vida. Pensándolo ahora, me da por preguntarme si, en caso de haber sabido que yo estaba a punto de fallecer, mi madre también me habría regalado su bolsa de obsequios de la gala de la Academia en vez de hacerme un regalo de verdad. De haber sabido que el tiempo se estaba agotando, quiero decir, y que mi reloj de arena ya casi se había quedado sin arena.

Mientras le pregunto a esa gente hambrienta por sus preferencias en materia de sedas dentales, me acuerdo de que, cuando era pequeña, yo pensaba que Estados Unidos nunca dejaría de añadir estados, sino que le iríamos cosiendo más y más estrellas a la bandera hasta poseer el mundo entero. O sea, ¿por qué pararse en cincuenta? ¿Por qué pararse en Hawai? Parecía natural que Japón y África acabaran absorbidos por la sección de estrellas de nuestra bandera nacional. En el pasado ya apartamos a empujones a los pesados de los navajos y los iroqueses para crear a los californianos y los texanos. Podríamos hacer lo mismo con Israel y Bélgica y alcanzar por fin la paz mundial. Cuando eres un niño pequeño, estás convencido de que hacerse mayor —hacerse alto y que te salgan músculos y pechos grandes— será la solución de todos tus problemas. Pues mi madre sigue siendo así: siempre está comprando casas nuevas en otras ciudades. Y mi padre, tres cuartos de lo mismo:

siempre intentando traerse a niños agradecidos de sitios espantosos como Darfur o Baton Rouge.

El problema es que los niños con problemas nunca se dejan salvar. Aquel hermano de Ruanda visto y no visto que tuve se escapó con mi tarjeta de débito. Mi hermanita vista y no vista de Bután no paraba de tragarse los Xanax que mi madre estaba encantada de ofrecerle… y cayó en una espiral de drogadicción. Nada es seguro para siempre. Hasta nuestras casas de Hamburgo y Londres y Manila permanecen vacías, cogiendo polvo y tentando a los ladrones de casas y a los huracanes.

Y Goran, en fin, a juzgar por cómo ha terminado su adopción, me cuesta considerar su rescate un Gran Éxito.

Sí, reconozco los errores de la lógica de mis padres, pero si estoy tan llena de dones y talentos, ¿cómo es posible que las únicas lecturas que he hecho en mi vida sean Emily Brontë, Daphne du Maurier y Judy Blume? ¿Cómo es que me he leído *Por siempre Ámbar* unas doscientas veces? En serio, si yo fuera brillante *de verdad*, estaría viva y sería delgada, y la estructura de este relato sería un homenaje de longitud épica a Marcel Proust.

Y en cambio le estoy preguntando por mi teléfono de diadema a un cretino vivo qué colores de bastoncillos de algodón complementarían mejor el esquema de colores primarios de la decoración de su cuarto de baño. En una escala del uno al diez, le pido que me puntúe los siguientes sabores de brillo de labios: miel caliente… brisa de azafrán… menta oceánica… resplandor de limón… azul zafiro… rosa cremosa… ascua ácida… y baya de irrigación vaginal.

Respecto a mi prueba del polígrafo, Babette me ha dicho que no contenga la respiración. Procesar los resultados puede tardar una eternidad. Hasta que nos digan algo, me ha recomendado que me limite a esperar y a seguir con mi trabajo al teléfono. A pocas sillas de distancia de la mía, Leonard le está haciendo preguntas a alguien sobre papel higiénico. A su lado está sentado Patterson, con su uniforme de fútbol americano, preguntándole a alguien por su opinión en materia de repelente de mosquitos. Cerca de ellos, Archer se sostiene el auricular con la mano contra el costado de la cara para que no le aplaste la cresta azul, mientras busca opiniones del público sobre un candidato para un cargo político.

Según Babette, el 98,3 por ciento de los abogados termina en el Infierno. Lo cual contrasta con el 23 por ciento de los granjeros que recibe condenación eterna. De los propietarios de pequeños comercios, van a parar al Averno un 45 por ciento. Tal vez haya un número minúsculo de políticos que ascienden al Cielo, pero en términos estadísticos, el cien por cien de ellos es arrojado al foso en llamas. Lo mismo se puede decir esencialmente del cien por cien de los periodistas y los pelirrojos. Por alguna razón, la gente que no llega al metro cincuenta y cinco tiene más números de

ser condenada. También la gente con un índice de masa corporal mayor a 0,0012. Babette empieza a soltarte estas estadísticas y da toda la impresión de ser autista. Solo porque antes trabajaba procesando documentación de las almas que llegaban, ya te puede decir que en el Infierno hay el triple de rubias que de morenas. La gente que cuenta por lo menos con dos años de educación continuada después de la secundaria tiene casi seis veces más probabilidades de terminar condenada. Igual que la gente con ingresos de más de un millón de dólares anuales.

Con todo esto en mente, sospecho que mis padres deben de tener una probabilidad del 165 por ciento de reunirse conmigo para siempre.

Y no, no tengo ni idea de a qué sabe una «baya de irrigación vaginal».

Por mi teléfono crepita la voz de una vieja que no para de dar la brasa con el sabor de algo que ella llama chicle de «hayuco», y hasta por teléfono me parece oler la peste a meados de sus novecientos gatos. Su respiración de vieja hace un ruido húmedo y cargado de estática, chisporroteando y resollando desde su vieja garganta, con ese ligero ceceo de las dentaduras postizas mal puestas y ese volumen vociferante que causa la pérdida auditiva, y con ella consigo llegar más lejos en el diagrama que con nadie a quien haya llamado nunca. Ya estamos en el nivel 12, tema 4, pregunta 17: los palillos con sabores, por el amor de Dios.

Le pregunto si se plantearía la posibilidad de comprar palillos de dientes con tratamiento artificial para tener sabor a chocolate. O a ternera. O a manzanas. Luego soy consciente de lo desesperadamente sola y aislada que debe de sentirse esa anciana. Lo más seguro es que yo sea el único contacto humano que ha tenido en todo el día, y que se haya dejado el pastel de carne o el pudin de arroz olvidados y pudriéndosele en el plato porque de lo que realmente tiene hambre es de comunicarse con otra persona.

Hasta cuando haces televenta es mejor no divertirse demasiado. Si no se te ve triste, los demonios te cambian de sitio y te sientan al lado de alguien que silba. De alguien que se tira pedos.

Gracias a las preguntas que ya le he hecho, sé que la anciana tiene ochenta y siete años. Vive sola y en una casa no adosada. Tiene tres hijos adultos que viven a más de ochocientos kilómetros de distancia de ella. Ve siete horas diarias de televisión y en el último mes se ha leído catorce novelas románticas.

Solo para que lo sepáis, antes de que decidáis hacer televenta en lugar de porno por internet, los asquerosos de los Pervertos Pervertinis que se dedican a mandaros mensajes de texto con una mano mientras con la otra se la cascan como monos… por lo menos no te van a romper el corazón. A diferencia de los viejitos y los lisiados patológicamente solitarios a los que interrogas sobre limpiacristales que no dejan huella.

Mientras escucho a esa anciana tan triste, me muero de ganas de contarle que la

muerte no está tan mal. Que incluso si la Biblia está en lo cierto, y es más fácil hacer pasar caramelos por el ojo de una aguja que entrar en el Cielo, aun así, en fin, el Infierno no está tan mal. Vale, te amenazan demonios y el paisaje es bastante espantoso, pero por lo menos conoces a gente nueva. Veo por su código de zona 410 que vive en Baltimore, de manera que aunque al morirse vaya de cabeza al Infierno y la descuartice y se la zampe de inmediato Psezpolnica o Yum Cimil, tampoco será un choque cultural muy grande. De hecho, puede que ni siquiera note la diferencia. Por lo menos al principio.

También me muero de ganas de contarle que, si le encanta la lectura, estar muerta la va a maravillar. En la mayoría de los casos leer un libro produce la misma sensación exactamente que ser cadáver. Todo está igual de… acabado. Cierto, Jane Eyre es un personaje eterno y sin edad, pero da igual cuántas veces leas ese libro condenado, ella siempre se termina casando con esa asquerosa víctima de quemaduras, el señor Rochester. Jamás se matricula en la Sorbona para licenciarse en cerámica francesa ni tampoco abre un restaurante chic en el Greenwich Village de Nueva York. Podéis releer el libro de Brontë todas las veces que queráis, pero Jane Eyre nunca va a operarse para hacerse un cambio de género ni tampoco se va a entrenar para ser un asesino ninja. Y resulta patético que ella crea ser real. Jane no es más que tinta estampada en una página, pero la verdad es que está convencida de ser una persona de carne y hueso. Está convencida de tener libre albedrío.

Mientras escucho esa voz de ochenta y siete años de edad lamentarse de sus mil dolores, me entran ganas de animarla a que se rinda y se muera. A que estire la pata. Olvídese de los palillos. Olvídese del chicle. Si no duele nada, lo juro. De hecho, la muerte la hará sentirse mucho mejor. Míreme a mí, me dan ganas de decirle, solo tengo trece años y estar muerta ya es una de las mejores cosas que me han pasado nunca.

Lo único que le aconsejaría es que se asegure de ponerse unos zapatos oscuros, resistentes y de tacón bajo antes de diñarla.

—Ten —dice una voz. Y me aparece al lado Babette con su bolso Coach falso, su falda recta y sus pechos. En una mano lleva un par de zapatos de tacón alto con correas. Dice—: Me los ha dado Diana Vreeland. Confío en que sean de tu número. —Y me los deja en el regazo.

Al otro lado del teléfono, la anciana de Baltimore sigue sollozando.

Los zapatos de tacón alto son de charol plateado, con correas en el tobillo, hebillas con piedras de estrás en las punteras y unos tacones de aguja tan altos que nunca más tendré que caminar vadeando por entre las cucarachas. Son unos zapatos que no he llevado nunca porque me harían parecer mayor y eso haría que mi madre pareciera REALMENTE demasiado mayor. Unos zapatos ridículos. Una tontería de zapatos incómodos y poco prácticos y demasiado formales, y también demasiado

adultos.

Mientras la vieja sigue despotricando por el teléfono, me quito con los pies los Bass Weejun y me pongo los zapatos de tacón alto con correas.

Y sí, soy perfectamente consciente de todas las razones válidas por las que debería rechazar con educación pero con firmeza estos zapatos… Y sin embargo, LOS AMO. Y son de mi número.

XV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Confío en que esto no te resulte demasiado confuso, pero por la presente, y con carácter permanente, abandono mi abandono de toda esperanza. En serio, renuncio a renunciar. Simplemente no he nacido para ser una infeliz sin ilusiones ni esperanzas y sin aspiraciones para el resto de la eternidad, catatónica y despatarrada sobre mis propias heces sobre un suelo frío de piedra. Lo más seguro es que algún día el Proyecto Genoma Humano descubra que tengo un gen recesivo de optimismo, porque por mucho que lo intento sigo sin poder acumular ni que sea un par de días de falta de esperanza. Los científicos del futuro lo llamarán el Síndrome de Pollyanna, y si me obligan a adivinarlo, diría que ya tengo un historial demasiado largo de perseguir quimeras.

La razón por la que conecto tan bien con Goran es que a él nunca le han permitido ser niño, mientras que yo tengo estrictamente prohibido hacerme mayor.

El día antes de su aparición en los Oscar, mi madre me llevó a un balneario en Wilshire para darnos un capricho de proporciones industriales, en plan madre e hija. Mientras nos hacían mechas en el pelo a las dos, enfundadas en albornoces idénticos de tela de toalla blanca, con la cara cubierta por una máscara de barro de Sonora, mi madre me explicó que Goran se había criado como refugiado en uno de esos orfanatos del Telón de Acero donde todos los bebés están por ahí tirados en unos pabellones cavernosos, sin que nadie les haga caso ni los toque, hasta que les llega la edad de votar al régimen vigente. O de entrar en el ejército.

En el balneario, con las masajistas de Laos arrodilladas para limarnos la piel muerta de los pies, mi madre me contó que los bebés necesitan una cantidad mínima de contacto físico a fin de desarrollar alguna empatía y conexión con el resto de los seres humanos. Sin ese contacto, los bebés se convierten en sociópatas al crecer, desprovistos de toda conciencia o capacidad de amar. Más como gesto político —y no únicamente con fines publicitarios— hicimos que nos cambiaran todas las fundas acrílicas de las uñas de manos y pies. Una de las convicciones políticas más profundas de mi madre era que, si tan desesperada estaba la gente por venir a Estados Unidos, hasta el punto de que cruzaban el Río Grande con gran riesgo para su vida a cambio únicamente de la oportunidad de recoger nuestras lechugas y plancharnos el pelo, en fin, nosotros teníamos que permitírselo. Había países enteros que darían lo que fuera por la oportunidad de fregarnos el suelo de las cocinas, me decía mi madre, e impedírselo sería una violación de sus derechos humanos más básicos.

Mi madre se mostraba inflexible sobre aquel tema. En aquel preciso momento

estábamos rodeadas de varias refugiadas políticas y económicas que se agolpaban para frotarnos y encerarnos y arrancarnos las imperfecciones.

Después de todas las lavativas de hierbas que he soportado en mi vida, por no mencionar las electrólisis, las torturas del Infierno no me dan demasiado miedo. Siempre me ha impresionado el hecho de que haya tantas multitudes acobardadas y tantos pobres desgraciados que consiguen huir de la opresión política y las torturas de los gobiernos extranjeros y, cuando por fin llegan a América, se mueren de ganas por infligir básicamente las mismas torturas a las clases dirigentes de aquí.

Tal como lo veía mi madre, su piel seca y escamada era la oportunidad vocacional de alguna inmigrante. Además, hacerle daño ofrecía a los inmigrantes una ingeniosa terapia de catarsis para sacarse la rabia de encima. Sus labios cuarteados y las puntas rotas de su pelo constituían los peldaños de la escalera socioeconómica que alguien iba a usar para escapar de la pobreza. Al entrar en la mediana edad con su celulitis y la piel de los codos escamada, mi madre se había convertido en un motor de la economía, generando millones de dólares que serían enviados para alimentar a familias enteras y comprar medicina para el cólera en Ecuador. Si alguna vez decidía «descuidar su aspecto», no había duda de que fallecerían docenas de miles de individuos.

Y no, no he pasado por alto la rotundidad con que mis padres echaban la culpa de que Goran no los adorara a todo el mundo salvo a ellos mismos. Para ellos, el hecho de que Goran no los amara indicaba claramente que había sufrido daños irreversibles y era incapaz de amar a nadie.

En el balneario, las estilistas y las artistas pululaban en torno a nosotras, una aglomeración de subalternas tan densa como las Arpías del Infierno, girando en torno a nosotras y ofreciéndonos el dato —siempre acreditado a una fuente interna— de que aunque Dakota era bastante maja, había nacido con unos genitales masculinos superfluos. La asistente personal de mi madre, Cherry o Nadine o Ulrike o como se llamara, rebuznó que Cameron era tan mema que se había comprado la píldora del día después y, en vez de tragársela, se la había metido por el chichi.

Según mi madre, lo correcto era que las fronteras entre países fueran permeables, y los ingresos se tenían que redistribuir para que todo el mundo, sin importar su raza, religión o las circunstancias de su nacimiento, pudiera comprarse las películas de ella. Su noble filosofía igualitaria sostenía que había que permitir a todos los seres humanos comprar entradas para sus películas Y ADEMÁS aspirarle los poros. Insistía en que ni África ni el subcontinente indio alcanzarían la paridad cultural con el mundo occidental hasta que su densidad de reproductores de DVD los situara entre los principales consumidores de su corpus de trabajos cinematográficos. Y con eso se refería a sus trabajos DE VERDAD, a los que se vendían en los estuches diseñados por los estudios, no a aquellas copias pirateadas de mierda del mercado negro que no

daban royalties a nadie salvo a los señores de la droga y a quienes esclavizaban sexualmente a niños.

Sermoneando a las publicistas y estilistas congregadas, mi madre les dijo que si quedaban pueblos aborígenes o tribus primitivas que todavía no celebraban las interpretaciones de ella, era solo porque aquellas culturas nativas subyugadas se encontraban oprimidas por una forma maligna y fundamentalista de religión. Era obvio que había algún imán diabólico o ayatolá patriarcal o brujo que aplastaba su apreciación incipiente de las películas de ella.

Arengando a las pedicuristas y a las esteticistas que se agolpaban junto a los bajos de tela de toalla de mi albornoz, mi madre las aleccionó diciéndoles que lo que estaban haciendo iba mucho más allá de acicalar a una actriz para que promocionara una peli. En realidad, el equipo que componíamos mi madre, sus estilistas, masajistas, manicuristas, y yo se dedicaba a despertar la conciencia ciudadana sobre unas osadas narraciones cinematográficas que constituían modelos de la posibilidad de unos estándares verdaderamente igualitarios de bla, bla, bla… En vez de vivir como víctimas de alguna teocracia aplastante, embarazadas, alimentadas a base de tierra y genitalmente mutiladas… por fin las mujeres del Tercer Mundo podían aspirar a convertirse en depredadoras sexuales bebedoras de Cosmopolitans y calzadas con Jimmy Choos. Gracias a nuestro hábil uso de uñas acrílicas y extensiones para el pelo de color rubio oxigenado —y al decirlo hizo un gesto con los brazos extendidos destinado a incluirlas a todas—, lo que estábamos haciendo era dar poder a los pueblos explotados y pisoteados del mundo entero.

Sí, mi madre carecía hasta del sentido más básico de la ironía, pero estaba convencida de que en un mundo perfecto, cualquier pobre niñito o niñita debería tener la oportunidad de crecer y convertirse en nada menos que… ella. Mejor no mencionar el hecho de que mis padres ya estaban consultando folletos satinados y plegables de internados masculinos de Nueva Escocia. De Academias Militares en Islandia. Había una cosa que estaba clara: Goran no era ningún éxito, y algún día yo me despertaría por la mañana y me encontraría con que él y sus cosas ya no estaban, y con que en su lugar había un leproso de cuatro años de Bután.

Si yo quería practicar mis artes femeninas con Goran, se me estaba acabando el tiempo.

Como diría mi madre: «Tienes que aprovechar que la plancha todavía está caliente». En otras palabras: tenía que ponerme guapa y actuar deprisa. Lo ideal sería atacar a la noche siguiente. Lo ideal sería hacerlo mientras mis padres estaban bajo los focos, repartiendo los Oscar.

La última gota que la tormenta había derramado en el vaso era que, aquella misma semana, Goran había vendido por internet cinco de los premios Emmy de mi madre a diez dólares la unidad. Antes, al parecer, le había mangado un puñado de

Palmas de Oro de nuestra casa de Cannes y las había vendido a cinco pavos la pieza. Y aunque mis padres llevaban una década insistiendo en que los premios de la industria del cine no significaban nada, y que no eran más que un tosco y embarazoso objeto bañado en oro, se habían puesto hechos una furia.

Tal como lo veía mi madre, todas las transgresiones de Goran y todos sus actos de misantropía eran el simple resultado de no haber recibido el amor y los mimos adecuados.

—Me tienes que prometer, Maddy —me dijo mi madre—, que le mostrarás a tu pobre hermano una cantidad extraespecial de paciencia y afecto.

Las privaciones de su infancia explicaban el hecho de que, cuando mis padres habían alquilado un parque de atracciones Six Flags entero para su cumpleaños, y le habían traído trotando a un poni de Shetland de pura sangre de regalo, Goran hubiera dado por sentado que el animal era el almuerzo. Para Halloween, lo habían disfrazado a él de Jean-Paul Sartre y a mí de Simone de Beauvoir y nos habían mandado a hacer truco o trato por los pasillos del Ritz de París con sendos ejemplares de *La náusea* y *El segundo sexo*, pero Goran no había pillado el chiste. Más tarde, Goran hackeó la cámara de seguridad del cuarto de baño de mi madre y vendió suscripciones en la red.

Por supuesto, mi padre quería introducir el concepto de disciplina y el de responsabilidades en la vida de Goran, pero a un chaval que sin duda había sido atormentado por medio de electrochoque y tortura del agua y con inyecciones intravenosas de líquido limpiador de tuberías, no lo iba a acobardar fácilmente la amenaza de unos azotes y una hora de castigo encerrado en la habitación.

Mi blusa de color rosa ya había llegado de Barcelona. Yo tenía planeado llevarla con una falda pantalón y con la chaquetilla de punto con el escudo bordado que representaba a mi internado de Suiza. Eso y unos sencillos mocasines Bass Weejun sin tacón. Pronto Goran y yo nos apoltronaríamos delante del televisor de nuestra suite del hotel. A solas él y yo contemplaríamos cómo nuestros padres llegaban a la alfombra roja a bordo del Prius que había estipulado la publicista. El gélido y ermitaño Goran sería para mí, y solo para mí, mientras mirábamos cómo mis padres se pavoneaban ante los paparazzi. En cuanto estuvieran lejos, yo tenía planeado llamar al servicio de habitaciones y pedir una cena *pour deux*: langosta y ostras y aros de cebolla. De postre me había procurado ciento cincuenta gramos de la marihuana sinsemilla genéticamente mejorada que consumían mis padres. No, no resulta especialmente lógico: mis padres no paraban de despotricar contra el maíz irradiado y genéticamente ensamblado y diseñado, pero en lo tocante a la marihuana los botánicos siempre se quedaban cortos en sus mangoneos. Daba igual cómo de híbrida fuera una maría skunk frankensteiniana, ellos embutían la resina pegajosa en una pipa y le daban lumbre.

En caso de que todavía no os hayáis dado cuenta, mis padres no hacían nada con

moderación. Por un lado, se quejaban del hecho de que Goran se hubiera pasado toda su primera infancia solo y sin que nadie lo tocara. Al mismo tiempo, a mí nunca paraban de tocarme, de abrazarme y de besarme, sobre todo cuando había paparazzi cerca. Mi madre limitaba mi vestuario a los colores rosa y amarillo. Mis zapatos eran o bien zapatillas planas de ballet Capezio o merceditas. El único maquillaje que yo tenía eran cuarenta tonos distintos de pintalabios rosa. ¿Veis? Ni mi madre ni mi padre querían que yo aparentara más de siete u ocho años. Oficialmente, yo llevaba años en segundo curso.

Cuando se me empezaron a caer los dientes de leche, llegaron a sugerirme que me pusiera una dolorosa dentadura postiza de dientes de leche como la que la Twentieth Century Fox había obligado a Shirley Temple a encajarse en su boca adolescente. En momentos como aquel, mientras un equipo de expertos en cosmética me manoseaba, me toqueteaba y me sacaba brillo, yo deseaba que a mí también me hubieran criado en un orfanato del Telón de Acero, sin que nadie me tocara.

Este año, los Premios de la Academia coincidían exactamente con mi decimotercer cumpleaños. Con un enjambre de estilistas pululando a su alrededor, vistiéndola y desvistiéndola como si fuera una muñeca gigante, maquilladores experimentando para decidir qué sombra de ojos funcionaba mejor con qué vestido de diseño exclusivo, y con los peluqueros rizándole el pelo y planchándoselo otra vez, mi madre me sugirió que yo me hiciera un pequeño tatuaje para celebrar la ocasión. Una pequeña Hello Kitty o una Holly Hobbie, me dijo, o un piercing en el ombligo.

Mi padre tenía cierta inclinación a comprarme animales de peluche. Y sí, conozco la palabra *inclinación*, aunque no estoy del todo segura de cómo se da un beso con lengua.

Dios sabe en qué se convierte un tatuaje de Holly Hobbie o de Hello Kitty en la rabadilla cuando se estría y se decolora a lo largo de sesenta años. De la misma manera que mis padres se imaginaban que todos los niños y niñas del Tercer Mundo querían ser como ellos de mayores… también pensaban que mi infancia tenía que ser la que les habría gustado tener a ellos, bañada en un resplandor de sexo banal, drogas recreativas y música rock. Tatuajes y joyas corporales. Todos sus coetáneos pensaban más o menos igual, y eso había llevado a quedarse embarazadas a una serie de criaturas que el público creía que tenían nueve años. De ahí la paradoja de enseñar canciones infantiles junto con técnicas anticonceptivas. Regalos de cumpleaños como por ejemplo diafragmas de Hello Kitty y crema espermicida de Holly Hobbie y bragas sin entrepierna de Perico el Conejo Travieso.

Por favor, no os imaginéis que ser yo era divertido. Mi madre le decía a la estilista:

—Maddy no está lista para llevar flequillo.

Le decía a la encargada de vestuario:

—Maddy tiene un poco de complejo de culo gordo.

No os imaginéis que me dejaban hablar. Y encima mi madre se quejaba de que yo no hablaba nunca. Mi padre os habría dicho que la vida era un juego, y que lo que hacía falta era remangarse y construir algo: escribir un libro. Bailar algo. Para mis padres, el mundo era una batalla en pos de la atención, una guerra para que te oyeran. Tal vez fuera eso lo que yo admiraba de Goran: su clara ausencia de empuje. Goran era la única persona que yo conocía que no estaba negociando un acuerdo por seis películas con la Paramount. No estaba montando una exposición de sus pinturas en el Musée d'Orsay. Tampoco estaba haciendo que le blanquearan químicamente la dentadura. Goran se limitaba a ser. No estaba presionando en secreto a la estúpida Academia de las estúpidas Artes y Ciencias Fílmicas para que le dieran una estatuilla reluciente mientras tropecientas mil personas se ponían de pie y aplaudían. No estaba haciendo campaña para elevar su cuota de mercado. No sé dónde estará Goran ahora mismo, sentado o de pie, riendo o llorando, pero lo estará haciendo con la lucidez de un niño pequeño que sabe que no lo va a rescatar nadie.

Mientras los técnicos le disparaban láseres por encima del labio, mi madre iba diciendo:

—Qué divertido es esto, ¿no, Maddy? Tú y yo juntas sin nadie más…

Siempre que había menos de catorce personas manipulándonos, mi madre consideraba que eso era tiempo privado de madre e hija a solas.

No, da igual que esté solo o que lo estén observando millones de personas, que lo amen o lo desprecien, Goran siempre será el mismo. Tal vez sea eso lo que más me guste de él, que no se parece EN NADA a mis padres. Ni a nadie que yo conozca.

Está más claro que el agua que Goran NO necesita amor de nadie.

Una manicurista con acento gitano, residuo de un país donde los agentes de Bolsa analizaban el mercado de valores leyendo entrañas de paloma, le estaba sacando brillo a mis uñas sosteniendo mi mano apoyada en la de ella. Al cabo de un momento, le dio la vuelta a la palma de mi mano y se quedó mirando la piel nueva y roja que me había salido después de que yo me dejara la piel pegada a la manecilla congelada de Suiza. No dijo nada, aquella manicurista gitana de ojos saltones, pero estaba claro que se acababa de quedar maravillada al ver cómo se me habían borrado las arrugas. Al ver que no solo se me habían detenido la línea de la vida y la del amor, sino que habían desaparecido. Sin dejar de sostener mi mano roja con los dedos toscos y ásperos de ella, la manicurista miró primero mi mano y después mi cara, y con los dedos de la otra mano se tocó la frente, el pecho y los hombros, santiguándose a toda prisa.

XVI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Hoy he hecho una amiga nueva por teléfono. No está muerta, todavía no, pero ya me doy cuenta de que vamos a ser las mejores amigas a saco.

De acuerdo con mi reloj de pulsera llevo muerta tres meses, dos semanas, cinco días y diecisiete horas. Restadle eso al infinito y entenderéis por qué hay montones de almas condenadas que abandonan toda esperanza. No es por jactarme, pero yo me las he apañado para mantenerme bastante presentable a pesar de lo generalmente siniestras que son las condiciones de por aquí. Últimamente me ha dado por limpiar mi teléfono de diadema y sacarle bien el polvo a mi silla antes de ponerme a hacer llamadas. Ahora mismo estoy hablando con una anciana sin movilidad que vive sola en el área telefónica de Memphis, Tennessee. La desafortunada señora se pasa días seguidos atrapada en casa, intentando decidir si pasa por otra tanda de quimioterapia a pesar de que esta le sigue reduciendo la calidad de vida.

La pobre enferma me ha contestado prácticamente a todas las preguntas que yo le he hecho sobre sus preferencias en materia de chicles, sobre sus hábitos de compra de clips sujetapapeles y sobre su consumo de bastoncillos de algodón. Ya hace rato que le he contado que tengo trece años y que estoy muerta y he sido relegada al Infierno. Por mi parte, yo le estoy vendiendo la idea de que la muerte es una maravilla, y de que si no está segura de si ir al Cielo o al Infierno, lo que tiene que hacer es salir corriendo ahora mismo y cometer algún crimen atroz. El Infierno, le cuento, es lo que mola.

—Jackie Kennedy Onassis está aquí —le digo por teléfono—. *Admita* que la quiere conocer…

En realidad aquí están todos los Kennedy, pero puede que este último dato no sea un gran argumento de venta.

Sin embargo, a pesar del dolor del cáncer y de lo enferma que la ponen los efectos secundarios de sus tratamientos, la señora de Memphis no se acaba de decidir a abandonar la vida.

Yo la aviso de que no se crea que uno llega al Infierno sin más y obtiene alguna clase instantánea de iluminación. Nadie se encuentra a sí mismo encerrado en una celda mugrienta y de pronto se da una palmada en la frente y dice: «¡Pues claro! Pero ¡si he sido un *cabrón* integral!».

A nadie se le resuelve el histrionismo por arte de magia. Al contrario: los defectos de carácter de cada uno se salen de madre. En el Infierno, los matones siguen siendo matones. La gente rabiosa sigue rabiosa. En el Infierno la gente retiene en gran

medida la misma conducta negativa que les propició un billete solo de ida.

También aviso a la señora con cáncer de que no espere que los demonios la guíen ni le hagan de mentores para nada. A menos que tú te dediques a pasarles un suministro constante de barritas de caramelo Chick-O-Stick y de chocolatinas Heath. Puede que la burocracia demoníaca finja que revuelve papeles de forma oficiosa y luego te prometa que revisará tu expediente, pero su actitud viene a ser siempre: Bueno, estás en el Infierno, o sea que *algo* debes de haber hecho. En ese sentido, el Infierno es espantosamente pasivo-agresivo. Igual que la tierra. Igual que mi madre.

Si hay que creer a Leonard, es así como el Infierno te doblega: permitiéndote que tu conducta se vaya volviendo cada vez más extrema, convirtiéndote en una caricatura salvaje de ti mismo y obteniendo cada vez menos recompensas, hasta que por fin cobras conciencia de tu locura. Tal vez, murmuro por teléfono, esa sea la única lección eficaz que uno aprende en el Infierno.

Dependiendo del humor en que esté, Judy Garland puede dar mucho más miedo que cualquier demonio con el que te puedas encontrar.

Lo siento. La verdad es que no he visto para nada a Judy Garland. Ni a Jackie O. Perdonadme mis mentirijillas. Al fin y al cabo, estoy en el Infierno.

En el peor de los casos, le digo a la mujer, si su cáncer la mata y ella acaba en el Averno, tiene que ponerse en contacto conmigo. Me llamo Maddy Spencer y estoy en el banco de teléfonos número 3.717.021, puesto doce. Mido metro cuarenta y cinco, llevo gafas y los zapatos plateados con tacón alto y correas en los tobillos más molones que se han visto jamás.

El banco de teléfonos donde trabajo está ubicado en la sede central del Infierno, le explico a la anciana. Hay que pasar por delante del Gran Océano de Esperma Desperdiciado. Y girar a la izquierda al llegar al Río Desbocado de Vómito Humeante.

Con el rabillo del ojo veo que se me acerca Babette. Le deseo a la señora del cáncer buena suerte con su quimioterapia y la aviso de que no fume demasiados porros para las náuseas, puesto que no cabe duda de que fue la maría lo que me mandó a mí por servicio urgente a mi eternidad personal entre las llamas eternas. Antes de terminar la llamada le digo:

—Acuérdese, pregunte por Madison Spencer. Todo el mundo me conoce y viceversa. Yo le enseñaré cómo funciona esto.

Babette llega a mi lado justo cuando me estoy despidiendo y poniendo fin a la llamada.

El sistema de marcado automático ya me hace sonar otro teléfono en los auriculares. En la pantallita mugrienta aparece un número con el código de área de Sioux Falls, donde en estos momentos se debe de estar abriendo la franja horaria de la cena. El esquema consiste en empezar nuestro turno molestando a la gente de Gran

Bretaña, luego a la del Este de Estados Unidos, a continuación a la del Interior, la Costa Oeste, etcétera.

Babette se me planta delante y me dice:

—Hola.

Yo me tapo el micrófono de mis auriculares con una mano ahuecada y le devuelvo el saludo:

—Hola.

Y articulo en silencio las palabras: «Gracias por los zapatos…».

Babette me guiña un ojo y me dice:

—De nada. —Se cruza de brazos, se echa una pizca hacia atrás, escrutándome, y dice—: Creo que tal vez te deberíamos cambiar el pelo. —Con los ojos fruncidos, Babette dice—: Creo que… tal vez… flequillo.

Solo de pensarlo —¡flequillo!—, mi trasero ya está dando brinquitos en el asiento. Por mi auricular, una voz contesta la llamada:

—¿Dígame?

La voz suena amortiguada y gangosa por culpa de un bocado de cena parcialmente masticado.

Asiento con la cabeza entusiásticamente en dirección a Babette. Y digo por el teléfono:

—Estamos llevando a cabo una encuesta entre los consumidores para investigar las tendencias en el consumo de los artículos más comunes del hogar…

Babette levanta la mano, se da unos golpecitos en la muñeca con el dedo índice de la otra mano y articula en silencio: «¿Qué hora es?».

Yo le contesto también en silencio: «Agosto».

Y Babette se encoge de hombros y se aleja.

Durante las horas siguientes me encuentro con un anciano que se está muriendo de fallo renal. Con una mujer de mediana edad que al parecer está perdiendo la batalla contra el lupus. Nos pasamos hablando una hora por lo menos. Conozco a otro hombre que está solo, atrapado en un apartamento barato, muriéndose de fallo cardíaco congestivo. Conozco a una chica más o menos de mi edad, trece años, que se está muriendo de sida. Se llama Emily. Vive en Victoria, Columbia Británica, Canadá.

A toda esa gente que se está muriendo yo intento convencerla de que se relaje, de que no le coja demasiado apego a la vida y de que no descarte la posibilidad de mudarse al Infierno. No, no es justo, pero las personas en fase terminal son las únicas que me permiten que las atosigue con treinta o cuarenta preguntas, gracias a lo tensas que están por culpa de sus tratamientos, o bien a lo solas y asustadas que se encuentran.

Al principio la chica con sida, Emily, se resiste a creerme. No sé si lo de que

tengo su misma edad o lo de que estoy muerta. Emily lleva sin ir a su escuela desde que le falló el sistema inmunitario, y ya está tan mal que ni siquiera le preocupa suspender séptimo curso. Yo le contesto que estoy saliendo con River Phoenix. Y que si ella se puede dar prisa y morirse pronto, se rumorea que ahora mismo Heath Ledger no está saliendo con nadie.

Por supuesto, yo tampoco estoy saliendo con nadie, pero ¿cómo me van a castigar por contar una mentirijilla? ¿Me van a mandar al Infierno? ¡Ja! Es alucinante cómo te llena de confianza en ti misma el no tener nada que perder.

Y sí, me tendría que romper el corazón hablar con una chica de mi edad que está completamente sola y muriéndose de sida en Canadá, con sus padres trabajando mientras ella ve la televisión y se siente más débil cada día que pasa, pero por lo menos Emily sigue viva. Solo eso ya la pone bastantes puntos por encima de mí en la jerarquía. En todo caso, conocer a alguien que ya ha muerto parece ponerla de buen humor.

Por teléfono, llena de petulancia, Emily me anuncia que no solo sigue viva, sino que no tiene intención alguna de acabar en el Infierno.

Yo le pregunto si alguna vez ha untado el pan de mantequilla antes de partirlo. ¿Ha usado alguna vez la expresión *me se ha caído*? ¿Se ha arreglado alguna vez el bajo de una falda con un imperdible o con cinta adhesiva? Pues bueno, yo he conocido a montones de personas condenadas a los fuegos eternos solo por esos deslices, de manera que a Emily le conviene no ir fardando de que lo tiene todo ganado. Según las estadísticas de Babette, el cien por cien de la gente que se muere de sida es enviada al Infierno. Igual que todos los bebés abortados. Y toda la gente que muere por culpa de un conductor borracho.

Toda la gente que se ahogó a bordo del *Titanic*, los ricos y los pobres, también se están asando aquí. Del primero al último. Una vez más: Esto es el Infierno… no le busquéis demasiada lógica.

Por teléfono, Emily tose. Tose y tose. Por fin recobra el aliento lo bastante como para decirme que su sida no es culpa de ella. Y que además no se va a morir, por lo menos no hasta dentro de mucho, mucho tiempo. Vuelve a toser una vez y su tos se convierte en lágrimas y sollozos, en un berrear genuino de niña.

No, no es justo, le contesto. En realidad, por dentro yo sigo completamente emocionada. Oh, Satanás, imagínatelo: ¡yo con flequillo!

Y le digo por el micrófono de la diadema:

—Ya lo verás.

Le digo que me busque cuando llegue. Que por entonces lo más seguro es que yo ya sea la señora de River Phoenix, pero que hagamos una apuesta. Van diez chocolatinas Milky Way a que ella está aquí abajo conmigo más deprisa de lo que se puede imaginar.

—Tú pregúntale a cualquiera cómo encontrarme —le digo—. Me llamo Maddy Spencer.

Y le digo que se asegure de morirse con diez chocolatinas en el bolsillo para que podamos zanjar nuestra apuesta. ¡Diez! ¡Y que no sean de tamaño mini!

Y sí, conozco la palabra *masticación*. Suena guarra pero no lo es. Y no, no me quedo absolutamente sorprendida cuando la chica canadiense, la tal Emily, me cuelga.

XVII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Sospecho que mis padres se olían un poco mi plan encubierto para seducir a Goran. Aquella noche en que estaban los dos fuera, yo le iba a profesar mi amor con tanta vehemencia como si fuera Escarlata O'Hara tirándome en brazos de Ashley Wilkes en la biblioteca de su casa de la plantación de Twelve Oaks.

A pocas horas de los Premios de la Academia, mis padres estaban intentando decidir qué color de cinta de acción política se ponían en la ropa. El rosa del cáncer de mama, el amarillo de traer las tropas de vuelta a casa, el verde del cambio climático… El problema era que, al llegarle el vestido a mi madre, había resultado ser más naranja que escarlata, de manera que la protesta simbólica contra el cambio climático le iba a quedar fatal. Mi madre dobló un trozo de cinta roja y se la sujetó sobre el canesú del vestido. Examinó en un espejo cómo quedaba y dijo:

—¿La gente todavía coge el sida? —dijo—. No os riáis, pero que es que parece tan… 1989.

Los tres, ella, mi padre y yo, estábamos en la suite del hotel, disfrutando de la pausa entre el asedio del ejército de estilistas y el arranque del Prius.

—¿Maddy? —dijo mi padre.

En la mano tenía un par de gemelos de oro.

Yo me acerqué a él con la mano extendida y la palma hacia arriba.

Mi padre me depositó sus gemelos en la palma de la mano. Luego se ajustó los puños de la camisa, puños dobles, extendiendo las dos manos, con las muñecas vueltas hacia arriba, para que yo le introdujera los gemelos y se los cerrara. Se trataba de los gemelos diminutos de malaquita que el productor le había regalado a todo el mundo para celebrar el final de rodaje de la última película de mi madre.

—Maddy —me preguntó mi padre—, ¿tú sabes de dónde vienen los niños?

En teoría sí. Yo entendía la guarrada aquella del óvulo y el esperma, además de todas esas metáforas antiguas que dicen que los bebés se encuentran debajo de las hojas de repollo o bien los traen las cigüeñas, pero solo para forzar una situación obviamente incómoda, dije:

—¿Los niños? Mamá, papá… —Inclinando la cabeza de una forma no carente de encanto, abrí mucho los ojos y dije—: Pero ¿no los trae el *director de casting*?

Mi padre dobló un codo, se retrajo el puño de la camisa de aquel brazo y se miró el reloj de pulsera. Miró a mi madre. Sonrió lánguidamente.

Mi madre dejó su bolso de noche en un sillón del hotel y soltó un suspiro profundo y pesado. Se aposentó en el sillón y se dio una palmadita en las rodillas para

indicarme que me acercara a ella.

Mi padre se colocó de pie junto a su sillón y dobló las rodillas para sentarse en el brazo. Los dos constituían un retablo de apostura elegante. Meticulosamente ataviados con su esmoquin y su vestido. No había ni un pelo fuera de sitio. Los dos juntos, tan hermosamente compuestos para una foto de pareja que no pude resistir ir a joderles el zen.

Crucé obedientemente la habitación de hotel y me senté sobre la alfombra asiática, a los pies de mi madre. Yo ya iba con la falda pantalón de tweed, la blusa de color rosa y la chaqueta de punto elegidas para la cita con Goran que llevaba tanto tiempo planeando. Levanté la mirada para echarles un vistazo a mis padres con ojos cándidos de terrier. Unos ojos muy abiertos de animación japonesa.

—Pues mira, cuando un hombre quiere a una mujer mucho, mucho… —me dijo mi padre.

Mi madre recogió el bolso de noche del asiento de al lado. Abrió el cierre, sacó un bote de pastillas y dijo:

—¿Quieres un Xanax, Maddy?

Yo le dije que *no* con la cabeza.

Con la manicura perfecta de sus manos, mi madre ejecutó el acto teatral de abrir el bote y luego echarse dos pastillas en la mano. Mi padre estiró el brazo desde el costado del sillón donde estaba apoyado. En vez de darle una de las dos pastillas que ella había cogido, sin embargo, mi madre le echó en la mano otras dos del bote. A continuación los dos se metieron en la boca sus pastillas respectivas y se las tragaron sin agua.

—A ver —me dijo mi padre—. Cuando un hombre quiere a una mujer mucho, mucho…

—O bien —añadió mi madre, clavándole una mirada— cuando un hombre quiere a otro *hombre* o una mujer quiere a otra *mujer*. —No paraba de toquetear aquel trozo de cinta roja de fibra gruesa con los dedos de una mano.

Mi padre asintió con la cabeza.

—Tu madre tiene razón. —Añadió—: O cuando un hombre quiere a dos mujeres, o cuando tres mujeres en los camerinos después de un concierto importante de rock…

—O bien —dijo mi madre— cuando todos los presos de un bloque de celdas quieren mucho, mucho a un recluso que acaba de llegar…

—O bien —intervino mi padre— cuando una banda de moteros que van de anfetas por el sudoeste de Estados Unidos quieren mucho, mucho a una chica motera borracha…

Sí, yo ya sabía que el coche los estaba esperando. El Prius. En el escenario de la entrega de premios, algún pobre encargado de controlar la llegada de las estrellas ya debía de estar cambiándoles la hora de entrada. Pese a todos aquellos factores de

estrés, yo me limité a arrugar mi ceño preadolescente para adoptar una expresión confusa que mis padres hinchados a Botox solo podían envidiar. Me dediqué a mirar alternativamente a los ojos de mi madre y a los de mi padre mientras el Xanax ya empezaba a volvérselos vidriosos y apagados.

Mi madre levantó la vista y echó un vistazo por encima del hombro para que su mirada se encontrara con la de mi padre.

Por fin mi padre dijo:

—Bah, a tomar por el culo.

Metió una mano en la chaqueta del esmoquin y se sacó una asistente personal digital o PDA del bolsillo interior. Se puso en cuclillas junto al sillón y me plantó el diminuto ordenador delante de los ojos. Abrió la pantallita, pulsó las teclas Ctrl+Alt+P y la pantalla se llenó de una imagen de nuestra sala de visionados de Praga. A continuación cambió el ángulo hasta que el televisor de pantalla ancha llenó la pantalla del ordenador, pulsó Ctrl+Alt+L y recorrió con el cursor una lista de títulos de películas. Por fin mi padre eligió una película de las de la lista y una pulsación más tarde el ordenador se llenó de un enredo de brazos, piernas, testículos afeitados colgantes y pechos temblorosos con implantes de silicona.

Sí, puede que yo sea virgen, una virgen muerta, sin más conocimiento de la carnalidad que las metáforas difuminadas de Barbara Cartland, pero sé reconocer una teta falsa cuando me la ponen delante.

La realización era atroz. Un número indeterminado de hombres y mujeres, entre dos y veinte, forcejeaban, frenéticamente entregados a violar todos los orificios presentes con todos los dedos, falos y lenguas que tuvieran a su alcance. Había cuerpos humanos enteros que daban la impresión de estar desapareciendo dentro de otros cuerpos. La iluminación era abisal, y estaba claro que el sonido había corrido a cargo de aficionados no sindicados que habían trabajado sin un montaje final decente. Lo que me apareció delante guardaba menos parecido con un acto sexual que con los ocupantes temblorosos, convulsos y todavía no muertos pero ya parcialmente descompuestos de una fosa común.

Mi madre sonrió. Señaló con la cabeza la pantalla de la PDA y me dijo:

—¿Lo entiendes, Maddy? —Dijo—: De ahí vienen los niños.

—Y el herpes —añadió mi padre.

—Antonio —le dijo mi madre—, no entremos en eso. —Y a continuación se dirigió a mí—. Jovencita, ¿estás absolutamente segura de que no quieres un Xanax?

En el centro de la diminuta película pornográfica, la repulsiva orgía se interrumpió. A los cuerpos forcejeantes se les superpusieron las palabras *Llamada entrante*. Una luz roja se encendió en la parte superior del estuche de la PDA y sonó un timbrazo estridente.

—Espera —dijo mi padre, y se llevó la PDA al oído, donde el atroz ensamblaje de

miembros entrelazados y genitales se le pegó a la mejilla, retorciéndose; los penes grabados en vídeo se pusieron a expulsar sus viles esputos peligrosamente cerca de su ojo y su boca—. ¿Hola? —dijo, contestando a la llamada—. Vale. Bajamos en un momento.

Yo volví a decir que *no, no, gracias* con la cabeza al Xanax.

Mi madre ya estaba hurgando dentro de su bolso de noche.

—Este no es tu verdadero regalo de cumpleaños —me dijo—. Pero por si acaso…

Lo que me dio era redondo, una especie de rollo de plástico o vinilo reluciente, con una carita de gato de dibujos animados impresa a intervalos regulares. Se trataba de un plástico o forro tan resbaladizo que parecía mojado, demasiado resbaladizo para agarrarlo con facilidad; fue por eso por lo que cuando estiré el brazo para cogérselo de la mano, el rollo se cayó al suelo y se desplegó revelando una serie aparentemente interminable de aquellas caritas de gato. La larga tira de plástico, dividida en cuadraditos aparentemente acolchados, quedó colgando desde mi mano hasta el suelo. Toda ella cuan larga era emitía ese olor como a polvo, a hospital, del látex.

Para entonces mis padres ya se habían marchado; se habían escabullido por la puerta de la suite del hotel antes de que yo me diera cuenta de que lo que tenía en la mano era una ristra de cinco metros de condones de Hello Kitty.

XVIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Poco a poco me voy olvidando de mi vida en la tierra, de la sensación que producía estar viva y coleando, pero hoy ha pasado algo que me ha impresionado hasta el punto de hacerme recordar, tal vez no del todo, pero sí lo suficiente como para darme cuenta de cuánto estaba olvidando ya. O reprimiendo.

El sistema informatizado de marcado automático del Infierno establece como prioridad absoluta llamar a números del Listado de Números de Llamada Restringida del gobierno federal. Prácticamente puedo oler el estofado de atún con extra de mercurio que despide el aliento de la gente a quien le interrumpo la cena, incluso desde el otro lado de la fibra óptica o lo que sean los cables telefónicos que conectan la tierra con el Infierno, cuando se ponen a gritarme. Con la servilleta de la cena todavía remetida bajo el cuello de la camiseta, ondeándole sobre la pechera, manchada de pasta Hamburger Helper y de aderezo para ensaladas Green Goddess, toda esa gente cabreada de Detroit, Biloxi y Allentown que me grita:

—Vete al Infierno…

Y sí, es posible que yo sea una intrusa desconsiderada y zafia que les interrumpe el sabroso ritual del ágape vespertino, pero su hostil mandato ya no me afecta en absoluto.

En el día de hoy, en el mes presente y el año presente, estoy enchufada a mi estación de trabajo, aguantando los gritos, preguntándole a la gente por sus preferencias en materia de consumo de bolígrafos, cuando ocurre algo nuevo. Me entra en el sistema una llamada telefónica. Una llamada entrante. Mientras me está gritando un imbécil con la boca llena de pastel de carne, me empieza a sonar un pitido dentro de la cabeza. Una especie de señal de llamada en espera. No tengo la menor idea de si es una llamada procedente de la tierra o del Infierno, y el identificador de la llamada está bloqueado. En cuanto cuelga el imbécil del pastel de carne, pulso Ctrl+Alt+Del para despejar mi línea y digo:

—¿Hola?

—¿Hablo con Maddy? —dice una voz de chica—. ¿Eres Madison Spencer?

¿Quién llama?, le pregunto yo.

—Soy Emily —dice la chica—. De la Columbia Británica. —Es la chica de trece años. La chica en fase terminal de sida. Ha pulsado la función de devolver la última llamada. Y ahora me dice por el teléfono—: Pero ¿es verdad que estás muerta?

Más muerta que Carracuca, le digo yo.

La tal Emily dice:

—Pues el identificador de llamada dice que tu código de área es de Missoula, Montana…

Pues da igual, le digo yo.

—Si te vuelvo a llamar pero a cobro revertido, ¿aceptarás el coste de la llamada? —me dice.

Claro, le digo yo. Lo intentaré.

Y clic, ella cuelga su teléfono.

Cierto, no es del todo ético hacer llamadas personales desde el Infierno, pero todo el mundo lo hace. A mi lado tengo al chaval punk, Archer, sentado tan cerca que prácticamente me está tocando el codo enfundado en la chaqueta de lana con el suyo enfundado en cuero. Archer juguetea con el imperdible que le cuelga de la mejilla mientras va diciendo por el micrófono de diadema:

—No, en serio, tienes pinta de estar buenorra. —Dice—: Después de que tu cáncer de piel haga metástasis, tenemos que quedar fijo…

A mi otro lado, el cerebrito de Leonard mira fijamente hacia delante sin ver nada y le dice a su micrófono de diadema:

—Torre de dama a G-5.

Y al mismo tiempo que estoy aquí sentada, con una diadema encasquetada en la cabeza, con el auricular cubriéndome la oreja y el micrófono enroscado para quedarme justo delante de la boca, tengo a Babette pululando junto a mí y cortándome el pelo con las tijeritas para cutículas de su bolso, haciéndome el peinado de paje más perfecto de la historia con flequillo recto. Ni siquiera a ella le importa que yo esté socializando con la pasta del Infierno.

Vuelve a sonar mi línea y una voz mecánica me dice:

—Tiene usted una llamada a cobro revertido de…

Y la chica canadiense con sida añade:

—Emily.

—¿Acepta usted el importe? —dice el ordenador.

Y yo digo que sí.

Emily dice por teléfono:

—Solo he llamado porque esto es una emergencia de lo más terrible. —Dice—: Mis padres quieren que vaya a ver a un psiquiatra nuevo. ¿A ti te parece que tengo que ir?

Yo niego con la cabeza y le digo:

—Ni hablar.

Babette me agarra el pescuezo y me hinca las uñas pintadas de blanco hasta que me quedo bien quieta.

—Y tampoco dejes que te hinchen a Xanax —le digo por teléfono.

A juzgar por mi experiencia personal, nada sienta peor que abrirle el corazón a un

terapeuta oral y luego darte cuenta de que en realidad ese supuesto profesional es inmensamente estúpido y tú le acabas de confesar tus secretos más íntimos a un memo que lleva un calcetín marrón y el otro azul. O bien le ves un adhesivo de «¡La Tierra Primero!» en la parte de atrás del Hummer H3T Diésel que tiene en el aparcamiento. O bien lo pillas hurgándose la nariz. Ese preciado confidente del que esperabas que te arreglara toda la psique hecha polvo, y que ahora alberga tus más oscuras confesiones, no es más que un capullo con una licenciatura. Para cambiar de tema, le pregunto a Emily cómo cogió el sida.

—¿Cómo va a ser? —dice Emily—. Me lo pegó mi *anterior* psiquiatra, claro.

—¿Era guapo? —le pregunto.

Emily se encoge de hombros de forma audible y dice:

—Bastante guapo, para ser un psiquiatra de tarifa variable.

Jugueteando con un mechón de mi pelo, enrollándomelo en el dedo y luego tirando de él hasta poder mordisquearme las puntas, le pregunto a Emily cómo es tener sida.

Hasta por teléfono se la oye poner los ojos en blanco.

—Es igual que ser canadiense —me dice—. Te acostumbras.

Yo intento parecer impresionada y le digo:

—Caray. Supongo que una se puede acostumbrar a casi todo.

Solo para darle conversación, le pregunto a Emily si ya le ha venido la primera regla.

—Claro —dice Emily—, pero cuando tienes los niveles víricos tan por las nubes, la menstruación no es tanto una gran celebración de la llegada a la vida adulta como una especie de vertido tóxico en tus bragas con enorme peligro biológico.

Debo de estar todavía mordisqueándome el pelo sin darme cuenta, porque Babette me aparta la mano de una palmada. Me agita las tijeritas delante de la cara y me clava una mirada severa.

Emily me dice por teléfono:

—Supongo que en cuanto esté muerta puedo empezar a salir con chicos. —Me dice—: ¿Sabes si Corey Haim está saliendo con alguien?

Yo no le contesto, no inmediatamente, no en ese mismo instante, porque resulta que por delante de mi estación de trabajo está pasando un rebaño de recién ingresados en el Infierno. Una verdadera marea de gente que todavía no acaba de creerse que esté muerta. La mayoría llevan colgando del cuello collares hawaianos hechos de flores de seda. Los que no llevan gafas de sol tienen una expresión aturdida y preocupada en las miradas. Una avalancha tan grande que podría fácilmente ser la población entera de un país, lo cual suele ser la prueba de que a la gente de la tierra le acaba de suceder algo terrible.

Le pregunto a Emily por teléfono si ha sucedido algo espantoso. ¿Un terremoto

importante? ¿Un maremoto? ¿Una bomba nuclear? ¿Ha reventado una presa? Del tumulto de recién llegados aturdidos, la mayoría parecen llevar camisas con estampados hawaianos de colores vivos y cámaras colgando de correas alrededor del cuello. Todos tienen la piel roja y quemada por el sol y a algunos se les ve que se han untado franjas de óxido de zinc sobre el puente de la nariz.

Y Emily me contesta:

—Un desastre en un crucero enorme, tipo tropecientos mil turistas se han muerto intoxicados por comer langostas en mal estado. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

De las profundidades de la multitud emerge flotando una cara familiar. Una cara de chico, con una mirada torva por debajo de un ceño fruncido y prominente. Con el pelo demasiado tupido para aplanárselo sobre la cabeza.

Y Emily me pregunta por el auricular.

—¿Tú cómo te moriste?

—De marihuana —le digo. Sin dejar de mirar al chico en la media distancia, digo —: Bueno, no estoy segura del todo. Iba supercolocada.

A mi alrededor, Archer se dedica a flirtear con animadoras muertas. Leonard le hace jaque mate a algún cebollino vivo. Patterson le pregunta a alguien que está en la tierra en qué puesto de la clasificación están los Raiders esta temporada.

—Nadie se muere por fumar marihuana —me dice Emily. Y se niega a dejar el tema—. ¿Cuál es el último detalle de tu vida que recuerdas?

Yo le digo que no lo sé.

Al otro lado de esta nueva avalancha de condenados, el chico gira la cara. Su mirada encuentra la mía. Con su frente huraña y arrugada. Con sus labios despectivos de Heathcliff.

—Pero ¿qué te mató? —dice Emily.

Yo le digo que no lo sé.

El chico da media vuelta a lo lejos y empieza a alejarse, esquivando y haciendo eses para escabullirse por entre la multitud de turistas intoxicados.

Por puro reflejo yo me pongo de pie, con el auricular todavía amarrándome a la estación de trabajo. Y dándome un empujón brusco en el hombro, Babette me vuelve a sentar en mi silla y me sigue cortando el pelo.

—Pero ¿qué es lo que recuerdas? —pregunta Emily.

A Goran, le digo yo. Recuerdo estar viendo la tele, tumbada bocabajo en la moqueta, apoyada en los codos, al lado de Goran. Recuerdo que a nuestro alrededor teníamos desplegadas por la moqueta varias bandejas del servicio de habitaciones donde quedaban aros de cebolla y hamburguesas con queso a medio comer. Mi madre apareció en la pantalla del televisor. Se había puesto la cinta del cáncer de mama en el vestido y, al acabarse los aplausos, dijo:

—Hoy es una noche muy especial, en diversos sentidos. Porque fue una noche como hoy, hace ocho años, cuando nació mi preciosa hija…

Repanchingada en la moqueta del hotel, entre un montón de comida fría y Goran, recuerdo que me sulfuré.

Yo cumplía *trece* años.

Recuerdo que las cámaras de televisión pasaron a un plano de mi padre, sentado entre el público, mostrando una sonrisa henchida de orgullo para que se le vieran los implantes dentales nuevos.

Incluso ahora, muerta y en el Infierno, arriesgándome a que me trinquen por aceptar una llamada a cobro revertido desde Canadá, le pregunto a Emily:

—En segundo o tercer curso… ¿jugabais al juego del Beso con Lengua?

—¿Es así como moriste? —dice Emily.

No, le digo yo, pero el juego es lo único que recuerdo.

Y sí, puede que yo sea olvidadiza o que esté negando la realidad, o que sea cinco años mayor de lo que a mi madre le gustaría, pero mientras miro al otro lado del paisaje de camisas hawaianas y collares de flores falsas todavía salpicadas del vómito causado por la intoxicación, la cara que veo alejarse por el Infierno es la de mi hermano, Goran. En contraste con el resto de los atuendos chillones del crucero tropical, Goran lleva un mono de trabajo de color rosa, rosa vivo, con un número de muchos dígitos cosido en un costado de la pechera.

Sin dejar de hablarme por el auricular de mi teléfono, Emily dice:

—¿Qué es el juego del Beso con Lengua?

Y luego Goran, con esos labios para comérselos, exuberantes y carnosos, y su mono de trabajo de color rosa vivo, se esfuma entre la multitud.

XIX

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, no te lleves la impresión de que siempre me estoy jactando de intelecto brillante. Al contrario, he metido la pata más veces de las que me tocaban, y entre mis meteduras de pata destaca lo que yo pensaba erróneamente que era besar con lengua.

Fueron unas señoritas Putillas von Putinski de mi escuela las que me enseñaron el juego del Beso con Lengua. En mi internado de Suiza, donde estuve a punto de morir de congelación pero al final solo perdí la piel de las manos, había una panda de chavalas estiradas que siempre iban juntas, eran tres, lo que pasa es que eran todas unas Guarrinas McMarranas y unas Frescas Vanderputas y unas Rameras Ramerinis que hablaban inglés y francés con el mismo acento neutro que el Sistema de Posicionamiento Global del Jaguar de mi padre. Caminaban con el borde exterior de los pies, cruzando muy ligeramente cada paso por delante del anterior para demostrar que habían hecho demasiados años de ballet. Siempre andaban las tres juntas, normalmente haciéndose cortes o ayudándose las unas a las otras a vomitar; dentro de aquella esfera aislada que era el internado, su mala fama las precedía.

Un día yo estaba en mi habitación, leyendo a Jane Austen, cuando aquellas tres llamaron a mi puerta y me pidieron que las dejara entrar.

Y vale, puede que de vez en cuando yo muestre tendencias antisociales como resultado de los años que me he pasado viendo cómo mis padres le doraban la píldora al público cinematográfico, pero no soy tan maleducada como para decirles a tres compañeras de clase que se larguen. De manera que dejé a un lado educadamente mi ejemplar de *Persuasión*, les dije a aquellas tres señoritas Furcias Furcinóvich que entraran y las invité a sentarse en mi cama individual, austera pero cómoda.

Nada más entrar, la primera de ellas preguntó:

—¿Conoces el juego del Beso con Lengua?

La segunda preguntó:

—¿Dónde tienes el albornoz?

La tercera dijo:

—¿Prometes no contárselo a nadie?

Por supuesto, yo fingí curiosidad. Sinceramente, no me sentía intrigada para nada, pero les di el albornoz que ellas me pedían y miré cómo una de las señoritas Cochinas Cohinskis sacaba el cinturón de tela de toalla blanca de las trabillas. Otra de las Putinas Vanderputas me pidió que me tumbara de espaldas sobre la cama y me quedara mirando el techo. La tercera señorita Fulana Fulánez me pasó el cinturón de tela de toalla por detrás de la nuca y ató las puntas por delante de mi tierna garganta.

Movida más por la pura educación y por una cortesía innata que por ningún interés real, les pregunté si aquellos preparativos formaban parte del juego. Del juego del Beso con Lengua. Todas las presentes en mi pequeña habitación llevábamos puesto el mismo uniforme escolar compuesto de falda pantalón oscura, chaqueta de punto de manga larga, zapatos de lengüeta con flecos y calcetines blancos hasta los tobillos. Todas teníamos o bien once o bien doce años. Aquel día en concreto, si no recuerdo mal, era martes.

—Tú espera —dijo una Prosti von Prostitutt.

—Sienta… *si bon* —dijo otra señorita Zorrina Zorróvitch.

Y la tercera dijo:

—No te haremos daño, lo prometemos.

Siempre he tenido una naturaleza abierta y vulnerable. Cuando entran en juego las motivaciones y las estrategias ajenas, tal vez soy demasiado confiada. Recelar de tres de mis compañeras de clase me resultaba un poco impropio, de manera que me limité a someterme a sus instrucciones mientras ellas se desplegaban a mi alrededor sobre la cama. Dos de ellas se me sentaron una junto a cada hombro. La tercera me quitó con delicadeza las gafas de la cara, las cerró y se quedó con ellas en la mano mientras se sentaba en la cama a mis pies. Cada una de las que me flanqueaban cogió una punta del cinturón de tela que ahora estaba atado no muy fuerte alrededor de mi cuello. La tercera les hizo una señal para que tiraran.

Que este episodio ilustre los peligros inherentes al hecho de tener unos padres ex hippies, ex rastafaris y ex punks. Ni siquiera mientras el cinturón me iba constriñendo con más fuerza, impidiéndome respirar, bloqueando no solo mi suministro de aire sino también el flujo de sangre que llegaba a mi preciado cerebro, ni siquiera mientras ocurría todo esto yo protesté con vehemencia. Ni siquiera cuando mi perspectiva del techo se llenó de estrellas fugaces y sentí que la cara se me iba poniendo más y más roja, y empecé a sentir los latidos del corazón aporreando por debajo de las clavículas, ni siquiera entonces ofrecí resistencia alguna. Al fin y al cabo, lo que estaba teniendo lugar allí no era más que un juego, un juego que me estaban enseñando unas integrantes de mi grupo de edad en el seno de un internado femenino tremendamente exclusivo cobijado en el seno de los Alpes suizos. Pese a su condición actual de señoritas Frescas Freskberg y de señoritas Zorrinas Zorrinovas, aquellas chicas algún día se licenciarían y ocuparían puestos como el de redactora en jefe de la edición británica de *Vogue*, o bien, si eso no les funcionaba, el de primera dama de Argentina. La etiqueta, el protocolo y el decoro nos eran inculcados a diario. Unas damiselas de tan buena cuna jamás intentarían hacer nada indecoroso.

Mientras ellas me asaltaban, me imaginé a mí misma como la inocente institutriz de *Frankenstein*, colgada del cadalso, con el nudo cerrándose alrededor de mi cuello para castigar injustamente el asesinato de mi pupila a manos de aquel monstruo

reanimado por un científico loco. Mientras me asfixiaba, imaginé corsés de ballenas atados con fuerza. Una muerte lenta por tuberculosis. Fumaderos de opio. Visualicé desmayos y vahídos y sobredosis tremendas de láudano. Me convertí en Escarlata O'Hara y sentí cómo las manos poderosas de Rhett Butler intentaban estrangular mi amor por el apuesto y caballeroso Ashley Wilkes, y en aquel momento, aferrando la ropa de cama con unos dedos rojos y despellejados, y con la voz ronca por el esfuerzo, grité como si fuera Katie Escarlata O'Hara:

—¡Quítame las manos de encima, bellaco!

A medida que las estrellas fugaces llenaban mi campo de visión, estrellas y cometas de todos los colores, rojos y azules y dorados, el techo de mi habitación pareció acercarse más y más a mí. Al cabo de unos momentos sentí que se detenían los latidos de mi corazón y que mi nariz prácticamente tocaba el techo del dormitorio, el mismo techo que solo hacía unos momentos me había parecido tan lejano. Mi conciencia parecía estar suspendida, flotando, contemplando a los ocupantes de la cama.

Oí una voz de chica que decía:

—Dale el beso, rápido.

La voz venía de algún sitio detrás de mí. Me giré y me vi a mí misma todavía tumbada en la cama, con el cinturón de tela muy prieto alrededor del cuello. Se me veía la cara inflada y muy pálida, y las dos chicas que estaban sentadas junto a mis hombros seguían tirando de las puntas del cinturón.

La chica que estaba sentada a mi derecha dijo:

—Deja de estirar y dale el beso.

—Puaj —dijo otra de ellas.

Sus voces sonaban amortiguadas, neblinosas y muy lejanas.

La tercera chica, la que estaba sentada a mis pies, abrió mis gafas y se las puso en su cara petulante. Pestañeando e inclinando la cabeza a un lado y al otro con coquetería, dijo:

—Miradme todas… soy la hija fea y gorda de una estrella asquerosa de cine… Mi foto salió en la cubierta de la asquerosa revista *People*… —Y las tres señoritas Tontinas von Rubiales se echaron a reír.

Si me permitís un momento de vergüenza autocompasiva, era verdad que yo tenía una pinta espantosa. La piel de las mejillas se me había inflado un poco y me había cogido una textura pastosa, como de *soufflé d'apricot*. Los ojos entrecerrados se me veían tan vidriosos como la superficie glaseada de una *crème brûlée* demasiado caramelizada. Y lo que era peor, tenía los labios entreabiertos y la lengua medio fuera —igual de verde que una ostra cruda—, como si se estuviera intentando escapar. De la frente a la barbilla, mi cara pasaba del tono blanco alabastro al azul claro. El ejemplar abandonado de *Persuasión* yacía sobre la colcha, junto a mi mano azul.

Allí suspendida, observándolo todo, igual de distante que mi madre cuando tecleaba para espiar a las criadas y ajustar la iluminación por medio de su ordenador portátil, yo no sentía ni dolor ni ansiedad. No sentía nada. Por debajo de mí, las tres chicas me desataron el cinturón de tela del cuello. Una de ellas me pasó una mano por debajo de la nuca y me inclinó la cara un poco hacia arriba, mientras otra respiraba hondo y se inclinaba sobre mí. Y me cubría los labios azules con los de ella.

Y sí, sé qué es una experiencia de proximidad a la muerte; sin embargo, me preocupaban más mis gafas graduadas. La chica que estaba sentada a mis pies, con mis gafas de leer todavía puestas, dijo:

—Sopla. Fuerte.

Y cuando la chica que estaba inclinada encima de mí me sopló dentro de la boca… dio la impresión de que yo caía del techo y aterrizaba dentro de mi cuerpo. Cuando la chica presionó con sus labios contra los míos, yo me volví a encontrar ocupando el cuerpo que yacía sobre mi cama. Tosí. Me dolía la garganta. Las tres chicas se rieron. Mi diminuto dormitorio, mis ejemplares ajados de *Cumbres borrascosas* y *La abadía de Northanger* y *Rebecca*, todo resplandecía a mi alrededor. Mi cuerpo entero parecía lleno de electricidad, igual de vibrante y palpitante que la noche en que había salido desnuda a la nieve. Todas mis células rebosaban vitalidad renovada.

Una de las Guarrinas O'Guarras, la que me había soplado dentro de la boca, me dijo:

—Esto se llama «el beso de la vida».

El aliento le sabía a la gaulteria de su chicle.

—Es el juego del Beso con Lengua —dijo otra chica.

Y la tercera dijo:

—¿Quieres probar otra vez?

Y levantando las manos débiles, elevando los dedos fríos y temblorosos para tocarme la garganta donde el cinturón de tela de toalla seguía atado en torno a los latidos resucitados de mi corazón, yo asentí con la cabeza, débilmente pero varias veces, mientras susurraba:

—Sí. —Como si estuviera hablando con el mismo señor Rochester, susurré—: ¡Por los dioses! —Susurré—: Edward, por favor. Sí, oh, sí.

XX

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. La gente dice que el mundo es un pañuelo… Pues bueno, en el Infierno esta debe de ser la Semana de Volver a tu Antigua Casa. En serio, parece que todo el mundo me reconoce a mí y yo a ellos. Es como aquella semana de los antiguos alumnos que hacían en mi internado, en la que todos los carrozones se paseaban por el campus con miradas evocadoras. Allá donde mires, parece que una cara familiar te devuelve la mirada.

Mi padre os diría: «Si filmas en una localización, siempre te puede llover». En otras palabras: nunca sabes qué te depara el destino. En un momento dado estoy intentando convencer a una chica canadiense con sida para que se venga al Infierno conmigo y un momento más tarde estoy mirando a mi amado Goran, ataviado con un mono de color rosa intenso que lleva lo que parece ser un número de la Seguridad Social bordado en el pecho. Con el teléfono de diadema todavía sujeto a mi elegante nuevo peinado de paje, me pongo de pie de un salto y echo a nadar, dando brazadas por un auténtico océano de pasajeros de crucero gordezuelos y recién difuntos, todos ellos manchados de su propio vómito tóxico de langosta. Mis manos solo tardan un momento en enredarse con las correas de cámara, los cordeles elásticos de gafas de sol y los collares de flores artificiales. Ahogándome y embadurnándome con el miasma de aroma a coco de las lociones baratas para el bronceado, me dedico a gritar y vociferar:

—¡Goran!

Jadeando, bamboleándome y dando manotazos por entre la marea de turistas intoxicados, grito:

—¡Espera, Goran! ¡Espera, por favor!

Poco acostumbrada a caminar con mis zapatos nuevos de tacones altos, y enredada con los cables de mi aparejo telefónico, pierdo pie y me empiezo a hundir por debajo de la superficie de la muchedumbre convulsa.

De pronto un brazo me rodea por detrás. Un brazo enfundado en la manga de una chaqueta de cuero negro. Es Archer quien me rescata, sacándome a remolque de la lenta marea en retroceso de difuntos bovinos y erráticos.

Bajo la mirada de Babette y el escrutinio de Leonard, yo les digo:

—Mi novio… estaba ahí.

Patterson me desenreda el auricular de diadema.

—Tranquilízate —dice Babette.

Y me explica que lo que tenemos que hacer es pasarles piruletas Tootsie Pops o

chocolatinas Oh Henry! a los demonios adecuados. Si Goran acaba de ser condenado, no debería costar encontrar su expediente. Ya me está llevando en la dirección contraria, saliendo del recinto del marketing telefónico, con la mano cerrada en torno a la mía. Babette se me lleva a rastras por una serie de pasillos, subiendo y bajando por escaleras de piedra, orientándose por corredores flanqueados de puertas y esqueletos, pasando por debajo de una serie de arcos de los que cuelgan flecos negros de murciélagos dormidos, cruzando puentes altos y metiéndose por túneles húmedos y goteantes, pero sin abandonar en ningún momento el enorme laberinto que es el cuartel general del submundo. Por fin llegamos a un mostrador manchado de sangre y Babette aparta a codazos a las almas que hay haciendo cola. Se saca una barrita de Abba-Zaba del bolso y se la ofrece a un demonio que está sentado a una mesa, una especie de monstruo medio hombre y medio halcón, con cola de lagarto, enfrascado en hacer un crucigrama. Babette se dirige a él y le dice:

—Eh, Akibel. —Le dice—: ¿Qué tienes sobre un recién llegado que se llama…? —Y Babette me mira a mí.

—Goran —le digo—. Goran Spencer.

El monstruo-hombre-halcón-lagarto levanta la vista de la página doblada de su periódico; humedeciendo la punta de su lápiz con la punta húmeda de su lengua bífida, el demonio dice:

—Palabra de seis letras que quiere decir «Interrupción del suministro eléctrico»…

Babette me mira. Me roza con las uñas mi nuevo flequillo para que me quede recto sobre la frente y me pregunta:

—¿Qué aspecto tiene, cielo?

Goran con sus ojos soñadores de vampiro y su ceño prominente de cavernícola. Goran con sus labios carnosos y huraños y su pelo rebelde, con sus muecas despectivas y su conducta de huérfano abandonado. Mi esqueleto andante silencioso y hostil. Mi amado. Me fallan las palabras. Con un suspiro impotente, digo:

—Es… moreno. —Y me apresuro a añadir—: Y tosco.

—Es el antiguo novio que perdió Maddy —añade Babette.

Yo me ruborizo y digo en tono de protesta:

—Es solo una especie de novio. Que tengo trece años.

El demonio, Akibel, hace girar su silla de oficina. Se da la vuelta para mirar una pantalla de ordenador polvorienta y teclea Ctrl+Alt+E con las uñas de sus garras de halcón. Cuando aparece en la pantalla un cursor verde parpadeante, el demonio teclea las palabras «Spencer, Goran». Da un golpe con la garra de su índice en la tecla Enter.

En ese mismo instante un dedo me da golpecitos en el hombro. Un dedo humano. Y una voz frágil me dice:

—¿Eres la pequeña Maddy? —Plantada detrás de mí, una ancianita encorvada me

pregunta—: ¿No serás por casualidad Madison Spencer?

El demonio está sentado con la cara apoyada en las manos y los dos codos apoyados sobre su mesa, mirando la pantalla de su ordenador y esperando. Dando golpecitos impacientes con una uña sobre el borde de su teclado, el demonio dice:

—Odio esta conexión telefónica de los cojones… —Dice—: Esto sí que es la prehistoria.

Al cabo de un momento el demonio Akibel vuelve a coger su crucigrama. Lo examina y dice:

—Palabra de cuatro letras que quiere decir «Caballo de poca alzada»…

La anciana que me ha dado los golpecitos en el hombro me sigue mirando, con los ojos relucientes. Con el pelo mullido y recogido en unos copetes tan blancos como bolas de algodón, me dice con voz temblorosa:

—Los telefonistas me han dicho que podías estar aquí. —Sonríe con una dentadura postiza de piezas relucientes como perlas y me dice—: Soy Trudy, la señora de Albert Marenetti… —Deja los puntos suspensivos por si me suena de algo.

El demonio da un porrazo con su garra de halcón a un costado de su pantalla de ordenador y suelta una palabrota entre dientes.

Y sí, tengo un deseo frenético de encontrar a mi adorado Goran, el morador de mis sueños más románticos, pero NO soy completamente indiferente a las necesidades emocionales ajenas. Sobre todo a las de la gente que acaba de morir después de una enfermedad terminal prolongada. De manera que rodeo con los brazos a esa ancianita con pinta de matojo deforme y encorvado y le chillo:

—¡Señora Trudy! ¡De Columbus, Ohio! Claro que me acuerdo de usted. —Le doy un besito a su mejilla arrugada y cubierta de polvos y le digo—: ¿Cómo va ese cáncer de páncreas de nada? —Consciente de nuestra situación presente, las dos muertas y condenadas a las penurias del Infierno por toda la eternidad, añado—: Supongo que no muy bien.

Con un centelleo de los ojos de color azul celeste, la anciana me dice:

—Fuiste muy buena y generosa al hablar conmigo. —Me pellizca las dos mejillas con sus dedos de ancianita. Cogiéndome la cara con las manos y mirándome, añade —: Así pues, justo antes de mi último viaje al hospital para desahuciados, quemé una iglesia.

Las dos nos reímos. Estruendosamente. Presento a la señora Trudy y a Babette. El demonio, Akibel, se dedica a pulsar la tecla Enter una y otra vez, sin parar.

Mientras esperamos, felicito a la señora Trudy por los zapatos que ha elegido: unos zuecos negros y bajos. El resto de su indumentaria lo componen un traje de tweed de color gris metálico y un sombrero tirolés muy elegante de fieltro gris, con una pluma roja encajada en la cinta en un ángulo desenfadado. Un conjunto que seguirá viéndose nuevo a pesar de los eones de castigo infernal.

Babette esgrime una chocolatina Pearson Salted Nut Roll, usándola como acicate para que el demonio trabaje más deprisa. Continúa llamándolo y dándole la lata:

—¡Eh, date prisa! ¡Que no tenemos toda la eternidad!

La gente que ya estaba aquí, esperando, suelta una risa débil.

—Esta de aquí es Madison —dice Babette, presentándome a todos. Rodeándome los hombros con el brazo y llevándome hasta el mostrador, añade—: Solo en las tres últimas semanas, Maddy ha sido responsable de un aumento del siete por ciento de las condenaciones.

Un murmullo recorre la multitud.

Al cabo de un momento, un anciano se acerca a nuestro grupito. Con el sombrero cogido en las manos y una corbata de seda a rayas, el anciano me dice:

—¿No serás por casualidad Madison Spencer?

—La misma —dice la señora Trudy.

Con una sonrisa de oreja a oreja, me coge la mano con su mano arrugada y les da a mis dedos un apretón cariñoso y huesudo.

Yo me quedo mirando al hombre, con sus ojos nublados por las cataratas y sus hombros encogidos y temblorosos, y le digo:

—¿Es usted el señor Halmott de Boise, Idaho?

—El mismo que viste y calza —dice el anciano—. O quien sea que soy ahora. —Tan complacido está, por lo visto, que se sonroja.

Fallo cardíaco congestivo, recito yo. Le estrecho la mano y le digo:

—Bienvenido al Infierno.

En la otra punta del mostrador, en la mesa del demonio, una impresora matricial cobra vida. Un carrete dentado va extrayendo un rollo de papel continuo de impresora de una caja polvorienta. Un papel amarillento y quebradizo. El cartucho de la impresora se dedica a traquetear de lado a lado a medida que las páginas sucesivas avanzan, línea a línea, empujadas por sus pistas perforadas.

Babette tiene el brazo rodeándome el pescuezo y la mano colgándome a un lado de la cara. El puño de la blusa se le ha subido lo bastante como para dejar al descubierto unas líneas de color rojo oscuro que tiene en el interior de la muñeca. Entre la manga y la base de la mano le asoman unas cicatrices parecidas a ranuras, bastante recientes a juzgar por lo descarnadas que se las ve.

Y sí, sé que el suicidio es pecado mortal, pero Babette siempre ha insistido en que a ella la condenaron por llevar zapatos blancos después del Día del Trabajo.

Mientras el viejo señor Halmott y la señora Trudy me miran con caras sonrientes, yo a mi vez me dedico a mirar a bocajarro primero las cicatrices del suicidio de Babette y luego su sonrisa avergonzada.

Babette me quita el brazo de los hombros, se estira la manga para esconder su secreto y dice:

—La mía sí que fue una inocencia interrumpida, *muy* interrumpida…

El demonio arranca la página de la impresora y la deja bruscamente sobre el mostrador.

XXI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Llevaba sin ver para nada a mi amado Goran desde la noche de los Premios de la Academia. Si tal como aseguraban los griegos antiguos, el Infierno es el lugar de los remordimientos y la nostalgia, entonces estoy alcanzando lentamente esas metas.

Goran y yo estábamos apoltronados entre los restos fríos de nuestra cena del servicio de habitaciones, repanchingados en la moqueta delante del televisor de pantalla ancha de nuestra suite del hotel. Encendí un porro de la mejor hierba híbrida de mis padres, di una calada y le pasé el canuto apestoso al objeto de mi adoración preadolescente. Durante un instante a lo Judy Blume, nuestros dedos se tocaron. No fue más que un leve rozamiento de las yemas, despatarrados ambos sobre la moqueta, un poco como estaban Dios y Adán en el techo de la Capilla Sixtina, pero un chispazo de vida —o quizá solo de electricidad estática— se encendió y saltó entre nosotros.

Goran cogió el porro y le dio una calada. Tiró la ceniza sobre un plato de la cena, junto a una hamburguesa con queso a medio comer y un despliegue de patatas fritas rancias. Los dos nos quedamos un momento sentados, en silencio, reteniendo el humo en los pulmones. Como buenos románticos anarquistas, nos daba igual que aquella fuera una habitación de no fumadores. En el televisor, alguien aceptó un Oscar por algo. Alguien le dio las gracias a alguien. Apareció un anuncio de pintura de ojos.

Solté el humo y tosí. Tosí y seguí tosiendo, me había entrado un verdadero ataque, hasta que por fin cogí un vaso de zumo de naranja que había en una bandeja junto a un plato frío de alitas de pollo con salsa. El olor de la habitación me recordaba a todas las fiestas de fin de rodaje que mis padres habían organizado al acabarse la filmación de alguna de sus producciones. Un hedor a cannabis, patatas fritas y papel de liar chamuscado. A cannabis y fondue de chocolate coagulada. En el televisor, un sedán europeo de lujo corría por un desierto de salinas, virando por entre una serie de conos para el tráfico de color naranja, conducido por una estrella de cine, y yo no estaba segura de si se trataba de otro anuncio o de un clip extraído de alguna película nominada. A continuación, una actriz famosa apareció bebiendo un refresco dietético de una marca muy famosa, lo cual también podía ser un anuncio o parte de un largometraje. Hasta los coches a toda pastilla parecían avanzar a cámara lenta. Estiré el brazo hacia un plato de tostadas al ajo frías y Goran me metió la colilla encendida del porro entre los dedos. Di otra calada y se lo devolví. Estiré el brazo hacia un plato atiborrado de gambas humeantes y untadas de mantequilla, de aspecto delicioso, pero las yemas de mis dedos toparon con una superficie lisa de cristal. Mis uñas arañaron aquella barrera de cristal.

Goran se rió, soltando nubarrones de hedor amargo a droga.

Mis gambas, tan apetitosas y de aspecto tan delicioso, no eran más que el anuncio televisivo de una franquicia de restaurantes de marisco. Sabrosas y crujientes y completamente fuera de mi alcance. Solo eran un espejismo tentador y sabroso en la pantalla de alta definición.

En el televisor, unas hamburguesas gigantes giraban lentamente, con la carne asada tan caliente que todavía burbujeaba y rezumaba grasa. Las lonchas de queso se fundían y abrazaban los contornos de unas hamburguesas de ternera abrasadoramente calientes. Por un paisaje montañoso de helado blando de vainilla fluían ríos de caramelo de dulce de leche, bajo un cruel granizo de esquirlas de cacahuetes. Una auténtica nevada de azúcar en polvo sepultaba rosquillas glaseadas. De una pizza manaban chorros de salsa de tomate y estelas de hilos viscosos y blancos de mozzarella.

Goran me quitó la colilla de porro de entre los dedos. Dio otra calada y se quitó el sabor del humo dando un trago de batido de chocolate.

Al llevarme otra vez a la boca la colilla húmeda del cigarrillo de marihuana que estábamos compartiendo, intenté distinguir el sabor de la saliva de mi amado. Al lamer los pliegues húmedos del papel, noté el sabor de las galletas con virutas de chocolate hurtadas del minibar. Noté el regusto a fruta artificial, limón, cereza y sandía, de los caramelos robados, que teníamos prohibidos por su capacidad para pudrirnos los dientes. Por fin, por debajo de todo, mis papilas localizaron algo terroso, fecundo, la saliva de mi chico-hombre rebelde y primitivo, el tufo extranjero de mi impasible Heathcliff. De mi salvaje rústico y maleducado. Me regodeé en aquello, en aquel aperitivo al banquete de besos húmedos con lengua de Goran. En aquella maría chamuscada noté el residuo de su batido de chocolate.

En el televisor, la visión de una cesta de nachos sepultados bajo olivas troceadas y salsa sanguinolenta se fundió con la imagen de una mujer hermosa. La mujer llevaba un vestido rojo —ahora que lo pienso, más anaranjado que rojo— con un trozo de cinta de fibra gruesa sujeta al pecho. Una cinta igual de rosada que los tomates troceados. La mujer dijo:

—Los nominados a la mejor película de este año son…

La mujer de la pantalla era mi madre.

Al ver aquello, me puse de pie, elevándome como una torre por encima de la moqueta del hotel, bamboleándome muy por encima de los restos de comida y de Goran. Entré dando tumbos en el cuarto de baño de la suite; allí desenrollé una cantidad enorme de papel higiénico, kilómetros enteros de papel higiénico, e hice dos bolas más o menos del mismo tamaño que procedí a meterme por debajo de la pechera del vestido. En el espejo del cuarto de baño se me veían los ojos enrojecidos e inyectados en sangre. Me puse de costado al espejo y examiné mi nuevo perfil

pechugón. Me saqué el papel de debajo del jersey y lo tiré por el retrete: el papel, no el jersey. Iba supercolocada. Me daba la impresión de llevar años en aquel cuarto de baño. De que llevaba décadas allí. Eones. Abrí un cajón que había junto al lavabo y saqué la larga ristra de condones de Hello Kitty. Volví a emerger del cuarto de baño, presentándome ante Goran con la ristra de condones enrollada alrededor del cuello como si fuera una boa de plumas.

En el televisor, la cámara mostró a mi padre sentado entre el público, en la parte central del recinto, al lado mismo del pasillo, su asiento favorito, ya que le permitía escabullirse y beberse martinis durante los premios a los rollos extranjeros coñazo. No habían pasado más que unos momentos. Todo el mundo aplaudió. Todavía de pie en la puerta del cuarto de baño, hice una profunda reverencia.

Goran apartó la vista del televisor para mirarme. Casi le brillaban los ojos de tan rojos que estaban, y rompió a toser. Tenía la barbilla manchada de salsa roja de marisco. Por la pechera de la camisa se le extendía un reguero de manchas viscosas de salsa tártara. La suite entera estaba invadida de una niebla de humo de porro.

Me até la ristra de condones alrededor del cuello y le hice un nudo muy fuerte, diciendo:

—¿Quieres jugar a una cosa? —le dije—. Solo me tienes que soplar dentro de la boca.

Di un paso adelante, acercándome sutilmente a mi amado, y le dije:

—Se llama el juego del Beso con Lengua.

XXII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, no te lo tomes como una crítica, pero de verdad que deberías actualizar el equipo informático. En concreto la legibilidad de tu impresora matricial es una mierda, por no mencionar esas franjas con agujeritos que cuelgan de los lados de todas las páginas impresas.

Mi madre os diría: «Dos labios y una lengua os pueden prometer lo que quieran». En otras palabras: haz todos tus tratos por escrito. En otras palabras: deja siempre tras de ti un rastro de papeles.

En la parte superior del impreso, las palabras escritas con matriz de puntos dicen: «Informe de ingreso al Infierno de Goran Metro Spencer, de 14 años».

En la casilla de «Lugar de la muerte» pone: «Centro Los Angeles River de Detención de Delincuentes Juveniles Violentos».

Eso explica su atuendo de color rosa intenso, así como el número de recluso que tiene bordado en el pecho. Aunque bastante a la moda, no acaba de encajar con el huraño e imperioso Goran que yo conozco.

En la casilla de «Causa de la muerte» dice: «Apuñalado por un compañero de celda durante una revuelta».

En la casilla de «Razón de la condena» dice: «Convicto de homicidio por el estrangulamiento de Madison Spencer».

XXIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por desagradable que parezca la muerte, lo que tiene de bueno es que solo pasas por ella una vez. Después, el dolor desaparece. El recuerdo puede ser tremendamente traumático, pero no es más que eso: un recuerdo. Nadie te va a pedir que hagas un bis. A menos, tal vez, que seas hindú.

Lo más seguro es que esta parte que viene ahora no os la debiera contar. Sé lo estirados que sois los vivos.

Admitidlo: cada vez que ojeáis la página de las necrológicas del periódico y veis que se ha muerto alguien más joven que vosotros —sobre todo si la necrológica incluye una foto en que el muerto sale sonriente, sentado en un césped recién cortado, con pantalones cortos y un golden retriever al lado—, admitidlo, os sentís puñeteramente superiores. Puede que también os sintáis una pizca afortunados, pero principalmente os entra la petulancia. Todo el mundo que está vivo se siente superior a los muertos, incluso los homosexuales y los indios americanos.

Lo más seguro es que cuando leáis esto os limitéis a reíros y burlaros de mí, pero me acuerdo de cómo luché por respirar y me asfixié en la moqueta de la suite del hotel. Yo tenía la coronilla encajada contra la parte inferior de la pantalla del televisor y los restos de nuestro banquete del servicio de habitaciones desplegados en platos a mi alrededor. Goran estaba sentado a horcajadas sobre mi cintura, inclinado encima de mí, con su cara muy cerca de la mía; tenía agarradas las dos puntas de la ristra de condones de Hello Kitty que había anudada en torno a mi cuello y estaba tirando de ellas para apretar todavía más el nudo.

El tufo de nuestros alientos era pesado y su peste a marihuana extrafuerte inundaba la suite.

Por encima de mí, en el televisor, tan real que parecía estar de pie a nuestro lado, se erguía la figura de mi madre. Parecía elevarse hasta las mismas alturas del techo de la suite. En toda su envergadura, resplandeciente, radiante bajo las luces del escenario. Luminosa en su belleza perfecta. Una visión gloriosa. Un ángel ataviado con un vestido de diseño exclusivo. En el televisor, mi madre plantada, guardando un silencio lleno de paciencia y elegancia, esperando a que remitiera el aplauso de su mundo de adoradores.

Y en contraste, mis brazos y piernas se sacudían y sufrían convulsiones, desparramando los platos cercanos de langostinos. Mis convulsiones desesperadas volcaban los cuencos que contenían los restos de las alitas de pollo con salsa. Derramaban la salsa de yogur. Desperdigaban los rollos de huevo rancios.

En el televisor, las cámaras pasaron a un plano de mi padre sentado en el público, con una sonrisa enorme.

Mientras los aplausos daban paso al silencio, mi serena y encantadora madre, sonriente y enigmática, dijo:

—Antes de presentar el Oscar de este año a la mejor película… —Dijo—: Me gustaría desearle un feliz cumpleaños a mi querida y dulce hija, Madison, que hoy cumple ocho…

La verdad era que aquel día yo cumplía trece años. Notaba el pulso en los oídos y los condones se me clavaban en la suave piel del cuello. Las estrellas y cometas rojos, azules y dorados empezaron a llenar mi campo de visión, eclipsando la cara adusta de Goran, eclipsando mi vista del techo de la habitación y de mi radiante madre. Con mi uniforme escolar de jersey y falda pantalón, yo estaba sudando. Los mocasines de lengüeta de flecos se me habían salido de los pies.

Mientras mi campo de visión se estrechaba hasta convertirse en un túnel cada vez más pequeño, rodeado de una oscuridad que iba creciendo, alcancé a oír que mi madre decía:

—Feliz cumpleaños, amorcito de mi vida. Tu papá y yo te queremos mucho, mucho. —Al cabo de un momento, su voz amortiguada y lejana añadió—: Ahora buenas noches y que duermas bien, preciosa mía…

En la suite del hotel oí que alguien jadeaba, respiraba entrecortadamente e inhalaba bocanadas enormes de aire, pero no era yo. Era Goran, que jadeaba por el esfuerzo de asfixiarme, de estrangularme de la manera exacta en que yo le había instruido de acuerdo con las reglas del juego del Beso con Lengua.

Para entonces yo ya estaba flotando hacia arriba, con la cara cada vez más cerca del yeso pintado del techo. Los latidos de mi corazón, callados. Mi respiración, apagada. Desde el punto más alto de la habitación, me giré para mirar a Goran. Le grité:

—¡Bésame! —Chillé—: ¡Dame el beso de la vida!

Pero lo único que rompió el silencio fue la ráfaga de aplausos televisados que recibía mi madre.

Despatarrada en la moqueta, me vi reducida a la condición de la comida ya fría que me rodeaba: con mi vida a medio consumir. Echada a perder. A punto de ser enviada a la basura. Mi cara inflada y lívida y mis labios azules no eran más que un conglomerado de grasas rancias, muy parecidas a los aros viejos de cebolla y a las patatas fritas rancias. Mi preciosa vida ya no era nada más que una serie de líquidos en proceso de coagulación. De proteínas secas. Un rico banquete del que solo se come una pizca. Que apenas se prueba. Rechazado y abandonado y solo.

Sí, sé que parezco bastante fría, insensible a la imagen patética de una chica muerta en el suelo de una suite de hotel en el día en que cumplía trece años, pero

cualquier otra actitud me inundaría de autocompasión. Flotando allí, yo no quería nada más que regresar y reparar aquel error espantoso. En aquel momento había perdido a mis padres. Había perdido a Goran. Y lo peor de todo, me había perdido… a mí misma. Por culpa de mis planes románticos, lo había echado todo a perder.

En el televisor, mi madre hizo un mohín con los labios. Se llevó los dedos de su mano con manicura a la boca y me mandó un beso.

Goran soltó las puntas de la ristra de condones y se quedó mirando mi cuerpo con expresión afligida. Se puso en pie de un salto, entró corriendo en el dormitorio y volvió a salir con su abrigo puesto. No cogió la llave de la habitación. No tenía intención de regresar. Tampoco llamó al número de emergencias. Mi amado, el objeto de mis afectos románticos, se limitó a escaparse de la suite del hotel sin echar ni un vistazo atrás.

XXIV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Pregúntame la raíz cuadrada de pi. Pregúntame cuántos celemines hay en una fanega. Pregúntame lo que sea sobre la trágica vida truncada de Charlotte Brontë. Puedo decirte en qué momento exacto de la segunda batalla del Marne murió Joyce Kilmer. Puedo decirte la combinación de teclas Ctrl+Alt+S o Ctrl+Alt+Q que da acceso a las cámaras de seguridad o bien manipula la iluminación o el tratamiento de las ventanas de mis dormitorios sellados de Copenhague o de Oslo, esas habitaciones donde mi madre tiene puesto el aire acondicionado a temperatura de cámara frigorífica… a temperatura de archivos, donde los filtros de aire electrostáticos no dejan que se pose ni una mota de polvo, donde mi ropa y mis zapatos y mis animales de peluche esperan a oscuras, encerrados a salvo de la decoloración del sol y de la humedad, igual de pacientes que los frascos de alabastro y los juguetes dorados que acompañaban a los faraones niños a su tumba eterna. Pregúntame por la ecología de Fiyi y por los hábitos personales de los pijos fiesteros de Hollywood. Pídeme que describa las maquinaciones políticas que hay arraigadas en la cultura de chicas de un internado suizo très-reservado. Pero NO *me preguntes cómo me siento. No me preguntes si todavía echo de menos a mis padres. No me preguntes si tengo tanta añoranza que lloro. Por supuesto que los muertos echan de menos a los vivos.*

Personalmente, echo de menos dar sorbos de té English Breakfast de la marca Twinings y leer novelas de Elinor Glyn los días de lluvia. Echo de menos el olor a cítricos de la loción Bain de Soleil, hacer trampas cuando juego al backgammon contra nuestras doncellas somalíes y practicar la gavota y el minué.

Pero en un nivel más general, si tengo que ser brutalmente sincera, los muertos lo echan de menos todo.

En mi desesperación por hablar, por el consuelo de un poco de terapia oral, llamo por teléfono a Emily la canadiense, y me contesta una mujer. Cuando me pregunta cómo me llamo, le digo que soy la amiga de Emily que vive muy lejos y le pregunto si por favor Emily puede ponerse al teléfono, ni que sea un momento. Por favor.

Al oír esto, la mujer se pone a hacer pucheros y luego a sollozar. Se pone a dar bocanadas entrecortadas de aire, estranguladas por sollozos convulsos.

—Emily. Mi nena… —Con unas palabras que se funden con el llanto, dice—: Mi nena ha vuelto al hospital…

La mujer recobra la compostura, sorbiéndose la nariz, y me pregunta si quiero que le dé un mensaje de mi parte a Emily.

Y en fin, pese a mi considerable formación suiza en materia de decoro, a pesar de mi entrenamiento hippy en las artes de la empatía, le pregunto por teléfono:

—¿Emily está a punto de morirse?

No, no es justo, pero lo que hace que la vida sea una experiencia infernal es nuestra expectativa de que sea eterna. La vida es corta. Estar muertos es para siempre. Ya os daréis cuenta muy pronto. Y angustiaros no os va a ayudar en absoluto.

—Sí —dice la mujer, con la voz ronca y cargada de emoción—. Emily está a punto de morirse. —Con voz resignada y monótona, me pregunta—: ¿Quieres que le diga algo de tu parte?

Yo le digo:

—No, da igual.

Y añado:

—Que no se olvide de traer mis diez chocolatinas Milky Way.

XXV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. No es verdad que cuando te mueres te pase la vida por delante de los ojos. Por lo menos, no entera. Puedes tener el vislumbre de alguna parte, eso sí. Pero recordar otras secciones de tu vida te cuesta años y años. Esa, creo yo, es la función del Infierno: ser un lugar donde se recuerda. Más allá de eso, el propósito del Infierno no es tanto olvidar los detalles de nuestra vida como perdonarlos.

Y sí, aunque es cierto que los muertos echan de menos todo y a todo el mundo, no se quedan en la tierra para siempre.

En una ocasión, mi padre fue a bordo de nuestro Learjet a una reunión de accionistas que se celebraba en Praga; el problema era que el mismo día mi madre necesitaba estar en Nairobi para recoger a algún huérfano con labio leporino y fisura del paladar, o bien algún premio de un festival de cine, o cualquier otra *idiotez*, de manera que alquiló otro jet para llevarnos a ella y a mí, el problema es que la empresa que alquilaba los jets en régimen compartido… nos envió un jet que era exactamente LO CONTRARIO de lo que mi madre había pedido; nos mandó inconscientemente uno que tenía la instalación del lavabo bañada en oro y frescos pintados a mano en los techos, exactamente la clase de jet que los miembros más jóvenes de la familia real saudí alquilarían para transportar a Kuwait a un harén entero de chicas de alterne tipo señoritas Ligerillas Decasquinis, y encima ya era demasiado tarde para cambiar aquel jet por otro, de manera que mi madre se puso de los nervios, le entró un verdadero ataque de rabia estética.

Pero, bueno, cuando entró en la suite del hotel después de los Premios de la Academia y se encontró pisando medio millón de platos a medio comer de bocadillos de dos pisos rancios y luego me encontró a mí muerta y estrangulada por una ristra de condones de Hello Kitty… digamos que el ataque que le entró a mi madre fue peor.

En aquellos momentos mi espíritu todavía flotaba en la habitación, cruzando los dedos espirituales con la esperanza de que alguien se molestara en llamar a los paramédicos y de que estos entraran en tromba y llevaran a cabo algún milagro de reanimación. No hace falta decir que Goran ya hacía tiempo que se había marchado. Él y yo habíamos colgado el letrero de NO MOLESTAR, de manera que la doncella no había venido a preparar las camas. No había dejado bombones sobre las almohadas. Todas las luces estaban apagadas y la suite sumida en una oscuridad total. Mis padres entraron de puntillas porque pensaban que Goran y yo estábamos profundamente dormidos. No fue un espectáculo bonito.

No, nunca es un gran placer ver cómo tu madre grita y grita tu nombre sin parar y

luego cae de rodillas sobre un mejunje de aros de cebolla con ketchup y cóctel de gambas frío, agarrándote por los hombros muertos, zarandeándote y gritándote que te despiertes. Fue mi padre quien llamó al número de emergencias, pero ya era demasiado tarde, claro. Los enfermeros de urgencias que llegaron hicieron más para tratarle la histeria a mi madre que para reanimarme a mí. Y claro, después llegó la policía; me sacaron tantas fotografías de muerta como me había sacado la revista *People* de recién nacida. Los detectives de homicidios obtuvieron un millón de huellas dactilares de Goran de la ristra de condones. Mi madre se tomó un millón de Xanax, uno detrás de otro. Entretanto, mi padre fue con sigilo hasta el armario donde estaba guardada la ropa nueva de Goran, abrió con furia la puerta del armario y se dedicó a arrancar de las perchas la ropa deportiva Ralph Lauren. Rasgando y haciendo jirones camisas y pantalones sin decir ni palabra, haciendo que saliera despedida una lluvia de botones por toda la suite.

Durante todo aquel tiempo, toda aquella noche, yo no pude hacer más que mirar, igual de distante y desapegada que mi madre cuando accedía a las cámaras de seguridad con su portátil. Tal vez cerré las cortinas de la suite, o bien encendí una luz, pero no pareció que nadie se diera cuenta. En el mejor de los casos, yo era una centinela. En el peor, una voyeur.

Tenía poder, pero una modalidad absurda e impotente de poder.

Nadie sufre una discriminación mayor que los muertos a manos de los vivos. Nadie sufre una marginalización tan grave. Cuando los muertos son retratados en la cultura popular, siempre es como zombis… vampiros… fantasmas, siempre como algo que plantea una amenaza a los vivos. Los muertos son representados igual que lo eran los negros en la cultura de masas de la década de 1960, como si fueran un peligro y una amenaza constantes. Todo personaje muerto debe ser desterrado, exorcizado, expulsado de la propiedad como lo eran los judíos del siglo XIV. Deportado como los mexicanos sin papeles. Tratado como un leproso.

Dicho esto, adelante, reíros de mí. Vosotros seguís vivos, así que, por lo visto, algo estáis haciendo bien. Yo estoy muerta, de manera que adelante, tiradme arena a esta cara gorda y difunta que tengo.

En este mundo moderno intolerante y lleno de prejuicios, los vivos son los vivos. Los muertos son los muertos. Y ambas facciones no deben interactuar. Se trata de una actitud perfectamente comprensible cuando uno piensa en el efecto que los muertos podrían tener sobre el precio de la propiedad y los precios del mercado de valores. Si a los muertos les diera por informar a los vivos de que las posesiones materiales son un puro chiste —y SON un puro chiste—, en fin, la gente de De Beers ya no conseguiría vender ni un diamante. Los fondos de pensiones se irían a tomar viento.

En realidad, los muertos siempre están pululando en torno a los vivos. Yo me pasé una semana con mis padres; en serio, era mejor que quedarse a ver cómo el señor

Asqueroso Asquerósez de la funeraria me extraía la sangre del cuerpo y toqueteaba mi cadáver desnudo de trece años. Los ecologistas de mis padres eligieron un ataúd biodegradable de pulpa prensada de madera que la funeraria garantizó que se descompondría rápidamente y promovería la actividad de las formas de vida bacterianas del subsuelo. Se trata de una muestra típica del poco respeto que recibes cuando te mueres. O sea, el bienestar de las lombrices se pone por encima del tuyo.

Considerad esto una prueba obvia de que nunca se es demasiado joven para dejar por escrito tus últimos deseos.

Me sentí como si me hubieran enterrado dentro de una piñata.

Si yo hubiera podido controlar el proceso, me habría hecho enterrar dentro de un ataúd todo de bronce y herméticamente sellado, tachonado de rubíes y ni siquiera enterrado, sino puesto a descansar en una cripta de mármol blanco labrado. En una isla diminuta y arbolada del centro de un lago. En los Alpes italianos. Sin embargo, mis padres siguieron su propia inspiración. En lugar de algo elegante, eligieron a un coro de gospel aullante de no sé qué iglesia que necesitaba promoción internacional para un álbum que estaban a punto de lanzar. Alguien cambió la letra de aquella canción de Elton John sobre la vela para que dijera: «Adiós, Madison Spencer, aunque jamás te conocí…». Hasta dejaron en libertad tropecientas mil palomas blancas. Menudo topicazo. Menuda falta de originalidad.

De los muertos rezagados, hasta JonBenet Ramsey sintió lástima por mí. Hasta el bebé de los Lindbergh sintió vergüenza por mí.

Allí estaba yo, muerta, y todas las pequeñas Cochinas Cochinóvitch de mi internado no solo seguían vivas sino que también vinieron a mi funeral. Allí estaban las tres Zorrupias McZorring, todas piadosas, cabizbajas y sin mencionar a nadie que el juego del Beso con Lengua me lo habían enseñado ellas. Aquellas tres Putis Vanderputy le llevaron sus programas impresos del funeral a mi madre y le pidieron que se los autografiara. El presidente de Estados Unidos ayudó a llevar a cuestas hasta mi tumba el biocontenedor de cartón piedra y respetuoso con el medio ambiente. También el primer ministro de Gran Bretaña.

Asistieron muchas estrellas de cine sombrías. Un poeta famoso recitó una mierda de poema florido que ni siquiera rimaba. Varios líderes mundiales asistieron para presentar teatralmente sus respetos. El planeta entero estuvo presente mediante conexión por satélite para decirme adiós.

Salvo Goran, mi amado, mi único amor verdadero…

Él no estuvo.

XXVI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Ahora caigo en la cuenta de que nunca te di las gracias como era debido por mandarme el coche, y tendría que haberlo hecho; fue un gesto extremadamente sensible y considerado por tu parte. Fuiste muy amable conmigo en un momento en que yo necesitaba desesperadamente esas cortesías, y quiero que sepas que siempre te agradeceré esa generosidad.

Ser un espíritu recién muerto es igual de complicado que ser un niño recién nacido, y yo me sentía patéticamente agradecida por cualquier asomo de cariño o de cuidados. Toda la gente apiñada en torno a mi tumba del cementerio de Forest Lawn estaba llorando: mi madre y mi padre estaban llorando, el presidente de Senegal estaba llorando. Todo el mundo estaba haciendo pucheros con la notable excepción de yo misma, y era porque llorar en el propio funeral de una me parecía horrorosamente egocéntrico. No hace falta decir que nadie podía ver a mi auténtico yo, a mi espíritu, plantado en medio de tanto dolor. Lo sé, lo sé, de acuerdo con esa situación totalmente arquetípica tipo *Tom Sawyer*, se supone que es muy satisfactorio asistir a tu propio funeral y presenciar cómo todo el mundo te amaba y te adoraba en secreto, pero la triste verdad es que la mayoría de la gente es igual de falsa contigo después de que te mueras. Como haya ni que sea un estrecho margen de beneficio de por medio, todo el mundo que te odiaba se pondrá a rasgarse las vestiduras y a pulular por ahí haciendo como que lloriquea. Como muestra un botón: el trío de señoritas Putinas McFurcias estacionaron sus jetas preadolescentes junto a mi devastada madre y se pusieron a contarle lo mucho que me querían, mientras sus manos arácnidas de anoréxicas con manicura francesa toqueteaban rosarios enjoyados y cargados de perlas negras de Tahití y rubíes enormes y esmeraldas diseñados por Christian Lacroix para Bulgari que habían ido a toda prisa a comprar a Rodeo Drive solo para aquel funeral. Aquellas tres Cochinas Cochinenheimer se pusieron a contarle en voz baja a mi pobre madre que las tres habían estado recibiendo mensajes psíquicos de mí, que yo no paraba de visitarlas en sueños y suplicarles que transmitieran palabras de amor y de apoyo a mi familia, y mi pobre madre parecía lo bastante traumatizada como para escuchar a aquellas horrendas arpías y tomarse sus mentiras en serio.

Una bandada mucho más numerosa de asistentes de producción rubias se aferraban a mi padre, todas con guantes negros sexy de bailarina de striptease y tratando de enseñar más pierna que las demás, dejando que las minifaldas negras se les subieran demasiado por los muslos bronceados y depilados mientras ellas sostenían pequeñas Biblias negras encuadernadas en cuero de la misma manera en

que llevarían libritos de Chanel, y a fin de cuentas era obvio que se estaban acostando con él —con mi padre, con todas sus perogrulladas izquierdistas tan elevadas y aparentemente nobles—, pero él no podía poner sus salarios en el presupuesto de rodaje de ningún proyecto si admitía que el único trabajo que ellas hacían era chupársela. Aquel circo mediático lloroso tenía su centro en mis restos mortales, que estaban envueltos en un sudario orgánico de fibra de bambú sin blanquear, todo cubierto de una caligrafía de aspecto oriental más falsa que Judas, y que más que nada parecían un enorme cagarro de color blanco sucio cubierto de pintadas de pandilleros chinos, situado al lado de mi lápida recién tallada. Era la miríada de humillaciones que se les infligía a los muertos: en la lápida estaba cincelado mi ridículo nombre completo, Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer, un monstruoso secreto personal que me había pasado mis trece años de vida ocultando con vigor y que está claro que ahora las tres señoritas Frescas Fresquenberg se morían de ganas de compartir con todas mis antiguas compañeras del internado de Suiza, por no mencionar el hecho de que las fechas de nacimiento y de muerte labradas en el granito me preservarían para siempre y erróneamente como niña de nueve años. Por si fuera poco, el epitafio decía: «Maddy ya descansa, resguardada y mamando la leche materna sagrada de la Diosa Eterna».

Todo eso, toda esa mierda mentecata, era lo que te merecías si te morías sin haber dejado por escrito una última voluntad legalmente vinculante. Yo estaba muerta y plantada a una distancia decente de aquella aglomeración descabellada, y aun así podía oler todo su maquillaje y su laca para el pelo.

Y si antes no había sabido qué significaba *mentecata*, ahora sí que lo sabía. En cuanto a la definición de *erróneo*, solo me hacía falta mirar a mi alrededor.

Y si podéis aguantar que os cuente más de una cosa sobre el más allá, ahí va: en los funerales nadie sufre más que los que acaban de morir. Es por eso por lo que me sentí tan patéticamente agradecida cuando aparté la mirada de aquel lúgubre retablo para ver un Lincoln Town Car negro que estaba aparcado en la acera, parado a un lado de un camino del cementerio. Su superficie negra reluciente como los chorros del oro reflejaba al ejército de personas de luto… el cielo azul… las lápidas del cementerio de Forest Lawn… en serio, lo reflejaba todo excepto a mí, porque los muertos no nos reflejamos. En la tierra, los muertos ni proyectan sombra ni salen en las fotografías. Y lo que era mejor, al lado del coche había plantado un chófer de uniforme, con el pelo escondido debajo de una gorra con visera y la mitad de la cara resguardada detrás de unas gafas de sol de espejo. En su mano enfundada en un guante negro de chófer tenía una tablilla sujetapapeles blanca donde había escrito con caligrafía de imprenta: *Madison Spencer*. El chófer llevaba en la solapa una acreditación cromada con su nombre grabado, pero no valía la pena leerla, porque el hábito me decía que lo iba a olvidar al cabo de un milisegundo para llamarlo

simplemente George.

Después de pasarme media vida dando vueltas en coches de alquiler como aquel, yo ya conocía el procedimiento. Di un paso, otro paso y otro más hacia el coche, y el conductor abrió la portezuela de atrás sin decir palabra y se hizo a un lado para dejarme entrar. Hizo una ligera reverencia y se llevó el borde de su tablilla a la visera de la gorra a modo de breve saludo. En cuanto las perneras de mi falda pantalón estuvieron debidamente acomodadas en el asiento, el chófer cerró la portezuela con un ruido seco, ese ruido sólido de los cochazos americanos de calidad, tan contundentes y bien insonorizados que desapareció cualquier asomo del mundo vivo y coleante que quedaba fuera. Las ventanillas estaban tan tintadas de negro que me encontré a mí misma dentro de un cómodo capullo de cuero negro, del olor a limpiador de cuero, de la sensación del frío del aire acondicionado y del suave resplandor que emitían las ventanas de cristal oscuro y los acabados metálicos del interior. El único sonido que se oía procedía de la anticuada partición que separaba los asientos de delante de los de detrás. Soterrado bajo el aroma general a cuero había otro más tenue; como si alguien acabara de cascar un huevo duro y comérselo dentro de aquel coche, un ligero tufo a azufre o metano. Y también un olor a palomitas, a palomitas con caramelo… a bolas de palomitas. La ventanilla del centro de la partición estaba cerrada, pero oí cómo el chófer ocupaba su asiento y se ponía el cinturón de seguridad con un clic. El motor arrancó y el coche avanzó con un movimiento lento y lánguido. Al cabo de un momento largo, el morro del coche se inclinó hacia arriba. Era la misma sensación que uno asocia con el largo ascenso por la primera subida de una montaña rusa o con el ascenso imposiblemente abrupto que un Gulfstream tiene que llevar a cabo para poder despegar del diminuto aeropuerto alpino de Locarno, Suiza.

Aquel útero acolchado y tapizado que era el asiento de detrás de los Town Car… siempre que uno se encontraba en un sitio así tenía que dar por sentado que estaba de camino al Hades. En el compartimento de las revistas encontré el habitual surtido de revistas del gremio, incluyendo el *Hollywood Reporter*, el *Variety* y un ejemplar del *Vanity Fair* con mi madre en portada y en el interior soltando toda su cháchara de «¡Gaia, la Tierra Primero!». Estaba tan retocada con Photoshop que casi no se la reconocía.

Y sí, mis padres me habían explicado bien todo aquello del Poder del Contexto y Marcel Duchamp, y que hasta un urinario se convierte en arte cuando lo cuelgas en la pared de una galería elegante. Y prácticamente cualquiera podía pasar por estrella de cine si ponías una foto de su cara en la portada del *Vanity Fair*. Pero es por todo eso por lo que agradecí tantísimo el hecho de cruzar al más allá a bordo de un Lincoln Town Car y no de un autobús o una barcaza o alguna otra clase de vagón para el ganado o forma de transporte sudoroso de masas. De manera que gracias otra vez,

Satanás.

El ángulo abruptamente ascendente de la trayectoria del coche y las fuerzas gravitatorias resultantes me empujaron todavía más contra la tapicería de cuero. La ventanilla de la partición del chófer se corrió a un lado para dejarme ver las gafas de sol del chófer, enmarcadas en el espejo retrovisor. Dirigiéndose a mí por medio de su reflejo, el conductor dijo:

—Si no le molesta la pregunta… ¿está usted emparentada con el productor de cine Antonio Spencer?

El único de sus rasgos que yo podía verle era la boca, y su sonrisa se ensanchó hasta volverse lasciva y temible.

Saqué el ejemplar de *Vanity Fair*, sostuve la foto de portada de mi madre al lado de mi cara y le dije:

—¿Ve usted algún parecido? A diferencia de mi madre, yo tengo poros…

Pero ya me estaba quedando lentamente adormilada. Por desgracia, noté hacia dónde iba aquella conversación.

—Yo también escribo algo de guión —me dijo el chófer.

Y sí, por supuesto, yo ya me había olido aquella revelación en el momento mismo de ver el coche. Todos los chóferes se llamaban George y todos los chóferes de California tenían un guión listo para endilgarte, y ya desde los cuatro años, la edad en que llegué a casa después de hacer truco o trato en Halloween con mi funda de almohada cargada de guiones no solicitados, estoy entrenada para gestionar esa situación tan incómoda. Tal como decía mi padre: «En este momento no estamos leyendo en busca de proyectos nuevos». En otras palabras: «Ve a venderle tu guión no solicitado a algún otro capullo a ver si te lo financia». Sin embargo, a pesar de una infancia entera de arduo entrenamiento para echar por tierra los sueños y esperanzas de toda una serie de jóvenes creadores muy serios y provistos de un talento moderado… tal vez debido a que estaba agotada… tal vez debido a que me daba cuenta de que la vida eterna se me iba a hacer todavía más larga sin la distracción que me supondría el tener algún material de lectura, por muy malo que fuera… le dije:

—Bueno, vale. —Le dije—: Deme una copia corregida y le echaré un vistazo.

Mientras me iba quedando dormida, sin soltar aquel *Vanity Fair* que tenía a mi madre en portada, noté que el morro del coche ya no ascendía hacia el cielo. Se había vuelto a enderezar, y, como si acabáramos de coronar una cima, estábamos empezando poco a poco a inclinarnos hacia abajo en una lenta, peligrosa y recta zambullida.

Por el espejo retrovisor, sin dejar de sonreír lascivamente, el conductor me dijo:

—Más le vale ponerse el cinturón, señorita Spencer.

Al oír aquello, solté la revista, que se cayó a través del agujero de la partición y se quedó aplastada contra el interior del parabrisas.

—Una cosa más —me dijo el chófer—: cuando lleguemos a nuestro destino, evite tocar los barrotes de las jaulas. Están bastante sucios.

Y mientras el coche caía en picado, zambulléndose, descendiendo con una rapidez imposible, en una caída libre cada vez más acelerada, yo me apresuré a abrocharme el cinturón de seguridad con movimientos soñolientos.

XXVII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por su misma naturaleza, las historias contadas en segunda persona hacen pensar en oraciones. «Alabado sea tu nombre… el Señor esté contigo…» Teniendo esto en cuenta, por favor, no te lleves la impresión de que te estoy rezando a ti. No te lo tomes a mal, pero es que no soy satanista. Ni tampoco, pese a lo mucho que se esforzaron mis padres, soy una humanista laica. A la vista del hecho de que me encuentro en el más allá, tampoco soy ya una atea o una agnóstica segura de sí misma. De momento, no estoy segura de en qué creo. Ni se me ocurre poner mi fe en ningún sistema de creencias cuando, llegado este punto, da la impresión de que todo lo que alguna vez me pareció real no fue más que una equivocación.

La verdad es que ya ni siquiera estoy segura de quién soy.

Mi padre os diría: «Si no sabes qué viene a continuación, echa un buen vistazo a lo que vino antes». En otras palabras: si se lo permites, tu pasado siempre tiende a dictarte el futuro. En otras palabras: es hora de desandar mis pasos. Con eso en mente, abandono mi trabajo en el área de marketing telefónico y me marcho a pie, con los zapatos nuevos de tacón alto en la mano y mis mocasines resistentes y de confianza puestos. En el aire flotan nubes de moscas negras, zumbantes, densas y pesadas como un humo negro. El Mar de Insectos sigue hirviendo con movimientos eternos, un caos rechinante, extendiendo su superficie reverberante e iridiscente hasta el horizonte. Las colinas pinchudas de uñas cortadas de manos y pies siguen creciendo y desplomándose en forma de ásperas avalanchas. El desierto de cristales rotos cruje bajo los pies. El tóxico Gran Océano de Esperma Desperdiciado sigue extendiéndose, tragándose el paisaje infernal que lo rodea.

Y sí, me encuentro con que soy una chica de trece años que está empezando a entender sus problemas de confianza en sí misma, pero lo que realmente me gustaría ser es una huérfana del Bloque del Este, abandonada y sola en mi miseria, ninguneada, sin posibilidad alguna de rescate, hasta el punto de volverme indiferente a mis horrendas circunstancias y a mi infelicidad. O bien, tal como me diría mi madre: «Bla, bla, bla… *calla ya, Madison*».

Lo que quiero decir es que me he construido toda mi identidad en torno al hecho de ser lista. Otras chicas, sobre todo las señoritas Putinas Vanderputas, eligen ser guapas; es una decisión bastante fácil cuando se es joven. Tal como diría mi madre: «En mayo todos los jardines se ven preciosos». En otras palabras: de joven todo el mundo es más o menos atractivo. Entre las jovencitas, competir en atractivo físico es una opción por defecto. Otras chicas, las que padecen la condena de una nariz

ganchuda o una piel enferma, se conforman con hacer locuras graciosas. Otras se vuelven atléticas o anoréxicas o hipocondríacas. Muchas eligen esa senda amarga, solitaria y de por vida que es ser señoritas Viperinas Viperinskis, usando su rabia y sus lenguas afiladas a modo de armaduras. Otra opción vital es convertirse en la política dinámica y optimista del cuerpo de estudiantes. O tal vez inventarse a una misma como la poetisa perpetuamente taciturna, siempre enfrascada en sus versos personales, encarnando el deprimente *weltschmerz* de Sylvia Plath y de Virginia Woolf. Sin embargo, por encima de todas esas opciones, yo decidí ser lista: la típica chica inteligente y gorda dotada de un cerebro brillante, la típica alumna de sobresalientes que lleva zapatos sobrios y resistentes y evita el voleibol y la manicura y las risitas tontas.

Baste con decir que, hasta hace poco, me sentía bastante satisfecha y realizada con esa invención mía. Todos elegimos nuestra ruta personal —ser deportistas o viperinas o listas— con esa confianza eterna que solo se puede poseer en la infancia.

Sin embargo, a la luz de la verdad: que no morí de sobredosis de marihuana… que Goran ha resultado no ser mi ideal romántico… y que mis planes no han causado más que dolor a mi familia… De todo eso se deduce que no soy tan lista. De manera que todo mi concepto de mí misma queda socavado.

Ahora mismo incluso me cuesta usar palabras como *hipocondríaco*, *poetisa* o *weltschmerz*, de tan maltrecha que está mi fe en mí misma. La naturaleza verdadera de mi muerte me revela como una idiota, ya no una joven genio sino una farsante ilusa y pretenciosa. No soy brillante, soy una impostora que ha construido su realidad ilusoria a partir de un puñado de palabras impresionantes. Ese atrezzo de vocabulario me hacía de sombra de ojos, de implantes de pechos, de coordinación física y de confianza en mí misma. Las palabras como *erudición* o *insidioso* me servían de muletas.

Tal vez sea mejor reconocer ese grado de falacia personal cuando todavía eres joven, en lugar de perder la noción fija de la propia identidad cuando llegas a la mediana edad y ya se empiezan a agotar la belleza y la juventud, o bien empiezan a fallarte la fuerza y la agilidad. Seguramente sea peor aferrarse al sarcasmo y al desprecio hasta acabar sintiéndose una aislada y despreciada por todos sus coetáneos. Pese a todo, esta forma extrema de corrección del rumbo psicológico sigue resultando… devastadora.

Una vez comprendida del todo esa crisis, altero mi ruta y regreso a la celda donde desperté al llegar al Infierno. Meciendo los brazos, llevando en el dedo el anillo centelleante, pesado y robado que me regaló Archer. Tampoco me puedo presentar ya como una autoridad sobre el hecho de estar muerta, de manera que me retiro a mi recinto de barrotes inmundo, al consuelo que proporciona esta cerradura, con el óxido y la mugre raspados por la punta del imperdible de un punk muerto. Condenados

dentro de sus celdas respectivas, mis vecinos permanecen encorvados, cogiéndose la cabeza con las manos, catatónicos y petrificados en la misma postura autocompasiva desde hace tanto tiempo que ya están cubiertos de telarañas. O bien caminan de un lado a otro, dando puñetazos al aire y farfullando.

No, no es demasiado tarde para que yo me dedique a ser graciosa o bohemia, para agitar enérgicamente mi cuerpo en las esterillas de un gimnasio o para pintar obras maestras melancólicas; sin embargo, como mi estrategia inicial ha fracasado, ya nunca volveré a tener la misma fe en una identidad única. Da igual que oriente mi futuro hacia ser una chica deportista o una fumeta, o la modelo sonriente que sale en un paquete de cereales Wheaties, o una cineasta bebedora de absenta, esa nueva personalidad ya siempre me resultará igual de falsa y de postiza que unas uñas de plástico o un tatuaje de los que se borran. El resto de mi vida en el más allá me lo voy a pasar sintiéndome igual de falsa que los zapatos Manolo Blahnik de Babette.

Cerca de mí hay almas indiferentes a todo y despatarradas en sus jaulas, tan hundidas en su shock y su resignación que ya ni siquiera se apartan las moscas que les suben por los brazos mugrientos. Unas moscas que les deambulan con plena libertad por las mejillas y la frente sucia. Unas moscas negras, gordas como pasas, que caminan por la superficie vidriosa de esos ojos aturdidos de mirada fija. Unas moscas que se les meten desapercibidas por la boca abierta y salen al cabo de poco por la nariz.

Detrás de los barrotes de sus jaulas, hay otras almas condenadas que se mesan los cabellos. Almas enfurecidas que se rasgan y se hacen jirones las togas y las vestiduras, que se rompen las batas de armiño, las mortajas y los vestidos de seda y los trajes de tweed comprados en Savile Row. Algunos de ellos, senadores romanos y shogun japoneses, llevan muertos y condenados al Infierno desde antes de que yo naciera. Los atormentados aúllan. Las gotitas de baba de sus diatribas saturan el aire fétido. El sudor les cae a chorretones por la frente y las mejillas, emitiendo un resplandor naranja bajo la luz de los fuegos del Infierno. Los moradores del Hades agitan los brazos y se encogen de miedo, blanden los puños en dirección al cielo en llamas y se golpean la cabeza contra los barrotes de hierro hasta que la sangre los ciega. Otros se arañan su propio semblante, rasgándose la piel, sacándose los ojos. Lamentándose con voz ronca y quebrada. En las celdas adyacentes… en jaulas y más jaulas… atrapados, extendiéndose hasta el horizonte llameante en todas direcciones. Incontables millares de millones de hombres y mujeres aúllan, desesperados, gritando sus nombres y sus condiciones de reyes o de contribuyentes o de minorías perseguidas o de propietarios legítimos. En esta cacofonía que es el Infierno, la historia de la humanidad se fragmenta en forma de protestas individuales. Exigen sus derechos de nacimiento. Insisten en su inocencia honrada de cristianos o musulmanes o judíos. De filántropos o de médicos. De benefactores o mártires o estrellas de cine o

activistas políticos.

En el Infierno, lo que nos atormenta es nuestro apego a una identidad fija.

A lo lejos, siguiendo la misma ruta por la que yo acabo de regresar hace muy poco, flota una chispa de color azul intenso. Contrastando de forma muy llamativa con el resplandor rojo y anaranjado de los fuegos, la mota azul se bambolea, avanzando lentamente por entre las celdas lejanas llenas de chillidos. La mancha azul deja atrás a los presidentes muertos con su rechinar de dientes y tampoco hace caso de los emperadores olvidados ni de los potentados. La mancha azul desaparece tras los montones de jaulas oxidadas y las multitudes de antiguos popes lunáticos, se oculta tras las celdas de hierro de los chamanes encarcelados y sollozantes y de los fundadores de ciudades y de los miembros tribales exiliados y ceñudos, solo para reaparecer un momento más tarde, un poco más azul, un poco más grande y más cercana. De esta manera, el objeto azul brillante se va acercando, en zigzag, orientándose por el laberinto de desesperación y frustración. El azul chillón se pierde en el seno de las nubes de moscas. Se envuelve esporádicamente en las columnas de humo denso y oscuro. Y vuelve a reaparecer, más grande, más cercana, hasta que el color azul se convierte en pelo, en una cresta teñida de azul en medio de una cabeza afeitada. La cabeza se mece, posada sobre los hombros de una chaqueta negra de cuero de motociclista, apoyada e impulsada por unas piernas enfundadas en vaqueros y unos pies calzados con botas negras. Con cada paso que da, le tintinea la cadena de bicicleta que lleva enrollada en el tobillo de la bota. El chaval punk, Archer, se acerca a mi celda.

Archer lleva un sobre de papel Manila marrón debajo de un brazo enfundado en cuero. Con las manos embutidas en los bolsillos laterales de los vaqueros, y el sobre cogido entre el codo y la cadera, Archer señala en mi dirección con la barbilla llena de granos y dice:

—Eh.

Archer echa un vistazo a la gente que nos rodea, sepultada en sus adicciones y su indignación moral y su lujuria. Todos ellos aislados, separados de cualquier futuro, de cualquier posibilidad nueva, retraídos y encerrados en el caparazón de su vida pasada. Archer niega con la cabeza y dice:

—No seas como estos pringados…

Él no lo entiende. La verdad es que he muerto siendo preadolescente y que soy increíblemente ingenua y tonta… y he acabado en el Infierno, para siempre.

Archer me mira directamente a la cara y me dice:

—Se te ven los ojos muy rojos… ¿te está empeorando la psoriasis?

Y yo soy una mentirosa. Le digo:

—En realidad no tengo psoriasis.

—¿Has estado llorando? —dice Archer.

Y yo soy una mentirosa tan grande que digo:

—No.

No es que estar condenada sea del todo culpa mía. En mi defensa alego que mi padre siempre me dijo que el Diablo eran los pañales desechables.

—La muerte es un proceso largo —dice Archer—. El cuerpo es la primera parte de ti que la palma. —En otras palabras: a continuación tienen que morir tus sueños. Luego tus expectativas. Y por fin tu rabia por haber invertido toda tu puñetera vida en aprender cosas y querer a gente y ganar dinero, solo para que todo eso acabe en básicamente nada. Tu orgullo y tu vergüenza y tu ambición y tu esperanza, todos esos rollos chungos de Identidad Personal, pueden tardar siglos en expirar—. Lo único en que la gente se fija es en que el cuerpo se muere —dice Archer—. La tal Helen Gurley Brown solo estudió las siete *primeras* fases de estirar la pata.

—¿Helen Gurley Brown? —le pregunto.

—Ya sabes —dice Archer—. Negación, negociación, rabia, depresión…

Se refiere a Elisabeth Kübler-Ross.

—¿Lo ves? —dice Archer, y sonríe—. Eres lista… más lista que yo.

La verdad, me cuenta Archer, es que uno está en el Infierno hasta que se perdona a sí mismo.

—La cagaste. Fin de partida —dice—. Así pues, relájate.

La buena noticia es que no soy un personaje de ficción atrapado en un libro impreso, como Jane Eyre u Oliver Twist; para mí ahora todo es posible. Puedo convertirme en otra persona, no a causa de la presión y la desesperación, sino únicamente porque una nueva vida parece algo divertido o interesante o placentero.

Archer se encoge de hombros y dice:

—La pequeña Maddy Spencer está muerta… Tal vez sea hora de que *tú* continúes con la aventura de tu existencia.

Se encoge de hombros y el sobre se le cae de debajo del brazo y revolotea hasta el suelo de piedra. El sobre de papel Manila. En el sobre marrón hay estampadas unas letras de imprenta rojas que dicen CONFIDENCIAL.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

Archer se agacha para recoger el sobre caído y dice:

—¿Esto? —Dice—: Son los resultados de la prueba de salvación que hiciste.

Debajo de cada uña se le ve una media luna oscura de suciedad. Desplegada por su cara, la galaxia de granos resplandece en distintos tonos de rojo.

Con lo de «prueba de salvación» Archer se refiere a aquella extraña prueba con el polígrafo, aquella entrevista con el detector de mentiras en la que el demonio me preguntó lo que pensaba del aborto y del matrimonio entre personas del mismo sexo. En otras palabras: lo que determinará si debo estar en el Cielo o el Infierno o tal vez incluso si tengo permiso para regresar a la vida en la tierra. Estiro una mano

espontánea y compulsiva hacia el sobre y le digo:

—Dámelo.

El anillo de diamantes que Archer robó para regalármelo me resplandece en torno a un dedo de la mano extendida.

Sosteniendo el sobre al otro lado de los barrotes de mi celda, donde yo no lo puedo alcanzar, Archer me dice:

—Pero tienes que prometerme que dejarás de estar enfurruñada.

Yo estiro el brazo hacia el sobre, con cuidado de no tocar los barrotes metálicos pringosos de mi celda, y le insisto en que no estoy enfurruñada.

Aguantando los resultados de la prueba cerca de las yemas de mis dedos, Archer dice:

—Tienes una mosca en la cara.

Y yo la aparto de un manotazo. Y se lo prometo.

—Bien —dice Archer—. Es un buen principio.

Archer usa una mano para soltarse el imperdible enorme y se lo extrae de la mejilla. Igual que hizo la otra vez, mete la punta afilada en el ojo de la cerradura de la puerta de mi celda y se pone a forzar el cerrojo vetusto.

En cuanto la puerta se abre, yo salgo y le quito de la mano los resultados de la prueba. Con mi promesa todavía caliente en los labios, todavía resonándome en los oídos, rasgo el sobre para abrirlo.

Y la ganadora es…

XXVIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Por favor, plantéate enmendar el famoso eslogan que ahora es sinónimo de la entrada al Infierno. En lugar de «Abandonad toda esperanza los que entráis…», me parece mucho más adecuado y útil poner «Abandonad todo tacto…». O tal vez «Abandonad toda cortesía…».

Si le preguntas a mi madre, ella te dirá: «Maddy, la vida no es un concurso de popularidad».

Pues bueno, yo le replicaría que la muerte tampoco lo es.

Los que todavía no os hayáis muerto, por favor, tomad nota.

De acuerdo con Archer, los muertos no paran de mandar mensajes a los vivos, y no solo descorriendo cortinas o atenuando las luces. Por ejemplo, siempre que os ronronea el estómago, eso lo causa alguien del más allá que se está intentando comunicar con vosotros. Cuando notáis un antojo tremendo de comer dulces, se trata de otro sistema que tienen los muertos para estar en contacto con vosotros. Otro ejemplo habitual es cuando estornudáis varias veces muy seguidas. O cuando os pica el cuero cabelludo. O cuando os despertáis de golpe en plena noche con un calambre brutal en la pierna.

El herpes en los labios… una pierna que tiene pequeños espasmos… los pelos enquistados… según Archer, son todos sistemas que tienen los muertos para llamaros la atención, tal vez con el objeto de expresar su cariño o avisaros de un peligro inminente.

Con total seriedad, Archer afirma que si vosotros, los que estáis vivos, oís la canción «You're the One That I Want» del musical *Grease* tres veces en un mismo día —de forma aparentemente accidental, ya sea en un ascensor, por la radio, en el hilo musical de espera de un servicio telefónico o donde sea—, eso quiere decir que vais a morir con toda seguridad antes de que se ponga el sol. En cambio, el olor fantasmal a tostada quemada solo quiere decir que un ser querido difunto os sigue vigilando y protegiéndoos de todo daño.

Cuando os sale algún pelo largo y rebelde de la oreja o de la nariz o de la ceja, son los muertos, que intentan ponerse en contacto con vosotros. Incluso antes de que hubiera legiones enteras de gente muerta telefoneando a los vivos a la hora de la cena y haciendo encuestas sobre preferencias de consumo en materia de marcas de sucedáneo de leche en polvo, antes de que los muertos estuvieran aportando contenido de páginas web obscenas para internet, las almas de los fallecidos ya estaban en contacto continuo con el mundo de los vivos.

Archer me explica todo esto mientras caminamos con dificultad por los Grandes Llanos de Cristales Rotos, vadeamos el Río de Vómito Humeante y cruzamos el gigantesco Valle de los Pañales Desechables Usados. Se detiene un momento en la cima de una colina apestosa y señala una mancha oscura que hay en el horizonte. Por encima de aquel paisaje oscuro y lejano planea una nube baja de buitres, águilas ratoneras y otras aves carroñeras.

—El Pantano de los Abortos de Fetos Ya Desarrollados —dice Archer, señalando con la cresta azul en dirección a esas ciénagas sumidas en sombras.

Recobramos el aliento y seguimos nuestro camino, eludiendo los mencionados horrores, reanudando nuestra incursión a la sede central del Infierno.

Archer afirma que yo debería dejar de ser simpática. No le cabe duda de que mis padres y mis maestros se han pasado toda mi vida enseñándome a ser agradable y amistosa. Tiene claro que me ofrecían recompensas constantes por mostrarme optimista y dinámica.

Avanzando pesadamente bajo el cielo de llamas anaranjadas, Archer me dice:

—Vale, los dóciles heredarán la tierra, pero en el Infierno no se van a comer un rosco.

Me dice que como ya me pasé toda la vida siendo simpática, para el más allá tal vez me iría bien plantearme alguna conducta alternativa. Por irónico que resulte, Archer dice que nadie simpático disfruta de la misma libertad de la que gozan los asesinos convictos en la cárcel. Si una chica antes simpática quiere pasar página, y tal vez explorar la posibilidad de ser una matona o una hija de puta, o bien avasalladora o simplemente prepotente, en lugar de ser todo sonrisas de dentífrico y escuchar con educación, el Infierno es el lugar indicado para emprender esa aventura.

Si Archer se ha visto condenado para toda la eternidad es porque un día su vieja lo mandó a la tienda a robar pan y pañales. Con lo de vieja no me refiero a su mujer, sino a su madre; necesitaba los pañales para la hermanita de Archer, que era un bebé, pero no tenía recursos para pagarlos, de manera que Archer se puso a rondar con disimulo por una tienda del barrio hasta que le pareció que nadie lo miraba.

Mientras los dos seguimos caminando, abriéndonos paso por entre los copos de piel muerta parecidos a virutas de cera del Desierto de Caspa, nos aproximamos a un grupo de almas condenadas. Están formando un corro del tamaño aproximado de la concurrencia de un cóctel celebrado en la sala VIP de una discoteca de alto standing de Barcelona, todos girados en dirección al centro del grupo. Y allí, elevándose por encima del corazón del grupo, hay un hombre agitando el puño en el aire. Y aunque la muchedumbre amortigua su voz, oímos al hombre gritar.

En el margen de la aglomeración, Archer agacha la cabeza para acercarla a la mía y me dice en voz baja:

—Ahí tienes la oportunidad de practicar.

A través de las figuras que escuchan, de sus siluetas de pie, de sus brazos mugrientos y su cabeza desgreñada, se ve perfectamente el centro de su atención: un hombre de hombros estrechos, con el pelo oscuro peinado con raya de tal manera que le cae sobre la frente pálida. Se dedica a dar manotazos al aire fétido con ambas manos, gesticulando descabelladamente, hendiendo el aire con los puños mientras grita en alemán. Por encima de su labio superior le danza un bigotito cuadrado y castaño, no más ancho que sus orificios nasales dilatados. Su público lo escucha con esas expresiones laxas que da la catatonia.

Archer me pregunta: ¿Qué es lo peor que puede pasar? Me dice que tengo que aprender a hacerme respetar. Me dice que vaya repartiendo codazos hasta la primera fila de la concurrencia. Que aparte a la gente de mi camino a empujones. Que vaya de matona. Se encoge de hombros, haciendo crujir las mangas de cuero negro de su chaqueta, y dice:

—Tú eliges…

Y diciendo eso, Archer me pone la palma de la mano en la parte baja de la espalda y me empuja hacia delante.

Yo voy dando tumbos, empujando a la multitud, cayéndome contra las mangas de sus abrigos de lana, pisándoles los empeines marrones de sus zapatos lustrados. La verdad es que todos los presentes llevan precisamente la clase de ropa sobria que resulta más adecuada para el Infierno: abrigos Loden de color verde oscuro y franela gris, zapatos de suela gruesa y botas de cuero y sombreros de tweed. El único accesorio de indumentaria mal elegido que veo por aquí son los abundantes brazaletes que todo el mundo lleva en torno al bíceps, unos brazaletes rojos donde hay estampadas esvásticas negras.

Archer le echa un vistazo al orador. Sin dejar de hablarme en voz baja, me dice:

—Niña… si no puedes ser maleducada con Hitler…

Y me apremia para que vaya a buscar pelea. A patearle el culo a estos nazis.

Yo digo que no con la cabeza. Se me sonroja la cara. El entrenamiento que he recibido toda mi vida para no interrumpir me ha incapacitado para esto. Soy incapaz. La piel de la cara se me ruboriza, la noto igual de roja que los granos de Archer. Igual de roja que los brazaletes de esvásticas.

—¿Qué? —susurra Archer con una sonrisita torcida en la boca, con la piel arrugada en torno al pincho de acero inoxidable del imperdible que le ensarta la mejilla. Me reprende, diciendo—: ¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de no caerle bien al señor herr Hitler?

Dentro de mí una vocecilla pregunta: ¿Qué es lo peor que puede pasar? He vivido. He sufrido. Y he muerto, que es el peor destino que puede imaginar cualquier mortal. Estoy muerta, y sin embargo una parte de mí ha sobrevivido. Soy eterna. Para bien o para mal. Son las niñatas amabilísimas y serviles como yo las que permiten

que el mundo lo gobiernen los cabrones: las señoritas Guarris O'Guarras, los multimillonarios que se las dan de ecologistas, los activistas por la paz hipócritas que esnifan coca y fuman hierba y dan dinero a los cárteles de la droga genocidas y perpetúan la pobreza abismal en las repúblicas bananeras miserables. Es mi miedo mezquino a ser rechazada lo que permite que exista tanta maldad auténtica. Mi cobardía permite las atrocidades. Ya por mi propio pie, me alejo de la mano con que Archer me empuja. Me abro paso a empujones por entre las esvásticas, despejando a base de manotazos y arañazos un camino hasta el centro de la aglomeración. Con cada paso pisoteo deliberadamente pies de desconocidos, me encajo por los huecos, me hundo más y más en la masa abarrotada de condenados, hasta que por fin salgo disparada al centro de la multitud. Me tropiezo con los pies de la primera fila y mi propio impulso me hace caerme, para aterrizar a cuatro patas y de narices sobre la caspa del suelo, con los ojos a la altura de las punteras bruñidas de un par de botas negras. Veo un primer plano de mí misma reflejado en el cuero pulido y reluciente: una chica regordeta con chaquetilla de punto y falda pantalón de tweed, con un relojito remilgado en torno a la muñeca rechoncha, con la cara ardiendo de rubor y los ojos saltones. Por encima de mí, Adolf Hitler está erguido con las manos cogidas detrás de la espalda. Meciéndose sobre los talones de sus botas, baja la vista y se ríe. Las gafas se me han salido de la nariz y están medio enterradas en la piel muerta, y sin ellas el mundo se ve distorsionado. Todos los presentes se funden entre sí para formar una masa sólida que me atrapa; borrosos como están, se les ven las caras manchadas y derretidas. Con la cabeza echada hacia atrás, irguiéndose monstruosamente por encima de mí, Hitler apunta con su bigotito al cielo llameante y suelta una risotada.

Rodeándonos a Hitler y a mí, la multitud lo secunda hasta sepultarme en risas. Están tan apiñados que Archer y su cresta azul han desaparecido, emparedados detrás de todos los cuerpos muertos.

Me pongo de pie y me sacudo los copos pegajosos de caspa de la ropa. Abro la boca para decirle a todo el mundo que se calle, por favor. Mis manos hurgan en los estratos dérmicos de caspa grasienta, palpando en busca de mis gafas. Hasta ciega, les suplico que guarden silencio para que yo pueda ridiculizar a su líder, pero la muchedumbre se limita a vociferar con regocijo sádico, con las caras borrosas reducidas a bocas abiertas y dientes.

Tal vez se deba a una especie de reacción de estrés postraumático, pero en ese momento me siento transportada al momento en el internado suizo en que las tres Zorrupias Vanderzorras se turnaron para estrangularme, haciendo morisquetas con mis gafas y ridiculizándome antes de devolverme a la vida. Noto que una mano desciende para agarrarme el brazo, una mano enorme y áspera, fría como la mesa de la morgue; los dedos callosos se me cierran en torno al codo, apretándomelo como si

fueran uno de esos brazaletes con esvásticas, y tiran de mí para levantarme. Tal vez se deba al recuerdo reprimido de los manoseos de cierto empleado gorrino de pompas fúnebres, o al olor a formol que despide la colonia del hombre, pero yo me echo hacia atrás. Todo mi peso de chica de trece años se proyecta hacia atrás, impulsando mi puño y mi brazo flaco hacia delante en un potente arco, un swing de molinete que conecta con algo sólido. Y ese… algo… cruje bajo el impacto huesudo de mis nudillos. Me vuelvo a desplomar sobre la blanda moqueta de copos de caspa, pero esta vez algo pesado cae a mi lado sobre la piel muerta.

Las carcajadas de la multitud se interrumpen. Mis manos desentierran las gafas. Aun con las lentes sucias, empañadas por los copos de piel muerta, veo a Adolf Hitler encogido de dolor a mi lado. Está gimiendo suavemente, mientras alrededor del ojo cerrado le sale un moretón en forma de rosquilla violácea.

El anillo, el anillo de diamantes que Archer robó de un alma condenada sollozante y babeante atrapada en una jaula anexa a mi celda mugrienta, este anillo que llevo en el dedo, ha colisionado con la cara de Hitler. Como si fuera un puño americano bulboso de setenta y cinco quilates, el enorme diamante lo ha noqueado. El puño me vibra. La muñeca me reverbera como si fuera un diapasón, obligándome a sacudir los dedos para volver a sentir del todo la mano.

Una voz masculina grita. La voz de Archer, detrás de la muralla de espectadores atónitos, grita:

—¡Coge un recuerdo!

Tal como me explicará Archer más tarde, todos los grandes matones de la historia han robado objetos totémicos o fetiches para hacerse con el poder de los enemigos a los que derrotaban. Algunos guerreros robaban cabelleras para poder exhibirlas en sus cintos. Otros robaban orejas, genitales y narices. Archer insiste en que coger un recuerdo siempre ha sido crucial a la hora de hacerte con el poder de un enemigo.

Ahí estoy yo, con Hitler tumbado a mis pies. Para ser sincera, la verdad es que no quiero sus botas. Tampoco siento deseo alguno de reclamar su corbata ni su tontería de brazalete. ¿Su cinturón? ¿Su pistola? ¿Alguna joya de aquel uniforme nazi, un águila de latón o una calavera? No, el buen gusto parece descartar cualquier parte de su uniforme de las que estaban a la vista.

Y sí, puede que sea una antigua niñata simpaticona que no tiene reparos en usar las palabras *descartar* o *reparos*, y que no vacila a la hora de noquear a un tirano fascista, pero sigo siendo bastante maniática cuando se trata de buscar complementos para mi insulso vestuario.

Desde la otra punta de la multitud, la voz de Archer grita:

—¡No te cagues en los pantalones! —Me grita—: ¡Cógele el puñetero bigote!

Por supuesto: es el único talismán que lleva consigo toda la identidad de ese loco. Su bigote —una diminuta cabellera que colgarme del cinto— representa algo sin lo

cual Hitler dejaría de ser Hitler. Apoyándole el tacón de uno de mis sobrios mocasines con firmeza contra el cuello, me inclino y enredo los dedos en ese mechón de pelos duros y textura púbica que es su bigotillo. Noto su respiración cálida y húmeda en las manos. Mientras cojo impulso para dar otro tirón gigante, otra estirada hercúlea, Hitler pestañea y sus ojos me clavan una mirada de rabia. Pisoteándole la garganta con el pie, tiro de los pelos cortos con todas mis fuerzas… Y Hitler grita.

La multitud se aparta instintivamente y retrocede un paso.

Una vez más me caigo hacia atrás, sacudiendo los brazos pero sin soltar mi premio.

Adolf Hitler se coge la cara con las dos manos, con la sangre manándole entre los dedos; las palabras que vocifera suenan embrolladas y estranguladas, la sangre le corre por las mangas del uniforme y se las empapa tanto que el rojo brillante borra la tenue esvástica que lleva en torno al brazo.

En la palma ahuecada de mi mano se encoge el bigotito caliente, arrancado, todavía pegado a una pálida y fina media luna de piel del labio.

XXIX

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Cada vez le estoy cogiendo más gusto al poder, y cada vez se me da mejor hacerme con él.

El anillo de diamantes, me explicó Archer, procede de Elizabeth Bathory, una condesa húngara que murió y que lleva encarcelada en su jaula infernal y mugrienta desde 1614. En una ocasión la condesa Bathory, que siempre había sido una gran belleza, pegó a una criada hasta el punto de hacerla sangrar, y allí donde la sangre derramada salpicó accidentalmente a la condesa, pareció rejuvenecerle la piel real. Basándose en esta prueba, que está claro que no demuestra nada, Elizabeth Bathory se volvió chiflada por aquel nuevo tratamiento de cuidado de la piel, contrató sin perder tiempo a unas seiscientas criadas y las desangró a un ritmo vertiginoso, a fin de poder bañarse continuamente en su sangre caliente. En la actualidad la condesa tiene un aspecto terrible; se pasa el tiempo sentada, babeando y comatosa por culpa de la frustración y de la negativa a aceptar la realidad, incapaz de iniciar la transición para dejar de ser una señorita Fresca Frésquez sedienta de sangre.

Armada con el anillo de la vampírica Elizabeth, pude noquear con facilidad a Adolf Hitler. Ahora, armada con su diminuto bigote fascista, he desterrado al superhombre nazi. Por supuesto, si a alguien lo han sentenciado al Infierno, se vuelve casi imposible mandarlo a otro lugar. Mi solución ha sido mandarlo a algún sitio donde yo no tenga planeado aventurarme para nada. Mi selección inicial ha sido el Mar de Insectos; sin embargo, después de pensarlo un poco más, he cambiado mi decisión por el Pantano de los Abortos de Fetos Ya Desarrollados. Es allí, en el Infierno del Infierno, ese paisaje cenagoso de pesadilla donde los bebés estofados bullen a fuego lento bajo una enorme pantalla de cine, una valla publicitaria ineludible, sobre la cual se proyecta *El paciente inglés* en un bucle infinito de Technicolor, es allí donde ahora reside herr Hitler, despojado de su bigote y su identidad.

Desprovistos de su demagogo, los esbirros descerebrados de Hitler se han puesto a desfilar de forma inevitable detrás de Archer y de mí, siguiendo nuestros pasos a través del Desierto de Caspa mientras nosotros reanudábamos nuestro viaje. Por supuesto, yo les he pedido que tiren esos brazaletes de tan mal gusto, y para subrayar mis exigencias he esgrimido el diminuto bigote profano.

No hemos llegado más allá del Lago de Bilis Tibia —Archer, yo y la banda de seguidores que acabamos de reclutar—, cuando nos encontramos con una mujer escultural rodeada de un séquito de vasallos que no paran de deshacerse en reverencias ante ella. Un enorme montón de chocolatinas Almond Joys le sirve de

trono, mientras que los integrantes de su corte forman círculos concéntricos en torno a los bajos profusamente bordados y brocados de su vestido. Aunque presa de una histeria enloquecida y gesticulante, la mujer lleva una tiara o diadema de perlas sobre su montaña de pelo elaboradamente trenzado. Mientras su corte le rinde pleitesía postrada a sus pies, la sonrisa tenue de la mujer recae sobre Archer y sobre mí y se esfuma de golpe.

Mientras nuestra expedición se aproxima a esta nueva escena, Archer se me acerca al oído. Con su camiseta de concierto de los Ramones atufando a sudor, me susurra:

—Catalina de Médici…

Si le pedís consejo a mi padre, él os dirá: «El secreto para triunfar como cómico es no dejar de hablar nunca hasta que oyes que alguien se ríe». En otras palabras: perseverar. En otras palabras: tener decisión. Empiezas por hacer reír a una sola persona; a continuación usas a esa persona y ese chiste como palanca para obtener más risas. En cuanto unos pocos decidan que eres gracioso, esos pocos empezarán a llamar a otra gente.

Con el bigotito de Hitler bien escondido en el bolsillo de la falda pantalón, me dedico a escuchar lo que me cuenta Archer.

—Era una reina de alguna parte —susurra Archer.

De la Francia del Renacimiento, le digo yo. Fue reina y consorte de Enrique II y murió en 1589. Lo más seguro es que la condenaran a las llamas eternas por instigar la Matanza de San Bartolomé, en la que el populacho parisino asesinó a treinta mil hugonotes. A medida que nos acercamos a ella, la reina clava en mí su mirada, notando tal vez ese poder que acabo de adquirir y mi ansia creciente de obtener más. De la misma manera que Hitler estaba atrapado en su personaje de fanfarrón que soltaba diatribas, y la condesa Bathory estaba obsesionada con ser una belleza juvenil para siempre, Catalina de Médici parece demasiado apegada a su imperiosa condición natal de noble.

Archer se detiene para dejarme avanzar a mí sola, acortando con cada paso la distancia que me separa de mi nueva adversaria. Desde detrás de mí, plantado a una distancia segura, Archer levanta la voz:

—Adelante, Madison. Dale una buena zurra a esa pija real…

Cierto, es posible que mi técnica de asalto dé cierta impresión de tosquedad juvenil, puesto que consiste básicamente en hacer un esprint hacia el objeto de mi ataque, gritándole una letanía de insultos de patio de escuela del tipo: «¡Prepárate para morir, asquerosa, cara de culo, mema apestosa y vomitiva, pedazo de reina estirada de los franchutes…!». A continuación derribo corporalmente a Catalina de Médici de su trono de chocolatinas y le suelto un aluvión de puntapiés, arañazos, tirones de pelo y pellizcos salvajes. Y pese a todo, aunque sea el típico salvajismo de

patio de escuela, consigo posicionar con éxito a la estirada De Médici bocabajo en el suelo y obligar a Su Alteza a consumir un buen bocado de tierra. Para terminar, solo tengo que concentrar el modesto peso de mi cuerpo en la punta de mi codo doblado y clavárselo en medio de los omóplatos para motivar a la real Catalina a recitar, bajo coacción:

—*Oui, oui!* Soy una señorita Cerda Cerdinski y una Asquerosa Asquerósez y huelo a pis rancio de gato…

No hace falta decir que ni Catalina ni sus parásitos de cortesanos entienden ni una sílaba de lo que ella recita, pero su discurso forzado le resulta muy cómico a Archer, que suelta un auténtico torrente de hoscas carcajadas.

Sí, ahora lo que quiero es poder. Nada de afecto. Ya no quiero ese poder impotente y carente de objetivos del que llevo tanto tiempo hablando. Escuchadme bien: estar muerto no es una simple cuestión de estar uno sentado presa de los remordimientos y haciéndose amargas recriminaciones. La muerte, igual que la vida, es lo que tú quieres que sea.

Reforzada con el bigote de Hitler y el diamante de Bathory, le he dado una paliza brutal a esa fanática religiosa sanguinaria. Tras mandarla con viento fresco a reunirse con Adolf en el pantano repulsivo, reanudo mi viaje en compañía de Archer, con la tiara de perlas colocada sobre mi cabeza y el desastrado séquito de damas y caballeros del Renacimiento desfilando entre la legión creciente de mis seguidores. Pateando detrás de nosotros, de Archer y de mí, nuestro ejército lo integran zombis nazis… a los que se juntan estos adláteres de la Médici… y más tarde los simpatizantes de Calígula.

Podéis atribuir mi reciente osadía a una especie de efecto placebo, pero solo por llevar el bigote de un déspota bocazas, yo misma empiezo a encontrar mis palabras más elocuentes. Todas mis declaraciones poseen la misma fuerza y autoridad que si fueran discursos emitidos a través de amplificadores a una concentración de subalternos armados con antorchas que desfilan a paso de ganso y queman libros. A fin de mantener en equilibrio la corona de perlas de una reina petulante y sádica, me veo obligada a andar más erguida, con el espinazo, el porte y la postura estirados para alcanzar una envergadura más noble. Dejo de lado mis fieles mocasines Bass Weejun para calzarme los zapatos de tacón alto que me dio Babette, y que aumentan todavía más mi estatura.

Antes de llegar al horizonte siguiente, ya he derrotado a otro enemigo: Vlad III, alias Vlad el Empalador, un príncipe de la familia Dracul que murió en 1476 después de haber torturado hasta la muerte a unas cien mil personas: el hombre de carne y hueso en el que se basó la leyenda del vampiro Drácula. De él he obtenido una daga enjoyada, una polvorienta camarilla de caballeros corruptos y un cofre rebosante de chocolatinas Charleston Chews.

Después de derrotarlo, he utilizado su daga para obtener los testículos del corrupto emperador romano Calígula. Junto con su tremendo alijo de bombones Reese's de mantequilla de cacahuete.

Tras reanudar nuestra marcha, seguida ya por la mitad de los idiotas obedientes de la historia mundial, le pregunto a Archer:

—¿O sea que acabaste en el Infierno por robar pan de la tienda? —Le digo—: Qué rollo tan… Jean Valjean.

Archer se me queda mirando sin entender.

—Qué rollo tan Número 24601… —le digo, haciendo una floritura gálica con la mano—. Qué rollo tan *Los miserables*.

Y Archer me responde:

—Robar el pan no fue todo.

Un poco más adelante, nos adentramos en la Arboleda de los Miembros Amputados, un matorral grotesco de brazos y piernas cortados, un enredo de manos y pies que filtra la brisa con olor a humo y azufre. El camino está cubierto de una alfombra de dedos cortados, de todos los miembros y dígitos que alguna vez se perdieron y se separaron de sus propietarios legítimos, de todas las amputaciones en el campo de batalla y sobras hospitalarias que fueron tiradas a la basura sin más y jamás llegaron a una tumba como es debido. Además de esas omnipresentes bolas de palomitas sin valor alguno. Ahí he reclamado el cinturón del rey Etelredo II, el monarca inglés responsable de la muerte de veinticinco mil daneses en la Matanza de San Brice. Es de su cinturón de donde ahora cuelgo los testículos cercenados, la daga enjoyada y la diminuta mata del bigote. Los botines de mi campaña en curso por demostrar que soy una tía chunga. Pronto a esos talismanes se les une el *rumal* o pañuelo ceremonial que usó el líder sectario Thug Behram para estrangular a sus 931 víctimas. Y el cinturón se convierte en la siniestra pulsera de amuletos que proclama mi tránsito de alumna simpática de internado a princesa guerrera rotundamente antipática que no hace concesiones al decoro. Soy la anti-Jane Eyre. Sin apenas aminorar la marcha, derroto al tristemente célebre Barba Azul, Gilles de Rais, y añado su bracamarte —la espada corta con la que degolló a seiscientos niños mientras los sodomizaba— a los grotescos trofeos que cuelgan y se mecen de mi cintura. Y con cada victoria, una nueva tropa de lugartenientes se pone a desfilar tras mis pasos.

A lo largo de mi peregrinaje de transformación, el sobre de papel Manila que contiene los resultados de la prueba de salvación que hice con el polígrafo, cuidadosamente doblado, permanece bien guardado en un bolsillo lateral de mi falda pantalón. Casi no aminoramos para nada la marcha en nuestra implacable campaña a través del paisaje ardiente, bajo el cielo chamuscado por las llamas anaranjadas.

—Después de coger el pan y los pañales —me dice Archer—, se los llevé a mi vieja a casa…

—Por favor —le digo—, dime que *no eres* uno de esos que se lían a tiros en su instituto, tal como me dijiste al principio.

Y Archer me dice:

—Tú escucha, ¿vale?

Resulta que le entregó el pan y los pañales a su madre, solo para descubrir que por culpa de los nervios se había equivocado por completo de tipo de pañales. En lugar de mangar la marca que tenía lengüetas adhesivas de plástico para sujetarlos, Archer había llevado a casa un producto más barato que requería imperdibles. A modo de compensación había ofrecido los imperdibles que normalmente llevaba como si fueran piercings en las mejillas y los pezones. Fue uno de aquellos accesorios punk mal desinfectados lo que sin duda pinchó a su hermana bebé. La frágil criatura contrajo una infección de la sangre y se murió prácticamente de la noche a la mañana.

Debido a lo incómodo de su confesión, yo evito deliberadamente mirar a Archer a los ojos. Lo que hago es seguir desfilando a su lado, seguidos por la estela de un verdadero ejército. Sin dejar de mirar para nada al frente, noto los golpes y las sacudidas de los talismanes, fetiches y objetos poderosos que me cuelgan de la cintura y colisionan con mis caderas al andar. Con la espalda muy recta para aguantar en equilibrio la carga de mi nueva corona de perlas, y manteniendo un tono de voz despreocupado y espontáneo, le pregunto si es por eso por lo que sufre condena eterna… por matar a su hermanita.

—Tuvo una muerte bastante asquerosa —dice Archer, caminando a mi lado—. Pero todavía hay más…

Es al reanudar la marcha cuando por fin asoman sobre el horizonte lejano las torres, torretas y almenas del cuartel general del Infierno. Detrás de nosotros, las cifras de nuestro ejército desplazado, compuesto de los forajidos, matones y criminales más viles de toda la historia de la humanidad, las cifras de los integrantes de nuestras legiones han aumentado casi hasta el infinito. Las suma de todos nuestros pasos al marchar hace temblar la tierra y pulveriza los caramelos blandos que hay desperdigados por el suelo. Vamos en procesión, como un desfile grandioso, y nuestros subordinados se nos adelantan dando brincos para ir extendiendo por delante de nuestros pasos una fragante alfombra de caramelos de canela Red Hots, caramelos de fruta Skittles, Lacasitos de cacahuete y bolas de chicle. Nuestro botín de cacahuetes confitados Boston Baked Beans y caramelos de fruta Jolly Ranchers es casi inconmensurable.

La jovencita que expiró bajo el resplandor de un televisor de hotel… ya no es la misma jovencita que ahora se presenta ante las puertas del Infierno. Ya le habría gustado a Aníbal ofrecer una estampa igual de temible. Las hordas de Gengis Kan debieron de parecer nada comparadas con las mías. O los espartanos. O las legiones de los césares. O los ejércitos de los faraones. Nadie confiaría en sobrevivir a una

batalla con estos malhechores míos de ojos vacíos, que ahora enarbolan hacia el cielo sus alfanjes y cimitarras corroídos.

Aquí me tenéis, mi nombre es Madison Spencer, hija de Antonio y de Camille Spencer, ciudadana del Infierno, y mis huestes son tan incontables como las estrellas del cielo. Igual de incontables son mis golosinas. Y ahora exhorto a todos los demonios y diablos del Hades a que me abran su recia fortaleza.

XXX

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Da igual que estés o no, no importa… porque yo estoy aquí. La hija pródiga. La pequeña Maddy Spencer está de vuelta.

Mientras nos aproximamos a las murallas vertiginosas del cuartel general del submundo, las recias puertas del Infierno —vigas de roble ennegrecidas por el paso del tiempo y reforzadas con hierro— ya empiezan a cerrarse para impedirnos el paso. Extendiéndose hacia el horizonte en ambas direcciones, las almenas ruinosas se yerguen tan altas como si fueran nubes de tormenta, como si estuvieran encabritadas para rechazar nuestro asalto. Negras sobre el fondo naranja del cielo. Aquí, en los Grandes Llanos de las Cuchillas de Afeitar Tiradas, un gigantesco continente tórrido cubierto de una corteza de varios kilómetros de espesor formada por todas las cuchillas de afeitar sin filo y oxidadas que la humanidad ha tirado a la basura, el llano reluciente termina al pie de esas ominosas murallas de piedra.

Un demonio solitario monta guardia mientras las puertas son atrancadas y de su interior viene el chirrido delator de los barrotes al encajarse en su sitio, de las cadenas al enrollarse y cerrarse con candado y de los cerrojos al correrse. El demonio en cuestión tiene la piel salpicada de llagas infectadas, un pellejo que rezuma pus y podredumbre y un hocico de jabalí que le domina la cara rugosa. Sus ojos son esas canicas negras con las cuales los tiburones asesinos examinan a sus víctimas frías y pasadas por agua. Se trata de Baal, la deidad derrocada de los babilonios, a quien generaciones enteras de niños fueron sacrificadas a modo de tributo. Con una voz donde retumban los gritos de esos millones de víctimas, el demonio emite su mandato:

—¡Alto y no os acerquéis más! —El demonio Baal ordena—: ¡Dispersad vuestros ejércitos amenazadores! ¡Y renunciad a vuestras deliciosas provisiones de chocolatinas Crunch de Nestlé!

Bloqueando así nuestro avance, ese híbrido demoníaco de cerdo, tiburón y pedófilo me exige que le diga mi nombre.

Como si en este momento de renovación yo supiera cómo me llamo.

Pues ya no soy la chica regordeta que sonreía con optimismo, pestañeaba y decía: «Por favooor, que me portaré bieeen». En mi voz suena la rabia del bigote de Hitler. Mi cabeza resiste erguida el peso de la estridente corona de Médici. En mi cintura regordeta, ceñida por el cinturón de un rey asesino, se contonean y exhiben los botines de mi campaña. De mis caderas sobresalen los tótems y talismanes, las pruebas de que no soy un simple personaje de un libro o una película ya escritos. No

soy una narración fija. Y precisamente porque no soy ni Rebecca de Winter ni Jane Eyre, soy libre de revisar mi historia, de reinventarme a mí misma y de reinventar mi mundo, en cualquier momento. Avanzando junto a Archer, ostento esas flamantes y brutales galas del poder que he robado. A mis órdenes atacan los esbirros reunidos de una docena de tiranos ahora desterrados a un olvido todavía mayor. Mis dedos, manchados de la sangre carmesí de los déspotas, no son los mismos dedos que hojearon la vida de papel de todas aquellas heroínas románticas indefensas. Ni tampoco soy ya una damisela pasiva que espera a que las circunstancias decidan su destino; ahora tengo que convertirme en la pícara, la aventurera, la Heathcliff de mis sueños decidida a rescatarse a ella misma. Porque ahora encarno todos los rasgos que antes confié en encontrar en Goran. En otras palabras: ya no tengo límites.

Soy mi propia seductora libertina. Encarno a mi propio sinvergüenza huraño y brutal.

Mientras nos aproximamos a las Puertas del Infierno, sin aminorar nuestra marcha, esa cadencia de nuestros miles y miles de millones de pies de soldados desfilando, Archer me susurra:

—El arma más grande que puede llevar un soldado a la batalla es la seguridad absoluta en su alma inmortal.

Ya no hay latidos chapoteantes en esa cavidad húmeda donde antes tenía el corazón. La sangre ya no circula por debajo de la delicada piel de mis miembros. Llegado este punto ya no se me puede matar.

—Tu muerte te ofrece una oportunidad única —susurra Archer.

El demonio porcino Baal enseña los colmillos, con el paladar atiborrado de los fluidos y las vísceras desgarradas de incontables enemigos, una pesadilla pinchuda de torturas y sufrimiento a dentelladas; pero una pesadilla únicamente para quienes siguen casados con sus vidas pasadas. Con sus vidas de reyes o de bellezas. De hombres ricos o de artistas celebrados. No, esos colmillos que rompen y desgarran solo pueden asustar a quienes todavía no han aceptado el hecho de su inmortalidad. La bestia demoníaca suelta llamas por las narices y hiende el aire hirviente con sus zarpas enormes y afiladas. El monstruo suelta unas risotadas rugientes tan codiciosas y cargadas de un hambre gutural tan enorme que hasta los granujas y aventureros que marchan tras de mí, mis tunantes y mis maleantes, hasta ellos empiezan a retroceder de miedo. Hasta Archer, que ha inclinado la cabeza hacia delante para recibir la avalancha de exhalaciones venenosas y sulfúricas, hasta mi lugarteniente de pelo azul relaja su valiente embestida.

Y sin embargo, no he venido hasta aquí para caer bien. Tampoco busco que nadie me rinda su tributo de afecto dulce y sonriente. Mi objetivo no es flirtear ni granjearme el favor de nadie; y en mi imaginación, mientras doy enormes zancadas, con el pelo ondeando y la daga desenvainada, tengo una estampa bastante byroniana.

Cuando llego a un brazo de distancia del repulsivo demonio, si tengo que ser sincera, no me sorprende encontrarme completamente sola. Todas mis legiones de bellacos y gladiadores, pese a sus machetes y sus bravuconadas, se echan a temblar y retroceden. Hasta mi número dos, el punk Archer, vacila en su osado ataque. Sus sabios consejos en voz baja ya no me llegan a los oídos.

Pobre de ese demonio desgraciado, que solo tiene una estrategia para ganar. Víctima de las mismas limitaciones que obligan a Jane Eyre a mostrarse siempre dócil y estoica, el demonio Baal solo conoce una forma de existir: ser temible. Mientras que mi existencia tiene plasticidad para cambiar y adaptarse, haciendo un plan de batalla a la medida de cada momento, Baal no puede ni deshacer a un enemigo en carcajadas incontrolables ni encandilarlo usando una belleza extraordinaria. Por consiguiente, si nos negamos a temer a una monstruosidad tan quebradiza, le estamos arrebatando su poder.

Emitiendo un grito de guerra que está mucho más cerca de Grace Poole que de Jane Eyre, me lanzo directa y sin miedo contra el tórax porcino de Baal. Siguiendo el entrenamiento para prevenir violaciones que me hicieron cursar hace tiempo en la escuela, llevo a cabo una ofensiva doble contra los ojos pétreos del demonio y contra sus indefensos genitales de cerdo, clavándole los dedos en los primeros y atizando con los tacones de aguja en los segundos. Olvidándome de preservar con cautela mi apariencia limpia y pulcra, agarro un puñado de las cuchillas de afeitar corroídas que cubren el suelo y comienzo a rajar sin piedad, derramando una marea de sangre de cerdo. El tufo que despiden las vísceras rasgadas y desnudas del demonio es ese mismo hedor que sale de los osarios. Una neblina de chorros de sangre de degolladero y de chillidos de matadero se eleva en el aire. Los higadillos salen volando por los aires, estilo Gran Guiñol, y hasta el cielo de color naranja del Infierno se estremece ante los gritos de furia de Baal.

No es un dato muy conocido, pero los demonios no cuestan mucho más de derrotar que los déspotas o los tiranos. A pesar de su tamaño enorme y de su apariencia temible, los demonios carecen por completo de confianza en ellos mismos. Toda su ventaja estriba en la bravuconería, la deformidad repulsiva y el hedor pútrido, y en cuanto uno vence esas defensas, al demonio apenas le queda nada. El gran orgullo de un demonio es también su debilidad. Como hacen todos los matones, en cuanto los demonios se ven un poco humillados, casi siempre huyen.

Lo poco que queda de Madison Spencer, vástago de una estrella de cine, desaparece en el revuelo salvaje que sigue a continuación. Batallando a solas contra el maligno Baal, soy consciente de las hordas corruptas que contemplan desde lejos mi intrépido salvajismo. Asaltado con una salva imparable de bofetadas infantiles y pinchazos de niña, de groseras imprecaciones y de una lluvia enfurecedora de dedos chupados en la oreja y pellizcos en los brazos, el más feroz de los demonios se

deshace en gritos de pánico y frustración. Sometido a mi temible descarga de dolorosos capones, y luego a mi vertiginoso ataque de retorcimiento de pezones, y a todo mi arsenal de insultos de escuela primaria, Baal lucha para librarse de mí. Después de un tirón de calzoncillos particularmente violento, el demonio despliega sus alas arrugadas y correosas y huye de la escena de la batalla. Batiendo esas alas de murciélago, agitando el humo negro y las nubes de moscas, Baal se apresura a esfumarse por el lejano horizonte anaranjado.

Lo cual me deja a mí sola ante las puertas cerradas a cal y canto del cuartel general, aunque únicamente sea un momento. Saboreo la gloria de estar bañada, chorreando y empapada de una sangre caliente que no es la mía.

Y antes de que esa sangre se pueda enfriar, una voz solitaria me llama desde una ventana situada en lo más alto de las almenas inaccesibles. Una voz de mujer me llama:

—¿Maddy? ¿Eres tú? —Poco más grande que la cara que la llena, la ventanita está situada tan arriba que mi vista tarda un momento en localizarla, pero en ella hay enmarcado el semblante de una anciana, la señora Trudy Marenetti, residente hasta hace poco en Columbus, Ohio, y llegada al Infierno por mediación de un cáncer de páncreas—. ¡Hurra por la pequeña Madison! —dice levantando la voz.

Desde otra ventana lejana, otra cara, perteneciente al señor Halmott, víctima de un fallo cardíaco congestivo y de Boise, Idaho, se hace eco del grito:

—¡Hurra por la pequeña Maddy!

Desde otras ventanas, otras almenas y torretas, una multitud de caras corea el nombre de Madison Spencer. Algunas las reconozco, pero otras no, porque solo he hablado con ellas por teléfono, para aconsejarles que no tuvieran miedo de su muerte inminente. Durante mi ausencia, esas almas han estado llegando en manadas, convirtiendo el Infierno en una verdadera isla Ellis de recién llegados, aturdidos pero no devastados por su defunción, con más curiosidad que miedo, y de hecho ansiosos por deshacerse de su fallida vida anterior y embarcarse en una nueva aventura. Y parece que los he reclutado yo. Todos ellos, hasta la última de esas caras, me ensalzan desde sus ventanas situadas en las alturas de las murallas del Infierno. Exigen que las puertas se abran para poder abrazarme… abrazar a su nueva heroína.

De pronto el aire mismo se impregna de dulzura mientras los muertos me tiran encima un diluvio de caramelos Sugar Babies y de bolas de leche malteada. A modo de tributo, me sueltan una lluvia de caramelos Pez y de Root Beer Barrels.

Mi ejército se vuelve a reunir y del interior de las puertas atrancadas viene el ruido inconfundible de los cerrojos y las cadenas. Fracción a fracción de grado, pelo a pelo, las dos puertas inmensas empiezan a moverse, ofreciendo un vislumbre del interior del cuartel. Detrás de mí, las atronadoras tropas se abalanzan hacia delante para cargarme sobre sus hombros fornidos y asesinos y transportarme victoriosa al

interior de la ciudadela asediada. Mis hordas empiezan a saquear los cofres de golosinas del Hades. A arrasar con su tesoro de barritas Pixy Stix, caramelos de canela Atomic Fireballs y bombones York Peppermint Patties.

Cuando las puertas todavía no se han abierto lo bastante como para entrar de costado, en el interior aparece la figura de una joven de pechos bonitos y pelo hermoso; ataviada con sus ajados zapatos Manolo Blahnik falsos, sus pendientes de zirconio tallado del tamaño de monedas de diez centavos y el bolso Coach de imitación colgando del brazo, allí aparece… Babette.

Babette se queda mirando las pelotas arrugadas de Calígula que me cuelgan del cinturón, junto al asqueroso bigote de Hitler que parece una cabellera diminuta y a mi surtido de dagas y cachiporras, y por fin dice:

—No tienes ni puta idea de elegir complementos.

Está claro que todavía me quiere transformar en la versión Putilla Vanderputa de una Ally Sheedy demasiado maquillada.

Yo doy un paso adelante y le digo:

—¿Me haces un favor?

Las multitudes que nos rodean guardan un momento de silencio severo mientras yo me saco los resultados doblados de la prueba del polígrafo del bolsillo lateral de la falda pantalón ensangrentada. Ese críptico informe sobre mis puntos de vista sobre el matrimonio gay y la investigación con células madre y los derechos de la mujer, la puntuación final de mi examen, se lo pongo en la mano extendida a Babette y le digo:

—¿He aprobado o qué?

Y usando las uñas pintadas de blanco descascarillado de su manicura, Babette saca los resultados de la prueba del sobre de papel Manila y se pone a leerlos.

XXXI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Mi madre solía decirme: «Madison, eres una angustias». En otras palabras: me preocupo por todo. Es decir: POR TODO. *Ahora, por ejemplo, me preocupa el hecho de haber ganado. Me da la sensación de que mi ascenso al poder ha sido demasiado fácil. En vida, y en vida de mis padres, las recompensas me llegaban sin apenas esfuerzo. Las casas en Dubái y en Singapur y en Brentwood. Y la vida eterna está siendo igual; no acaba de ser un estado habitual de muerte. Algo da mala espina, pero no sé qué es exactamente.*

Ya no queda nada de la anterior Maddy Spencer, la de la postura impecable y los modales de colegio privado para señoritas. Ya se ha declarado la extinción de aquella chica encantadora. Cierto, vuelvo a estar sentada delante de la consola de mi puesto de marketing telefónico, pero llevo la diadema de los auriculares inclinada sobre mi coronilla para dejar sitio a la corona tachonada de perlas de los Médici, y mi conducta ya nunca volverá a ser la misma, para bien o para mal.

En lugar de persuadir a enfermos crónicos, con diplomacia y sin amenazas, asegurándoles que en el Hades se vive de maravilla —¿se puede decir que aquí se «muere» de maravilla?—, abrazando todas las estupendas oportunidades que ofrece el más allá, mi nueva yo se dedica a intimidar a todos esos que intentan dejar la muerte para más adelante, a todos esos holgazanes que posponen su defunción. En lugar de tranquilizarles y darles confianza, mi nueva yo se dedica a arengar agresivamente a quienes tienen la mala suerte de contestarme al teléfono. Sí, tengo trece años y estoy muerta y hago trabajo infantil en el Infierno, pero por lo menos no estoy lloriqueando y quejándome de mi situación. En cambio, la gente con la que hablo está infinitamente apegada a su dinero y a sus logros, a sus casas y a sus seres queridos y a su cuerpo físico. Infinitamente apegada a su estúpido *miedo*. Esos pringados desconocidos con sus tumores de fase cuatro en el cerebro y sus fallos renales han dedicado su vida entera a perfeccionarse a ellos mismos, a practicar y afinar hasta el último detalle de su identidad, y ahora todo ese esfuerzo se va a echar a perder. De verdad, es increíble cuánto me irritan.

La antigua Madison Spencer se molestaría en cogerles la mano asustada, en tranquilizarlos y reconfortarlos. La persona que soy ahora, sin embargo, les dice que revienten a llorar si les da la puta gana pero que la palmen de una vez.

De vez en cuando, una división o una compañía de mis hordas mugrientas, de los ejércitos que he heredado de Gilles de Rais o de Hitler o de Idi Amin, se pasa por aquí, suplicando que les dé algún trabajo, alguna tarea colosal que llevar a cabo en mi

nombre.

Y más a menudo, la gente a la que he convencido para que venga al Infierno se pasa por aquí para presentarme sus respetos. Esos muertos recién llegados que todavía huelen a claveles del funeral y a formaldehído, esas almas inmigrantes, ostentan las típicas toneladas de cosméticos y los típicos peinados excesivamente acicalados que solo los empleados de pompas fúnebres son capaces de infligir y que solo los cadáveres son capaces de tolerar. Todos esos recién llegados sienten el impulso de contar sus terribles experiencias con la muerte, y yo me limito a dejarlos charlar. Casi siempre los mando a una de las numerosas sesiones de terapia oral que he organizado, a mis nuevos grupos de rehabilitación para adictos a la esperanza, tratamientos estereotipados de grupo en doce pasos. Nuestra elevada tasa de graduaciones y nuestro bajo número de reincidencias, sin embargo, pondrían orgulloso a Dante Alighieri. Después de un par de semanas de quejas y de llorarse a ellos mismos —los habituales berrinches por los objetos de lujo que se han perdido y por los enemigos que los han sobrevivido y por las injurias que han quedado sin vengar, además del típico regodeo en los galardones y logros del pasado—, la mayoría se hartan y deciden seguir adelante con su existencia eterna. Por toscos que puedan parecer mis métodos, mis amigos muertos no se cuentan entre quienes se quedan durante siglos en sus jaulas inmundas maldiciendo su nueva realidad. Los muertos a quienes yo oriento siempre dan muestras de una adaptación y una productividad excelentes. Entre ellos se cuenta Richard Volk, que murió de traumatismo por impacto contundente causado por un accidente de automóvil ocurrido la semana pasada en Missoula, Montana; esta semana está guiando a los antiguos batallones de Gengis Kan en su actual campaña para recoger todas las colillas de cigarrillos que terminan de forma inevitable aquí. Está también Hazel Kunzeler, que hace dos semanas falleció de hemofilia en Jacksonville, Florida; ahora lidera las antiguas legiones romanas en su última misión asignada por mí y consistente en plantar mil millones de rosales en flor en el espacio ahora ocupado por el Lago de Bilis Tibia. Se trata de un proyecto flagrantemente concebido para mantenerlos ocupados, sí —¿y qué?—, pero el esfuerzo mantiene a todo el mundo activo durante eones enteros de satisfacción, y cualquier medida de éxito, por pequeña que sea, contribuye a mejorar la atmósfera general del submundo. Y lo más importante es que estas tareas disuaden a los posibles plastas que no me dejarían en paz y me permiten concentrarme en mis proyectos.

Sí, es posible que sea una chica muerta por estrangulación durante un juego sexual mal entendido, pero casi siempre veo el vaso medio lleno. A pesar de mi optimismo, sin embargo, sigue sin haber ni rastro de Goran, aunque tampoco es que yo haya estado peinando el más allá en su búsqueda como una vulgar acosadora solitaria y desesperada.

En los límites de mi visión periférica, Babette viene andando hacia mí, agarrando mi examen de salvación del polígrafo con sus uñas de color blanco descascarillado.

Por el teléfono de diadema, le pregunto a una mujer de mediana edad que se está muriendo en Austin, Texas:

—¿Conoce usted los antiguos divorcios estilo Reno?

Y le explico que hace décadas uno solo tenía que tomarse seis semanas de vacaciones para establecer su residencia en Nevada y una vez allí solicitar una disolución de matrimonio sin imputación de culpa. Pues bien, yo le digo que coja el siguiente vuelo a Oregón, donde está legalizado el suicidio asistido. Ni siquiera tendrá que pagar el billete de vuelta y para el próximo fin de semana ya podrá estar muerta.

—Coja una habitación en algún hotel de lujo del Centro de Portland —le digo—. Dese un masaje y pídale una sobredosis de fenobarbital al servicio de habitaciones. *Así de fácil*. Tómeselo como un viajecito de placer…

Allí sentada, hablando por teléfono, con los dedos cruzados, le juro que todo lo que le digo es verdad. Palabrita del niño Jesús. Mi estación de trabajo, que en la tierra pasaría por un cubículo de oficina, está repleta de mis trofeos de guerra, de las diversas armas asesinas y partes corporales y símbolos del poder imperial. Mirándome a la cara, sujeto con una chincheta a mi tablero de corcho, el pingajo reseco del bigote de Hitler no inspira precisamente sinceridad.

Por el teléfono, le aseguro a esa persona moribunda de Texas que tengo abierto sobre la mesa delante de mí su expediente permanente, y que este demuestra que lleva lanzada de cabeza al Infierno ya desde los veintitrés años, la edad en que cometió adulterio. A pesar de que no llevaba ni dos semanas casada con su marido, tuvo relaciones sexuales con un cartero local, básicamente porque le recordaba a un antiguo novio. Cuando oye esa revelación, la mujer ahoga una exclamación. Le entra un ataque de tos convulsiva y a duras penas consigue preguntarme:

—¿Cómo sabes eso?

También parece ser que ha tocado la bocina de su coche en demasiadas ocasiones. Según la ley divina, le explico, a cada ser humano se le permite tocar la bocina un máximo de quinientas veces durante su vida. Un solo bocinazo por encima de ese número, sin importar las circunstancias, resulta en una condena automática al Infierno; no hace falta decir que todos los taxistas van de cabeza al Infierno. Una ley inquebrantable similar se aplica a las colillas que uno tira al suelo. Las primeras cien están permitidas, pero cualquier colilla que tires al suelo por encima de esa cifra provoca la condenación eterna sin esperanza de recurso. Parece que ella también ha violado esa regulación. Todo consta aquí, impreso con caracteres casi ilegibles de matriz de puntos en su expediente personal.

Babette ya ha llegado a mi lado y se ha quedado ahí plantada, dando golpecitos en

el suelo con la puntera de un Blahnik falso, torciendo la muñeca para mirarse teatralmente la hora en su Swatch, que tanto tiempo lleva fallecido.

A fin de ganar tiempo, yo levanto el dedo índice en dirección a ella y articulo en silencio la palabra *Espera*, mientras por teléfono le digo a la señora de Texas que en el poco tiempo que le queda de vida ya no puede hacer nada para ganarse un sitio en el Cielo. Tiene que pensar en sus seres queridos, dejar de acaparar los focos y permitir que las personas que la quieren regresen a esas breves y desastrosas vidas tan preciadas que tienen. Vale, debe avisarles de que no toquen la bocina del coche y no tiren las colillas al suelo, pero luego tiene que despedirse.

—Muérase ya —le digo. Con el dedo suspendido encima del panel de controles, le digo—: Un momento, por favor… —Y pulso el botón.

Me retuerzo en mi asiento para mirar a Babette, con las cejas arqueadas en una mueca de expectación. Con toda la cara convertida en una expresión de súplica silenciosa que dice: *Por favor*.

Babette me entrega el informe. Da una serie de golpecitos con una uña descascarillada sobre un número que hay al pie de una larga columna de números tenues de impresora matricial y me dice:

—Solo por tu índice de culpabilidad general… —Dice—: Este número de aquí… —Babette me da la hoja de papel y dice—: Ya necesitas presentar una apelación. —Y acto seguido da media vuelta sobre sus tacones maltrechos y empieza a alejarse.

La lucecita de mi última recluta para el Infierno, la tipa de los bocinazos y las colillas por el suelo que se está muriendo lentamente en Texas, sigue parpadeando, indicando que continúa en espera.

Desde más lejos todavía, Babette grita:

—Ha habido una cagada oficial. —Lo bastante fuerte como para que la oiga todo el mundo, grita—: Comprueba tú misma las cifras, porque ahora mismo deberías estar en el Cielo.

A un lado y al otro de la hilera infinita de empleados de marketing telefónico, las caras se giran para mirarme. Una multitud expectante de mercenarios y novatos recién aterrizados en el Infierno esperan escuchando también, con las caras desdibujadas por la confusión. Uno de su grupito se adelanta, no un ruin pirata bañado en sangre ni una persona anciana vestida con su mejor traje fúnebre. No, esta desconocida es más o menos de mi altura. A juzgar por su aspecto, debe de tener unos trece años. Casi podría pasar como la chica que yo era antes, la Madison impoluta y modélica que llevaba zapatos sobrios y un conjunto de tweed cuidadosamente elegido para que no se vieran las manchas. A diferencia de mi yo actual, esa pequeña desconocida no se presenta con sangre de demonio seca en las manos y la cara, sino con el pelo pulcramente repeinado. La chica me ofrece una manita primorosa con las uñas de color rosa, la mar de monas, y me dice:

—¿Madison Spencer? —Me sostiene la mirada con unos ojos tranquilos y sin pestañear, y con dos hileras perfectas de dientes blancos atadas con una ortodoncia de acero inoxidable, me dice—: Tú ganas…

Y diciendo eso, se mete las manitas primorosas primero en los bolsillos de la falda de tweed, después en los bolsillos de su chaqueta de punto, y saca un puñado de chocolatinas. Siete, ocho, nueve chocolatinas. Diez chocolatinas Milky Way de tamaño grande, y a continuación mi nueva mejor amiga —*la primera mejor amiga que he tenido nunca, Emily*—, esa chica muerta, me ofrece esos dulces premios de chocolate.

XXXII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Me dirás que soy una hipócrita miserable, pero en cuanto me ofrecen la oportunidad de largarme del Infierno, lo único que quiero es quedarme. Pocas familias mantienen entre sus miembros una relación tan estrecha como las que hay en las cárceles. Pocos matrimonios conservan un nivel tan alto de pasión como el que se crea entre los criminales y quienes intentan llevarlos a la justicia. No es de extrañar que el Asesino del Zodiaco flirteara de manera tan incansable con la policía. O que Jack el Destripador cortejara y acosara a los detectives con aquellas cartas juguetonas que les mandaba. Todos queremos que nos deseen. Llegado este punto, yo ya he pasado en el Infierno más tiempo del que pasé en ninguna de mis casas de la tierra, ni en Durban, ni en Londres ni en Manila. Y no solo es que sienta un conflicto interior, es que directamente me pone triste la idea de marcharme.

A fin de mantener ocupados a los diversos ejércitos sedientos de sangre y que no me molesten, les he ordenado que capturen a todos los ponzoñosos murciélagos del Infierno y los pinten de color azul y rojo para hacerlos pasar por cardenales y azulejos. A todos esos laboriosos carniceros que antes seguían órdenes de Pol Pot o de madame Defarge les he mandado que fabriquen alas de mariposa de colores vivos con cartulinas de colores y purpurina y que luego les peguen esas alas falsas a nuestras omnipresentes moscas. Estas actividades no solo animan la atmósfera normalmente lúgubre del submundo, sino que también evitan los choques inevitables que de otra manera se producirían entre las hordas mongoles, las tropas de asalto nazis y los aurigas egipcios. Y lo que es más importante, los mantiene a todos ocupados para que yo me pueda pasar el tiempo enseñándole el lugar a Emily, comiendo chocolatinas Milky Way y hablando de chicos.

Durante nuestro relajado paseo, voy comentando las posibles mejoras que se pueden introducir en el paisaje: un corno en flor, un estanque reflectante, tal vez una pajarera llena de loros de colores vivos, y Emily se dedica a apuntarlo todo diligentemente en una tablilla sujetapapeles que lleva.

A las multitudes potencialmente pesadas de los muertos recientes, a todas esas almas nerviosas a las que enrolé para que se murieran y se mudaran al Infierno, les he encomendado diversos proyectos más de traslado. En serio, yo podría pasar por el Franklin Roosevelt del más allá, con todas las presas que he decretado que se construyan para contener los ríos de sangre hirviente. A otros equipos de trabajo les he encargado que abran canales para drenar las ciénagas de sudor rancio en

expansión; gracias a mí, los vetustos Pantanos de Sudor del Infierno ya no existen. Todas esas almas perdidas que invirtieron su vida entera en el estudio y la práctica de la ingeniería civil y de estructuras ahora están encantadas de tener la oportunidad de utilizar sus talentos. Las colinas temblorosas de mocos a medio coagular han sido allanadas. Y un gulag entero de trabajadores esclavos felizmente condenados se dedica exclusivamente a construir nenúfares de papel crepé y poner a flotar sus productos sobre la superficie del Lago de Mierda.

Cada vez tengo más claro que el Infierno no es tanto una conflagración punitiva como el resultado natural de los eones que hace que se postergan sus trabajos de mantenimiento. Sinceramente: el Infierno no viene a ser más que un vecindario marginal al que se ha permitido que se deteriore sin remisión. Imaginaos que todos los incendios activos de las minas subterráneas de carbón se propagan hasta juntarse con todos los vertederos de neumáticos en llamas; a eso le añadís todas las fosas sépticas abiertas y todos los vertidos de residuos tóxicos y el resultado inevitable será el Infierno, una situación que no mejora precisamente con la tendencia egoísta que tienen los residentes a concentrarse exclusivamente en sus propios infortunios y no levantar ni un dedo muerto en defensa de su medio ambiente.

Desde nuestra perspectiva, paseando por la orilla del Mar de Insectos, Emily y yo examinamos las mejoras lentas pero seguras que van apareciendo en el tétrico paisaje. Le voy señalando las distintas zonas de interés: los remolinos del Río de Saliva Caliente… los moscardones que rodean a Hitler y a sus remotos colegas ahora relegados a un lugar innombrable. Le explico esas normas aparentemente arbitrarias que la gente viola, como por ejemplo la que estipula que cada individuo solo puede decir la palabra *puta* un máximo de setecientas veces en la vida. La mayoría de la gente viva no tiene ni la menor idea de lo fácil que es acabar condenado, pero es que si alguien dice «Puta» setecientas una veces, ya recibe condena automática. Normas similares se aplican a la higiene personal; por ejemplo, como te olvides 855 veces de lavarte las manos después de vaciar el vientre o la vejiga, estás condenado. Como uses trescientas veces la palabra *negro* o la palabra *maricón*, da igual cuál sea tu raza o tu preferencia sexual, ya te has comprado ese temido billete solo de ida al submundo.

Mientras caminamos, le cuento a Emily que los muertos pueden mandar mensajes a los vivos. De la misma manera en que los vivos se mandan flores o correos electrónicos los unos a los otros, un muerto le puede mandar a un vivo un dolor de estómago, un tinitus o incluso una melodía enervante que ocupe la atención de la persona viva hasta el punto de volverla loca.

Mientras caminamos las dos juntas, examinando ociosamente el paisaje pútrido e hirviente, y sin venir a cuento de nada, Emily me dice despreocupadamente:

—He hablado con esa tal Babette y me ha dicho que tienes novio…

No es verdad, protesto.

—¿No se llama Goran? —dice Emily.

Le insisto en que Goran no es mi novio.

Sin levantar la vista de las notas que acaba de tomar en los papeles de su tablilla, Emily me pregunta si echo de menos a los chicos. ¿Y el baile de graduación? ¿No echo de menos la oportunidad de salir con chicos y casarme y tener hijos?

No especialmente, le contesto yo. Una panda de siniestras señoritas Furcias MacCerdas de mi internado, las mismas tres que me enseñaron el juego del Beso con Lengua, supuestamente me adoctrinaron en una ocasión sobre la reproducción humana. Según me contaron, la razón de que los chicos estén tan desesperados por besar a las chicas es que, con cada beso que dan, se les pone un poco más larga la minga. Cuantas más chicas pueda besar un chico, más larga tendrá la minga, y los chicos que más grande la tengan serán los que se queden con los trabajos mejor pagados y con un mejor estatus. En realidad es todo muy simple. Todos los chicos dedican la vida entera a amasar los genitales más largos que puedan, haciéndolos crecer tanto que cuando por fin los meten dentro de alguna pobre chica desafortunada la punta de la minga alargada se acaba rompiendo —sí, la carne de la minga se pone tan dura que se quiebra— y la parte desprendida se queda alojada dentro del chichi de la chica. Se trata de un fenómeno natural bastante parecido a lo que les pasa a esos lagartos que viven en desiertos áridos y se pueden desprender de sus colas convulsas. Cualquier pedazo, desde la punta misma hasta la polla entera, se puede partir literalmente dentro de una chica, y ella ya no se lo podrá sacar nunca de dentro.

Emily se me queda mirando, con la cara distorsionada por un asco mucho mayor que el que registró la primera vez que contemplamos el Lago de Bilis Tibia o el Gran Océano de Esperma Desperdiciado. Con la tabilla sujetapapeles colgando, ignorada, entre las manos.

Yo le sigo explicando que esa parte incrustada de la minga fracturada es lo que se acaba convirtiendo en el bebé. En los casos en que la minga se ha roto en un par o tres de trozos, todos ellos evolucionan hasta convertirse en mellizos o trillizos. Toda esta información viene de una fuente muy legítima, le aseguro a Emily. Si alguien de mi internado suizo sabía algo de chicos y de sus ridículos genitales, eran aquellas tres señoritas Guarrinas O'Guarrelton.

—Sabiendo como sé yo de dónde vienen los niños —le digo a Emily—, no, te aseguro que *no* echo de menos tener novio.

Las dos seguimos caminando en silencio. Mi colección de fetiches y trofeos de guerra me cuelga del cinturón y se mece. Los objetos tintinean y chocan entre ellos. De vez en cuando sugiero que pongamos aquí o allí una encantadora pila para pájaros. O bien un reloj de sol rodeado por un pintoresco diseño de lechos de petunias blancas y rojas. Al final, para romper un silencio prolongado, le pregunto qué es lo

que echa de menos de estar viva.

—A mi madre —dice Emily. Los besos de buenas noches, me dice. El pastel de cumpleaños. Las cometas.

Yo le sugiero que el humo negro que flota a nuestro alrededor se disiparía un poco si pusiéramos campanillas de viento.

Emily no se acuerda de apuntar mi idea.

—Y las vacaciones de verano de la escuela —me dice—. Y echo de menos los columpios.

Por delante de nosotras, una figura se acerca andando por el camino. Se trata de un chico, que se nos aproxima entrando y saliendo de las nubes de humo. A ratos queda cubierto y a ratos descubierto. A ratos oculto y a ratos desvelado.

Echo de menos los desfiles, me dice Emily. Las granjas infantiles. Los fuegos artificiales.

El chico se nos acerca con una especie de cojincito que sostiene contra el pecho. Tiene unos ojos de granuja, un ceño huraño y sombrío y los labios torcidos en un mohín de lo más sensual. El cojín que lleva cogido es de color naranja brillante y tiene una textura que lo hace parecer al mismo tiempo blando y estridente. El chico lleva un mono de trabajo de color rosa intenso con una cifra muy larga bordada en un costado del pecho.

—Echo de menos las montañas rusas —dice Emily—. Y los pájaros… los pájaros *de verdad*, quiero decir. No los murciélagos pintados.

El chico que ahora nos corta el paso es Goran.

Emily levanta la vista de sus papeles y dice:

—Hola.

Goran la saluda con la cabeza y luego se dirige a mí.

—Siento haberte estrangulado —dice con su acento de vampiro, y mueve su cojincito de color naranja hacia mí—. Ya ves que ahora estoy igual de muerto que tú. —Y poniéndome el cojín en las manos, añade—: Te he encontrado esto.

El cojín está caliente. Emite unos zumbidos breves. Suave y de color naranja, se me queda mirando con unos ojos centelleantes de color verde, completamente vivo y ronroneando, acurrucándose contra mi chaqueta de punto manchada de sangre. Estira una pata y se pone a dar golpecitos con las zarpas a los testículos de Calígula.

Ya no está muerto y embutido en las tuberías de un hotel de lujo, y tampoco es una almohada: es mi gatito. Vivo. Es Rayas de Tigre.

XXXIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Tengo a mi gatito. Tengo a mi novio. Tengo a mi mejor amiga. Ahora que estoy muerta tengo mucho más que cuando vivía. Salvo a mis padres, claro.

Nada más hacer las paces con Goran, tiene lugar una nueva crisis.

Nada más aceptar esa bola peluda cálida y mullida que es mi querido gatito, Rayas de Tigre, mi equilibrio emocional recibe un nuevo golpe. Yo le aseguro a Goran que no fue él quien me mató. Vale, en cierto sentido él mató por accidente a la persona identificada como Madison Spencer; destruyó para siempre aquella manifestación física de mí, pero Goran no me mató… a mí. Sigo existiendo. Además, sus actos se vieron precipitados por mi noción falaz de lo que es un beso con lengua. Lo que tuvo lugar en aquella suite de hotel fue una grotesca comedia de los errores.

Con elegancia, acepto a Rayas de Tigre y a continuación presento a Goran y a Emily. Los tres seguimos paseando hasta que me llega la hora de reanudar mis tareas de marketing telefónico. Con mi querido gatito enroscado y roncándome sobre el regazo, ronroneando de felicidad, me aplico a mis llamadas de investigación de mercado mientras el ordenador central me conecta con distintos hogares, con distinta gente viva y residente en franjas horarias en las que está a punto de empezar la cena.

En una de esas residencias, provista de un código de área de California que me resulta familiar, me contesta el teléfono una voz masculina.

—Buenas noches, señor —le digo yo, siguiendo de memoria el guión que dicta hasta la última de mis declaraciones y mis respuestas. Acariciando al gato que descansa sobre mi regazo, añado—: ¿Me presta unos minutos de su tiempo para un importante estudio de consumo sobre los hábitos de compra relativos a diversas marcas de cinta adhesiva…?

Si no es cinta adhesiva, el objeto de estudio siempre es algo igual de mundano: espray para sacar brillo a los muebles, seda dental o chinchetas.

De fondo, casi perdida en la distancia por debajo de la voz del hombre, una voz femenina dice:

—¿Antonio? ¿Estás enfermo?

La voz femenina, igual que el número de teléfono, me resultan extrañamente familiares.

Sin dejar de acariciar a Rayas de Tigre, le digo:

—No serán más que unos minutos…

Hay un momento de silencio.

—¿Hola? —digo—. ¿Señor?

Transcurre otro momento de silencio, interrumpido por una exclamación ahogada, casi un sollozo, y la voz del hombre dice:

—¿Maddy?

Yo compruebo el número de teléfono, ese número de diez dígitos que aparece en la pantallita de mi ordenador, y lo reconozco.

Por el teléfono de diadema, el hombre dice:

—Oh, mi nena… ¿Eres tú?

Se oye de fondo la voz femenina:

—Voy a coger la extensión del dormitorio.

El número de teléfono es el de la casa de Brentwood, que no aparece en el listín. Por pura coincidencia, el sistema de marcado automático me ha conectado con mi familia. Ese hombre y esa mujer son los ex beatniks, ex hippies, ex rastafaris y ex anarquistas… mis ex padres. Se oye el clic estridente de alguien que levanta otro auricular y la voz de mi madre dice:

—¿Cariño? —Sin esperar respuesta, se echa a llorar y me suplica—: Por favor, oh, cielo, dinos algo…

A mi lado, Leonard el cerebrito está sentado a su estación de trabajo urdiendo maniobras de ajedrez contra algún adversario vivo y residente en Nueva Delhi. A mi otro lado, Patterson se dedica a conspirar con entusiastas vivos del fútbol americano, a seguir la trayectoria de los distintos equipos y quarterbacks y a marcar sus estadísticas en los espacios en blanco de una hoja de cálculo de fantasía. La vida en el Infierno continúa como de costumbre, extendiéndose hacia el horizonte en todas direcciones. En el resto de los lugares, la vida eterna sigue como siempre, pero dentro de mi auricular de diadema, la voz de mi madre me suplica:

—Por favor, Maddy… Por favor, dile a tu padre y a mí adónde podemos ir a buscarte.

Sorbiéndose la nariz, con la voz estrangulada e hipando aparatosamente por el auricular del teléfono, mi padre dice entre sollozos:

—Por favor, nena, no cuelgues… —Me dice entre sollozos—: Oh, Maddy, sentimos muchísimo haberte dejado sola con ese cabrón.

—¡Ese… —dice mi madre entre dientes—, ese… asesino!

Sospecho que se están refiriendo a Goran.

Y sí, he derrotado a demonios. He depuesto a tiranos y he tomado el mando de sus ejércitos conquistadores. Tengo trece años y he conducido a miles de personas agonizantes a la otra vida con relativamente poca angustia. No terminé el primer ciclo de la secundaria, pero estoy reformando la naturaleza entera del Infierno, con poco tiempo y sin apenas presupuesto. Dejo caer con pericia palabras como *ausencia* y *polivalente* y *transmitir*, pero el sonido del llanto de mis padres me coge completamente desprevenida. Para ayudarme a mentir, toqueteo con el dedo la mata

reseca del bigote de Hitler. En busca de frialdad, a fin de sofocar las lágrimas que ya se me acumulan en los ojos irritados, consulto la corona de los Médici. Por el teléfono les digo a mis padres que dejen de llorar. Es verdad, les aseguro: estoy muerta. Con la voz gélida del asesino de niños Gilles de Rais, le digo a mi familia que he dejado atrás la frágil vida mortal y ahora habito en la eterna.

Al oír esto, su llanto remite. Con un susurro ronco y apagado, mi padre me pregunta:

—¿Maddy? —Con voz cargada de sobrecogimiento, me pregunta—: ¿Estás sentada con Buda?

Con la voz mentirosa del asesino en serie Thug Behram, les digo a mis padres que todo lo que ellos me inculcaron sobre el relativismo moral, sobre el reciclaje, el humanismo laico, la comida ecológica y la conciencia expandida de Gaia… todo era absolutamente cierto.

A mi madre se le escapa una risotada gozosa y estridente. Una exclamación ahogada de alivio.

Y sí, les aseguro, tengo trece años y sigo siendo su niñita preciosa y muerta… pero ya resido para siempre en el sereno y pacífico Cielo.

XXXIV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Mi panda de muertos y yo estamos planeando un pequeño peregrinaje para codearnos una vez más con los vivos. Y para saquear el botín de golosinas de la tierra.

Leonard va a por el maíz confitado, esos granos falsos de azúcar terroso con rayas de colores blanco, anaranjado y amarillo. Patterson persigue esos caramelos con sabor a chocolate habitualmente conocidos como Tootsie Rolls. Archer codicia esa mezcla demasiado dulce de cacahuetes con toffee que se vende con el nombre de Bit-O-Honey. Babette se decanta por las pastillas Certs de menta.

Tal como explica Leonard, Halloween es la única ocasión ordinaria en que los muertos del Infierno pueden visitar a los vivos en la tierra. Del crepúsculo a la medianoche, los condenados pueden caminar de forma completamente visible entre los vivos. La diversión se termina al sonar las campanadas de medianoche. Y tal como le pasó a Cenicienta, saltarse ese toque de queda merece un castigo especial. Cuenta Babette que las almas que se retrasan son condenadas a deambular por la tierra durante un año más, hasta el crepúsculo del Halloween siguiente. Por culpa del plástico derretido de su Swatch muerto, Babette se saltó una vez la hora de regreso y se vio obligada a vagar durante doce meses de aburrimiento, sin ser vista ni oída por nadie, entre los ególatras de los vivos.

A modo de preparación para nuestra incursión de Halloween, nos sentamos en corro, cosiendo, pegando y cortando nuestros disfraces. Leonard, el cerebro privilegiado y campeón de ajedrez, arranca el dobladillo de unos pantalones y les deshilacha las perneras a dentelladas. Recogiendo del suelo un puñado de ceniza, Leonard se la frota contra los pantalones. Mancha una camisa raída y se limpia las palmas sucias de las manos en la cara para ennegrecérsela.

Yo me lo quedo mirando y le pregunto si se supone que es un vagabundo. O un pordiosero.

Leonard dice que no con la cabeza.

—¿Un zombi? —le pregunto.

Leonard niega con la cabeza y dice:

—Soy un amanuense esclavo de quince años que murió en el incendio que destruyó la gran biblioteca de Ptolomeo I en Alejandría.

—Estaba a punto de adivinarlo —le digo.

Echando el aliento en el filo de mi daga enjoyada para sacarle brillo, le pregunto a Leonard por qué ha elegido ese disfraz en concreto.

—No es ningún disfraz —dice Patterson, riendo—. Es lo que era. Así es como

murió.

Puede que Leonard tenga pinta de chaval de ahora y actúe como tal, pero lleva muerto desde el año 48 a.C. Patterson, con su uniforme de fútbol americano y su apostura juvenil genuinamente americana, me lo explica mientras le saca brillo a un casco de bronce. A continuación se quita el casco de fútbol americano y se pone el de bronce por encima del pelo rizado.

—Yo soy un soldado de infantería ateniense que murió en la batalla contra los persas en el año 490 a.C.

Pasándose un peine por el pelo, con las cicatrices rojas bien visibles en las muñecas, Babette me explica:

—Yo soy la gran princesa Salomé, que exigió la muerte de Juan Bautista y fue condenada a ser despedazada por perros salvajes.

—Ya te gustaría a ti —dice Leonard.

—Vale —confiesa Babette—. Soy una dama de honor de María Antonieta que prefirió acabar con su vida antes que afrontar la guillotina en 1792…

—Mentirosa —dice Patterson.

—Y tampoco eres Cleopatra —añade Leonard.

—Vale —dice Babette—. Fue la Inquisición española… creo. No os riáis, pero es que hace tanto tiempo que ya no me acuerdo.

En Halloween, la tradición dicta que los muertos no solo visiten la tierra, sino que lo hagan caracterizados como quienes fueron originalmente. Así pues, Leonard se vuelve a convertir en un empollón de la Antigüedad. Patterson, en un tipo guapo y popular de la Edad de Bronce. Babette, en una bruja torturada o lo que sea. El hecho de que algunos de mis amigos lleven muertos varios siglos y hasta milenios hace que este momento que ahora pasamos sentados todos juntos, cosiendo y sacando brillo, resulte todavía más frágil y predestinado y precioso.

—Ni de coña —dice la pequeña Emily. Está cosiendo una elaborada falda de tul, decorándola con piedras preciosas que les ha ido cogiendo a distintas almas comatosas y afligidas. Y mientras cose, dice—: No pienso hacer truco o trato vestida de mema canadiense. Voy a ser una princesa de las hadas.

Yo temo secretamente la idea misma de deambular entre los vivos. Como es el primer Halloween que paso de difunta, tiemblo solo de pensar en cuántas señoritas Frescas Frésquez andarán por ahí deambulando con ristras de condones de Hello Kitty alrededor del cuello, con maquillaje azul para representar caras anóxicas a modo de parodia barata de mi final trágico. ¿Acaso me voy a pasar todas esas horas de paseo topándome continuamente con juerguistas insensibles que se estarán burlando de mí? Igual que Emily, me planteo disfrazarme de personaje genérico: de genio o de ángel o de fantasma. Otra opción posible es llevar mis ejércitos del mal de vuelta a la tierra y obligarlos a transportarme en un palanquín mientras hostigamos y

damos caza a mis diversas enemigas las señoritas Puty O'Puting. Podría llevar conmigo a Rayas de Tigre y disfrazarme de bruja acompañada de su familiar.

Notando tal vez mi reticencia, Leonard me pregunta:

—¿Estás bien?

Y yo me limito a encogerme de hombros. No contribuye precisamente a ponerme de buen humor el recuerdo de cómo mentí a mis padres por teléfono.

Lo único que hace que el Infierno sea un Infierno, me recuerdo a mí misma, es el hecho de que nos esperemos que sea el Cielo.

—Puede que esto te anime —dice una voz. Sin que yo me dé cuenta, Archer se ha reunido con nosotros y en lugar de disfraz lleva la abultada carpeta de un expediente. Con una mano aguanta la carpeta y con las yemas de los dedos de la otra separa un papel de dentro y lo saca. Sosteniendo la hoja de papel en alto para que la veamos todos, Archer pregunta—: ¿Quién dice que solo se vive una vez?

Estampada en la hoja de papel con letras rojas de imprenta hay una sola palabra: APROBADO.

XXXV

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Disculpa, pero necesito dar un pequeño salto atrás.

Tiene gracia… Le estoy pidiendo disculpas al Diablo.

La hoja de papel que Archer sostiene en alto es mi apelación. Es el impreso de petición de reconsideración y bla, bla, bla, el que Babette presentó en mi nombre después de ver los resultados de la prueba de salvación que yo había hecho con el polígrafo. Es posible que mi alma haya sido declarada inocente, y que los poderes fácticos estén corrigiendo su equivocación. Lo más probable, sin embargo, es que lo sucedido tenga una naturaleza más política, y que el hecho de que yo cada vez sea más fuerte políticamente —entre los muertos recientes que he ido reclutando por la tierra y los ejércitos que he reunido— plantee una amenaza tan grande que los demonios estén dispuestos a soltarme si de esa manera pueden retener su poder global. Y el resultado final es que… ya no tengo que quedarme en el Infierno. Ya no tengo que estar muerta.

El único problema es que les he dicho a mis padres que pasaríamos la eternidad juntos. Sí, claro, les he dicho que estaríamos en el Cielo con Buda y con Martin Luther King Jr. y con Teddy Kennedy fumando hierba y qué sé yo qué más… pero SOLO estaba intentando no herir sus sentimientos. En serio, lo hice por un motivo de lo más noble. En serio, solo quería que dejaran de llorar.

No, no me estoy engañando por completo acerca de las pocas posibilidades que tienen mis padres de acabar en el Cielo. Y es por eso por lo que, cuando hablábamos por teléfono, le he hecho prometer a mi padre que tocaría la bocina del coche al menos cien veces al día. Le he hecho jurar a mi madre que usaría constantemente la palabra *puta* y tiraría siempre las colillas a la calle. Con los antecedentes que ya tienen los dos, no hay duda de que estas conductas garantizarán su condenación segura. La eternidad en el Infierno sigue siendo la eternidad, y por lo menos podremos estar todos juntos en calidad de familia nuclear intacta.

Mientras él lloraba, yo he obligado a mi padre a prometerme que no desaprovecharía ni una sola oportunidad de soltar un pedo en un ascensor abarrotado. A mi madre le he hecho prometer que orinaría en todas las piscinas de hotel en las que entrara. La ley divina permite a cada persona tirarse ventosidades únicamente en tres ascensores y orinar en las aguas compartidas de solo dos piscinas. Y eso sin importar tu edad, de manera que la mayoría de la gente ya es relegada al Infierno a los cinco años.

A mi madre le he dicho que estaba preciosa mientras entregaba aquella tontería de

Premios de la Academia, pero que tenía que pulsar Control+Alt+D para abrir las cerraduras de las puertas de mis dormitorios de Dubái, Londres, Singapur, París, Estocolmo, Tokio y del resto de los sitios, de todas mis habitaciones. Que tenía que pulsar Ctrl+Alt+C para abrir todas mis cortinas y dejar que entrara la luz del sol en aquellos lugares oscuros y sellados. A mi padre le he hecho prometer que regalaría todas mis muñecas y mi ropa y mis animales de peluche a las doncellas somalíes que tenemos en todas nuestras casas, y también que les daría unos aumentos de sueldo considerables. Además de esas exigencias, les he pedido a mis padres que adopten a todas nuestras doncellas somalíes, que las adopten de verdad y de forma legal, y que se aseguren de que esas chicas se licencian en la universidad y triunfan en la vida como cirujanas estéticas, abogadas fiscales y psicoanalistas; y a mi madre, que deje para siempre de encerrarlas en los cuartos de baño, ni que sea de broma; y mis padres me gritan al unísono por el teléfono:

—¡Basta! ¡Te lo prometemos, Madison!

En mi esfuerzo por reconfortar a mis padres, les digo:

—¡Si cumplís vuestras promesas, podremos ser una gran familia feliz para siempre!

Mi familia, mis amigos, Goran, Emily, el señor Contoneos y Rayas de Tigre… todos podremos pasar la eternidad juntos.

Y ahora, por los dioses… parece que *voy a ser yo la que no esté en el Infierno*.

XXXVI

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison. Aunque supongo que ya lo sabes. Si hay que creerte, supongo que me conoces mejor que yo misma. Tú lo sabes todo, pero yo sospechaba que algo no iba bien. Y ahora por fin nos encontramos cara a cara…

Todos llevamos puestos nuestros disfraces de Halloween, que en realidad no son disfraces, salvo el de princesa de las hadas que lleva Emily. Como se niega a aceptar que ella pueda ser una simple muerta anónima, Babette se ha emperifollado para caracterizarse de María Antonieta, con el cuello rodeado de puntos de sutura irregulares y hechos con hilo negro, y ahora mismo estamos todos deambulando por la orilla del Lago de Bilis Tibia, esperando a que vengan a recogernos para ir a la Vida Real y llenarnos las alforjas de dulces golosinas.

Cuando ya parece que no nos va a quedar otro remedio que coger algún mugriento vagón de ganado de los que sobraron de llevar a los judíos al Holocausto, la imagen familiar de un Lincoln Town Car negro aminora la marcha hasta detenerse a nuestro lado. Se trata del mismo coche que vino a mi funeral, y a continuación el mismo chófer con uniforme, gorra de visera y gafas de sol de espejo sale del asiento del conductor y se acerca a nuestro grupo. Con una mano enguantada sostiene un fajo de papeles en blanco de aspecto ominoso. Tres tornillitos sujetan entre sí las páginas por uno de sus márgenes. Está claro que se trata de un guión no solicitado, y hasta a varios metros de distancia emite un tufo a hambre, a expectativas ingenuamente elevadas y optimismo absurdo de persona que está fuera del mundillo… más fuera del mundillo de lo que soy capaz de imaginarme.

Ofreciendo el grueso fajo de páginas en mi dirección, obviamente esperando a que yo lo coja, el chófer dice:

—Hola. —Sus gafas de espejo saltan de las páginas a mi cara, azuzándome para que vea el guión y dé muestras de haberlo visto—. He encontrado el guión para que lo leas —me dice—. En tu viaje de vuelta a la tierra.

En ese momento tenso, una comisura de la boca del chófer forma algo que podría ser una ligera mueca lasciva, cierta expresión de timidez o bien de malicia, que deja al descubierto el caos de dientes marrones de roedor que le brota de las encías. Sus mejillas desnudas se ruborizan como tomates. Se retuerce, agacha la cabeza y encorva los hombros. Con la puntera de una de sus botas negras relucientes de jinete —algo muy de la vieja escuela para un chófer, casi como llevar cascos de caballo—, dibuja una estrella de cinco puntas en el polvo y la ceniza del suelo. Contiene la respiración, con una vulnerabilidad tan tangible que casi puede saborearse, pero mi

amplia experiencia me dice que en cuanto yo le ponga la mano encima a su quimera cinematográfica, ya se esperará de mí que le adjudique actores taquilleros, que asegure financiación para el rodaje y que le consiga un cuantioso acuerdo de distribución. Hasta en el Hades son unos momentos atrozmente dolorosos.

Pese a todo, quiero regresar al truco o trato de Halloween por todo lo alto, no a bordo de un vagón de carga nazi infestado de piojos y de tifus, de manera que acepto mirar la página titular del manuscrito que él me ofrece. Allí, centrado y con mayúsculas en negrita —la primera señal temible de pretenciosidad y afectación que delata a los aficionados—, leo el título del guión:

LA HISTORIA DE MADISON SPENCER
Autor y copyright: Satanás

Antes que nada, releo el título. Y lo vuelvo a releer. Después miro la acreditación que el chófer lleva sujeta a la solapa de su uniforme, esa plaquita cromada con la inscripción grabada, y en efecto, dice: SATANÁS.

Con la mano libre, el chófer se quita la gorra, revelando un par de cuernos de color de hueso que le asoman por entre su mata de pelo castaño de aspecto ordinario. Se quita las gafas de sol de espejo para mostrar unos ojos donde el iris va de lado a lado, como en las cabras. Unos ojos amarillos.

Y a mí se me pone… al instante se me pone el corazón en la garganta. Por fin te encuentro. Doy un paso adelante sin pensar, sin hacer caso del guión que el chófer me está ofreciendo, y le doy un abrazo y le pregunto:

—¿Quieres que me lo lea?

Entierro la cara en su uniforme de tweed… en *tu* uniforme de tweed. La tela huele a metano, a azufre y a gasolina. Un abrazo más tarde me separo de él. Señalo con la cabeza las páginas y le pregunto:

—¿Has escrito una película sobre mí?

Y vuelve a aparecer la sonrisa lasciva, como si me estuviera viendo desnuda. Como si me estuviera adivinando los pensamientos.

—¿Que te lo leas? —me dice—. Mi pequeña Maddy, pero si *lo has vivido*. —Satanás niega con la cabeza cornuda y dice—: Lo que pasa es que, técnicamente, «tú» no existes.

Abre el manuscrito con la mano enguantada, lo empuja hacia mí y me ordena:

—¡Mira! —Dice—: ¡Aquí tienes hasta el último momento de tu pasado! ¡Hasta el último segundo de tu futuro!

Madison Spencer no existe, afirma Satanás. No soy más que un personaje de ficción que él se inventó hace una eternidad. Soy su Rebecca de Winter. Soy su Jane Eyre. Hasta el último pensamiento que he tenido nunca, me lo ha escrito él en la cabeza. Hasta la última palabra que he dicho, él asegura haberla escrito para mí.

Hostigándome con el guión, y con los ojos amarillos centelleando, Satanás me dice:

—¡No tienes libre albedrío! Ni libertad de ninguna clase. ¡Nunca has hecho nada que yo no hubiera puesto en tu guión al principio de los tiempos!

Llevo siendo manipulada desde el día en que nací, insiste él, manejada con la misma elegancia con que Elinor Glyn colocaría a una heroína sobre una alfombra de piel de tigre para que tuviera una cita con un jeque árabe. El curso de mi vida ha sido dispuesto con tanta eficiencia como si alguien hubiera tecleado Ctrl+Alt+Madison en el teclado de un ordenador portátil. Toda mi existencia está predestinada, decretada en el guión que ahora él me ofrece para que yo lo inspeccione.

Doy un paso atrás, resistiéndome a aceptar esa porquería de manuscrito. A aceptar ni una palabra de esta nueva revelación. Si Satanás me está diciendo la verdad, entonces también mi negativa estará ahí escrita.

Arqueando las cejas espinosas, me dice en tono petulante:

—Si tienes coraje e inteligencia, es porque yo he querido que los tuvieras. ¡Esas cualidades te las regalé yo! Yo exigí que Baal se rindiera ante ti. ¡Tus supuestos «amigos» trabajan para mí!

Hitler, Calígula, Idi Amin… Me asegura que todos se dejaron ganar por mí. Es por eso por lo que mi ascenso al poder ha sido tan rápido. Es justamente por eso por lo que Archer me incitó para que yo peleara.

Pero yo me niego a aceptarlo.

—¿Por qué te iba a creer? —le digo tartamudeando. Y le grito—: ¡Eres el Príncipe de las Mareas!

Satanás echa la cabeza hacia atrás, desplegando sus dientes manchados hacia el cielo de color naranja, y grita:

—*¡Soy el «Príncipe de las Mentiras»!*

Da igual, le digo yo. Y añado que, si de verdad es responsable de todo lo que yo digo, entonces quien la ha cagado con mi última línea de diálogo es ÉL.

—¡Yo hice triunfar a tu madre en el cine! ¡Yo le di a tu padre una fortuna! —vocifera él—. Si quieres pruebas, escucha… —Abre el guión y se pone a leer en voz alta—: «De pronto Madison se sintió confusa y aterrada».

Y así fue. Me sentí confusa y aterrada.

Y sigue leyendo:

—«Madison miró ansiosamente a su alrededor en busca del apoyo de su grupo de amigos».

Y en efecto, en aquel preciso momento yo estaba estirando el cuello en un intento de avistar a Babette, a Patterson y a Archer. Ellos, sin embargo, ya se habían subido al Town Car aparcado.

Y sí, conozco las palabras *pánico* y *pulso acelerado* y *ataque de ansiedad*, pero ni

siquiera estoy segura de si estoy lo bastante viva como para experimentarlas. En lugar de una chica gorda y lista de trece años… puede que yo sea un simple producto de la imaginación de Satanás. Simples manchas de tinta sobre el papel. No sé si ha sido la realidad misma la que ha cambiado en un instante o si lo único que ha cambiado es mi percepción de ella… Pero todo parece haberse derrumbado. Todo lo bueno parece haberse echado a perder.

A su estilo empollón, Leonard ya me había intentado avisar. Es posible que la realidad sea exactamente como él me la describió: Demonio = Daimón = Musa o inspiración = mi Creador.

Hojeando las páginas de su guión, soltando risitas, Satanás me dice:

—Eres mi mejor personaje. —Sonríe, radiante—. Estoy muy orgulloso de ti, Madison. ¡Tienes un talento natural para atraer a las almas a la perdición! —Con más que una pizca de nostalgia, dice—: A mí la gente me odia. Nadie confía en mí. —Satanás me mira casi con amor, con lágrimas temblando en los ojos de cabra, y dice—: Por eso te creé…

XXXVII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison, y no soy tu Jane Eyre. No soy ninguna Catherine Earnshaw. ¿Y tú? Está claro que no eres ningún escritor. No eres quien me da órdenes; solo me estás tomando el pelo. Si alguien me hubiera escrito, sería Judy Blume o Barbara Cartland. Tengo confianza y determinación y libre albedrío… O por lo menos, eso creo…

Por puro capricho, no me he traído a mis tropas de asalto ni a mis hordas mongoles a hacer truco o trato conmigo. La verdad es que ya no sé si puedo confiar en ellas, si me los he ganado del todo. Además, en un Lincoln Town Car no cabe tanta gente, y da igual lo que diga mi madre, los séquitos *sí* que pueden ser demasiado grandes. Al final ni siquiera me he podido poner el bigote de Hitler porque se lo comió Rayas de Tigre; por eso tampoco me he querido llevar a mi gatito y arriesgarme a que escupa una bola de pelo nazi en la puerta de alguien. Al final somos solo nosotros, Archer y Emily, Leonard, Babette, Patterson y yo, para hacer truco o trato de puerta en puerta. El Club de los Cinco Muertos.

En cambio, sí que me he traído el cinturón del rey Etelredo II, la daga de Vlad III y la espada con que Gilles de Rais asesinó a todos aquellos niños. Emily, disfrazada de princesa de las hadas, lleva el anillo de diamantes de Elizabeth Bathory. Leonard da sus golosinas a todo el mundo para conseguir a cambio su maíz confitado. Primero vamos al último pueblo donde Archer vivió, un sitio con las calles flanqueadas de casas y atestadas de niños vivos. Tal vez algunos de ellos sean niños muertos, que han regresado igual que nosotros para vivir unas cuantas horas de nostalgia. Por un milisegundo juraría que veo a JonBenet Ramsey calzada con zapatitos de claqué con lentejuelas y saludándonos con la mano.

Rodeados como estamos de todas esas pandas de granujillas disfrazados que merodean por las calles, resulta inquietante saber que algunos de estos diminutos duendecillos vivos van a morir atropellados por conductores borrachos. Que algunas animadoras y ángeles desarrollarán desórdenes alimentarios y morirán de hambre. Que algunas geishas y mariposas se casarán con maridos alcohólicos que las matarán de una paliza. Que algunos vampiritos o marineritos se colgarán del cuello o bien serán apuñalados en disturbios carcelarios o bien morirán envenenados por medusas mientras estén buceando en la Gran Barrera de Coral durante sus vacaciones perfectas. A los más afortunados de esos superhéroes, esos hombres lobo y esas niñas vaqueras, la edad avanzada les traerá diabetes, enfermedades coronarias y demencia.

En el porche de una de las casas de ladrillo, un hombre sale a abrir y todos juntos le gritamos a la cara:

—¡Truco o trato!

Mientras nos da chocolatinas, el hombre elogia el disfraz de hada de Emily… el atuendo enjoyado de María Antonieta que lleva Babette… el de soldado griego de infantería que lleva Patterson. Cuando posa la vista en mí, el hombre examina la tira de condones de Hello Kitty que llevo en torno al cuello. El hombre me pone una chocolatina en la mano manchada de sangre y me dice:

—Espera, no me lo digas… —Dice—: Vas disfrazada de aquella chica, la hija de la estrella de cine a quien estranguló su hermano psicópata, ¿verdad?

Plantado a mi lado en el porche del tipo está Goran, ataviado con jersey de cuello de cisne y boina. Fumando una pipa vacía. Incluso escudados detrás de unas gruesas gafas de montura de concha, los ojos hurraños de Goran tienen una expresión herida.

Es posible que este momento lo haya escrito en su guión Satanás. O es posible que esté sucediendo de verdad.

—Pues no, señor —le digo al hombre—. Resulta que voy disfrazada de Simone de Beauvoir. —Y señalando a Goran, añado—: Y este, por supuesto, es el celebrado monsieur Jean-Paul Sartre.

Sigo sin aclararme. ¿Acaso estoy siendo ingeniosa y compasiva, o bien estoy leyendo unos diálogos pretenciosos que ha escrito el Diablo? Nuestro grupo abandona el porche y se aleja por la calle. Casi sin darse cuenta, Archer se ha alejado en una dirección distinta, de manera que echo a correr detrás de él para recogerlo y traerlo de regreso con el resto de nosotros. Lo agarro por una manga de cuero negro y tiro de él para que me siga, pero Archer se limita a continuar andando en dirección contraria, claramente en pos de su propia misión, poniendo más y más distancia entre nosotros dos y el grueso de nuestro grupo de compañeros. Abandonando el Club de los Cinco. Sin decir ni pío, yo lo sigo hasta que las farolas se vuelven esporádicas y por fin desaparecen del todo. Seguimos andando hasta que se termina la acera de cemento, hasta que se terminan las casas y nos encontramos caminando por el arcén de grava de una carretera vacía y oscura.

Archer se me queda mirando y me pregunta:

—¿Maddy? ¿Estás bien?

¿Acaso está preocupado de verdad o bien se limita a interpretar un papel? ¿Está Satanás escribiendo nuestro paseo? Como no lo sé, no contesto.

Una cancela de hierro forjado se eleva junto a nosotros en las sombras y Archer se mete por ella. Dejamos atrás una verja de hierro forjado y nos vemos inmediatamente rodeados de lápidas, pisando un césped cortado y escuchando el canto de los grillos. Aunque la oscuridad es casi completa, Archer avanza sin dar ni un solo paso en falso. Solo lo puedo seguir agarrándole la manga de la chaqueta de cuero y aun así voy tropezando con las lápidas. Voy dando patadas a los ramos de flores cortadas, con los zapatos de tacón alto empapados por la humedad.

Archer se detiene en seco y choco con sus piernas. Sin decir palabra, se queda plantado contemplando una tumba, en cuya losa hay labrada la imagen de un cordero dormido, junto a dos fechas grabadas y separadas solo por un año.

—Mi hermana —dice Archer—. Se debió de ir al Cielo, porque no la he visto nunca.

Al lado de la tumba hay una segunda lápida que lleva el nombre Archibald Merlin Archer.

—Yo —dice Archer, dándole un golpecito a la segunda losa con la puntera de la bota.

Nos quedamos los dos en silencio. La luna flota en el cielo, arrojando una luz tenue sobre la escena que nos rodea, las lápidas incontables que se extienden en todas direcciones. El suelo está cubierto de hierba iluminada por la luna. Sin saber cómo responder, examino la cara de Archer en busca de pistas. La luz de la luna arranca un resplandor azul de su cresta y destellos plateados de su imperdible. Por fin le digo:

—¿Te llamabas *Archie Archer*?

—No me hagas noquearte de un puñetazo —me dice Archer.

La noche después de que enterraran a su hermanita, me explica, Archer regresó a su tumba. Aquella noche se avecinaba tormenta, los nubarrones se aproximaban a toda velocidad, de manera que tuvo que darse prisa para robar en la tienda un bote de espray herbicida, de los que se usan para matar las malas hierbas. Se roció las botas de motorista hasta que el cuero estuvo empapado y luego caminó hasta el montículo reciente de la tumba. Una vez allí con las botas chorreando y soltando veneno a cada paso, Archer ejecutó un baile primitivo, una danza de la lluvia en la hora previa a que se desatara la tormenta. Hizo piruetas y dio saltos. Con la chaqueta de cuero ondeando, soltó maldiciones, estiró el cuello y puso los ojos en blanco. Se dedicó a dar pisotones con los pies tóxicos, a despotricar y vociferar, a saltar y brincar bajo las acometidas crecientes del viento. Mientras la tormenta se avecinaba, Archer hizo cabriolas, retozó y correteó. Cuando las primeras gotas de lluvia le tocaron la cara, Archer sintió que la electricidad estática crepitaba en el aire que le rodeaba. Tenía el pelo azul completamente erecto, vertical del todo, y el imperdible de su mejilla le centelleaba y le vibraba.

Un dedo blanco de luz cayó en zigzag del cielo, me cuenta Archer, y el cuerpo entero se le asó empezando por el imperdible.

—Ahí mismo —me dice, plantado junto a la lápida de su hermana, en el sitio que se convertiría en su tumba. Suelta una risita y dice—: Vaya subidón.

En esa franja de hierba cortada que se extiende abarcando más de una docena de tumbas en ambas direcciones, en ese callejón, todavía queda un fantasma de los pasos de baile de Archer. Allí, una nueva generación de hierba, más verde, más suave, igual que las primeras briznas que crecen para cubrir un campo de batalla, esa hierba nueva

sigue cada uno de los pasos tóxicos que dejó Archer antes de que le cayera encima el rayo. Allí donde pisó con sus botas envenenadas, me cuenta, la hierba murió, y solo ahora empieza a crecer de nuevo, plantada de nuevo, para borrar su coreografía de madrugada.

En este lugar, pocos días después de ser convertido en un sacrílego y herético kebab gigante, ensartado por su propio piercing al rojo vivo, a tiempo para su propio funeral, sus últimas palabras ya emergieron a la superficie en forma de letras amarillas envenenadas y claramente legibles sobre el suelo verde primorosamente cuidado. Para llevarlo hasta su tumba, los portadores del féretro tuvieron que desfilar por encima de aquellos últimos pasos furiosos de baile, de aquel camino entrecortado de pasos arrastrados que decía, por medio de unas letras de color amarillo muerto y demasiado grandes para que las leyera nadie que no fuera una deidad: «A la mierda la vida».

—Dos criaturas en la misma semana… —dice Archer—. Mi pobre madre…

En el silencio que sigue, empiezo a oír mi nombre traído por la brisa nocturna, tan vago como el aroma que emiten las llamas de las velas al cocinar desde dentro las calabazas vaciadas. En algún lugar situado sobre el horizonte nocturno, parece ser que hay tres voces lejanas que me llaman. En la oscuridad distante, tres voces distintas no paran de canturrear:

—Madison Spencer… Maddy Spencer… Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer…

Y con ese canto de sirena sumiéndome en un trance, cautivándome, atrayéndome a lo desconocido, me voy dando tumbos en pos del anzuelo. Me alejo lentamente por entre las lápidas, hipnotizada, escuchando. Completamente cabreada.

Detrás de mí, Archer me llama:

—¿Adónde vas?

Tengo una cita, le contesto levantando la voz. No sé dónde.

—¿En Halloween? —grita Archer—. Pero si todos tenemos que estar de vuelta en el Infierno a medianoche.

No os preocupéis, le grito para tranquilizarlo. Sin dejar de deambular, aturdida, en pos de las voces misteriosas, atraída por el sonido de mi nombre, levanto la voz hacia Archer:

—No te preocupes. —Distraída, le grito—: Nos vemos en el Infierno…

XXXVIII

¿Estás ahí, Satanás? Soy yo, Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer.

Tú has arrojado el guante. Tú has hecho que mi cólera descienda sobre tu casa. Ahora, para demostrar que existo, voy a tener que matarte. Igual que el hijo sobrevive al padre, también el personaje tiene que enterrar al autor. Si es cierto que siempre has sido mi autor, entonces matarte también acabará con mi existencia. No se perderá gran cosa. No vale la pena vivir así, como títere tuyo. Pero si te destruyo a ti y esa porquería de guión tuyo, y sigo existiendo… entonces mi existencia será gloriosa, porque me habré convertido en mi propia dueña.

Cuando regrese al Infierno, prepárate para morir por mi mano. O bien prepárate para matarme.

Mis peores miedos se han hecho realidad. En el internado suizo donde me vi encerrada a la intemperie, desnuda bajo la nevada nocturna, me he convertido en un fantasma materializado por los chismes de las niñatas ricas y memas.

¿Por qué tengo que ser una historia para todo el mundo salvo para mí misma?

Apelotonadas en el cuartito diminuto de la residencia que yo solía ocupar, las alumnas de las distintas clases —esas chicas de risitas nerviosas— pasan este Halloween congregadas en torno a mi antigua cama. Sentadas en la cama, aproximadamente en las mismas posiciones en que me sujetaron y me asfixiaron y me devolvieron a la fuerza a la vida, están las tres señoritas Putillas Vanderputa. Son sus tres vocecillas de señoritas Guarras von Guarrenberg las que recitan:

—Invocamos al alma eterna de la difunta Madison Spencer.

Y dicen al unísono:

—Ven a nosotras, Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer… —Y mi ridículo nombre hace que las tres prorrumpan en risitas. A continuación entonan—: Exigimos que el fantasma de Maddy Spencer venga y cumpla nuestra voluntad…

O son esas zorras o es Satanás. ¿Por qué siempre me toca cumplir con la voluntad ajena?

En el centro de la cama hay un plato robado del comedor con unas cuantas velas encendidas, pero por lo demás mi antiguo cuarto está a oscuras. Las cortinas están descorridas, dejando ver los árboles desgreñados y la noche de invierno. La puerta del pasillo está cerrada.

Una de las señoritas Cochinas McCochinski se inclina por un costado de la cama.

Mete la mano debajo del colchón y coge un libro. Un libro ajado.

—Por medio de este objeto personal —dice la Zorrupia Zorrúpiez—, ejercemos nuestro poder para controlarte, Maddy Spencer…

El libro en cuestión es mi amado ejemplar de *Persuasión*. Una serie de personajes que ya hace mucho que sobrevivieron a su autora.

Cuando ven mi posesión personal, mi libro favorito, el resto de las chicas presentes de ojos como platos dejan de soltar risitas y guardan silencio. La luz de las velas les parpadea en los ojos.

Es en ese momento, igual que si estuviera pulsando Ctrl+Alt+C en el ordenador portátil de mi madre, cuando empiezo a correr lentamente las cortinas, y con el primer asomo de movimiento las chicas reunidas chillan. Las más pequeñas tropiezan y chocan las unas con las otras en su frenesí por escapar de la habitación. Igual de fácil que si estuviera pulsando Ctrl+Alt+A, aumento la potencia del aire acondicionado, haciendo bajar la temperatura de la habitación hasta que las chicas que quedan pueden ver flotar su aliento, como una neblina, bajo la luz de las velas. De la misma manera en que introduciría el comando Ctrl+Alt+L, me pongo a encender y apagar las luces del techo, a encenderlas y apagarlas, hasta darles un efecto estroboscópico como de centellas. Bañando la sala con el equivalente a todos los flashes de todos los fotógrafos de la revista *People* que me fotografiaron en vida. Me dedico a cegar a las chicas reunidas igual que si fuera un ejército de paparazzi mercenarios.

A continuación, las chicas que quedan se abren paso a manotazos hasta la puerta abierta y salen en tromba al pasillo, gritando y aullando igual que si fueran almas condenadas y encerradas en las jaulas inmundas del Infierno. Despellejándose las rodillas y los codos al trepar sobre las demás y dejando únicamente a las tres malvadas señoritas Pervertinas Pervertídez sentadas alrededor de las velas de mi cama.

Sí, aquí estoy, la legendaria chica desnuda que dejó las huellas fantasmales de sus manos muertas en los pomos de esta misma residencia de estudiantes. La señorita Madison Desert Flower Rosa Parks Coyote Trickster Spencer. Aquí estoy, haciéndoos una última visita nocturna, la hija malcriada, mema y mentecata de una estrella de cine. Observo cómo esas tres manchan mi cama con sus zapatillas puntiagudas de ballet y clavan en mi colchón los huesos pinchudos de las caderas de sus traseros anoréxicos, y con la misma facilidad con que pulsaría las teclas Ctrl+Alt+P, cierro de golpe la puerta del pasillo y bloqueo la cerradura. Las encierro en mi cuarto igual que mi madre encerraría a alguna doncella somalí y la convertiría en su rehén hasta que el cuarto de baño estuviera como los chorros del oro.

De esa forma tradicional y eterna en que los muertos siempre han mandado mensajes a los vivos, les lanzo mi ataque en forma de aullido subsónico a sus tripas

encogidas de señoritas Frescas O'Fresquing, revolviéndoles y haciéndoles bullir los contenidos líquidos de sus maltratados tractos digestivos, batiendo y haciendo burbujear los restos estofados que tienen en el intestino, el estómago y el colon. Les levanto violentas olas peristálticas en esos menjunjes, haciendo que las tres se lleven las manos a los vientres respectivos y que sus orificios inferiores despidan violentas nubes de metano, sofocando las llamitas de las velas e inundando la habitación de una oscuridad apestosa y asfixiante. Las obligo a expulsar el líquido residual caliente de sus últimas comidas, empujándoselo contra los músculos orales y anales prietos. Barritándoles esa putrescencia lodosa e hirviente contra las murallas de carne que la confinan.

Tapándose las bocas ardientes con las manos juntas, las chicas chillan por entre los dedos y piden ayuda a voz en grito. Se llevan las manos a los abdómenes inflados. En el pasillo, al otro lado de la puerta cerrada con llave, las alumnas y profesoras que se han congregado allí forcejean con el pomo de la cerradura.

Solo entonces me anuncio, les anuncio que he llegado. Soy Madison Spencer, soberana nominal del Infierno. Poniendo una voz de soprano de lo más sobrenatural y lastimero-etérea, aviso a las tres Rameras von Ramerotten de que se esfuercen tanto como puedan para no verse condenadas al Infierno… porque como acaben allí, sufrirán mi cólera para el resto de la eternidad. Se verán sometidas a mis caprichos y soportarán las torturas infinitas que yo les decrete. Igual que si fuera Archer despotricando y bramando en su cementerio en plena noche, convertido en un pararrayos humano, yo decreto que como esas tres chicas se vean condenadas al Hades, las obligaré a permanecer sumergidas hasta la boca, junto con Hitler y compañía, en el Pantano de los Abortos de Fetos Ya Desarrollados, para siempre.

Con el hedor acre y sulfúrico del Infierno ya manando, saliendo a chorros, escapando de sus cuerpos livianos y entrenados para el ballet, las tres chicas lloran y me suplican que las perdone y que retire mi condena. En la puerta cerrada reverberan los puñetazos y los gritos de súplica de las alumnas y profesoras que han quedado excluidas en el pasillo.

—Escuchad mis palabras —les digo.

De ahora en adelante, si quieren salvarse, van a tener que usar los repulsivos términos *negrata* y *maricón* cada vez que tengan oportunidad. Nunca más se lavarán las manos después de usar el retrete. Jamás se cubrirán la boca con las manos cuando tosan o estornuden, sobre todo cuando se encuentren a bordo de aviones abarrotados durante la comida de a bordo y el pase de *El paciente inglés*. Y sigo así durante rato y rato. Joder, es que me lo estoy pasando en grande. Y cuando ya están a punto de morirse de asfixia, empantanadas en su propia inmundicia apestosa, abro la puerta de golpe, dejando que todas sus compañeras vean perfectamente en qué se han convertido esas tres señoritas Gilipollas Gilipóllez.

Ahí están, despatarradas y gimiendo en medio de su propia degradación viscosa ante los ojos del mundo entero.

Y sí, soy mezquina y vengativa, pero tengo cosas que hacer y árboles en flor que plantar. Tengo hordas malignas y ejércitos sedientos de sangre que liderar. Según mi sobrio y resistente reloj de pulsera, faltan veinte minutos para la medianoche del Infierno.

A cualquiera que esté leyendo estas páginas y siga con vida, le deseo suerte. En serio, os la deseo. Vosotros seguid tragando vuestras vitaminas. Seguid haciendo footing alrededor de los embalses y evitando el humo de cigarrillo de segunda mano. Cruzad los dedos… tal vez la muerte no os llegue nunca.

Y sí, tengo trece años y estoy muerta y soy una chica. Puede que sea una pizca sádica y un poquito insulsa… pero por lo menos ya he dejado de ser una víctima. Tengo esperanza. Tengo esperanza, luego existo. Gracias a Dios por la esperanza.

El resto de vosotros, no tengáis miedo, por favor. Si vais al Cielo, bravo. Pero si no, preguntad por mí. Lo único que hace que la tierra parezca un Infierno, o que el Infierno parezca un Infierno, es nuestra expectativa de que sea como el Cielo. La tierra es la tierra. Los muertos son muertos. Otro dato privilegiado sobre el más allá: si os saltáis el toque de queda de la medianoche en la víspera de Todos los Santos, os quedaréis atrapados deambulando por la tierra, convertidos en un fantasma entre los vivos, hasta el Halloween siguiente.

Y ahora, si me perdonáis, se ha hecho tarde y tengo una prisa terrible de verdad por ir a darle una buena zurra al Diablo.

Continuará…

CHUCK PALAHNIUK nació en 1962 en el estado de Washington. Escribió su primera novela, *El club de la lucha* (Literatura Mondadori, 2010), en tres meses; no tardó en convertirse en best seller y ser adaptada al cine. Actualmente, Palahniuk es un autor de gran éxito, y su nombre aparece muy a menudo en la lista de los más vendidos en Estados Unidos. Otros títulos suyos son: *Monstruos invisibles* (Debolsillo, 2003), *Asfixia* (Literatura Mondadori, 2001), *Nana* (Literatura Mondadori, 2003), *Diario. Una novela* (Literatura Mondadori, 2004), *Error humano* (Literatura Mondadori, 2005), *Fantasmas* (Literatura Mondadori, 2006), *Rant. La vida de un asesino* (Literatura Mondadori, 2007), *Snuff* (Literatura Mondadori, 2010), *Pigmeo* (Literatura Mondadori, 2011) y *Al desnudo* (Literatura Mondadori, 2012). *Condenada* es su nueva novela.